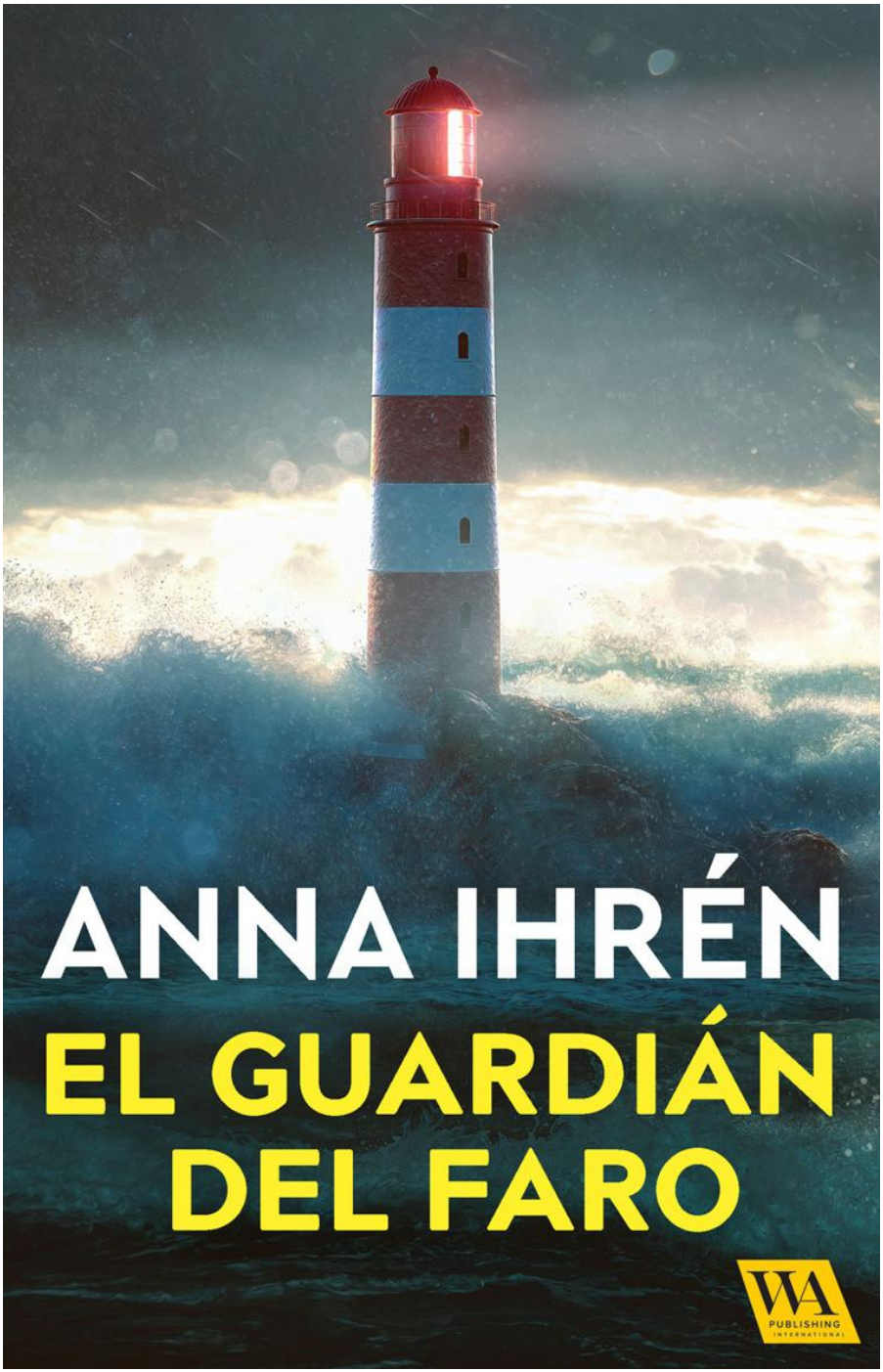
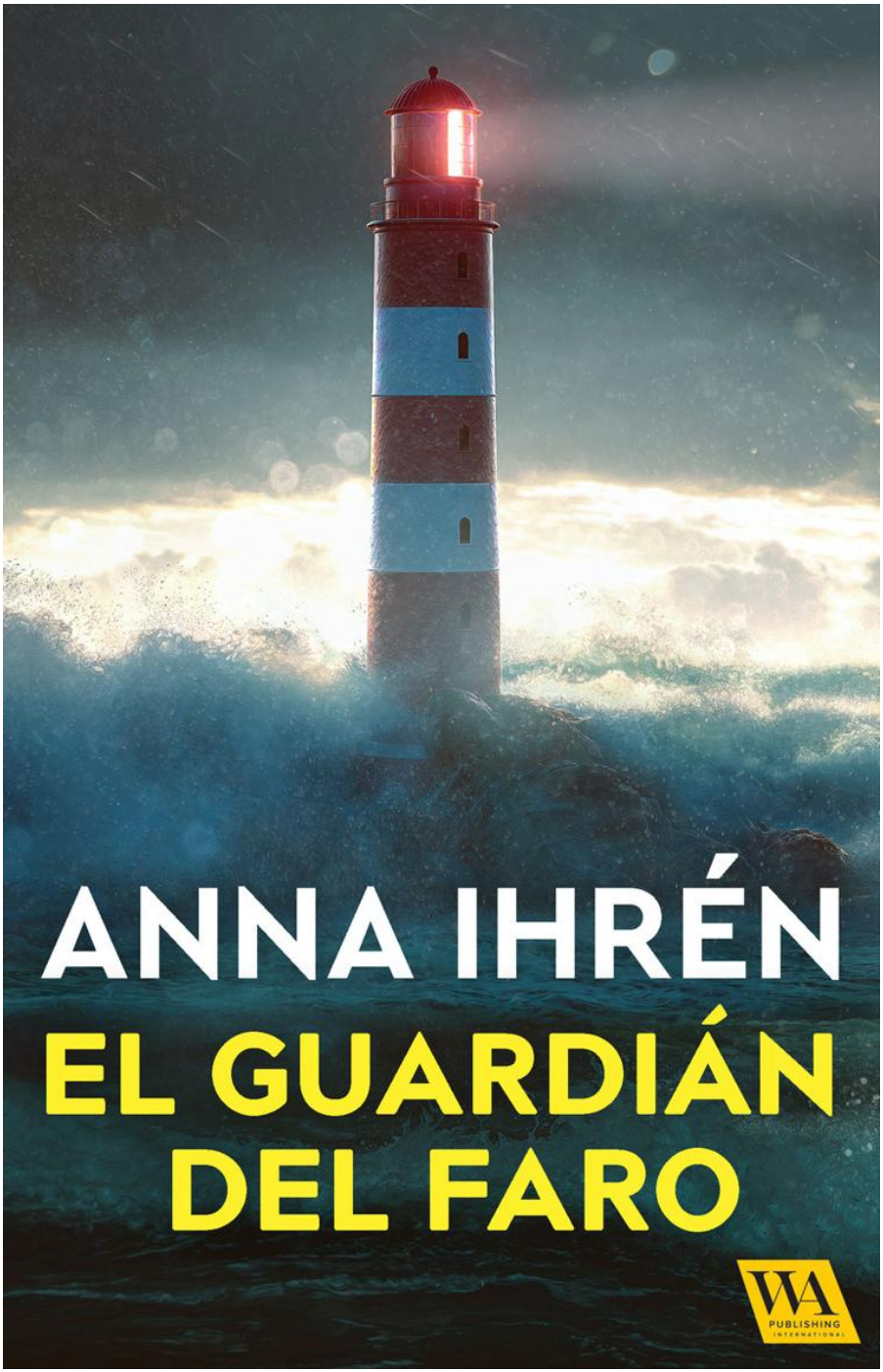

ANNA IHRÉN
EL GUARDIÁN DEL FARO
PUBLISHING


ANNA IHRÉN
EL GUARDIÁN DEL FARO
PUBLISHING

El guardián del faro

Asesinato en Smögen

Anna Ihrén

Traducido por María José Vázquez

Título original: Fyrmästaren

© Anna Ihrén, 2022

Traducido por: María José Vázquez

© de esta edición: Word Audio Publishing International/Gyldendal A/S, Copenhagen 2022

Klareboderne 3, DK-1115

Copenhagen K

www.gyldendal.dk

www.wordaudio.se

Diseño de cubierta: Emma Graves

ISBN 978-91-80347-08-2

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, organizaciones y eventos retratados en esta novela son productos de la imaginación del autor o se utilizan ficticiamente.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución,

comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

¡Gracias!

Mamá y todas las mujeres de los faros suecos a lo largo de la historia.

Las olas saltaban la borda y le salpicaban el rostro. En el mundo del que ella procedía, el amor no era una alternativa. Elegir a un hombre guiándose por el corazón era inconcebible. Habían elegido por ella y habían conseguido un éxito total desde un punto de vista práctico y económico: los padres de ella ocupaban cargos públicos; los de él tenían dinero. ¡La pareja perfecta! Todos estaban satisfechos. Menos ella.

Su corazón jamás se curaría, pero, gracias a las cicatrices, las paredes de los ventrículos se harían más fuertes. Más resistentes. Quizá habría logrado sobrevivir, aunque no tuviera lo único que deseaba de la vida. Pero entonces se le presentó una oportunidad. Una oportunidad que no pudo dejar pasar y que se convirtió en parte de ella. La invadió una embriaguez por todo el cuerpo que era como burbujas interminables. Había aprovechado el momento y jamás se arrepentiría. Disfrutaba de que nadie aparte de ella se enteraría jamás. Tampoco la vida que crecía en su interior. Una vida que ya amaba más que a sí misma. En realidad, había conseguido todo lo que deseaba, salvo por un detalle, pero podía aprender a vivir sin ello si no le quedaba otro remedio.

Dejó que el viento le golpeara las mejillas. Pero algo no iba bien. Alguien la empujó contra la barandilla y empezó a tirar de la cadena de plata que colgaba de su cuello. Forcejeó e intentó defenderse. Luchó por la vida que llevaba dentro, no solo por sí misma. Pero la cadena le apretó aún más el cuello y se desplomó en la cubierta.

1

El ferri de Hållö avanzaba hacia la salida del puerto deslizándose sobre el agua frente al muelle Smögenbryggan. Las tres mujeres que iban sentadas en la proa se alternaban para hacerse fotos. El capitán Bertil las observaba mientras fingía ocuparse de los botones en el panel de instrumentos del barco.

—Me alegro un montón de que hayáis podido venir —afirmó Katrin—. Era casi imposible encontrar un finde libre en vuestras agendas.

—Lo importante es que ahora estamos aquí —dijo Pia, moviendo la cabeza para recolocarse el cabello, aunque la creciente brisa se lo alborotaba a cada momento.

—¿Me haces una a mí también? —preguntó Annelie, tendiéndole su móvil a Pia.

—¡Venga! —la animó Pia—. Inclina la cabeza. Así, exacto. No tiene que parecer que vas a un entierro.

Annelie, que se había divorciado hacía un año, puso la sonrisa más amplia que consiguió, pero no costaba darse cuenta de que seguía triste.

—Venga, chicas, vamos a ser amables —las reconvino Katrin.

Bertil pilotaba la embarcación con seguridad entre los escollos que reposaban bajo el agua. Cuando el mar estaba en calma, era fácil ver los bajíos, pero, en cuanto se encrespaba con el viento, costaba detectar los peligros; al menos, para el ojo inexperto. Jamás se cansaría de contemplar primero Smögen a sus espaldas y después Kungshamn. Desde pequeño, había dedicado los veranos a hacer el trayecto de Smögen a Hållö y de regreso, desde la mañana hasta la noche. Primero, acompañando a su padre y, luego, solo. El resto del año transportaba a grupos con reserva previa, como hacía en ese momento. Incluso a finales de octubre, aún eran muchos quienes querían pasar una o dos noches en el albergue de la isla, Utpost Hållö.

Ese era su penúltimo viaje del día; después se marcharía a casa, en el barrio de Bredaberg, en Smögen, donde lo esperaba su mujer. Los viernes solía acercarse a la pescadería de Gösta a comprar. Ya se

imaginaba el aroma de las cigalas frescas. Las tres mujeres a las que llevaba habían reservado el regreso para el domingo, aunque Bertil se preguntaba para sus adentros si se aguantarían tanto tiempo entre ellas. El día antes había transportado a una pareja de artistas que les impartirían un taller de pintura creativa por las mañanas. Pero, teniendo en cuenta la cantidad de vino y cerveza que parecían haber introducido las damas en su equipaje, a saber cómo acabaría el fin de semana. Las había ayudado a subir las elegantes bolsas de viaje al barco y, si el tintineo no procedía de botellas de zumo, no hacía falta ser demasiado listo para entender que las bolsas pesaban tanto porque iban cargadas de bebidas alcohólicas.

—¿Cuándo llega Trissan? —les preguntó Annelie a las demás.

—Seguro que ya está allí. El yate de lujo de su padre no es precisamente lento —contestó Katrin, a cuyo padre Bertil conocía de la Asociación de Amigos del Faro de Hållö.

—¿Es que no puede viajar como el resto de los mortales? —inquirió Pia.

—¿Quieres decir en transporte público? —respondió Katrin.

Las tres se echaron a reír y, de repente, pareció que se había roto el hielo entre ellas. Bertil vio que buscaban alejarse de las preocupaciones cotidianas, el trabajo y las obligaciones, y obsequiarse con un fin de semana de risas entre copas de vino y sin despertador. Solo faltaba que la última chica, a la que habían llamado Trissan, también llegase a Hållö para completar el cuarteto.

***

Cuando la oscuridad otoñal caía sobre Sotenäset, a veces Dennis tenía la impresión de que el día casi no existiese. En la comisaría, donde los fluorescentes iluminaban los pasillos, no solía pensarlo, pero, junto al mar, la oscuridad y la luz eran factores que influían de manera decisiva en el ambiente. La falta de luz natural les afectaba a todos. Dennis confiaba en que tomar algo con Sandra después del trabajo sirviera para levantarle el ánimo a su compañera.

—Me cago en la leche, ¡vaya tormenta! —maldijo Sandra, ajustándose la rebeca.

—Juras como un carretero —observó Dennis.

—¿De dónde vendrá esa expresión? —preguntó Sandra.

Dennis no contestó. Estaban sentados en el restaurante de Gösta junto a una de las ventanas mientras el viento y la lluvia golpeaban contra los cristales.

—Ya falta poco para noviembre —comentó Dennis.

—Para ti será más bien Movember —señaló Sandra, en alusión a la iniciativa de que los hombres se dejen bigote en noviembre para recaudar fondos para la salud masculina, y añadió—: ¿Este año volverás a recortarte la barba y dejarte bigote? El bigote te queda de veras ridículo.

—A algunas chicas les gusta —se defendió Dennis—. ¿Tomarás fish and chips?

—Como siempre.

—¿Vino o cerveza?

—Una copa de blanco —contestó Sandra.

—¿Estás enfadada?

—No.

—¿Y por qué estás tan gruñona?

—No estoy gruñona, solo cansada —replicó Sandra, bostezando artificialmente.

—¿Cansada?

—Mmm.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Dennis después de haberle pedido a uno de los camareros.

—No, pero ahora mismo me parece una lata trabajar aquí, en Kungshamn. Pensaba que me ofrecerían un puesto en Gotemburgo en otoño.

—Seguro que surgirá otra oportunidad. Camilla Stålberg te adora, ¡salta a la vista! Quizá porque eres tan dulce. —Dennis puso una

mueca ridícula, como si intentara parecer una chica mona.

—¡Corta el rollo, anda!

—Es absurdo. No somos más que siervos —filosofó Dennis.

—¡Siervos! ¡Sí que tienes vocabulario!

—¡A ver si dejas ya de estar malhumorada!

—Solo me pregunto cómo voy a aguantaros a ti y a Stig en la comisaría hasta Navidad.

—Y, además, eres mala —la pinchó Dennis.

—¡Menos mal que tengo a Helene! —suspiró Sandra.

Un camarero les trajo las barquetas con el pescado frito recién hecho y una deliciosa mayonesa casera. Tras unos bocados y un par de sorbos del vino blanco, las facciones de Sandra se relajaron.

—Perdona. Cuando el azúcar me…

—Sé perfectamente qué pasa cuando te baja el azúcar. Me alegro de que ya te encuentres mejor. Basta un poco de comida y de alcohol para que todo vuelva a su cauce. En realidad, es bastante fácil hacerte feliz.

—No estés tan seguro.

—Nunca estoy seguro cuando se trata de ti.

En eso oyó el sonido de que llegaba un mensaje a su móvil. Era Victoria, que le recordaba que tenía que quedarse con los niños mientras ella iba a yoga. Dennis contuvo la respiración. Lo había olvidado por completo. Le daba un poco de respeto cuidar de sus dos sobrinos él solo. Tenía que convencer a Sandra de que lo acompañase, así podían pasar los dos una hora con Theo y Anna antes de ir a la velada de relatos en el islote de Hampholmen, a la que la había invitado él.

—¿Te parece bien que vayamos a casa de mi hermana y nos quedemos un rato con Theo y Anna antes de la velada de relatos?

—No se me ocurre nada más divertido —replicó Sandra, rezumando sarcasmo, pero a continuación le guiñó un ojo.

A veces, Sandra podía desquiciarlo, pero el trabajo era más divertido con ella o, en todo caso, eso quería creer.

***

En Hållö, el viento había comenzado a soplar con fuerza. Katrin abrió la puerta de la entrada del albergue y, cuando les llegó a ella y a sus amigas el calor del interior, le dio las gracias mentalmente a la antigua construcción. Ella estaba acostumbrada a las tormentas en el mar, y el frío tampoco era un obstáculo. Simplemente se ponía la ropa adecuada al tiempo y disfrutaba de los cambios bruscos que, en ocasiones, podían sorprender a quienes no conocían bien la costa. Pero sus amigas de juventud no estaban hechas de la misma pasta que ella; en el barco, ya había notado que Annelie tiritaba como un pajarillo.

—Yo me quedo con la habitación que esté más cerca de la cocina —declaró Pia.

Que Pia estaría a cargo de los fogones lo daban todas por sentado. Siempre era así. A la hora de servir la comida, rugiría como una osa si no la ayudaban al momento a poner la mesa y, sobre todo, si no se sentaban puntualmente.

—¿A qué hora cenaremos? —preguntó Katrin—. ¿Nos da tiempo a dar un paseo antes?

—Id vosotras —propuso Pia—. Ya lo preparo yo todo. ¿Qué os parece si nos vemos a las seis? A lo mejor Trissan ya se ha dignado a aparecer para entonces.

Katrin y Annelie eligieron habitación, dejaron sus bolsas y luego volvieron a ponerse los gorros y las bufandas antes de salir al aire frío pero agradablemente salado. Estaba oscureciendo y ya solo se distinguía la silueta del símbolo por excelencia de la isla de Hållö: el faro rojo y blanco que, desde 1842, había guiado a los barcos que navegaban por las insidiosas aguas frente al cabo Sote Huvud. En el pasado, los fareros tenían una responsabilidad vital. Si alguno de los empleados estatales no mantenía una llama suficiente en la linterna, ya fuera por descuido o por haberse quedado dormido, y ese error hacía encallar una embarcación, estaba castigado con la pena de muerte. En Suecia no había llegado a aplicarse nunca, pero ¿a quién se

le ocurriría tentar a la suerte? No cabía duda de que las horas de trabajo eran muchas para los guardianes de los faros, pero la pena había sido lo bastante eficaz como para que todo el personal velase por mantener encendidos los faros a lo largo de la costa.

Bajo el banco de nubes que se situaba sobre sus cabezas como un casco, vieron refulgir el sol sobre el horizonte; había aparecido de la nada como una bola de fuego roja.

—Es precioso —dijo Annelie, y se quedó inmóvil.

Un conejo que aún no había mudado al pelaje de invierno pasó brincando a toda velocidad cerca de ellas.

—¿Quieres ver la ensenada de Mármol? —preguntó Katrin, quien conocía la isla como la palma de su mano. Su padre, que era miembro de la junta directiva de la Asociación de Amigos del Faro de Hållö, era quien le había recomendado el taller de pintura. A las amigas les había caído bien la pareja que lo impartiría. Ninguna de ellas tenía la ambición de llegar lejos en el mundo del arte, pero probar algo nuevo durante unas horas y luego paladear un guiso delicioso acompañado de un buen vino era un plan tan apetecible que a ninguna se le ocurrió mejor forma de pasar un fin de semana largo sin la familia. Al fin estaban en la isla y, tras una estupenda velada de chicas, el curso comenzaría a la mañana siguiente, después del desayuno.

***

Cuando Sandra y Dennis entraron por la puerta, descubrieron que la planta baja de la casa de Victoria estaba inundada de piezas de Lego, flores de collares hawaianos y coches de todos los tamaños, la mayoría equipados con neumáticos gigantes. En la mesa, Theo y Anna se afanaban en comer los espaguetis a la boloñesa, que les embadurnaban toda la cara y habían teñido el hule blanco de color naranja.

—¡Qué bien que hayáis podido venir! —exclamó Victoria—. La clase empieza dentro de media hora y tengo que salir pitando. —Le dio la cuchara de Anna a Sandra, quien no había llegado a quitarse el abrigo.

—¿Por qué no me habré puesto un traje impermeable? —se lamentó Sandra.

—La práctica hace al maestro —replicó Dennis, y se sentó junto a Theo, quien comía solo con razonable éxito—. Si le das de comer a Anna y limpias la mesa, yo recojo el salón.

—Me parece estupendo —aceptó Sandra—, si lo hacemos justo al revés. —Se levantó, le dio la cuchara y se encaminó al recibidor para dejar el abrigo.

Al cabo de un rato, ya no quedaban juguetes por el suelo ni en la mesita del centro, y las caritas de Anna y Theo, una vez limpias de la salsa boloñesa, recuperaron su tono rojo manzana. Hasta el hule volvió a ser blanco gracias a un paquete de toallitas húmedas.

—¿Por qué no llevamos siempre encima toallitas húmedas? —preguntó Dennis.

—Si quieres, a partir de ahora puedo comprártelas —rio Sandra.

Theo y Anna se habían sentado junto a la caja de Lego. Ahora que las piezas estaban recogidas y ordenadas, el interés por jugar con ellas había vuelto a aumentar. Esparcirlas por el suelo era una de las diversiones máximas y, en cuestión de minutos, las coloridas piezas volvieron a cubrir parte del salón.

—¡Uf, qué duro esto de los niños! —suspiró Sandra.

—Deberíamos ser capaces de aguantar una hora —juzgó Dennis.

—Yo no estaría tan segura —murmuró Sandra, y se dejó caer en el sofá. La comida y el vino del restaurante habían cumplido su función y ahora tenía sueño.

Los dos niños treparon al sofá, se colocaron cada uno debajo de un brazo de Sandra y apoyaron la cabeza en su vientre. Al poco, dormían los tres.

Dennis se sentó a revisar el correo electrónico de trabajo en el móvil. Ni Helene ni Stig habían notificado nada nuevo, por lo que cabía suponer que las tareas se mantenían dentro de lo cotidiano y no necesitaban ayuda. Recostó la cabeza en el respaldo del sofá y pensó que ya podía disfrutar del tiempo libre. Si tener hijos era así, podía imaginarse dar el paso muy pronto, aunque no tenía ni idea de cómo enfrentarse al reto de encontrar pareja para formar una familia. Hasta ese momento, las cosas le habían ido muy mal en ese sentido y, a veces, se preguntaba qué problema tenía.

El sonido del teléfono lo despertó de sus cavilaciones. Era un número privado.

—Dennis Wilhelmson, policía de Kungshamn, ¿dígame? —contestó.

—Hola, soy Johanna Dahlström. Disculpe si le molesto, pero han entrado a robar en mi tienda de chuches.

—¿La de la calle Sillgatan?

En verano no era raro que se pasasen a diario por la tienda que estaba al lado del Surfers Inn, que ahora tenía nuevos propietarios y había pasado a llamarse The Barn. La salud no salía nada beneficiada de esas visitas, pero las piernas de la mayoría de los isleños y de los turistas ponían rumbo de manera automática a aquella pequeña institución en algún momento del paseo por el muelle Smögenbryggan a última hora de la tarde.

—Sí, exacto.

—Voy enseguida.

Dennis colgó y se dirigió al recibidor.

—¿Te encargas de los niños, Sandra? No tardaré nada.

Al salir se encontró con Victoria en el porche, que lo miró sorprendida.

—Un robo —aclaró Dennis—. Vuelvo enseguida y, entretanto, Sandra se las arregla sola de maravilla.

A Victoria se le dibujó sin querer una arruga escéptica en la frente, pero lo dejó salir.

***

A Annelie le pareció que el agua transparente de la ensenada de Mármol no resultaba tan tentadora como si fuera un día de verano; aun así, al ver el fondo de arena clara y la excelente visibilidad, era fácil entender el magnetismo que aquel lugar ejercía sobre los turistas estivales. Katrin les había hablado de los días despejados con el viento en calma, cuando la isla se llenaba de amantes de la naturaleza de

todos los rincones del mundo. Estaba claro que visitar el faro de Hållö y darse un chapuzón en la ensenada de Mármol eran actividades indispensables, pero mucha gente también aprovechaba para ver las marmitas de gigante y los lugares históricos que habían sido relevantes durante la Segunda Guerra Mundial. Annelie no sabía si les daría tiempo de verlo todo ese fin de semana, pero a ella le interesaban más los restos históricos que bañarse. Contempló tiritando a Katrin, que estaba quitándose el abrigo, el jersey y los vaqueros.

—Llévate mi ropa, por favor. Nos vemos en la playa de allí abajo —dijo Katrin, y rio al ver la cara de susto de su amiga.

Hacía al menos un mes que habían retirado las escaleras de baño, de modo que tuvo que saltar desde las rocas, desde donde describió un elegante arco para zambullirse de cabeza en el agua helada. Annelie apretó el paso todo lo que pudo. Las rocas eran lisas, pero caminar sobre ellas exigía gran cuidado y llegó sin aliento a la playa de cantos blancos situada en el interior de la bahía y de difícil acceso. Era el único punto donde Katrin podría salir del agua.

—Toma, ¡sécate con mi jersey! —Annelie se quitó una de las múltiples capas que llevaba bajo el abrigo, y añadió—: Estás loca. ¿Es que todavía no ha aparecido nadie que te meta en cintura? Ya no nos falta nada para los cuarenta.

Katrin arrugó la nariz en su dirección y agitó la cabeza para quitarse el agua de su larga melena oscura. Annelie sabía perfectamente que Katrin nunca le había dado mayor importancia a la edad, tampoco a la hora de elegir a los hombres que podían interesarle; le daba igual cuántos años más o menos tuviesen.

—¡Ha sido espectacular! —rio—. Ahora lo que quiero es un buen whisky, y seguro que Pia ya tiene lista la cena.

En cuanto Katrin se hubo vestido, regresaron deprisa al albergue. Era típico de Katrin querer escandalizar y llamar la atención, pensó Annelie. Probablemente nunca maduraría. Annelie oyó el sonido de que llegaba un mensaje a su móvil. Seguro que era Anders, que querría saber dónde estaban los monos de invierno de los críos. El frío se había intensificado muy rápido durante los últimos días de octubre y las heladas nocturnas pronto cubrirían el paisaje, aniquilando todo lo que había vuelto a florecer durante el inusualmente cálido otoño, como si fuese la primavera y no el invierno lo que se aproximaba. Incluso los pájaros habían cantado como en los días luminosos de principios de junio, cuando la vegetación alcanzaba el nivel máximo

de savia. Echó una ojeada al teléfono y vio que ya eran las seis. El mensaje, sin embargo, no era de Anders, quien seguía preguntándoselo toda la semana que le tocaba tener a los niños; era de Pia, que, en mayúsculas, las informaba de que la cena casi estaba lista y les preguntaba cuándo pensaban dignarse a volver. Annelie contestó que tardarían un minuto. Esperaba que Pia hubiera cocinado una buena cantidad. Había tenido una jornada laboral muy intensa y, luego, tuvo que correr para llegar a tiempo al barco. En su estómago ya no quedaba ni rastro del almuerzo y tenía un hambre canina.

Puerto de Hållö, verano de 1891

Sus rizos rubios se arremolinaban en el viento y le hacían cosquillas en las mejillas. Riendo, Hedvig se tocó el lazo para comprobar que seguía en su sitio. Cogió a su hermano pequeño de la mano y lo condujo por el lado interior del muelle hasta empezar a subir por las rocas. Su madre, que llevaba a su hermana pequeña en brazos, se giró e hizo una inclinación de cabeza para agradecerle que se encargase del niño, que aún no conocía los peligros del mar y de las escarpadas rocas.

—¿Vamos a vivir en esta isla? —Hedvig había alcanzado a su madre, que los esperaba un poco más arriba en las rocas.

Su madre asintió, sonriendo.

—Padre será farero jefe aquí —contestó, orgullosa, y continuó la marcha mientras sus faldas barrían el granito rosa a cada paso que daba.

—Entonces, ¿viviremos en el faro? —preguntó su hermano mayor, que los adelantó corriendo.

—No, allí. —Madre señaló la más grande de las casitas rojas que se erguían en un prado tras un muro. Hedvig oyó unas risas infantiles y pensó que serían los hijos del farero segundo.

—¿Dónde está padre? —preguntó Hedvig.

—Ya está trabajando en el faro, pero bajará a cenar luego —respondió madre, y siguió caminando.

Hedvig paseó la mirada por las formas suaves de las rocas y el faro rojo y blanco. Era la construcción más bonita que había visto jamás. En lo más alto, una llama lo iluminaría y salvaría a marineros cada noche, le había contado padre, que había sido farero segundo en Klövskär y auxiliar en Väderöbod. Ahora, ¡al fin ocuparía el puesto de farero jefe! Cuando sus padres se lo explicaron a ella y a sus hermanos, los ojos de padre brillaban y madre no dejaba de soltar risitas como una niña. Desde ese día, madre era la esposa del farero jefe de Hållö. Y Hedvig tenía como misión ayudar a que la mudanza a la isla saliera bien. «Ahora eres la hermana mayor», le había dicho madre. En primavera cumpliría siete años y empezaría a ir a la escuela de la isla, que se ubicaba en la casa del farero jefe, pero contaba con entrada propia. En el aula había doce pupitres. Allí recibirían clase su hermano mayor y ella.

Su madre se detuvo ante la entrada en el muro que conducía al prado donde estaban las viviendas. Se puso en cuclillas y cogió a Hedvig suavemente de los hombros.

—Hedvig, ahora somos tú y yo —le dijo, mirándola cariñosamente a los ojos.

Hedvig asintió. No estaba segura de entenderla, pero había visto cómo madre, con la barriga enorme, ayudaba a padre a vigilar el faro en la isla de Väderöbod cuando él tenía que coger el barco para ir a tierra a hacer recados, de modo que quizá sí que la entendía. En Klövskär, Hedvig ya la había ayudado a cuidar de su hermano pequeño y a cocinar, barrer y limpiar la caballa mientras el pequeño dormía. A su hermano mayor no se le veía el pelo por casa; pasaba el tiempo jugando en las bahías, ayudando a padre a cargar y descargar el barco o recogiendo leña de brezo. Quizá madre se refería a eso, a que Hedvig era su única ayuda para todo, salvo para atender el faro, tarea de la que solo podían encargarse ella y padre. Hedvig se estiró y le sonrió a su madre.

—Madre y yo —dijo, sonriente y orgullosa.

Su madre la abrazó y avanzó a grandes zancadas hacia el porche de la casa.

2

Love Hedberg se puso la chaqueta que colgaba en el respaldo de la silla. No le gustaba abandonar la estación meteorológica, pero, cuando llamó a la puerta la mujer que se había presentado como Pia para invitarlo a cenar, no supo decir que no. La fiambrera que tenía para el viernes por la noche sería una experiencia culinaria al nivel de comer un trozo de cartón salteado en el wok con un poco de salsa de soja. De hecho, era su única queja respecto al puesto. Le encantaba su profesión y estar solo —o casi solo— en lugares prácticamente desiertos, pero la comida dejaba mucho que desear. Su compañera, Sofie, empezaría su turno ahora. Había sido ella quien le había insistido en que aceptara. «Vete a comer con las chicas», le había dicho, y él había cedido de mala gana, más que nada para no parecer antipático.

Sofie Tidén era la mujer perfecta: también meteoróloga y, además, despiadadamente directa. Justo lo contrario que él. Jamás se le había ocurrido ponerse a charlar con chicas como Sofie y, fuera del mundo de los meteorólogos, apenas se relacionaba con nadie. Nadie entendía de qué hablaba y, aparte, no solía salir de las estaciones donde estaba destinado: vivía, comía y trabajaba allí. Solo iba a casa en Navidad, Semana Santa y para el solsticio de verano; era cuando su madre quería verlo para, al menos, poder decirles a las amigas que ella y su marido tenían un hijo normal al que le gustaba celebrar las fiestas con su familia. En realidad, él habría preferido quedarse en su puesto, pero algo lo impulsaba a darle el gusto a su madre. Ahora avanzaba con paso familiar sobre las rocas que tan bien conocía. El trayecto hasta el albergue era corto y llegó enseguida.

En cuanto abrió la puerta, lo recibió un calor que le recordaba al de un hogar. Olía a romero, carne a la parrilla y ajo. Sintió cómo emergía en su interior una intensa hambre, fruto de varios meses de alimentación poco nutritiva. Era evidente que echaba de menos un buen plato de comida, aunque no había sido consciente hasta ese momento.

—Bienvenido, Love —lo saludó Pia, quien lo había invitado hacía solo un rato.

Alrededor de la mesa estaba reunido un grupo considerable de personas. No conocía a nadie aparte de a Pia, pero fue dándoles la

mano tímidamente uno a uno.

—Ya estamos todos —dijo otra mujer del grupo que se había presentado como Katrin, y se levantó de la silla—. Bueno, todos menos Trissan. Será que a los ricos les gusta llegar tarde para hacer una entrada triunfal. Como siempre, Pia ha hecho comida para un regimiento y, como siempre, estamos rodeadas de gente que no conocemos de nada. Pero hay suficiente para todos, así que ¡disfrutadlo! Hemos venido a Hållö, la isla de mi infancia, con la intención de hacer nuestros pinitos en las bellas artes. —Dirigió su copa y su mirada hacia la pareja de artistas que las instruirían durante el fin de semana.

—¡Servíos, por favor! —intervino Pia, quien temía que el discurso se alargase demasiado. Todo el mundo parecía tener hambre y ella no estaba dispuesta a permitir que la comida se enfriara, sería un pecado.

Love comenzó a servirse. Cogió pan y lo troceó para mojar primero en el tzatziki y luego en la salsa de tomate en la que estaban bañadas las albóndigas de ternera y que olía de maravilla. La condimentación estaba inspirada en la gastronomía griega. El vino regó las gargantas secas de los comensales y, al cabo de un rato, el volumen de la conversación había subido tanto que Love ya no era capaz de oír nada en medio del barullo. Pero la comida lo tenía entretenido y estaba disfrutándola al máximo. Para variar, también tomó vino y probó la cerveza griega. Al día siguiente, ya vería cómo se las arreglaría; en todo caso, Sofie, su rebelde diosa meteorológica, le había prometido sustituirlo en el primer turno de la mañana, igual que él había hecho tantas veces por ella. Quizá esa noche se atrevería a mostrar sus sentimientos un poco más.

***

La tienda de chuches de la calle Sillgatan era el destino principal de todos los críos en verano. Primero, una vuelta por el muelle Smögenbryggan para ver los barcos amarrados y, luego, a comprar golosinas: ese era el acuerdo que la mayoría de los padres se veían obligados a aceptar. Dennis entró detrás de Sandra con pasos vacilantes. Sabía que la propietaria los había visto muchas veces a los dos llenando bolsas de chuches: salados para Sandra y de chocolate o ácidos para él. En cuanto Victoria hubo franqueado la puerta, Sandra

se había levantado de un salto y había salido corriendo detrás de él. Podía entenderla, pero, a veces, deseaba que también Sandra estuviese más dispuesta a echarle una mano a su hermana con los niños. Con el tiempo, se habían hecho buenas amigas.

—Me alegro de que hayan podido venir a pesar de lo tarde que es —dijo Johanna Dahlström tras salir de detrás de la cortina que delimitaba la trastienda.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sandra, todavía con aspecto algo soñoliento.

—Hace un rato, poco antes de la hora de cerrar, salí a hacer un recado, y al volver, como mucho diez minutos después, el cajón de la registradora había desaparecido. —Se colocó junto a la caja registradora de estilo antiguo y señaló el hueco que debería ocupar el cajón.

—¿Cerró la puerta al salir?

Johanna miró hacia el suelo, sacudiendo la cabeza.

—En otoño no hay ni un alma por aquí, así que dejé abierto. Nunca he tenido problemas.

—¿Se encontró con alguien cuando volvía? —quiso saber Dennis.

—No que yo recuerde. Solo me acerqué al estanco de Gösta a comprar unas revistas.

—¿Y a charlar un rato? —añadió Sandra.

—Un ratito solo —contestó Johanna con aspecto avergonzado.

—Envíe una denuncia a través de la web de la policía, por favor, y veremos qué podemos hacer.

—De acuerdo, así lo haré.

—¿Tiene algo más que contarnos? —concluyó Sandra.

—No. O, bueno, sí. En el estanco, vi a tres personas. A dos los conozco: Olle y Casper, pero había otro hombre al que no había visto nunca.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pelo rizado y espeso. Moreno. Alto. Con gafas. Se parecía un poco al profesor Tornasol.

—¿El de Tintín? —Dennis no pudo evitar esbozar una sonrisa, pero intentó mantenerse serio.

—Sí.

—Tendremos los ojos abiertos. Llámenos si ve u oye alguna cosa que le resulte sospechosa.

Tras concluir la conversación, Dennis y Sandra cogieron cada uno automáticamente una bolsa pequeña y empezaron a elegir golosinas de las diferentes cajas. Se les había fijado en la mente la idea del regaliz salado en forma de chupete y de los discos de chocolate rellenos de caramelo, y ya no había vuelta atrás.

—La próxima vez, cierre la puerta con llave —le recomendó Sandra después de pagar y cuando ya salían de la tienda.

Johanna frunció la boca.

—Ya falta poco para que empiece la velada de relatos —comentó Dennis con un chupete salado y un disco de chocolate en la boca una vez que estuvieron en la calle.

—Ah, es verdad —dijo Sandra, cansada.

—Cuando llegas, el vino y las gambas ya están servidos en la mesa. Es una actividad muy chula.

—Pero tenemos que ir en taxi hasta Tången para coger el barco —apuntó Sandra.

—Por supuesto —replicó Dennis, dirigiéndose hacia la parada de taxis situada delante de la tienda de alimentación, en la plaza de Smögen. ¿Qué se había creído? No pensaba cruzar el puente Smögenbron con ella a cuestas.

***

Karl Ström, el único pasajero en la proa del ferri de Hållö, contemplaba el mar. En el puente de mando, el patrón se mantenía en

silencio. Sus labios apretados daban a entender que no pensaba entablar una conversación, a pesar de que se había ganado una buena propina por hacer ese viaje extra. El viento azotaba el cabello largo y rizado de Karl. Quizá no fuera el típico analista o investigador, pero esos eran precisamente sus dos títulos. Toqueteó su anillo de compromiso. Lisa al fin había aceptado y los anillos de oro blanco les quedaban perfectos a los dos. Tenían dos niños maravillosos, Sam y Leo, dos diablillos que consumían toda su energía. A cambio del fin de semana que él pasaría solo en Hållö, Lisa haría un viaje en Adviento.

Karl no tenía nada en contra de viajar, pero, aparte de las actividades familiares, a él lo que le gustaba era dedicarse a sus números. A medir y analizar. A introducir los resultados en modelos y tablas. Había nacido para eso. Que la policía y otros clientes se beneficiaran de que fuese, en palabras de Lisa, un friki del trabajo, era, a su juicio, pura casualidad. Fue ella quien le había sugerido que se dedicara a la investigación. Y el catedrático de Criminología de la universidad lo había aceptado en sus filas sin pensárselo dos veces, ya que en la facultad les faltaba alguien con los conocimientos expertos de Karl. Camilla Stålberg, la jefa de la policía, había aceptado que trabajase a media jornada en el equipo de informáticos forenses que acababa de crearse, de modo que pudiera dedicar la otra media a investigar. Entre lo que ganaba con su labor investigadora y el sueldo de la policía, vivían bastante bien. Inspiró con fuerza el aire marino.

—Está formándose una tormenta —comentó el patrón sin apenas mover los labios.

—Ah, ¿sí? —preguntó Karl, en un intento de entablar conversación.

—Este es mi último viaje. Hasta el domingo no volveré a coger el barco. Eso si ha pasado el temporal, claro.

—¿Habrá temporal?

—El peor en muchísimo tiempo. ¿No lo ha oído?

—No, no sabía nada. Pero no será peligroso estar en la isla, ¿no?

—Peor será para los marineros.

—Yo puedo mantenerme a cubierto —dijo Karl, sonriendo.

—Sí, no salga de la estación de radio —advirtió el patrón, resuelto.

La estación de radio era la construcción de 1922 que se había

utilizado, entre otras cosas, para enviar mensajes secretos durante la Segunda Guerra Mundial, y ahora era el albergue de la isla. Karl había reservado una de las habitaciones grandes y pensaba trabajar día y noche hasta que el patrón se dignase a ir a recogerlo. Lisa le había permitido tomarse el fin de semana libre de la familia y, si tenía que quedarse más tiempo, lo contabilizaría como tiempo de trabajo en la policía. Sintió un cosquilleo ante la perspectiva de poder encerrarse sin que nadie lo molestara. Le faltaban solo unas cuantas horas de trabajo para terminar el puzle al que llevaba tanto tiempo dedicándose. Pero para eso necesitaba tranquilidad. Con los resultados que había obtenido hasta entonces, los desarrolladores informáticos ya trabajaban a destajo para crear una aplicación que haría que el sistema de gestión de casos de la policía sueca, DUO-DOS, fuese más eficaz que todos los expertos en elaboración de perfiles criminales juntos. Cada caso que se registrase en el sistema se compararía con los datos existentes de una manera totalmente novedosa. Sobre la base de solo cuatro parámetros, por ejemplo, la ubicación geográfica del lugar del delito, la hora del día, el método y el presunto móvil u otros datos relevantes, la aplicación acotaría, en cuestión de segundos, a menos de cuatro los posibles autores en la mayoría de los casos. Si la aplicación se extendía a los cuerpos policiales de todo el mundo, a los delincuentes pronto les costaría librarse de ser detenidos. Karl estaba deseando que llegase el día de mostrar su creación.

El patrón lo ayudó a subir la bolsa de viaje al muelle. Las frías ráfagas de viento le atravesaron el cuerpo y tuvo la sensación de que su abrigo de invierno era fino como papel de seda. De todos modos, lo más probable era que prácticamente no saliera de la habitación. El patrón señaló en dirección al albergue, cuya planta baja tenía todas las ventanas iluminadas.

—Ya están ahí —dijo.

—¿Quiénes? —preguntó Karl, mirando hacia la casa.

—¡Las mujeres! —contestó el patrón.

—¿Qué mujeres?

—Una pandilla salvaje que se ha instalado en el albergue durante el fin de semana. Tengo que recogerlas el domingo, pero ya puede decirles que no vendré hasta que mejore el tiempo.

Riendo, Karl se echó al hombro la bolsa y se encaminó hacia el albergue. El granito rosa había adoptado un tono gris por la humedad

y la falta de luz. Seguía siendo bonito, pero era una belleza más apagada que en verano, cuando el paisaje refulgía en azul y rosa. Si el temporal no azotaba la isla en exceso, intentaría dar un paseo más tarde. Llevaba una linterna nueva que quería probar; en un lugar oscuro como aquel, podría apreciar mejor su potencia. Además, tampoco le apetecía tener que aguantar una fiesta delante de su puerta. Había elegido Hållö precisamente para disfrutar de unos días de silencio a su alrededor.

Sin saludar a nadie, se coló en su habitación tras recoger la llave en la caja a la entrada del albergue. La pareja que gestionaba el alojamiento lo había informado de que no estarían a partir de las seis de la tarde, y ya casi eran las siete.

No pudo evitar que le llegasen los aromas de los platos que estaban degustando en el comedor, pero él no formaba parte de aquel grupo. Dejó la bolsa y decidió que saldría inmediatamente a dar un paseo. El patrón le había dejado claro que no podía tomarse a broma el temporal que se aproximaba y Karl tenía muchas ganas de probar la linterna que había comprado ex profeso para contemplar la famosa ensenada de Mármol de la isla.

***

El antiguo almacén de hielo de Hampholmen bullía de gente llena de expectación. Las entradas a las veladas de relatos siempre se agotaban en un abrir y cerrar de ojos. Al parecer, la población local no se cansaba de escuchar historias acerca de sus antepasados y el paisaje que los había modelado. Esa vez, los relatos girarían en torno a la importancia de las mujeres en los faros. Aunque en las veladas solían predominar los asistentes masculinos, ese día el tema había conseguido que también se animasen a salir a la tormenta otoñal las mujeres. Hampholmen contaba con su propio barquero, que transportaba a la gente en su barco desde el muelle de Fisketången hasta el islote, donde su esposa gestionaba el almacén de hielo. La construcción volvía a lucir su tradicional color amarillo, que lo distinguía de las casitas de pescadores blancas y los cobertizos rojos, y en ella se organizaban bodas y otros eventos durante todo el año.

A Sandra y a Dennis les habían asignado una mesa en el centro del local, en la que ya estaban servidos el vino blanco y los platos de

marisco. Del altavoz llegaron unos crujidos antes de que la narradora se impusiera con su voz sobre el murmullo de la sala. Delante de la parte ocupada por la cocina se situaba una pantalla en la que se proyectaba una imagen del faro de Hållö.

—No podéis imaginaros la importancia que han tenido las mujeres en los faros —comenzó la narradora, quien era hija del último farero jefe de Hållö y había recopilado fotos e historias de un tiempo desaparecido—. Hoy en día, los faros que salpican la costa sueca carecen de personal y, en muchos casos, ya no cumplen su antigua función —prosiguió.

Explicó cómo su madre ayudaba a su padre a vigilar el faro para que él pudiese descansar. Era ella quien asumía la guardia desde medianoche hasta las cuatro de la madrugada y, luego, se levantaba temprano para atender a los hijos que habían ido teniendo a lo largo de los años. Cuando su padre tenía que ir a tierra firme a hacer gestiones, su madre se encargaba del faro, a veces durante varios días seguidos.

Dennis miró a Sandra y vio que estaba fascinada por el relato de la anciana dama. En 1969, la automatización del faro hizo prescindibles los servicios de los torreros, y la familia de la señora abandonó Hållö. La vida del antiguo farero jefe no volvería a ser igual desde ese momento. La voz de la narradora reflejaba la tristeza y la nostalgia de una época en la que las personas eran necesarias en puestos remotos y cada gremio sentía el orgullo de su profesión. Dennis sonrió para sus adentros al recordar la desgana de Sandra cuando le enseñó las entradas. Sin embargo, cuando le dijo que incluía una copa de vino, se había animado a acompañarlo. Volvió a sonarle el teléfono en el bolsillo del pantalón y decidió salir a ver quién era.

—Policía de Kungshamn, ¿dígame? —contestó.

—Hola, soy Jan Elofsson, de la policía marítima.

—Ah, hola.

—Ha aparecido una mujer muerta en la ensenada de Mármol de Hållö. La ha encontrado uno de los huéspedes del albergue. Ya hemos recuperado el cadáver y hemos amarrado junto a la zona de baño. —El policía se calló tras terminar su informe.

—¿Sabéis quién es? —Dennis siguió caminando para alejarse del local y no molestar al público.

—Todavía no está claro.

—¿Tenéis alguna descripción de la víctima?

—Entre treinta y cinco y cuarenta. La ropa no parece de la más barata —explicó el agente, quien no había profundizado más en el análisis del cuerpo.

—¿Se ha ahogado? ¿O por qué me llamáis a mí?

—Parece que la han estrangulado. Llevaba una cadena que le ha penetrado en la piel.

—Vale. —Dennis miró hacia el almacén de hielo y, a través de la ventana, vio que Sandra escuchaba con gran atención el discurso.

—Aún no estamos seguros, pero es probable que haya sido víctima de un delito. ¿Puedes venir? Está formándose una tormenta y tendremos que irnos a un puerto más protegido dentro de poco. —El agente de la marítima sonó impaciente.

—¿Y cómo llego a la isla? —Dennis se dio cuenta de que se había acabado la velada con una copa de vino en la sala cálida.

—En el ferri de Hållö, Bertil ya está esperándote en el muelle.

—¿Qué habéis hecho para que Bertil se despegase de las colas de cangrejo? Antes hemos visto a su mujer comprando en la pescadería de Gösta.

—La hija de Bertil trabaja con nosotros, así que le hemos pedido que lo convenciese —contestó el policía en tono seco.

—¿Habéis llamado a Miriam Morten?

—Sí, ella y Jesper Korp están en camino.

—Su esclavo.

—¿Cómo?

—Nada. Salgo para ahí. —Dennis colgó y se dio la vuelta.

—¿Significa eso que puedo quedarme con tu copa de vino? —preguntó Sandra, quien había salido a buscarlo en la pausa.

—Han encontrado a una mujer muerta en la ensenada de Mármol.

—¡Vaya! Entonces, ¿se ha acabado la diversión?

—Depende de cómo lo mires. Tú puedes quedarte. Nos vemos después en Smögen.

—No vayas a quedarte varado en Hållö por el temporal.

—No creo. En todo caso, tendré que pedir ayuda a Salvamento Marítimo, pero, de una manera u otra, conseguiré regresar.

—Vale, ¡hasta luego!

Sandra volvió a entrar en el local. Su forma de andar le dejó claro que no le hacía ninguna gracia no poder acompañarlo. Pero Dennis juzgó que era demasiado arriesgado que los dos pudiesen quedarse varados en Hållö. Necesitaban a Sandra en tierra firme en el caso poco probable de que sucediese algo ahí. El viento le golpeó la chaqueta cuando salió al muelle. Miró el móvil antes de guardarlo en el bolsillo. Ya eran las ocho y media.

3

Karl Ström se sentó en la cama. Las manos se le habían quedado heladas mientras esperaba a la policía marítima en la oscuridad. Por teléfono le habían pedido que se quedase allí para que nadie pudiese alterar el lugar del hallazgo. Tampoco le permitieron contactar con los huéspedes del albergue para que le llevasen algo caliente. El riesgo de que hubiesen bajado corriendo a la Ensenada era demasiado grande. Después de que los policías tomasen el relevo y recuperasen el cuerpo, Karl regresó caminando por las rocas. Una vez en el albergue, la música y el murmullo del comedor le habían parecido irreales. Ninguna de las personas que estaban sentadas allí dentro sabía qué había sucedido. Al mismo tiempo, Karl pensaba que deberían saberlo. Quizá alguna de ellas conociera a la mujer del agua. Pero no era tarea suya informarlas. En breve, otro agente se personaría en el comedor y, en ese preciso instante, se acabaría la fiesta. La cocinera del grupo le había dejado un plato en la mesa de su habitación. La comida era deliciosa. Con el frío y el hambre que tenía, comer y darse una ducha relativamente caliente le habían sentado bien, y pensó que quizá podría dormirse. Pero la desazón que sentía en su interior no le permitía calmarse.

De repente, dejó de sonar la música. Alguien se presentó y, a través de las paredes de papel, oyó cómo las exclamaciones de horror se extendían por el comedor. Un policía había puesto punto final a la fiesta y, con toda probabilidad, hablaría con todos los presentes uno a uno. ¿Pertenecería la mujer muerta al grupo de amigas del albergue, como él se temía? ¿O se trataba de una desconocida que había llegado a la Ensenada desde mar abierto? Desde la distancia a la que se encontraba, le resultó imposible distinguir quién era o qué aspecto tenía, pero su instinto le decía que probablemente formase parte del grupo.

Se estremeció al pensar que pudiera pasarle algo a su familia. Era una idea inconcebible y no permitiría que sucediese nunca. No sería capaz de superarlo emocionalmente. En esos momentos no se sentía con fuerzas para volver a hablar con la policía; confiaba en que bastase con la información que ya había facilitado. Primero, se lo había comunicado a Emergencias y, luego, había hablado con uno de los agentes de la marítima que iban a bordo del barco que había acudido al lugar de los hechos. Todo lo que podía decir era que había salido a

dar un pequeño paseo por las rocas en la oscuridad y que había decidido bajar hasta la popular zona de baño conocida como la ensenada de Mármol. Para ver el famoso fondo de arena blanca, había encendido su nueva linterna, que podía conectarse a la cámara del móvil y que había comprado por cuarenta y nueve coronas en internet. La linterna poseía una enorme potencia de iluminación y, al pasar el haz de luz sobre la Ensenada, había descubierto el cuerpo. El agente de la marítima le había preguntado con cierto escepticismo cómo es que se encontraba precisamente allí y con una linterna de aquellas características, pero Karl no supo qué responderle. Después del faro, la ensenada de Mármol era la mayor atracción turística de la isla. Y la linterna la llevaba con él desde el momento en el que le habían dejado el paquete en el buzón. ¿Qué más podía decir? Simplemente tenía curiosidad por probarla iluminando la Ensenada en la oscuridad. Lo frustraba y lo enojaba que se cuestionase su actuación de aquella forma. Al fin y al cabo, él también era policía.

Ahora, solo quería que lo dejasen tranquilo. Se metió bajo el edredón con uno de los libros que llevaba y encendió la lamparita. Resultados de análisis: Métodos eficaces para llegar a los responsables de la toma de decisiones parecía una lectura extraña antes de irse a dormir. El comienzo del fin de semana podría haber sido mejor. Ya echaba de menos a sus hijos y a Lisa. Su mujer lo llamaría después de cenar y acostar a los niños, tal como habían acordado. Las letras se le volvían borrosas y le costaba concentrarse. Ojalá Lisa lo llamase pronto.

***

La mesa del comedor estaba repleta de botellas de vino y de cerveza, vasos y copas medio llenos y platos más o menos rebañados. Las personas que acababan de darse un festín allí se habían retirado a sus habitaciones. Los cantos, la música y el murmullo habían enmudecido. No se percibía el más mínimo ruido dentro del albergue. La policía marítima se dirigía a Uddevalla, donde esperaba Miriam Morten, del Departamento de Medicina Forense, ya que había sido imposible encontrar a alguien que la llevase a Hållö.

A través de Camilla Stålberg, Dennis se enteró de que la víctima se llamaba Tricia Andersen, residía en Estocolmo y era hija del embajador estadounidense. No le cabía ninguna duda de que recibirían mucha presión desde arriba. Dennis les había pedido a todos

que se fuesen a sus respectivas habitaciones porque quería interrogarlos uno a uno antes de que pudiesen hablar entre sí. Luego, se instaló en uno de los dormitorios libres del albergue, donde colocó una mesa en el centro y dos sillas una frente a otra. Tras haber interrogado durante algo más de diez minutos a Pia, Katrin, Annelie, el meteorólogo y la artista, seguía sin tener nada. Todos habían explicado exactamente lo mismo: se habían reunido para cenar y no habían visto ni oído nada raro. Solo Annelie se había ausentado durante la cena para ir al baño. La fiesta había continuado y lo único destacable era que su amiga no había llegado a aparecer y que el analista Karl Ström había rechazado la invitación de unirse a ellos tras regresar de su paseo nocturno y se había metido en su habitación. Poco después había llegado Dennis para informarlos de que la mujer ausente había sido hallada muerta en la ensenada de Mármol.

El hecho de que Tricia no se hubiera presentado no había extrañado demasiado a las demás chicas porque Trissan —como la llamaban ellas— vivía en su propio mundo, donde llevaba una cuenta del tiempo diferente. Que llegase más tarde de la hora acordada era la norma más que la excepción. Por eso, cuando la llamaron y no contestó, hicieron lo que solían: ponerse a comer, pensando que ya llegaría. Sin embargo, en los interrogatorios, Dennis notó que estaban conmocionadas. Annelie se había echado a llorar; Pia se sentía culpable porque no había querido que salieran a buscarla, ya que la comida se habría echado a perder; y Katrin estaba frustrada porque seguramente casi habían coincidido con Trissan cuando Annelie y ella regresaron al albergue después de su chapuzón. Al fin y al cabo, solo había sido una hora antes de que encontrasen su cuerpo. Pero no había salido nada más a la luz que Dennis no supiera ya. Ahora solo faltaba el hombre de la pareja de artistas.

Se presentó como Sture Merlin mientras apartaba la silla frente a Dennis y se sentó con elegancia, cruzando sus largas piernas bajo la pequeña mesa.

—Mucho gusto —dijo, acariciándose la perilla.

—Bueno, no son las circunstancias más agradables para conocerse —replicó Dennis, y bajó la vista a su libreta—. Su mujer y usted llegaron ayer por la tarde. ¿Recuerda si ha visto algo extraño desde su llegada?

—Nada de nada —contestó Sture, tocándose el borde delantero de su boina negra, sin que esta cambiase de posición de manera perceptible —. Aquí no hay nada extraño. Ni en Hållö ni en toda la costa. Es lo que tienen los sitios pequeños, ¿sabe? No existe la diversidad. Las

rocas conservan su color; las gaviotas, sus graznidos; y las personas no cambian en absoluto. También es el encanto de estos lugares alejados.

—Ajá —dijo Dennis—, pero ¿ha visto a alguien aquí, en la isla, aparte de las personas que estaban en la cena? Y aparte de Karl Ström, claro, que también se hospeda en el albergue.

—Ayer por la tarde estuvimos con la pareja que lleva el albergue, pero luego vi que cogían el ferri para volver a Kungshamn. También vi a dos personas en los alrededores de la estación meteorológica, pero supongo que son las que trabajan allí. De hecho, una de ellas ha estado en la cena.

—¿Recuerda qué aspecto tenía la persona?

—¿A quién se refiere? —preguntó Sture.

—A la otra persona que vio en la estación, aparte de Love Hedberg, el meteorólogo que cenó con ustedes.

—No, solo vi que era joven y quizá guapa.

—¿Cómo puede saber eso?

—Se movía de forma atractiva y su pelo tenía un tono claro que quedaba muy bonito en contraste con las rocas húmedas.

—De acuerdo —dijo Dennis, y garabateó algo que ni él era capaz de entender—. ¿Qué ha hecho hoy entre las tres y las siete y media de la tarde?

Sture Merlin se levantó como un rayo y golpeó con los talones en el suelo.

—¿Está diciéndome que soy el principal sospechoso? —inquirió en tono dramático.

Dennis respiró hondo.

—Todavía no tenemos ningún sospechoso principal, pero quiero que me explique qué ha hecho durante el intervalo que le he indicado.

—Primero estuve en la cama con mi mujer… ejem… descansando. —Le guiñó un ojo a Dennis, quien fingió no verlo—. Solemos hacerlo antes de la cena.

—¿Y luego?

—A las seis estábamos invitados a cenar y llegamos unos minutos después. La comida estaba riquísima. No sé si la tal Pia tiene algún talento artístico, pero está claro que sabe cocinar. Luego, hicimos la sobremesa hasta que llegó usted y nos interrumpió.

—¿Salieron antes de cenar? ¿Quizás a dar un paseo?

—No, no salimos para nada. A mi mujer le apetecían otras cosas. —Volvió a guiñarle un ojo y se pasó la mano por la perilla, como si quisiera parecer avergonzado.

—Gracias, eso es todo de momento —concluyó Dennis, y trazó con énfasis un punto con el bolígrafo en su libreta—. Pero es posible que necesite volver a hablar con usted.

—Siempre a su servicio —sonrió Sture Merlin, y se despidió con una reverencia antes de abandonar la habitación.

***

Dennis salió de su sala de interrogatorios provisional y fue a llamar a la puerta de Karl Ström, a quien ya le había tomado declaración brevemente la policía marítima cuando llegaron a la Ensenada. Como trabajaba para la policía, se consideró de inmediato que carecía de interés para la investigación más allá de que había encontrado a la víctima y notificado el suceso. Aun así, Dennis quería hablar con él. Quizá su colega se encontraba afectado por los hechos y prefería no sacarlo de su habitación. Habían coincidido en la Jefatura de Policía de Gotemburgo y hablado en algunas ocasiones, pero no se conocían más allá de eso. Tras un par de llamadas a la puerta, le llegó una voz desde el interior:

—¡Adelante!

Dennis entró y se encontró con una habitación que tenía por todo mobiliario una mesa pequeña, una silla y literas a cada lado de la mesa. El suelo no tenía moqueta y las cortinas de la ventana estaban estampadas con peces que parecían lenguados. Karl, con sus rizos oscuros sueltos, leía un libro sentado en una de las literas inferiores. Dennis aún no había hablado con él, ya que, cuando llegó a Hållö, la policía marítima ya lo había enviado de vuelta al albergue.

—Hola —saludó Karl, dejando el libro sobre el edredón.

—Perdona que te moleste —se disculpó Dennis, quien se sentía totalmente fuera de lugar. Su colega, vestido con una camiseta, estaba a punto de irse a dormir y él había invadido su privacidad—. Me gustaría regresar esta noche a Smögen, si consigo que algún barco me lleve. ¿Te parece bien que te haga algunas preguntas adicionales antes de irme?

—Sí, claro —Karl sonó cansado.

Dennis se sentó a la mesa y sacó su libreta. La iluminación era tan escasa que apenas veía las anotaciones que había hecho hasta ese momento, pero no dejó que se le notara.

—¿Por qué iluminaste el agua con una linterna?

Karl Ström se inclinó sobre la mesa y cogió una pequeña linterna, que le tendió a Dennis.

—Abre la ventana y enciéndela.

Dennis hizo lo que le decía y comenzó a iluminar el paisaje desnudo. A lo lejos, distinguió un conejo que brincaba a toda velocidad sobre las rocas. Cuando el animal se dio cuenta de que lo veían, aceleró aún más. La potencia luminosa era enorme. Recordaba a equipos policiales considerablemente más pesados que se utilizaban en helicópteros de reconocimiento y en batidas de búsqueda en el bosque.

—Tiene una potencia impresionante —apreció.

De repente, el viento cerró la ventana de un golpe. El tiempo empeoraba rápidamente. Dennis echó una ojeada al reloj: las diez y cinco. Si se daba prisa, quizá Bertil todavía se animase a hacer un último viaje con el ferri, o quizá podía llamar al barco exprés de Hållö, que solía hacer la ruta desde Kungshamn.

—Como cuando llegué ya había oscurecido, no pude resistirme —explicó Karl—. El resto del fin de semana se supone que hará mal tiempo y quería ver la ensenada de Mármol lo antes posible, por eso salí a dar un paseo. Fue genial probar la linterna allí para ver si conseguía iluminar el fondo.

—¿Y lo iluminó? —preguntó Dennis.

—Sí. Entonces descubrí el cuerpo. —Karl se estremeció al decirlo. A

pesar de su gran estatura, daba la impresión de ser pequeño y frágil.

—¿Te pareció que estaba muerta o sospechaste que aún podía estar viva?

—Flotaba con la mirada perdida. No tuve ninguna duda de que estaba muerta.

—¿Te planteaste sacar el cuerpo del agua?

—Era imposible llegar hasta ella, así que llamé al 112. Me pidieron que me quedase hasta que llegara la policía marítima.

—¿Y esperaste?

—Sí, me quedé esperando en la zona de baño, congelándome. Las rachas de viento ya eran muy fuertes. Cuando llegó el barco, iluminé en dirección al cuerpo para que no lo arrollasen.

—¿Te interrogaron?

—Me hicieron algunas preguntas que contesté. Pero estaba quedándome hecho un cubito y me pidieron que regresara al albergue y te esperase sin salir de la habitación.

—¿Cómo te encuentras?

—Así así. Pensaba rendir al máximo todo el fin de semana, pero ahora no tengo ningunas ganas. De repente, el proyecto en el que estoy trabajando me parece irrelevante. Si hubiera pasado antes por la Ensenada, quizá habría podido salvarla.

—¿La conocías?

—No la había visto nunca.

—Se llamaba Tricia Andersen y vivía en Estocolmo.

Karl se sobresaltó y se quedó mirando los ojos de Dennis.

—¿La conocías? —volvió a preguntar Dennis.

—No —contestó Karl, vacilante.

—¿Estás seguro?

—El nombre me ha sonado conocido.

—¿Conocido de dónde?

—De Estocolmo.

—Es la hija del embajador estadounidense. ¿Te dice algo?

—Ah, por eso me suena. Trabajé en la embajada.

La voz suave de Karl se tornó más brusca de golpe y aquel pequeño cambio de tono hizo retroceder a Dennis. El hombre que estaba sentado en la litera se encontraba bajo presión. Antes de nada, necesitaba descansar. Al día siguiente, cuando hubiese pasado el shock inicial, volvería a interrogar a los huéspedes uno a uno, y también pediría que enviasen a un psicólogo y que Sandra fuese a la isla. Contar con la ayuda de su compañera en los interrogatorios era una ventaja cuando la conversación no conducía a ningún sitio.

—Mañana seguimos hablando. Buenas noches —concluyó Dennis.

—Buenas noches.

Dennis salió de la habitación y llamó al patrón del ferri de Hållö, pero Bertil se negó a volver a hacer la travesía. A su juicio, el temporal ya era demasiado peligroso y no pensaba comprometerse a hacer más viajes antes de que amainase. Dennis marcó el número que le habían dado de la policía marítima, pero ya habían amarrado en Fiskebäckskil, donde esperarían a que se calmase el viento. No le quedaba más remedio que avisar a Sandra de que no podía regresar y de que, además, quería que ella se desplazase a la isla por el medio que pudiera en cuanto se despertase al día siguiente. Se temía una conversación en la que tendría que aguantar a su compañera enfurruñada, por no haberla llevado con él y porque lo más probable era que estuviese hecha un ovillo en el sofá viendo una serie policiaca hasta quedarse dormida. Marcó su número, pero no contestó nadie.

Al entrar en su habitación, le llegó un SMS de Helene. La pareja propietaria del albergue había dado su permiso para que pasase la noche allí. Que Helene estuviera en casa viendo algún concurso en la tele no le impedía echarle un cable a su jefe. Siempre se podía confiar en ella, pensó Dennis. Quizá Sandra la había puesto al tanto de la situación. En eso sonó su móvil. Era Miriam Morten.

—Hola, ¿vas en la ambulancia? —preguntó Dennis.

—Sí, Jesper y yo hemos realizado un primer examen visual, pero solo por encima. Nos la llevamos a Gotemburgo. —El ruido de todo el

equipo de la ambulancia casi no le permitía a Dennis entender lo que la forense decía.

—¿Crees que nos encontramos ante un asesinato? —inquirió.

—Eso parece —contestó Miriam—. La cadena se le ha quedado insertada en el cuello de una forma que nos hace pensar que alguien tiró de ella con mucha fuerza por detrás.

—O sea, que han asesinado brutalmente a la hija del embajador estadounidense.

—Tienes un don para atraer desgracias —señaló Miriam.

—¿Yo? ¿Qué voy a tener yo que ver con esto?

—Nada, por supuesto, pero Sandra y tú vais a estar en el punto de mira. Te lo aseguro.

Dennis sabía que Miriam tenía razón y, lógicamente, él quería resolver el caso a toda costa para que los padres y demás familiares de la víctima supieran qué había sucedido. Pero eso no era lo único. La prensa internacional informaría de cada paso que diesen, y eso era lo que menos le apetecía. Quizá podría poner a Sandra al frente. Seguro que ella y la jefa, Camilla Stålberg, estarían encantadas. Se metió vestido bajo el fino edredón de verano y puso el brazo debajo de la almohada. Su móvil no tardaría en empezar a sonar ininterrumpidamente, así que más le valía aprovechar para dormir un poco. Sin embargo, era incapaz de dejar de pensar. ¿Seguía el asesino, o la asesina, en Hållö? ¿O ya había huido en barco lejos de allí? Le envió un correo a Camilla pidiéndole que emitiera una orden de búsqueda para Suecia y los países vecinos. Tanto Noruega como Dinamarca se encontraban a una distancia razonablemente corta como para poder recorrerla en un barco más o menos grande. En realidad, debería llamar a la jefa, pero no estaba por la labor en esos momentos. Tampoco podía hacer mucho más que pedirle que movilizase a más personal, y para eso bastaba con el correo electrónico. Era probable que Miriam ya tuviera disponible un primer informe. Y a los huéspedes del albergue les había impuesto un toque de queda, a pesar de no tener la orden de la fiscalía.

Hållö, mañana de Nochebuena, 1896

Madre había encendido la chimenea. La leña de brezo chisporroteaba cuando el fuego prendía en las flores secas que quedaban en las ramas. Hedvig acababa de despertarse y contempló a su madre desde el banco de la cocina. Ya tenía once años y se encargaba casi siempre de las tareas domésticas mientras su madre, Cornelia, ayudaba a su padre a atender el faro. Madre parecía cansada, pero se sentó con una sonrisa en una silla al lado del banco.

—Hoy es Nochebuena —dijo.

—Entonces, ¿tendremos fiesta? —preguntó Hedvig, esperanzada.

—No —rio madre—, los faros de la costa siempre deben estar encendidos. Pero papá se turnará con el farero segundo, que se encargará de la torre a partir de las seis para que nosotros podamos disfrutar de la cena de Nochebuena.

—¿La cena de Nochebuena? —preguntó Hedvig. Durante el otoño, el contenido de las cajas que les llegaban en barca desde Kungshamn cada semana había sido más bien frugal.

—Ya verás —sonrió su madre—. Pero primero tenéis que ayudarme con todas las tareas.

Hedvig se levantó de un brinco. Había mucho que hacer antes de la hora de la cena, como siempre, pero ese día la casa brillaría como los chorros del oro. Sacudió a su hermana pequeña, Ingeborg, que aún dormía arropada por el calor de las mantas.

4

Sandra se despertó más tarde de lo habitual. De hecho, casi siempre madrugaba. Tenía el móvil a su lado en la cama. Las nueve. Hacía mucho que no dormía hasta tan tarde. Vio que tenía cinco llamadas perdidas de Dennis. Se envolvió en la bata antes de ir al baño. Las tejas repiqueteaban y las fuertes ráfagas de viento hacían temblar los cristales. Cada vez que había temporal, se preguntaba si los arrancaría del marco y entrarían volando en la habitación. Al edificio en el que vivía no le iría nada mal un poco de mantenimiento por parte de buenos profesionales.

Cuando regresó al dormitorio, cogió el cálido edredón de la cama y se fue con él al sofá para llamar a Dennis. Notó que empezaba a invadirla la irritación. Que un agente se quedase en tierra y otro fuera a la isla de Hållö era un razonamiento correcto, por supuesto, pero Sandra también sabía que era esencial llegar enseguida al lugar de los hechos para ser de utilidad en la investigación.

—¿Dónde estabas? —preguntó Dennis.

—En casa, ¿por qué?

—Haces falta en la isla. Estuve llamándote ayer por la noche y esta mañana otra vez.

—Estaba durmiendo, y ayer no me pareció que fuese tan importante.

—¿Puedes venir lo antes posible?

—¿Se ha decidido oficialmente? —preguntó Sandra, aún molesta por no haber podido acompañarlo el día anterior—. Hoy es sábado.

—Si quieres una orden oficial, tendrás que llamar a Camilla.

—Vale, pero a la jefa le gusta racionar los recursos, así que no esperes demasiado apoyo de su parte.

—¡Anda, llámala! —la apremió Dennis antes de colgar.

La jarra de la cafetera ya se había llenado y Sandra estaba sirviéndose una taza cuando su móvil se le adelantó. La melodía especial resonó en la habitación.

—Hola, Sandra, ¿cómo estás? —preguntó Camilla cortésmente.

—¡Bien, gracias! Dennis se fue a Hållö ayer para reunirse con la policía marítima, pero hacía tanto viento que no pudo volver por la noche.

—Lo sé —replicó Camilla Stålberg.

—Ya, claro. ¿Querías decirme algo? —inquirió Sandra mientras el corazón empezaba a latirle más deprisa. Se imaginaba a Camilla sentada con una sonrisa muda en su butaca de cuero verde de la Jefatura de Policía de Gotemburgo, en la calle Skånegatan.

—Vete a Hållö a ayudar a Dennis. Te llevarán los de Salvamento Marítimo.

—¿No has enviado ya a los policías que tienen turno hoy? ¿Ha habido alguna novedad? —Sandra quería sonsacarle más información—. Ya han trasladado el cuerpo a tierra, ¿no?

—La mujer hallada muerta en el agua es la hija del embajador estadounidense. Esto convierte el suceso en un asunto político y me obliga a dedicar todos los recursos disponibles. Desde ya mismo, trabajáis en un caso que tiene la máxima prioridad. Yo estoy a punto de entrar a una reunión con la Säpo.

—O sea, ¿que sospecháis que se trata de un asesinato? —razonó Sandra al saber que entraba en escena la Säpo, los servicios secretos suecos.

—Me temo que sí.

—¿Tenemos ya algún sospechoso? —Sandra notó cómo aumentaba el interés en su propia voz.

—Karl Ström. Y me alegro, porque debemos demostrar que tenemos algo con lo que seguir trabajando.

—¿Cómo? ¿Qué tiene que ver Karl Ström con todo esto?

—Encontró a la mujer en el agua en circunstancias, digamos, extrañas. Estadísticamente hablando, quien encuentra a la víctima…

—Pero Karl es nuestro analista. Fue uno de mis profesores en la Escuela Superior de Policía… ¿Vas a cargarle el muerto a Karl para demostrarle a la Säpo que somos eficientes?

—Por desgracia, han salido a la luz datos incriminatorios que vinculan a Karl con la víctima. Hoy mismo os llegará una investigadora de Asuntos Internos. Lo exigen nuestros procedimientos, dado que Karl es empleado de la Policía de Suecia.

—Sí, ya lo sé, pero ¿a qué te refieres cuando dices datos incriminatorios?

—Que quede entre nosotras: Karl tuvo una relación con ella en el pasado. ¿Te basta?

—¿Cómo? —Sandra enmudeció.

—Quedamos así, hasta luego —se despidió Camilla.

Sandra colgó y se quedó sujetando el móvil rígidamente en la mano. ¡Joder! Qué frío hacía en su piso.

***

Dennis fue llamando una a una a las puertas de las habitaciones del albergue. A primera hora de la mañana, había oído a Pia repartiendo café y sándwiches entre los huéspedes. Les explicó a todos que podrían regresar a tierra en cuanto concluyesen los interrogatorios complementarios, aunque tendrían que esperar un poco más porque el temporal continuaba azotando la isla. Aun así, Salvamento Marítimo ya había zarpado de Fiskebäckskil para socorrer a la gente que se había quedado varada en las diferentes islas. Cuando terminó, llamó a Sandra otra vez.

—¿Qué tal? ¿Vas a toda máquina? —preguntó Sandra.

—Ahora mismo está todo tranquilo. Los he citado a todos para interrogarlos a partir de las diez —contestó Dennis.

—La jefa quiere que vaya a Hållö.

—¿Qué te había dicho yo?

—Como refuerzo.

—¿Te ha explicado algo más?

—Que la mujer encontrada en el agua es la hija del embajador estadounidense en Estocolmo. —La voz de Sandra sonó resabida.

—Lo sé. Me imagino que ese dato ha hecho sonar todas las alarmas de Camilla. —Dennis sonrió burlonamente.

—Seguramente. No hace falta ser Einstein para establecer un vínculo con el presidente norteamericano. Al fin y al cabo, al otro lado del charco hay mucha gente insatisfecha con él, así que una teoría podría ser que existe una relación entre la muerte de Tricia Andersen y el trabajo de su padre.

—¿Trabajamos con esa sospecha? —preguntó Dennis en tono serio.

—La jefa dice que el operativo va a ser una pasada. Los servicios secretos ya están al corriente. Y Jesper Korp está analizando en estos momentos los primeros resultados del examen forense de ayer por la noche.

Dennis volvió a tener aquella sensación. La sensación de que las cosas sucedían al margen de él; de que nunca le llegaba la información por la vía que tocaba. ¿Acaso lo habían degradado a mensajero de Camilla y Sandra? De ser así, estaba seguro de que no le gustaba nada el puesto. Que no le interesase el contacto con la prensa no significaba que quisiera hacer de asistente en la investigación.

—¿Cómo vendrás a la isla? —le preguntó.

—Con los de Salvamento Marítimo.

—¿Crees que darán prioridad a tu transporte cuando quizá hay gente en el agua que corre peligro?

—Ahora eres tú el que está enfadado, ¿te das cuenta? Voy a ir y punto.

—Pero el temporal…

—¡Qué temporal ni qué ocho cuartos! Querías que fuese a Hållö y voy a ir. ¿Tienes provisiones?

—No. Estoy muerto de hambre. No podía pedirles a las chicas que me dieran de su comida después de interrogarlas ayer y prohibirles que saliesen de sus habitaciones.

—¿Las chicas? —Sandra sonó interrogante.

—Hay un grupo de chicas alojadas en el albergue.

—Ahora entiendo por qué no volviste ayer a casa —lo pinchó Sandra.

Colgaron. Dennis se sentía aliviado y molesto a la vez. Contar con Sandra era una ayuda que apreciaba, pero, al mismo tiempo, él era un buen policía que sabía arreglárselas solo perfectamente. Y que Camilla Stålberg nunca le demostrase que confiaba en él lo sacaba de quicio.

***

La tormenta rugía alrededor de la Jefatura de Policía de Gotemburgo. A pesar de la intensidad de las rachas de viento —ya habían llegado informes de zonas sin electricidad y árboles derribados—, la situación era relativamente tranquila en comparación con la costa. El norte de la región de Bohuslän estaba muy afectado y algunos diarios ya establecían comparaciones con los huracanes sufridos en otoño de 1969. En el despacho de Camilla Stålberg, el representante de los servicios secretos suecos y una investigadora de Asuntos Internos se habían instalado en las sillas para visitas frente a su imponente escritorio.

—¿Vais a asumir vosotros el mando? —le preguntó al agente de la Säpo, Jörgen Hammar, que contaba con una dilatada experiencia en los servicios secretos suecos. Aunque Camilla seguramente tenía un rango superior si examinaban la organización de la policía, respetaba a su colega. El agente había comenzado su carrera como escolta de las personas más vigiladas del país, pero, mediante formaciones internas, había ido avanzando de categoría año tras año. Camilla no sabía qué edad tenía exactamente, pero pasaba de los cincuenta y, por lo tanto, era mayor que ella.

—Yo no lo diría así —contestó Jörgen—. Vosotros seguís teniendo el mando oficial de la investigación, tanto interna como externamente. Nosotros nos encargaremos de proteger a los demás miembros de la familia y también haremos pesquisas en cuanto a un posible móvil político. Al parecer, el embajador es un amigo de la infancia de Donald Trump. Quizá alguien quiere asustarlo para que se vaya de Suecia.

—Si es así, quieren asustarlo de forma muy brutal —observó Camilla.

—Pero, de cara a la galería, es demasiado pronto para establecer vínculos con Trump, de modo que Karl Ström sigue siendo nuestro principal sospechoso —concluyó Jörgen Hammar.

—Hablando de eso —intervino Johanna Setter, la investigadora de Asuntos Internos, quien, a pesar de su juventud, ya llevaba mucho tiempo en la policía—, en el mismo instante en que me dé a conocer a Karl Ström, nos arriesgamos a perder a uno de nuestros analistas más competentes.

—Y a un miembro clave del equipo especial que tenemos previsto crear —añadió Camilla Stålberg. Ella misma había encontrado y contratado a Karl, y de ninguna manera quería quedar como la jefa que se había equivocado tan radicalmente en su juicio. Sin embargo, teniendo en cuenta la relación de Karl con la víctima, era consciente de que no quedaba más remedio que investigarlo—. ¿No podríamos organizarlo de otro modo? —planteó Camilla.

—¿Cómo? —inquirió Johanna.

—Fingimos que necesitamos su ayuda para investigar la muerte de la hija del embajador y, mientras tanto, tú puedes vigilarlo de cerca. —Camilla se sintió satisfecha de su idea.

—Karl es demasiado inteligente para eso. Se daría cuenta a la primera si se presenta una investigadora de Asuntos Internos —objetó Johanna.

—¿Y no podrías investigarlo a distancia? Puedo pedirle a Sandra que no lo pierda de vista. Además, ahora mismo hasta es complicado que puedas llegar a Hållö —señaló Camilla.

—¿Sandra también está en el caso? —preguntó Johanna.

—Necesitamos movilizar todos los recursos. Propongo que tú, Johanna, sigas trabajando con tu objetivo desde aquí y que vosotros, Jörgen, examinéis la posibilidad de que el asesinato de la hija del embajador estadounidense tenga relevancia internacional. Karl se encuentra en una posición complicada, pero, antes de lanzarnos sobre él con toda la caballería, quiero que consideremos todas las hipótesis. Es nuestro deber —concluyó Camilla Stålberg con voz firme.

—De acuerdo, hagámoslo así —convino Johanna.

—Nosotros seguiremos por nuestra cuenta —afirmó Jörgen Hammar —. Investigaremos a todos los huéspedes del albergue en relación con

el móvil político y, por supuesto, también a los empleados de la estación meteorológica y a los propietarios del albergue. Siento decir que no podremos compartir prácticamente nada de lo que averigüemos, pero vosotros debéis informarnos al instante de cualquier novedad. —Se levantó y se dirigió a la puerta.

—¡Típico de la Säpo! —suspiró Camilla, mirando por la ventana. Hasta los asientos naranjas del estadio Ullevi tenían un aspecto gris.

—Es por la seguridad nacional, Camilla —dijo Jörgen antes de abandonar el despacho. Su espalda casi abarcaba todo el ancho del marco de la puerta.

Johanna recogió con celeridad sus papeles y los guardó en el maletín. Salió al pasillo dando pasitos menudos debido a la estrecha falda de tweed gris que llevaba.

***

Sandra, protegida por la pared del mentidero, esperaba en el muelle Smögenbryggan con su petate. Era evidente que Hasse, del equipo de Salvamento Marítimo, tenía un espíritu más aventurero que algunos de sus colegas. Cuando Sandra habló con él por teléfono para pedirle un transporte urgente a Hållö, se dio cuenta por su tono de que se le había disparado la adrenalina en sangre en un segundo. Le dijo que no había problema y que iría a recogerla con una compañera. En ese momento atracaron los dos en el muelle de los vapores.

—¿No tienes una chaqueta de verdad? —preguntó Hasse cuando Sandra saltó al barco—. Acabarás empapada.

—La que llevo es una chaqueta de verdad —replicó Sandra, pero notó que el temporal era muy fuerte y el viento le alborotaba furiosamente el cabello en todas las direcciones.

La compañera de Hasse, Alice, iba al timón e intentaba esquivar el oleaje. Incluso en el interior del puerto de Smögen costaba maniobrar la embarcación de acero. Pero al final consiguieron salir por la bocana. La visibilidad era nula. La tormenta había oscurecido tanto el cielo que podría haber sido el anochecer, aunque aún no era mediodía. En cuanto sobrepasaron la isla de Kleven, el viento se convirtió en una pared frente a ellos. El barco luchaba por abrirse

paso y Alice avanzaba a la máxima velocidad posible. Tendrían que atracar en el mismo sitio que el ferri de Hållö, ya que era demasiado arriesgado rodear la isla para intentar llegar al puerto y, aún peor, a la ensenada de Mármol.

Hasse tomó el timón cuando se aproximaron al muelle. Abarloarse suponía un desafío, pero colocó el barco contra el viento para poder controlarlo mejor. Cuando casi lo había conseguido, una ola gigante los golpeó desde babor con tanta fuerza que lanzó el barco contra el embarcadero y destrozó las tablas exteriores. Sandra comprendió que sería peligroso saltar a tierra, ya que las bruscas sacudidas podían hacer que perdiese el equilibrio y, si se quedaba atrapada entre el barco y el muelle, estaría perdida. Agarró bien el petate y lo lanzó con fuerza sobre la borda para que llegase lejos del borde del embarcadero. Luego se encaramó ella a la barandilla y, entre dos olas, saltó a tierra antes de que el barco volviese a golpear las tablas. Una vez a salvo, sintió cómo volvía a estrellarse la embarcación contra el muelle, al que amenazaba con destruir por completo. En aquellas condiciones, era imposible plantearse el regreso a tierra de los huéspedes del albergue, al menos de momento.

Cuando llegó a lo alto de las rocas, comenzó a caminar doblada en dirección a la casa. Para un trayecto que solía hacerse en unos minutos, necesitó casi un cuarto de hora. «Suerte que he traído cosas ricas —pensó Sandra—. Ojalá no se haya vertido nada de los táperes». En cuanto estuviese bajo techo, empezaría el trabajo. Había que hacer los interrogatorios y escribir las actas. Había metido el portátil entre las fiambreras y dos botellas de vino envueltas en papel burbuja. Jamás había trabajado en unas condiciones meteorológicas tan adversas; al mismo tiempo, sentía que era emocionante. Estaba atrapada en la isla. Ni siquiera Hasse y Alice volverían a hacerse a la mar antes de que el tiempo mejorase. ¡Ya había llegado a su destino y estaba lista para comenzar a trabajar!

Contempló el paisaje de rocas alisadas por el hielo y los vientos durante miles de años. En ese lugar era difícil que un asesino pudiera esconderse. Si la persona en cuestión seguía en la isla, no tardarían en encontrarla. ¿O sería alguno de los huéspedes del albergue el culpable del asesinato de Tricia Andersen?

5

Una sensación de malestar lo acompañaba desde que se había despertado. Era él, Karl Ström, quien había encontrado a la víctima en el agua y ayudado a sus colegas de la marítima a recuperar el cuerpo. De repente, se había convertido en la persona que la policía quería interrogar una y otra vez y a la que los demás miraban con la sospecha dibujada en el rostro.

Pia le había llevado un sándwich y un café por la mañana; ahora ya casi eran las doce y confiaba en que le dejase algo de comer delante de su puerta. No quería salir y tener que enfrentarse a las miradas de todos.

La noche anterior, por teléfono, Lisa le había dicho que mantuviese la calma, que debía tratarse de algún tipo de malentendido. Pero él sabía perfectamente cómo procedía cuando le llegaba un nuevo caso en la jefatura, y siempre examinaba con lupa a la última persona en ver a la víctima con vida o a la persona que encontraba el cadáver. No podían tardar en darse cuenta de que él era inocente, pero, hasta que quedase libre de toda culpa, pasaría por un infierno. Él mismo había visto durante los periodos de prisión provisional cómo podían desmoronarse las personas bajo la presión de los interrogatorios; cómo no soportaban ser consideradas sospechosas de un delito que más adelante se demostraría que no habían cometido. En una ocasión, alguien había llegado incluso a quitarse la vida en la celda, a pesar de ser inocente. Solo porque no había sido capaz de soportar la vergüenza.

No quería llegar a una situación así ni de lejos, pero se sentía como un ratón en la trampa. Atrapado en la habitación. Y, cuanto más se encerraba, más sospechoso parecía. Dennis le había dicho que Sandra Haraldsson ya iba hacia la isla. Otra compañera. Los días tranquilos que había previsto pasar en Hållö, rodeado de libros y concentrado en el trabajo que quería terminar, se habían convertido en una horrible pesadilla. Si tenía que pasar un día más encerrado en su cuarto, se volvería loco.

En cuanto llegase Sandra, volverían a interrogarlo. Se lo explicaría todo hasta el más mínimo detalle a ella y a Dennis. Deseaba con todas sus fuerzas que Sandra viese que él no le había tocado ni un pelo a Tricia, solo había sido casualidad que la encontrase. Pero sí que la

conocía y había ocultado esa información. Se había quedado tan impactado al saber quién era la víctima. Ahora tendría que revelarlo todo. Sandra quizá lo entendería. El hecho de que hubiese iluminado la Ensenada con su linterna también podía resultar peliagudo, pero Sandra lo conocía y sabía que, en su mundo, era una acción de lo más normal. En la Escuela Superior de Policía, ya se había interesado por su trabajo y parecía haber aceptado que Karl era un analista un poco peculiar que también había decidido dedicarse a la investigación.

El viento silbaba fuera. Entre la bruma gris vio una figura que avanzaba encorvada y con dificultad por las rocas. No pudo distinguir quién era, pero se imaginó que sería Sandra, que había conseguido que algún chiflado la llevase a Hållö. Solo a ella podía ocurrírsele algo así; Karl tenía que reconocer que era estimulante contar con una compañera que no se arredraba ante nada, salvo quizá la inactividad y la calma. Los momentos tranquilos causaban en ella una agitación que la hacía dar vueltas como quien necesitaba un chute urgentemente. En el caso de Sandra, lo que hacía falta era una dosis de adrenalina para calmarla. Karl había aprendido cómo funcionaba la joven en la Escuela Superior de Policía e intentaba darle algo cada vez que se pasaba a verlo: una pequeña idea, una conexión o algo que le proporcionase material para pensar. Un desafío.

Pero ahora debía atender a sus propias necesidades. Si Dennis y Sandra no se daban prisa en dejarlo libre de toda sospecha, quizá se vería obligado a hacer sus propias pesquisas. Era vital que no se filtrase nada fuera de Hållö. Si en la escuela de sus hijos se enteraban de que él era el sospechoso principal, sería el fin. Jamás podría volver a mirar a los ojos a los maestros o a los niños, y jamás desaparecería aquel diminuto rastro de sospecha que no se basaba más que en vagos indicios.

***

Cuando Sandra abrió la puerta, entró en el pasillo una ráfaga de viento que llegó hasta la cocina. Con el petate al hombro, atravesó las estancias con determinación. Tras el pequeño trayecto desde el muelle, estaba calada hasta los huesos. Tenía el pelo como si acabara de ducharse y su abrigo finísimo había quedado empapado. Los espacios comunes del albergue estaban desiertos. Quien no supiera lo que había pasado pensaría que la casa estaba vacía, pero, en cada

habitación y litera, los huéspedes esperaban a ser interrogados.

—Ya estás aquí —celebró Dennis, quien acababa de salir de su habitación—. Ven, vamos a sentarnos en mi cuarto. ¿Podemos comer antes de empezar con la segunda tanda de interrogatorios? No he comido nada decente desde que nos despedimos ayer por la noche.

—Vaya, qué mujeres más tacañas que no te han invitado a comer y beber en su fiesta —ironizó Sandra.

—La fiesta terminó de manera un poco abrupta y, desde entonces, nadie ha pensado demasiado en la comida, aparte de Pia, quizá. ¿Qué has traído?

—¿Pia? —repitió Sandra—. ¿Es una de las chicas del grupo?

Dennis asintió, pero su atención se centraba en los movimientos de Sandra, que sacó dos cajas de sushi, caballas ahumadas, ensaladilla de gambas, pan fresco de masa madre y gambas. Se abalanzó sobre todas aquellas exquisiteces como si no hubiera visto un plato de comida en su vida mientras Sandra, distraída, se metía unas pocas gambas peladas en la boca. El vino tendría que esperar.

—Empezaremos interrogando a Karl Ström otra vez —informó Dennis entre bocados.

—Es esencial —convino Sandra—. La investigadora de Asuntos Internos trabajará a distancia. Camilla volvió a llamarme mientras esperaba a los de Salvamento Marítimo y no quiere enviarla aquí. De momento, sabemos demasiado poco, y no serviría de nada inquietar a Karl de forma innecesaria. La jefa ha sido muy clara: no quiere perderlo si puede evitarse.

—La jefa tiene sus favoritos —dijo Dennis con una sonrisa burlona.

—Y tú no eres uno de ellos —le espetó Sandra sin rodeos.

—Desde que trabajo en Kungshamn, está algo más amable conmigo, pero solo siempre y cuando me mantenga alejado de Cleuda.

—Camilla no es la única que quiere que te mantengas alejado de Cleuda —observó Sandra.

—¿Es que estás celosa? —preguntó Dennis, sonriendo.

—¿Yo? ¡Jamás en la vida! Pero sí que tienes algunas cualidades

mejores que otras —añadió Sandra con acidez.

—¿Como cuáles? ¿Mi aspecto físico? —Dennis se echó la melena hacia atrás con aire jocoso. Su bronceado del verano estaba desvaído, pero había seguido yendo al gimnasio y no se mantenía nada mal, aunque Sandra pensase que un hombre de más de cuarenta no era su tipo.

—Tu aspecto físico no es tu peor cualidad.

—Pero…

—No hay ningún pero.

—Pero…

—Lo hablamos después, anda. Ahora cómete las gambas, que están fresquísimas.

—En la pescadería de Gösta siempre está todo fresquísimo.

—Ya lo sé. Tenemos que repasar los hechos de ayer. Necesito que me pongas al corriente.

Dennis le explicó brevemente que Karl Ström había encontrado a la mujer muerta en el agua cuando ya había anochecido, que la policía marítima había recuperado el cuerpo y lo habían trasladado al Departamento de Medicina Forense de Uddevalla.

—¿Cómo supisteis que se trataba de la hija del embajador estadounidense? —quiso saber Sandra.

—Llevaba el carné de identidad encima. La marítima consultó su nombre y me informaron cuando llegué.

—¿La conocía Karl? —preguntó Sandra, esforzándose por sonar indiferente.

—La verdad es que no lo sé. Cuando le dije su nombre, me dio la impresión de que reaccionaba, pero no avanzamos demasiado en el interrogatorio de ayer. Volveremos a preguntárselo hoy. Se encontraba en estado de shock y se sentía señalado. Si se corre la voz en los círculos policiales de que lo consideramos el sospechoso principal, está acabado.

—Pues siento decirte que ya se ha corrido la voz —comunicó Sandra.

—Me lo temía. Los compadezco a él y a su familia. Aunque sea la

sospecha más mínima, se queda grabada en la frente como un tatuaje para el resto de la vida. Es duro. —dijo Dennis, cabeceando.

—Debemos dejarlo libre de toda sospecha si no ha sido él. Si es inocente, vamos a necesitar borrar con láser cualquier rastro de culpabilidad. No podemos destruir la vida de una persona por haber cumplido con su deber y notificar el hallazgo de un cadáver.

—¿Vamos a su habitación? —preguntó Dennis todavía con comida en la boca.

—¿Has acabado?

—Me habría gustado probar el pastel de arenques.

—Lo guardamos para después. He traído comida para dos días, como mínimo —dijo Sandra, levantándose—. Después de hablar con Karl, vayamos a la estación meteorológica. Los empleados hacen turnos las veinticuatro horas del día. Podrían haber visto algo.

—De acuerdo. Genial que hayas traído tantas provisiones, porque se espera que el temporal dure tres días.

Poco después, llamaron tres veces a la puerta de Karl Ström con golpes sordos.

***

En la estación meteorológica no dejaba de sonar el teléfono y los correos electrónicos entraban sin cesar. Las cadenas de televisión, los periódicos y las emisoras de radio de todo el país querían informes constantes sobre la situación y la velocidad del viento para sus reportajes sobre la destrucción que estaba causando el temporal. Love y Sofie tenían que trabajar juntos durante el día para poder dar respuesta a todas las peticiones. Para Love había sido una noche corta. Se había levantado después de solo unas horas de sueño porque, aunque Sofie le había prometido hacer el turno de la mañana, era consciente de que necesitaría ayuda. Su compañera tampoco había dormido demasiado, ya que había hecho su turno de la tarde y también las «horas del lobo», entre las tres y las siete de la mañana.

—¡Por Dios! ¡No dejan de llamar! —se quejó Sofie, aprovechando una

pausa de unos segundos—. ¿Es que no entienden que tenemos cosas más importantes que hacer que contestar cuántos buques se encuentran en peligro y cuántos metros por segundo hemos medido como máximo?

—¿Nadie pregunta por el hallazgo? —preguntó Love, que solía dedicarse a actualizar las mediciones. Se habían distribuido el trabajo así de forma natural: Sofie se encargaba de la comunicación y él, de las estadísticas, aunque ella también dominaba ese campo igual de bien que él.

—¿Te refieres a la mujer muerta?

—Sí.

—Todos preguntan sin parar por ella, pero los remito a la policía. Tiene que haber un límite.

La noche anterior, el ambiente del albergue había cambiado radicalmente de un momento a otro. El alegre grupo estaba disfrutando de una animada fiesta, con buena comida y bebida. Las risas y las conversaciones habían creado un bullicio muy ruidoso pero agradable en el comedor, hasta el momento en que Dennis entró y todo cambió. Nadie más dijo una palabra y todos se retiraron a sus habitaciones, donde cerraron las finas puertas y se envolvieron en las mantas. Love no recordaba haber vivido jamás una situación más incómoda. Regresó a la estación corriendo lo más rápido que podía y alumbrando el camino con la linterna del móvil para no tropezar en la oscuridad.

—¿Crees que nos dejarán tomarnos un descanso pronto? —preguntó Love.

—Lo dudo, pero quizá tengamos que tomárnoslo igualmente. —Los ojos de Sofie parecían cansados cuando lo miró.

—Descansamos treinta minutos y luego volvemos al ataque —propuso Love, esperanzado.

Fueron a la sala de personal. A la izquierda estaba su diminuto dormitorio; el centro lo ocupaba una cocinita y, a la derecha, se encontraba la habitación de Sofie.

—Hasta ahora —dijo Love, e hizo el ademán de dirigirse a su cuarto, pero Sofie lo cogió de la mano y lo llevó al suyo.

—No me apetece estar sola ahora —explicó—. El asesino podría estar todavía en la isla.

Love sintió las piernas como gelatina al cruzar el umbral. En sus sueños, se la había imaginado de pie en su habitación, desnudándose. En realidad, jamás había llegado a atisbar nada, ya que Sofie acostumbraba a deslizarse en su cuarto y cerrar la puerta rápidamente. Al entrar, vio que su compañera había puesto unas cortinas rosas; la cama estaba hecha con sábanas del mismo color con puntillas y el pequeño escritorio delante de la ventana lucía un mantelito también rosa. Él no se había preocupado de arreglar nada en su propia habitación. Utilizaba unas sábanas de rayas y las cortinas debían llevar colgadas allí desde los años cincuenta. Sofie se sentó en la cama y lo atrajo hacia sí.

—Durmamos juntos —dijo, y se metió debajo del edredón con la ropa puesta.

Love estaba helado y se arrimó a su espalda. Ella le cogió la mano y se la introdujo bajo su jersey. Su cintura estrecha irradiaba calor. Le rodeó el pecho con la mano, tal como ella le indicó. El pezón estaba erecto, como uno de los botones del panel de instrumentos. Supo que, desde ese instante, jamás podría volver a tocar los botones sin pensar en ella. Con la nariz hundida en su cuello, se durmió pegado a ella.

***

Karl Ström abrió la puerta después de la tercera llamada. Dennis lo vio a través de la rendija. Tenía aspecto de llevar varios días sin dormir.

—¿Podemos pasar? —Dennis se apretó contra la abertura.

—Claro —dijo Karl, abriendo del todo la puerta—. Disculpad, en estos momentos no me apetece abrirle a cualquiera.

—Pero sabes que eres el principal sospechoso, ¿no? —preguntó Sandra.

Dennis la miró exasperado. Su franqueza podría acabar con ella un día. O con él.

—Necesitamos hablar contigo otra vez —explicó Dennis.

—Lo entiendo —repuso Karl.

—¿Podemos sentarnos? —preguntó Sandra.

Karl Ström asintió y fue a sentarse a su cama. Al lado tenía un libro. Sandra se acomodó en la litera inferior frente a él. Dennis retiró la silla de la mesa situada delante de la ventana, que estaba cubierta de una considerable capa de sal. Sobre la mesa reposaban dos portátiles y varios libros abiertos con notas de Post-it rosas y amarillas que seguramente marcaban páginas interesantes. Al ver los libros, se acordó de que había pedido una excedencia a partir de diciembre, cuando comenzaría el curso de historia de la música en Estocolmo. Estaba deseando empezar y confiaba en que la mujer que había aparecido muerta en la ensenada de Mármol no estropease sus planes. Sin embargo, en el mismo instante de pensarlo, se avergonzó. La familia de la mujer había sido informada a última hora el día anterior y, en esos momentos, estarían tristes por la pérdida sufrida. Su deber era encontrar al responsable lo antes posible y en eso debía concentrarse. La cuestión era si el crimen iba dirigido al embajador estadounidense o si su hija había tenido la mala suerte de haberse encontrado con el asesino por casualidad. ¿O podría tratarse de un asesinato premeditado? Alguien que necesitaba deshacerse de ella. Ni la científica ni los forenses habían presentado un informe completo todavía. En cuanto terminasen con Karl, pediría ayuda en la estación meteorológica para contactar con ellos, ya que la red de telefonía móvil estaba caída.

—¿Qué queríais preguntarme? —inquirió Karl.

—Necesitamos hacernos una idea más detallada de tus actividades en la isla y también antes de llegar aquí en el ferri de Hållö —explicó Sandra.

—¿Mis actividades?

—Sí, es decir, todo lo que sucedió desde que te bajaste del autobús en Smögen, tu llegada al muelle allí abajo —dijo Sandra, señalando por la ventana— y hasta ahora.

—Intentaré recordarlo todo —suspiró Karl—. El autobús llegó puntual, crucé el barrio de Bredaberg con mi mochila, dejando la isla de Nordmanshuvud a mi izquierda, y decidí subir hasta la plaza de Smögen para comprar un periódico y unas chuches en el estanco de Gösta. Luego bajé por Sillgatan hasta el muelle de los vapores.

—¿Te desviaste en alguna parte del recorrido? —interrogó Sandra.

—Solo para entrar en el estanco.

—¿A qué hora llegó el autobús? —intervino Dennis.

—A las seis y media.

—¿Y a qué hora cogiste el barco?

—El ferri de Hållö me recogió a las siete.

—¿En punto? —preguntó Sandra.

—¡En punto!

—¿Sucedió algo durante la travesía?

—No, fueron solo unos minutos. Lo único que sucedió fue que el patrón parecía un cascarrabias.

—Bertil no es ningún cascarrabias —lo defendió Dennis—, solo es una persona callada.

—Podría verse así —admitió Karl.

—Cuéntanos tus movimientos desde que desembarcaste aquí —pidió Sandra.

Karl volvió a relatar con el máximo detalle posible cómo había llegado a Hållö, había ido a su habitación del albergue a dejar los libros y los dos portátiles y, luego, había decidido salir a pasear porque los demás huéspedes estaban haciendo una ruidosa cena delante de su puerta. Además, tenía curiosidad por probar su nueva linterna iluminando la ensenada de Mármol en la oscuridad.

—¿Por qué querías iluminar la Ensenada? —quiso saber Sandra.

—Estaba superoscuro fuera y quería comprobar la potencia de la linterna. La compré en internet hace un par de semanas y recibí el paquete ayer antes de marcharme.

—¿Cuánto te ha costado? —inquirió Sandra.

—Cuarenta y nueve coronas.

—¿Gastos de transporte incluidos? —intervino Dennis.

Sandra puso los ojos en blanco.

—No es relevante si el transporte estaba incluido o no —criticó—. ¿Qué tiene de especial esa linterna?

—Tiene una potencia luminosa enorme para iluminar áreas muy amplias a gran distancia. Mirad. —Karl se levantó de la cama y se inclinó sobre la mesa para abrir la ventana. Encendió la linterna y les mostró cómo se iluminaba el paisaje de rocas hasta bastante lejos. Luego dirigió el haz hacia las viviendas de los fareros y hacia el faro de Hållö, cuyos colores blanco y rojo se vieron nítidamente.

—¡Alucinante! —admiró Dennis.

—Pero ¿por qué bajaste hasta la ensenada de Mármol?

—Quería comprobar si podía hacer fotos en la oscuridad. También tengo un trípode. —Karl sacó un trípode que probablemente no iba incluido en el precio de la linterna.

—¿Y qué tal salieron?

—Bien, pero entonces descubrí algo en el agua.

—¿Tienes las fotos?

Karl giró el portátil en su dirección para que pudiesen ver la pantalla y les mostró una hermosa imagen. Sandra reconoció la forma de la ensenada de Mármol e, incluso en la negrísima oscuridad, la luz de la pequeña linterna permitía distinguir las algas y las rocas bajo el agua transparente.

—¿Qué es eso? —preguntó Sandra, señalando la parte superior de la imagen.

—Es ella —respondió Karl.

—¿La descubriste en la foto o la viste primero en el agua?

—La vi al pasar el haz de luz de la linterna sobre la Ensenada. Entonces hice una foto con el móvil. Deformación profesional. —Volvió a sentarse en la cama y se tapó la cara con las manos.

—¿La conocías de antes? —indagó Sandra.

Karl alzó la vista hacia ella y entornó los ojos cansados.

—Sí, la conocía.

Hållö, noche de Nochebuena, 1896

Hedvig miró por la ventana, pero fuera estaba todo negro. El viento había empezado a soplar con gran fuerza y no parecía que fuesen a tener unas Navidades blancas ni disfrutar de una noche de paz. Siguió con la mirada clavada en dirección al faro. La majestuosa construcción podía verse perfectamente desde el dormitorio paterno. Padre le había explicado que los dormitorios de todos los fareros jefes estaban ubicados de tal modo que pudiesen ver su faro. En caso de que la linterna se apagase alguna vez, padre estaba convencido de que se despertaría.

En ese momento lo divisó. El farol que se balanceaba en la mano de padre mientras este avanzaba por las rocas. Se había enfundado su abrigo viejo encima del uniforme y cubierto la cara con una gran barba que madre le había tejido con lana de oveja. En la cabeza llevaba un gorro rojo con el borde blanco y un pompón también blanco. A la espalda cargaba un pesado saco que parecía lleno de regalos de Navidad. Padre caminaba encorvado. Entre risitas, Hedvig llamó a Ingeborg, pero, antes de que su hermana pequeña llegase a la ventana, sucedió algo. El farol se volteó en el aire. Padre resbaló en las rocas lisas y rodó cuesta abajo unos metros. Luego, se quedó inmóvil. Hedvig se llevó las manos a la boca.

—¡Madre, madre, madre! —gritó—. ¡Padre!

—¿Qué ha pasado? —preguntó su madre, agitada, y corrió junto a ella.

—¡Padre ha resbalado en las rocas!

Ingeborg las miró con los ojos como platos. No entendía nada. ¿No tenía que venir Papá Noel? Madre se echó un chal de lana sobre los hombros y salió corriendo a la oscuridad. Hedvig abrazó a su hermanita y volvió a colocarse en la ventana. Madre fue a buscar al farero segundo para que la acompañase a ayudar a padre. Juntos, avanzaron hacia el faro contra el viento cada vez más fuerte.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Hedvig. Sabía que la Nochebuena no saldría como había deseado. Además, en su interior algo le decía que el resto de la vida también sería diferente a partir de entonces. Acarició el cabello alborotado de Ingeborg y observó que su rostro no había perdido la ilusión. A pesar de todo, Papá Noel andaba por allí fuera y, aunque hubiese resbalado, el saco de los regalos seguía resultando muy atractivo a ojos de su hermana pequeña.

6

Miriam Morten vio por el rabillo del ojo cómo Camilla Stålberg entraba con pasos resueltos en la sala. Su sala. Y eso la irritaba. Cierto que Stålberg ocupaba un alto cargo en la policía, pero en la Unidad Forense era Miriam quien mandaba. No apartó la mirada del corpus mortem que tenía delante. Stålberg permaneció tras la ventana de cristal hasta que Miriam le hizo señas de que podía acercarse. Cuando había llegado por la mañana, la sala estaba impecablemente limpia, como siempre, y las superficies metálicas desinfectadas brillaban. Se encargaban de la limpieza técnicos en higiene con profundos conocimientos sobre la contaminación por bacterias. Que todo estuviera impoluto era una condición imprescindible para su trabajo. Durante todos aquellos años, jamás se había extendido una enfermedad desde su sala.

—Bienvenida, Camilla —saludó Miriam—. Lo siento, pero no puedo hacer la autopsia con público.

—Solo quería asegurarme de que le das prioridad a este caso, a pesar de que es fin de semana.

—No tienes nada de qué preocuparte —repuso Miriam, apretando la mandíbula.

—Llámame cuando termines.

—Jesper te llamará en cuanto tenga un momento —dijo Miriam, y volvió a inclinarse sobre el cuerpo. Oyó el repiqueteo de los pasos contra el suelo de baldosas mientras Camilla Stålberg abandonaba la sala.

La mujer que tenía frente a ella en la mesa de autopsias presentaba daños leves en la piel por haber estado flotando en el agua fría, pero, por lo demás, el cuerpo estaba intacto, salvo por una profunda marca en el cuello causada por una gruesa cadena de plata. El rostro estaba algo hinchado en comparación con el cuerpo esbelto. Y eso la desconcertaba. Las personas en buen estado de forma física no solían tener hinchazón alguna en la cara. Al contrario, lo normal era que se les notaran mucho los pómulos y la zona del mentón. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando su asistente y compañero, Jesper Korp, entró en la sala. Caminaba con la cabeza un

poco gacha, como si le preocupara darse un golpe contra el techo o con los equipos de iluminación debido a su gran estatura. En la sala de autopsias, sin embargo, eso era imposible, pues los techos tenían una altura que superaba los tres metros.

—¿Te has parado a desayunar por el camino o qué? —preguntó Miriam en tono ácido.

—Solo he llegado un poco tarde.

—Espero que la chica merezca que arriesgues tu carrera —prosiguió Miriam.

—¿Empezamos?

Miriam se dio la vuelta y fue a buscar sus instrumentos, que estaban guardados en el segundo estante del armario, como debía ser. Siempre cerraba el armario con llave y había exigido ser la única que tuviera las llaves. No quería que nadie toquetease sus bisturís y sus utensilios especializados, salvo Britta, que era la única que tenía permiso para limpiarlos.

—Nos toca examinar a Tricia Andersen, la mujer que encontraron muerta en la ensenada de Mármol ayer por la noche. ¿Estás listo?

—Sí, claro.

La experimentada forense comenzó a inspeccionar metódicamente todas las partes del cadáver. De vez en cuando, emitía un murmullo o le pedía a Jesper que hiciese una foto o anotase algo en su libreta. Utilizaba los términos en latín para todo: las partes del cuerpo, el estado en que se encontraban y las hipótesis relativas al modus operandi del autor, es decir, los daños causados que podían constituir la causa principal de la muerte. Que la mujer había sido estrangulada parecía fuera de toda duda, ya que una gruesa cadena le había penetrado en el cuello. Miriam la extrajo con habilidad y, a continuación, le pidió a su compañero que la depositase en una bolsa para posteriores análisis.

—¿Ves lo que pone ahí? —preguntó Miriam, enseñándole una plaquita colocada en el cierre de la cadena.

Jesper tocó la bolsa con sus manos enguantadas.

—Un nombre: «K. Ström» —respondió Jesper.

Pero Miriam ya estaba prestándole atención a otra cosa.

—¡Jesper!

—¿Sí?

—¡Mira!

Jesper se inclinó sobre el cuerpo para ver de cerca el detalle que Miriam señalaba en el abdomen.

—¡Qué fuerte! —Miró los ojos agudos de Miriam con gesto descompuesto.

—Pues sí…

—¿Tengo que llamar a Dennis?

—Por supuesto, pero primero dale un toque a Camilla Stålberg.

***

Camilla Stålberg pulsó el botón de colgar y se contuvo para no soltar un alarido en medio del despacho. Jesper la había llamado desde la sala de autopsias para decirle que Karl Ström, un miembro de la policía, no solo había encontrado a la mujer muerta en Hållö, sino que, además, varios indicios señalaban que él podía ser el autor del crimen. La cadena que se había hundido en el cuello de Tricia Andersen llevaba una plaquita con el nombre del agente grabado. Tenía que ser suya, de lo contrario, ¿por qué iba a tener grabado K. Ström? Pero lo peor de todo era que habían descubierto que Tricia Andersen estaba embarazada. Aquello se ponía feo. Camilla ya venía venir los titulares. Daba igual que Karl fuese culpable o no; en cuanto los diarios se enterasen de la noticia, la exprimirían hasta la última gota.

Contempló el estadio Ullevi. Los asientos vacíos. En verano seguro que volverían a llenarse las gradas de un público enardecido que se movería al ritmo de las canciones del último cantante pop que estuviera de moda. A ella ni se le pasaría por la cabeza participar; le costaba entender aquellos fenómenos de masas. En esos momentos solo deseaba que Jörgen Hammar, de los servicios secretos, entrase

por la puerta y le dijera que la teoría del móvil político cobraba fuerza, pero sabía que las probabilidades eran casi inexistentes.

—¿Qué tal? —Fue Emir quien entró en el despacho.

—¡Ni preguntes! —le espetó Camilla, consciente de que el rostro se le debía estar poniendo violeta.

—¿Tan mal está la cosa? —se lamentó, ladeando un poco la cabeza.

—¿Conoces a Karl Ström?

—Sí. Bastante bien, de hecho.

—¿Qué sabes de él?

—Analista, una lumbrera y el favorito de las mujeres.

—¿Karl?

—Sip. ¡Te lo juro!

—Lo siento, pero a mí se me escapan esas cosas —reconoció Camilla, y se dejó caer en el sofá de las visitas.

—A mí también, pero es lo que se dice.

—¿Nathalie también opina lo mismo?

—Nathalie y otros muchos.

—¿Crees que sería capaz de cometer un asesinato? —Camilla contempló sus ojos castaño oscuro.

—¿Cómo? ¡Jamás en la vida! —Emir miró de reojo la puerta para asegurarse de que estaba cerrada.

—Karl Ström encontró a la mujer muerta en la ensenada de Mármol. Es la hija del embajador estadounidense.

—¿Y?

—Hemos puesto en marcha una investigación interna contra él porque han aparecido elementos incriminatorios y para demostrar que estamos actuando. Hemos sabido que Karl conocía a Tricia Andersen, y yo acabo de enterarme de otra cosa. La víctima fue estrangulada con una cadena que lleva grabado el nombre K. Ström. Les pediré a Sandra

y a Dennis que lo investiguen, pero no pinta bien.

—¡Mierda! Pero aún no es seguro que haya sido él, ¿no? Todo lo que mencionas no son pruebas irrefutables.

—Quizá no, pero se ha metido en un buen marrón y, en cuanto llegue a oídos de la prensa, te aseguro que van a crucificarlo públicamente. Y todo el cuerpo de policía nos iremos a pique con él.

—No dejes que salga la información de aquí. Primero, debemos investigar más —rogó Emir.

—Ya, pues dime tú cómo lo evitamos.

—Debemos confiar los unos en los otros. Doy por supuesto que Sandra y Dennis sabrán mantener la boca cerrada. Y tú y yo también, está claro.

—¿Y Nathalie?

—Hablaré con ella.

—¿Podrás ayudarme con este tremendo lío? —Camilla miró suplicante a Emir, quien irradiaba una seguridad que tenía un efecto calmante en ella.

—Por supuesto. Pero ¿no tendríamos que informar a la Säpo?

—Ya los he informado —contestó Camilla, resignada.

—Muy bien. ¿Cuál es el paso siguiente?

—Encontrar al asesino.

—Voy a pasarme por la Unidad de Informática —resolvió Emir—. Mattias ha revisado los barcos que había en la zona ayer por la noche. Estamos buscando un transporte que pueda haber llevado a Tricia hasta Hållö desde el muelle Smögenbryggan, donde la dejó el yate de lujo de su padre. Pero no sabemos cómo llegó a Hållö, bueno, o casi llegó. El patrón del ferri de Hållö afirma que él no la llevó, pero, en las fotos que le hemos enseñado, Tricia parece una modelo y es posible que tuviera un aspecto muy distinto durante ese viaje.

—Sigue trabajando en esa línea. —Camilla sintió que mejoraba un poco su nivel de energía—. Es interesante. Tenemos que encontrar a alguien que la viera durante sus últimas horas de vida.

***

Love notó cómo Sofie se quedaba rígida. Su cuerpo suave se tensó como una cuerda. La cama estaba caliente y, sin abrir los ojos, la acercó más a su cuerpo. Fuera, seguía aullando la tormenta. Había soñado con estar tendido a su lado. Durante los últimos meses, se había dormido cada noche y se había despertado cada mañana con ese pensamiento en la cabeza. No poder tocarla había sido una tortura. Ahora estaba con él. Pero algo la molestaba. Se dio cuenta de que Sofie aguzaba el oído. De repente, se abrió la puerta.

—Policía. ¿Pueden levantarse, por favor?

Love se levantó de un bote.

—¡Esperen fuera! —los increpó, alterado.

Los agentes salieron y cerraron la puerta. Love no podía saber qué estaba pasando, pero saltaba a la vista que era importante y que guardaba relación con la mujer muerta. Poco después, Sofie y él volvían a ocupar sus puestos junto a los instrumentos. En el teléfono se acumulaban las llamadas sin responder y habían seguido entrando correos electrónicos. Love miró el reloj. Debían haber dormido más de una hora.

—Soy Sandra Haraldsson, de la policía de Kungshamn. ¿No tienen ustedes una estación meteorológica de la que ocuparse?

—Hacemos nuestro trabajo día y noche —replicó Sofie, furiosa—. Las últimas veinticuatro horas no hemos parado.

—Somos conscientes de ello —dijo el colega de la agente.

—Me imagino que habrá gente de todo el país llamando para saber cuál es la situación del tiempo, ¿no? —prosiguió Sandra.

—¿Qué quieren? —la interrumpió Love.

—Como ya saben, ha aparecido una mujer muerta aquí, en la isla. La encontraron ayer por la noche y queremos hablar con todas las personas que hayan estado en Hållö ayer y hoy.

—Nosotros hemos estado aquí, en la estación —señaló Sofie, y puso

una mueca que daba a entender que se preguntaba si querían saber algo más.

—¿No salen nunca? —quiso saber Dennis.

—No mientras trabajamos. No necesitamos hacer demasiadas cosas fuera, y menos con este tiempo.

—Pero, ayer por la noche, fue usted a cenar al albergue, ¿correcto? —Sandra se dirigió a Love.

—Sí, me invitaron.

—¿Quién lo invitó? ¿Y a qué hora fue?

—Pia, la chica que preparó la cena, me invitó. Me dijo que quería reunir a todas las personas de la isla. Me fui a las seis en punto. Sofie aceptó doblar su turno.

—¿Y a usted le pareció bien marcharse a pesar de que había una alerta naranja por temporal?

—También tenemos que comer y solo estuve fuera unas horas. Sobre las nueve ya estaba de vuelta.

—¿Sucedió algo especial durante la cena?

—No, me pareció una velada animada y la comida, muy buena. Aquí, en la estación, es algo regular y la verdad es que me puse las botas.

—¿Habló con alguien?

—No exactamente. Solo tomé una copa de vino y una cerveza, quizá no era el más sociable de la mesa.

—En su opinión, ¿quién tenía ese papel? —La agente, Sandra, formulaba sus preguntas con agilidad.

—No lo sé, pero una tal Katrin dio una especie de discurso.

—¿Qué pasó luego?

—Nos pusimos a comer, pero, de repente, se presentó usted e interrumpió la cena. —Love miró a Dennis, como si quisiera que confirmase su versión.

—¿Qué hizo usted entonces? —indagó Sandra.

—Me fui a casa. Quiero decir que vine aquí, a la estación, para relevar a Sofie.

—Y usted, Sofie, ¿salió ayer por la noche en algún momento?

—No.

—¿Cómo podemos comprobar que eso es cierto?

—Mediante el registro, quizá.

—¿Qué registro?

—Este. —Sofie señaló el monitor de un ordenador con una serie de datos recibidos y procesados conforme a un procedimiento del que Sandra no entendía nada. Pero podía verse que se trataba de una larga lista de preguntas y respuestas registradas casi cada minuto. El único intervalo en el que no se había producido actividad alguna correspondía a la última hora.

—¿Cómo piensan explicarle esto al jefe?

—Caída del sistema debido al temporal —repuso Sofie, mirando fijamente a los ojos de Sandra.

—Pero no es del todo cierto…

—Ah, ¿no? —La voz de Sofie destilaba sarcasmo—. Que los empleados no puedan disfrutar de un descanso diario es ilegal. No creo que a nadie le interese ponerse a fisgar.

—Ya basta —intervino Love—. ¿Tienen alguna pregunta más?

—Sí, nos gustaría llevarnos una impresión del registro desde las tres hasta las siete y media de la tarde de ayer. ¿Pueden dárnoslo ahora? —preguntó Sandra.

—Un momento —respondió Love, y tecleó en el ordenador el intervalo que le había solicitado. Al poco, se oyó el traqueteo de la impresora al ponerse en marcha.

—¿Eso es todo? ¿O desean algo más?

—De momento, no —contestó Sandra, y cogió los papeles de la impresora—. Pero seguro que tendremos motivos para regresar a esta oficina de la Agencia Sueca de Meteorología.

—¡Será un placer recibirlos! —replicó Sofie, irritada, y se sentó delante de la pantalla y se puso a teclear inmediatamente.

—Por cierto, ¿podríamos utilizar su teléfono? —preguntó Sandra con todo el desparpajo.

Sofie la ignoró, pero Love asintió y le tendió el teléfono de la estación.

7

El temporal seguía barriendo las rocas. Estaban atrapados en el albergue y la agitación comenzaba a ser palpable. Por eso, tras la tanda de interrogatorios que llevaron a cabo el sábado por la tarde, Sandra estuvo de acuerdo en que la pareja de artistas impartiera uno de sus talleres, según el plan inicial. Había sido la mujer, Eva Merlin, quien había rogado y suplicado que los dejaran hacer una «sesión de consuelo»: una clase de arte con el objetivo de generar seguridad y calma entre los participantes.

Sandra había contactado con Camilla desde el teléfono de la estación meteorológica y la jefa le explicó que Miriam Morten había encontrado un nombre grabado en la cadena que rodeaba el cuello de la víctima, concretamente, K. Ström. Pero no podían recibir las fotos de la cadena que Jesper Korp les había enviado por MMS, ya que la red móvil estaba caída, de modo que tendrían que esperar para confrontar a Karl con el nuevo hallazgo. Igualmente, era imposible que Karl se fuese a ninguna parte.

Cuando Sandra entró en la sala de estar del albergue, normalmente ocupada por el sofá y el televisor, se la encontró llena de pinceles y lienzos sobre caballetes. Junto a ellos tal vez estuviera sentada alguna futura Picasso con bata de pintor blanca y el pelo recogido a un lado en lugar de una boina vasca. Eva y Sture, de pie en un extremo de la sala, hablaban del camino a la felicidad interior a través de la pintura; a un lugar que todos llevamos dentro y que podemos encontrar tomándonos el tiempo de reflexión individual necesario. Sandra, que solo había oído parte de la charla, no entendió ni una palabra. Ella no había encontrado ese lugar interior y no creía que jamás tuviera tiempo de ponerse a buscarlo. Su interior albergaba una habitación secreta que contenía una infancia bastante difícil y la frustración de que siempre pusieran a su hermano —a pesar de ser un alocado con una absoluta falta de competencia para cualquier cosa— por los cielos, mientras que sus logros no contaban para nada. No, no iba a aventurarse por ese camino. Explorar una serie de agujeros negros indefinidos y, sobre todo, desconocidos en el interior de su cuerpo no era algo a lo que pensase dedicar su energía. En cambio, observó que Dennis escuchaba con toda su atención y que parecía haber entrado en trance. Era muy típico de él. En cuanto aparecía la imagen de mundos desconocidos, países lejanos con playas interminables y olas más altas

que un árbol del mango, su concentración era máxima; pero el trabajo policial riguroso, estratégico y metódico no conseguía atraerlo más que unos breves instantes. Sin embargo, cuando se aproximaba la solución del misterio y solo faltaba la última pieza del puzle, iba él y la encontraba, y se la pasaba por delante de las narices a todos los que se habían esforzado muchísimo durante todo el caso. Al menos, esa era la impresión que tenía Sandra. Dennis parecía contentarse con haber identificado a un sospechoso y, ahora, centraba todos sus esfuerzos en reunir pruebas contra él.

Karl Ström, su antiguo profesor de la Escuela Superior de Policía, era considerado el sospechoso principal del asesinato de Tricia Andersen. ¿Podía realmente haber sido él? El instinto de Sandra le decía que algo no encajaba, pero tampoco estaba en condiciones de refutar su culpabilidad. Coincidía con Camilla Stålberg en que los indicios que habían recopilado hasta el momento resultaban muy comprometedores para el competente analista.

—¿Habéis sentido vuestro fluir interno? —preguntó Eva Merlin con voz mágica—. Cerrad los ojos. Cerrad los ojos y sentid cómo las palabras acceden a vuestra habitación más interior. Una habitación de la cual solo vosotras tenéis la llave. Nadie más. En esa habitación reside el arte. Exploradla poco a poco. Sentidla. Todo lo que surge en ese lugar sois vosotras en vuestra forma más pura.

Podían decirse muchas cosas de ese grupo de personas excéntricas reunidas en el albergue que, en el aspecto político, probablemente estaban tan alejadas de Donald Trump como era posible, pero no por eso iban a cometer un asesinato; no, era una teoría demasiado rebuscada.

Eva Merlin se calló y encendió una vela en la mesa donde había puesto sus pinceles y sus pinturas. Su marido, que sin duda habría participado en esa sesión cientos de veces, siguió, obediente, las instrucciones de su mujer. Sandra, escéptica, permaneció de pie con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas muy separadas. No para infundir temor, sino para cuidarse la espalda. En esa postura, sería capaz de hacer guardia durante varias horas si hiciese falta. No pensaba cerrar los ojos, pero vio que Dennis se había acomodado en una silla y cerraba los ojos, al igual que el resto del grupo.

Sandra escudriñó a cada una de las mujeres. Le costaba ver a una asesina en Katrin, que tenía las manos entrelazadas en el regazo y parecía dormida. Pia también se le antojaba una candidata impensable, aunque Sandra podía imaginarse a la cocinera apasionada

despiezando media vaca comprada en una granja ecológica de las afueras de Gotemburgo. Pero estrangular a su amiga era otra historia. Annelie debía haber ido al baño, pues el sitio junto a su caballete estaba vacío. Sandra había captado que Annelie era una persona sensible; sus manos eran tan finas que parecía tenerlas heladas siempre. Resultaba improbable que fuese capaz de tirar de una cadena con tanta fuerza como para asfixiar a alguien. Pero ¿quién podía haber matado a Tricia Andersen?

—Abrid los ojos despacio, por favor. Levantaos y subid los brazos y las manos hacia el techo. Estirad cada articulación como si fuerais una cuerda elástica. Una vez que hayáis despertado el cuerpo, coged el pincel. No habléis con nadie. Simplemente pintad lo que se os ocurra. No utilicéis vuestros pensamientos conscientes. Pintad desde la fuente que está en vuestro interior. ¿Qué habéis encontrado en esa pequeña habitación que os pertenece solo a vosotras? Sentid los colores, los aromas, las formas.

Las participantes empezaron a pintar en los lienzos. Katrin trabajaba con un único color, mientras que Pia empleaba toda la paleta de colores. Sandra se quedó mirando cómo tomaban forma los motivos en los caballetes. De repente, se oyó un chillido que atravesó todo el albergue. Un escalofrío helado se coló bajo la camisa de Sandra y le recorrió toda la columna hasta la nuca. El desgarrador alarido la hizo girarse y salir hacia las escaleras para subir corriendo al piso de arriba, desde donde se había oído. Sujetando el arma delante de ella, aminoró la marcha una vez arriba. Por el rabillo del ojo vio que Dennis la seguía unos metros por detrás.

Sandra registró habitación tras habitación. En la primera planta se veía todo muy anticuado. La cocina común parecía de los años cincuenta, y el suelo de madera estaba cubierto por alfombras de retales en tonos azules. En la planta baja, en cambio, habían dejado su marca las décadas de los setenta y los ochenta: literas de pino, suelo sintético verde y amarillo y unos baños que recordaban a los de un hospital o un colegio. Todo muy higiénico y según las reglas, pero desangelado. A la primera planta, sin embargo, no habían llegado los inspectores.

¿De dónde había salido aquel grito? Todas las habitaciones estaban vacías. El único espacio que le faltaba por comprobar era el desván. Con su arma en alto, subió el último tramo de escaleras con la espalda contra la barandilla. La adrenalina le recorría todo el cuerpo. El desván estaba oscuro y no parecía tener ventanas. Antes de avanzar hacia el fondo sobre las anchas tablas de roble, giró sobre sí misma;

inspeccionó todo lo que la rodeaba. De repente, percibió un sollozo. En un rincón oscuro había una mujer sentada llorando.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sandra, arrodillándose a su lado.

La mujer alzó la vista hacia ella, pero continuó llorando.

—No he sido yo —gimoteó, y señaló a Annelie, que acababa de aparecer en medio de la oscuridad.

—Lo siento —se disculpó Annelie—. Soy yo la que ha gritado. Me asusté al descubrir a esta mujer aquí, en el desván. Creía que estaba sola.

—¿Y se puede saber qué hacía aquí? —Sandra volvió a colocar el arma en el cinturón y le lanzó una mirada irritada a Dennis. ¿Cómo narices podían haber pasado por alto que había una persona más en el albergue?

—No me sentía preparada para participar en la clase de arte —argumentó Annelie—. Entiendo que los Merlin tenían buena intención cuando propusieron hacer un taller curativo. Sé que Eva quería que nos apoyásemos mutuamente, pero me entró pánico y necesitaba estar a solas.

—¿Quiere decir que no podía encontrar la curación con un poco de magia potagia? —De repente, Sandra sintió compasión por Annelie, cuyo ser parecía tan frágil—. ¿Y quién es usted? —Sandra se giró hacia la mujer que había permanecido escondida en el desván.

—Me encargo de limpiar el albergue.

—¿Cuándo llegó aquí?

—El viernes por la tarde. Como el temporal empeoró, tuve que quedarme porque no pudo venir nadie a recogerme. Cuando se marcharon los propietarios el viernes, yo aún no había acabado.

—¿Qué hacía aquí arriba? —quiso saber Sandra.

—Guardamos los utensilios y los productos de limpieza aquí. —Señaló hacia un rincón en el que se veían un par de cubos y varias fregonas apoyadas contra la pared—. Necesitaba detergente para el suelo. Cuando hace este tiempo, hay que estar limpiándolo todo el rato.

—Cuando hayamos informado a la comisaría de su presencia aquí,

queremos interrogarla. ¿Puede esperar en su habitación hasta entonces? ¿Dónde duerme?

—En una habitación pequeña detrás de la cocina. Tiene una entrada de servicio.

La mujer, de edad avanzada, se levantó del suelo con la ayuda de Dennis y caminó con esfuerzo hasta la entrada. Seguramente estaba jubilada y era evidente que debía suponerle un esfuerzo considerable limpiar el albergue.

—Tome algo caliente —aconsejó Dennis—. Iremos a verla dentro de un rato. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Dagny.

—¿Dagny qué más? —preguntó Sandra.

—Dagny Persson —contestó la anciana, haciendo un ademán de reverencia. En su juventud, probablemente había hecho aquel movimiento con mayor ligereza.

—¿Cómo es que no la hemos visto antes? —inquirió Sandra.

—Limpio de cinco a siete de la mañana. Luego, los propietarios quieren que no salga de mi habitación. —La anciana encorvó aún más su espalda, ya encorvada al apoyarse en el marco de la puerta.

Dennis le dio una palmada en el hombro antes de que empezase a bajar las escaleras. Gracias a Dios, se agarró a la barandilla con firmeza. La escalera era estrecha y el más mínimo paso en falso podía acabar en una fractura de cadera. Sandra rogó que aquello no sucediera.

***

Todo lo que se cruzaba en el camino de las ráfagas huracanadas salía disparado sobre las rocas. Las cabinas de los servicios que utilizaban los bañistas en verano se habían volcado y los arbustos, acostumbrados al azote del viento, estaban aplastados contra las grietas. Dennis le había llevado una taza de té a Dagny, le había hecho algunas preguntas y luego le pidió que se quedase en su cuarto.

Cuando regresó a la habitación que habían convertido en cuartel general provisional, encontró a Sandra tumbada rendida en una de las literas.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó—. El día no se ha acabado. Quiero probar el pastel de arenques y también la hamburguesa de salmón.

Dennis sacó de la bolsa las exquisiteces que había llevado Sandra y que él había cogido ahora del frigorífico común.

—Supongo que del vino tendremos que pasar. ¿O hemos terminado la jornada? —preguntó Sandra con aspecto hastiado.

—Tengo poderes mágicos, ¿es que no lo sabes? —Como si fuera un niño, hizo aparecer una botella de debajo de su jersey.

—No sabría qué decirte… —contestó Sandra.

Empezaron a saborear con placer lo que quedaba. Dennis gemía de satisfacción una y otra vez. No llevaba más que un día aislado, pero la sensación de ser un Robinson Crusoe lo había invadido por completo. Una comida de lujo en ese entorno le bastaba para alcanzar el éxtasis.

—¿Qué opinas de Karl? —se interesó Sandra.

—Creo que tiene un buen marrón encima, si quieres saber mi opinión.

—Eso te he preguntado.

—No es solo que conociese a la víctima, también anduvieron en devaneos. Además, lo de la cadena es muy sospechoso. ¿Cómo pretende explicar que Tricia la llevase al cuello? —razonó Dennis entre bocados.

—¿Devaneos?

—Sí, ya me entiendes.

—Sí, claro, pero solo eres diez años mayor que yo y hablas como mi abuela. —Sandra agitó la cabeza con aire burlón.

—¿Y cómo hay que decirlo?

—Pues que se acostaban.

—Pero él nos ha dicho que no.

—Claro que ha dicho que no, pero no es verdad. Se lo noté. Por cierto, qué jodido que Tricia, además, estuviese embarazada. ¿Quién será el padre?

—Podría ser cualquiera —respondió Dennis—. Era guapa.

—De eso me doy cuenta hasta yo —apuntó Sandra, frunciendo la boca.

—Estilo Miss California. No hablamos de Alaska o de Dakota del Norte, sino de la Halmstad de Estados Unidos —abundó Dennis.

—¿Qué pinta la ciudad de Halmstad en tu comparación?

—¿No es la ciudad donde están las mujeres más guapas de Suecia? En todo caso, los Beach Boys pensaban que las chicas californianas eran las mejores.

—Entonces, tú tendrías que apoyar la región de Bohuslän y decir que aquí es donde están las chicas más guapas.

—Claro, eso quería decir.

—Pero si has dicho Halmstad.

—Déjalo ya, anda. Karl y Tricia Andersen se conocían y, además, tuvieron una relación cuando él trabajaba en la embajada, hace unos años. Aunque me pregunto cómo pescó Karl a una Miss California.

—¿Por qué te lo preguntas? Karl está como un queso —afirmó Sandra.

—¿Como un queso? ¿Qué tipo de expresión es esa? —preguntó Dennis, entre irritado y burlón.

—Tiene algo.

—No lo había notado —replicó Dennis, echándose la melena hacia atrás. Era evidente que le molestaba cómo se había expresado Sandra respecto a su compañero común—. Si te gustan los asesinos, quizá te fijas en él —añadió, y se ganó una mirada letal de Sandra.

—Quieres pensar que eres el único regalo divino para las mujeres, pero hay muchos muchos más.

—O sea, que crees que soy uno de ellos —sonrió Dennis burlonamente.

—Yo no he dicho eso, pero parece que tú sí lo piensas.

—¡A tu salud, guapa! —rio Dennis. Picar a Sandra a veces lo ponía de buen humor, aunque casi siempre le dejaba un regusto ácido.

—Venga, que hay que seguir trabajando —zanjó Sandra—. ¿Cómo coño podemos tener a una mujer de la limpieza en el albergue sin saberlo? Los propietarios no se lo mencionaron a Helene. Le pedí que me hiciera una lista de todos los que trabajaban aquí y no figuraba ninguna Dagny Persson. ¿Te ha dicho algo de interés?

—La verdad es que no, pero es probable que trabaje en negro —respondió Dennis—. Quizá pensaron que era una cuestión peliaguda y evitaron mencionarla.

—De ahora en adelante, no podemos permitirnos más descuidos así. Quizá deberíamos volver a la estación meteorológica. Me imagino que el informe de la autopsia ya estará más completo, pero que no habremos recibido ningún aviso porque la red móvil no funciona. El registro que nos dieron, por cierto, no ha servido de nada. No hay ninguna laguna en la tarde del viernes, así que siempre hubo alguien a cargo de la estación. Salvo por la hora que se ausentaron, cuando los encontramos en la cama, está todo correcto.

El temporal continuaba rugiendo con una intensidad inagotable. Todo el edificio temblaba. Por momentos, incluso tenían la impresión de que el tejado fuese a salir volando. Tomarse una copa de vino y esperar a que el viento amainase parecía lo único que podían hacer.

Hållö, enero de 1899

Hedvig se dejó caer en el sillón acolchado del salón. Tenía un cojín en la parte inferior del respaldo que le aliviaba el dolor lumbar. Padre aún estaba trabajando, lo cual, a decir verdad, significaba que se pasaba el tiempo sentado en una silla en la planta baja del faro. Madre y sus hermanos habían ido a tomar el café del domingo a casa de la mujer del farero segundo. Solía ser madre quien lo organizaba después de que todos hubiesen acudido a la capilla tras oír las campanas de la iglesia de Kungshamn a las once. Esa vez, sin embargo, la mujer del farero segundo había insistido en invitar a su madre y a sus hermanos. Hedvig había rechazado la invitación. Estaba en esos días del mes y le dolía mucho la barriga. Se lo había contado a madre, quien la entendió y le dijo: «Siéntate en el sillón bueno. Te irá bien para el dolor».

La Nochebuena de 1896, la vida que llevaban había cambiado de la noche a la mañana. Padre ya no podía desempeñar su trabajo de farero jefe ni cumplir las funciones de padre de familia. La pierna que se había roto no se había curado como debía y cargar el cuerpo de manera desequilibrada lo había dejado casi inválido. «¡Shhh!», siseaba su madre cuando Hedvig decía aquella palabra. Pero la señorita de la escuela de la isla se la había enseñado y le había explicado que venía del latín.

La familia del farero segundo, que vivía en la casa de al lado, había mantenido la situación en secreto. Y lo mismo había hecho su familia. Su hermano mayor ayudaba en la medida de sus posibilidades, pero, desde el otoño, vivía en una pensión en Kungshamn para poder ir a un colegio mejor. La escuela de la isla era buena, pero la señorita solo se quedaba unas cuantas semanas seguidas allí y, después, podían pasarse varios meses sin tener clase. A Hedvig se le daba bien leer y escribir y, al anochecer, cuando se sentaban juntas, llevaba a su hermana pequeña, Ingeborg, al país de las letras.

Madre tenía que hacerlo prácticamente todo. Se levantaba temprano y se encargaba de atender a padre, quien, a veces, tenía dolores y necesitaba medicinas para aliviarlos. También le daba masajes en la pierna porque él insistía en subir hasta el faro y recibir los informes de la noche. Aunque se ayudase de un bastón, madre casi tenía que cargar con él por las rocas hasta llegar a la torre. En la caja de avituallamiento que recibían de tierra, solía ir una botella de aguardiente que padre, a pesar de jamás haber tomado una gota de alcohol en su vida, había empezado a utilizar en los últimos tiempos para aliviar el dolor. Eso decía madre, que no solo se

encargaba de las tareas del farero jefe, sino que también organizaba el trabajo del farero segundo y de los auxiliares. Ninguno de ellos se atrevía a rebelarse contra madre, puesto que sabían que, mientras la cooperación funcionase, ella velaría por que su empleo estuviera asegurado. A cambio, ellos debían mantener la boca cerrada respecto a padre, aunque era algo que nunca había hecho falta decirles expresamente.

Hedvig, sin embargo, se preocupaba por madre. Las gestaciones y los partos le habían pasado factura a su cuerpo y ahora, además, se mataba a trabajar para conseguir hacerlo todo, a pesar de que Hedvig la ayudaba todo lo que podía. Pero en los periodos que había clase en la escuela de la isla, Hedvig e Ingeborg estaban ocupadísimas haciendo deberes sobre los reyes de Suecia y todos los países del mundo. Y que los niños echasen una mano en la cocina o en la casa era impensable. Por las noches, madre se sentaba en el despacho para llevar la contabilidad del faro y los pedidos. Ojalá todos tuviesen fuerzas para superar esos años hasta que padre mejorase, pensó Hedvig, cansada.

8

El domingo amaneció con el cielo despejado. El temporal de otoño había dado paso a una calma serena. El sol volvía a brillar sobre las rocas rosadas y los vientos huracanados que habían azotado la isla durante casi tres días no habían dejado apenas huella, aparte de algunas casetas de los servicios que habían aparecido volcadas, con sus tradicionales puertas con un corazón recortado en la madera hacia abajo, a una veintena de metros de su ubicación original. El barco de la policía marítima surcaba la superficie todavía rizada del agua. Dennis inspiró el aire fresco mientras entraban en el puerto de Smögen.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sandra.

—Esperar el próximo informe de la científica —contestó Dennis.

—¿Y dónde esperamos?

—En comisaría. Voy a llamar a Camilla.

—Pregúntale cómo espera que sigamos con la investigación —pidió Sandra, diligente.

—Sí, claro —dijo Dennis—. Si tuviera que adivinar, diría que nos pedirá que no hagamos ningún movimiento hasta que se haya coordinado con la Säpo.

En su interior, sin embargo, se sentía escéptico. La pista que señalaba hacia un móvil político en relación con Donald Trump le parecía una posibilidad muy remota. Su instinto le decía que, tras el asesinato, había una motivación más personal, lo cual, a su vez, dejaba a su compañero Karl Ström en una posición aún más complicada. Sandra no parecía darle demasiada importancia a esa teoría, pero que Karl hubiese sido su profesor no significaba que pudieran tacharlo automáticamente de la lista de sospechosos.

—O sea, ¿que nos toca quedarnos de brazos cruzados? —Sandra sonó decepcionada.

—¡En absoluto! Mientras la falta de personal continúe siendo tan salvaje como ahora, seguiremos llevando la investigación desde aquí y

tendremos que informar a Camilla y quizá también a Estocolmo. Al fin y al cabo, el asesinato ha tenido lugar en nuestra zona.

—Suena interesante —afirmó Sandra.

—Para ti, que quieres seguir ascendiendo, supongo que sí. A mí me parece sobre todo trágico.

—Ya, claro que es trágico, pero aun así también puede ser interesante.

El barco amarró en el muelle. Antes de desembarcar, dieron las gracias al agente de la marítima que los había recogido y, luego, se encaminaron hacia la plaza de Smögen, donde tenían el coche aparcado.

—¿Gambas o pizza? —preguntó Dennis.

—Pizza.

En la pizzería de al lado del supermercado Ankaret pidieron una ensalada de kebab y sendas pizzas de solomillo de buey con salsa bearnesa.

—¡Qué asunto más desagradable! —se lamentó Dennis—. Pero me alegro de haber vuelto a tierra.

—Ah, ¿sí? —dijo una voz por encima de sus cabezas.

Era Amanda, la periodista de cabello pelirrojo que habían conocido durante su primer caso juntos en Kungshamn.

—¡Uy, qué sorpresa! ¿Qué es de tu vida? —preguntó Dennis, procurando sonar como si la hubiera echado de menos.

—He estado un año en el diario Expressen.

—Y ahora has vuelto a tus orígenes.

—Estoy haciendo una sustitución. ¿Puedo entrevistaros acerca de la mujer que ha aparecido muerta en Hållö? —Sin esperar respuesta, añadió—: ¿Es cierto que se trata de la hija del embajador estadounidense?

—Todavía no hemos hecho pública su identidad —declaró Dennis.

—¿Es cierto que el analista de la policía que también se encontraba en Hållö había tenido una relación con la víctima?

—No tenemos conocimiento de ese dato —respondió Dennis.

—Por las redes corre el rumor de que estaba embarazada. ¿Es cierto?

—Lo siento, pero no podemos compartir ninguna información contigo y te ruego que lo respetes. Cuando sepamos algo más, enviaremos una invitación a una rueda de prensa.

—¿Cuándo será?

—En estos momentos no lo sabemos todavía.

—La encontró Karl Ström, ¿verdad?

Dennis y Sandra suspiraron al unísono. La tenaz periodista había refinado sus dotes aún más, aunque en su primer contacto con ella ya había demostrado una enervante implacabilidad. Su estilo de bombardear con preguntas podía sacar de quicio a la mayoría, pero a Sandra la ponía aún más de los nervios.

—Déjanos en paz. Estamos en nuestro descanso —dijo con el tono más calmado que pudo.

—Gracias, ya tengo lo que necesito —replicó Amanda, y les hizo una foto con el móvil.

—¡No puedes utilizar esa foto! —la increpó Dennis.

Pero la periodista ya había salido por la puerta y no oyó su advertencia.

—¿Cómo narices puede saber que Tricia Andersen estaba embarazada? ¿Acaso hay alguien en la Jefatura de Gotemburgo filtrando información?

—Ni idea —contestó Dennis—. Vámonos a la comisaría, hay que introducir en el sistema todos los datos que tenemos. ¿Puedes encargarte tú?

Sandra asintió mientras se llevaba a la boca un trozo de pizza rebosante de queso.

—Pero, primero, llamaremos a Miriam Morten y, luego, a la jefa. Tenemos que ponernos al día de toda la información disponible —concluyó Dennis.

***

Karl Ström dejó la bolsa a su lado en el banco del ferri de Hållö. Pesaba una tonelada. Se había llevado montones de libros y dos portátiles con la esperanza de terminar las especificaciones que necesitaba la Unidad de Informática para desarrollar la aplicación. Pero, en lugar de poder trabajar, se había convertido en sospechoso del asesinato de su ex, la hija del embajador estadounidense. El día anterior, Dennis había ido a su habitación para comunicarle que la forense había informado de que habían encontrado su cadena de plata en el cuello de Tricia Andersen. Dennis le había enseñado una foto y, efectivamente, era suya. Karl no entendía nada. Hacía años que había perdido aquella gruesa cadena con una plaquita. No tenía ni pies ni cabeza que Tricia la llevase puesta. ¿Alguien intentaba inculparlo de un asesinato que no había cometido? ¿Cómo diablos iba a explicárselo a Lisa? Cuando el patrón viró para entrar en el puerto de Smögen, volvió la cobertura y su móvil sonó al instante.

—¿Qué has hecho? —La voz de Lisa sonó resignada a la vez que acusadora.

—No he hecho nada.

—Todos los titulares afirman que un policía de la región suroeste de Gotemburgo es sospechoso del asesinato de la hija del embajador estadounidense en Hållö.

—Es todo un malentendido.

—Pero también dicen que conocías a la mujer. ¿Es cierto?

—Es Tricia, te he hablado de ella alguna vez. Tuvimos una relación, pero fue hace mucho tiempo. Ahora tengo que ir a que me interroguen y a dejar una muestra de ADN, pero supongo que es lo normal.

—Lo que no es normal es que te encuentres a una exnovia asesinada en el mar.

—No, claro que no. Volveré pronto a casa. Tenemos que hablar.

—Puedes apostar la cabeza a que tenemos que hablar.

—¿Hace falta que seas tan agresiva? Estoy hecho polvo y os echo de menos a ti y a los peques. —Oyó el clic en el teléfono y sintió cómo la

frustración de Lisa se colaba en su cabeza.

A medida que el barco se adentraba en la dársena del puerto, pudo contemplar el muelle Smögenbryggan, el restaurante Skäret y la casa del comerciante. Qué idea más tonta descuidar a la familia por su obsesión con la idea de crear un servicio impresionante que solucionaría muchísimos problemas en todo el mundo o, al menos, que facilitaría el trabajo policial en la región metropolitana de Gotemburgo. Si pretendía conservar a su familia y su trabajo, tendría que demostrar su inocencia. Se había metido en un atolladero del que, en esos momentos, no sabía cómo iba a salir. Si no tenía a Lisa y a los niños a su lado, no sería capaz de superarlo. Debía convencerla a toda costa de que era inocente.

Desde el muelle de los vapores, enfiló la calle Sillgatan. Los libros le pesaban en la espalda. Cuando llegó al estanco de Gösta, descubrió los horribles titulares: «Un policía de Gotemburgo sospechoso del brutal asesinato de la hija del embajador». «La hija del embajador asesinada en Hållö». Mientras él había estado aislado en una isla que solía calificar de paradisiaca, el resto del mundo parecía al tanto de hasta el más mínimo destalle de una investigación policial que ni quiera merecía ser llamada así. ¿Cómo coño iba a quedar limpio su nombre después de algo así?

En la plaza de Smögen lo esperaba un vehículo policial sin distintivos. Dos horas después estaría en la Jefatura de Policía de Gotemburgo.

***

Emir estaba sentado con Mattias, de la Unidad de Informática, en uno de los cubículos de cristal destinados a pequeñas reuniones en la Jefatura de Policía de Gotemburgo. Era la hora del descanso, pero Emir le había preguntado a su compañero si podían hablar un momento a solas. El latte de la oficina no podía compararse con el de la cafetería, pero con un chorrito de leche extra se dejaba beber.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Emir, mirando a Mattias, quien parecía fuera de lugar cuando no tenía un monitor delante y, nervioso, optó por poner las manos debajo de las piernas en la butaca.

—Lo he revisado todo —contestó Mattias—. Annelie participó en una manifestación antiamericana, o mejor dicho, anti-Bush cuando se

produjeron los disturbios de Gotemburgo en 2001 con motivo de la cumbre del Consejo Europeo, pero, al parecer, salió de esos círculos un par de años después. Katrin tuvo una relación con un hombre que ha trabajado en China muchos años, pero no parece que haya sido particularmente activo en asuntos políticos, al menos no durante los últimos diez años.

—¿Y tenemos algo de la pareja de artistas? —indagó Emir. Deseaba conseguir algún indicio que respaldase la teoría del móvil terrorista. Centrarse solo en Karl Ström le parecía poco profesional, además de una tontería. Hasta ese momento, las pruebas científicas que vinculaban a su colega con el asesinato eran insuficientes para presentárselas a la fiscalía.

—Eva y Sture Merlin han tenido problemas con el fisco. Son copropietarios de un viñedo en Francia y los dos participaron en las protestas de Mayo del 68. A Eva la detuvieron a raíz de la ocupación del edificio de la Asociación Estudiantil de la Universidad de Estocolmo en esas fechas. Pero ya ha llovido desde entonces.

—¿Has averiguado algo de la señora mayor que limpia?

—Dagny Persson es la madre del hombre que lleva el albergue junto con su mujer. Aunque es posible que no declare sus ingresos por ese trabajo, creo que no vale la pena darle mayor importancia a esa infracción. Tiene setenta y seis años.

—¿Y de los meteorólogos de la estación?

—Ah, sí, faltaban esos. Trabajan día y noche y, según la Agencia Sueca de Meteorología, cumplen sus obligaciones al pie de la letra. Durante los últimos años, solo faltan unas pocas horas en el registro. No parece que vayan a despedirlos.

—¿Has encontrado algo más? —prosiguió Emir.

—El verano pasado, un grupo de activistas envió una amenaza a la embajada estadounidense en Estocolmo. Amenazaban con volarla si Donald Trump no la cerraba y retiraba a su embajador de Suecia.

—¿Qué tipo de organización envía una amenaza así? —inquirió Emir.

—Es un grupo que acude a las cumbres de las grandes potencias y se manifiestan, lanzan piedras y esas cosas. Este grupo en concreto tenía vínculos con Italia.

—Entonces, ¿existe una amenaza contra la embajada?

—Sí, pero diría que es constante.

—Hmm. —Emir le dio un sorbo al café, ya frío—. ¡Gracias por tu ayuda, Mattias! ¿Podrías seguir investigando esta teoría terrorista? Intenta localizar a un portavoz del grupo ese de activistas. Creo que podemos encontrar algo más indagando por ahí.

—Claro —respondió Mattias, y se levantó rápidamente para abandonar el cubículo.

Emir lo siguió con la mirada mientras su compañero avanzaba por el pasillo con pasos ágiles y desaparecía en dirección a su unidad.

***

Camilla Stålberg acababa de sentarse frente a su escritorio en la Jefatura de Policía cuando sonó su móvil. Un número de Estocolmo. Por supuesto. Intentar ocultar los resultados forenses era como intentar camuflar un grano en la nariz: cuanto más corrector te ponías, más se veía el grano. ¡Mierda! Había visto a Emir reunido con Mattias en uno de los cubículos de cristal y se preguntaba de qué habrían estado hablando.

—Camilla Stålberg, policía de Gotemburgo, ¿dígame? —respondió con voz resuelta.

—Te llamo de Estocolmo. Tenemos que vernos.

—¿Ahí o aquí?

—Vamos nosotros. ¿Habéis suspendido al agente en cuestión?

—No.

—¿Por qué no?

—Está al llegar.

—Hazlo.

—Sí.

—Avísame cuando esté hecho.

—De acuerdo.

Camilla colgó. El nacimiento del pelo se le había erizado como a un gato salvaje. Odiaba que le echaran la bronca. Con solo ver el número de Estocolmo en la pantalla, ya se sentía inferior. Cuando hablaba con Malmö y con las demás ciudades suecas, las órdenes las daba ella. Pero Estocolmo era otra historia. Incluso un agente de menor rango que ella podía permitirse hablarle desde una posición de superioridad. En una entrevista de evaluación del rendimiento, el director general de la Policía la había instado a adaptarse o marcharse. «Estocolmo va primero. Debes aceptarlo», le había dicho.

En ese momento, Emir entró en su despacho. Se sentó con las piernas separadas, entrelazó las manos y apoyó sus musculosos brazos en la mesa.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Camilla.

—Está esperando fuera con un guardia —contestó Emir, mirando el escritorio.

—¿Puedes estar presente en la conversación?

—¿Crees que Karl quiere que esté? —inquirió Emir, vacilante.

—Lo quiero yo.

—¿Voy a buscarlo?

Camilla se levantó y comenzó a pasearse junto al ventanal. Cuando Karl franqueó la puerta, ella estaba mirando por la ventana. Oyó que Emir y él se sentaban a la mesa de reuniones. Le dolía lo que estaba a punto de comunicar. No tanto porque sintiera lástima por Karl, sino porque necesitaba empleados competentes para cumplir su cometido. Karl tenía ambiciones, era bueno en su trabajo y le caía bien. Pero ahora había metido la pata hasta el fondo y las consecuencias eran catastróficas. Camilla inspiró hondo, se giró y fue a sentarse a la mesa ovalada. Karl, reclinado hacia atrás en la butaca y con las manos en los reposabrazos, evitó mirarla.

—¡Mírame! —lo conminó.

Karl alzó los ojos gris castaño. Camilla no sabía bien cómo interpretar qué reflejaban: ¿angustia?, ¿inquietud?, ¿culpa?

—¿Qué hacías en Hållö? —le preguntó al fin.

—La aplicación DUO-DOS.

—Pero era fin de semana y no te tocaba trabajar.

—Durante el horario de trabajo normal no me da tiempo a armar el sistema que quiero desarrollar. El resto de las tareas me ocupan gran parte de la jornada.

—Lo mismo les pasa a los demás agentes. Tampoco tienen tiempo suficiente para todo.

—Ya lo sé, pero, para poder terminar este encargo, necesito tranquilidad. Por eso fui a la isla, para trabajar sin que me molestasen.

—¿De qué conocías a Tricia Andersen?

Karl apartó la mirada.

—¿Has entendido la pregunta? —El tono de Camilla se endureció exponencialmente.

—Tuvimos una relación.

—¿Cuándo?

—Hará unos ocho o nueve años.

—¿Dónde?

—En Estocolmo. Yo trabajaba de informático en la embajada.

—¿Cuánto tiempo duró?

—Nunca fue nada serio. Era una relación sin futuro desde el principio. Veníamos de mundos muy distintos y los dos lo sabíamos.

—¿Ella aceptó que terminaseis?

—Eso me pareció. Luego encontré trabajo aquí, en Gotemburgo, conocí a Lisa y ya no me interesó más aquella historia.

—¿Por qué te presentaste en Hållö cuando Tricia también iba a ir a la isla? ¿Teníais un lío?

—¡Qué va! Fue casualidad que coincidiésemos allí.

—¿Entiendes la impresión que da visto desde fuera? Que precisamente tú encuentres a tu ex muerta en la ensenada de Mármol una noche de tormenta, y que no haya nadie más cerca.

—Entiendo que puede parecer extraño, pero soy inocente. No tenía ninguna cuenta pendiente con Tricia; de hecho, hacía años que no pensaba en ella. —Karl le sostuvo la mirada a Camilla.

—¿Y cómo explicas lo de la cadena?

—La perdí hace un montón de años. Preguntadle a Lisa, no la veía desde…

Fueron interrumpidos por alguien que llamaba a la puerta y Emir se levantó corriendo a abrir. La persona que estaba fuera le susurró algunas palabras. Camilla y Karl esperaron sentados en silencio a que volviese Emir.

—El laboratorio quiere una muestra tuya de ADN —comunicó Emir—. Están esperándote.

—Supongo que entiendes que estás suspendido hasta nueva orden, ¿no? —informó Camilla.

—¡Todo esto no tiene ningún sentido! —vociferó Karl antes de abandonar el despacho.

—¿Qué piensas? —preguntó Emir una vez que estuvieron solos.

—No sé qué decirte, pero ahora mismo las cosas no pintan nada bien para él. Como el temporal dejó aislada la isla de Hållö desde que apareció el cadáver de Tricia el viernes, cabe asumir que el asesino se encontraba en la isla. Lógicamente, tanto la Säpo como nosotros debemos trabajar con todas las hipótesis, pero Karl está en un grave aprieto, teniendo en cuenta hacia dónde apuntan todos los indicios. Sobre todo lo de la cadena me parece muy difícil de justificar. ¡Qué lástima! Con lo buen policía que es. Nos habría venido bien contar con él de cara al futuro. Pero me temo que su carrera en la policía esté acabada, da igual cómo termine el caso.

—¿Para qué necesitábamos contar con él? —quiso saber Emir.

—Karl es uno de nuestros mejores analistas. La idea era que formase parte de un equipo que estamos creando. Entre otras cosas, iba a encargarse de dirigir el trabajo de implementar el programa de gestión de casos más avanzado del mundo.

—¿Es que no basta con el sistema DUO-DOS?

—El DUO-DOS satisface muchas necesidades, pero con este programa adicional habríamos tenido un instrumento de primera categoría. Quizá incluso superior a los sistemas del FBI. Aunque, en realidad, nadie sabe qué funciones tienen, porque su organización es de todo menos transparente.

—¿Y crees que nosotros sí somos transparentes?

—Sí, bastante. Las funciones del DUO-DOS pueden encontrarse en internet, por ejemplo —explicó Camilla.

—¿Las has buscado? —Emir sonó impresionado.

—No, pero me lo ha dicho mi hija de catorce años.

—Los jóvenes lo encuentran todo. ¿Por qué no contratamos a una pandilla de adolescentes?

—No es mala idea. Ponlo en el buzón de sugerencias y lo estudiaremos.

—¿Estás tomándome el pelo?

—Pues claro. Hay que ponerse a trabajar. ¡Andando, que es gerundio!

Emir salió del despacho y cerró la puerta de forma respetuosa. Era de los que se dejaban educar fácilmente. Camilla pensó en su alocada idea de meter a jóvenes en la policía. Quizá debería pedirle a su hija que le echara un cable de vez en cuando. Podía merecer la pena, teniendo en cuenta que su cartera era como un colador cuando Melissa estaba cerca. A lo mejor podría pagarle por trabajar para que tuviese algo de dinero propio. A la adolescente se le daba muy bien buscar todo tipo de información en foros y chats de internet más o menos anárquicos. De lo que ya no estaba segura Camilla era de si el procedimiento sería legal.

***

Victoria se dejó caer en el sofá de su hermano. Era domingo por la tarde y Björn se había llevado a los niños a jugar al parque un par de horas. La habitación que Dennis seguía alquilando encima del estanco

de Gösta dejaba mucho que desear. Detrás del antiguo mostrador que Martin, el padre de Gösta, había tenido en la tienda que abrió en la planta baja en la década de 1920, estaba desprendiéndose el papel verde decorado con filas de hojas de palmera y flores de hibisco, que debía llevar en la pared desde que se había construido la casa.

—Si quieres, puedes instalarte en nuestra casa cuando volvamos a Sjövik —sugirió, intentando sonar natural.

—¿Ya os toca volver? —preguntó Dennis.

—Dentro de un mes empiezo a trabajar. Iré en autobús a Gotemburgo.

—¿Cada día?

—Supongo que sí —respondió Victoria—. Tengo que trabajar a jornada completa para que nos salgan los números.

—Aquí estoy bien —apuntó Dennis, vacilante.

—Ya, seguro… —replicó Victoria.

—Pero…

—¿Qué?

—Van a empezar a reformar las dos plantas superiores del edificio…

—Entonces, ¿te vienes a vivir a nuestra casa?

—Quizá.

—Perfecto, porque necesitamos a alguien que nos la vigile.

—¿Cómo haremos cuando vengáis los fines de semana?

—Puedes quedarte con nuestro dormitorio en la planta de arriba y, cuando estemos aquí, ya nos apretujaremos con los niños en las demás habitaciones.

—Pero…

—Sí, que haya criaturas gritando alrededor puede ser estresante a veces, pero también es bonito. —Victoria le guiñó un ojo. No le iría mal practicar un poco con sus sobrinos. Sabía que su hermano deseaba tener una familia.

Sonó el teléfono de Dennis y Victoria cogió una revista de la mesita mientras él hablaba. Era el último número de Criminalística, donde artículos como «El camino del arma a través del Centro Forense Nacional» y «Preguntas y respuestas sobre el ADN» despertaron su interés. Si no hubiera optado por la comunicación institucional, quizá podría haber sido policía científica o investigadora. Eran profesiones que le interesaban, pero la frenaba la impotencia que sentía ante el hecho de que el trabajo policial se basaba en asesinatos y delitos auténticos. De momento, prefería mantenerse alejada de todo eso. Con leer novela negra y ver series policiacas tenía más que suficiente. Quizá tendría que conformarse con escribir sobre esos temas.

—Era Sandra —dijo Dennis después de colgar.

—¿Qué quería?

—Que la acompañe a Estocolmo.

—¿Qué tenéis que hacer? ¿Visitar al embajador y su esposa?

—Misión secreta —rio Dennis, y se sentó a su lado en el sofá—. ¿Os parece bien que tenga un gatito cuando me vaya a vivir a vuestra casa?

—¡Quita quita! —sonrió Victoria—. Tú y tus piojos sois bienvenidos, pero con eso basta.

9

La valla que rodeaba los edificios de la embajada de Estados Unidos era de todo menos acogedora. Detrás comenzaba una especie de zona extraterritorial, lo cual significaba que, en cuanto se encontrasen dentro del recinto, dejaba de aplicarse la legislación sueca y entraba en vigor la estadounidense. Sandra observó cómo se abría la verja para que pasase el coche que los había recogido a Dennis y a ella en la estación de Estocolmo. En un principio, Camilla Stålberg le había pedido que fuera ella sola, pero Sandra sabía que necesitaría a Dennis como parachoques, por así decirlo, entre ella y el embajador, que seguro que era cercano a Donald Trump y, sin ninguna duda, la enfurecería. Si no se comportaba como Dios manda en la residencia del embajador, se exponía a que la echasen y, lo peor de todo, a estropear las relaciones entre Estados Unidos y Suecia durante mucho tiempo. El vehículo negro de lunas tintadas aparcó frente a la entrada. Como ya se encontraban en suelo norteamericano, tuvieron que entregar sus armas reglamentarias al guardia de seguridad. Tras el control, los recibió una mujer ataviada con una falda de tweed por las rodillas y una blusa lila con lazo en el cuello. Ya era lunes por la mañana y debían avanzar en la investigación. Camilla había sido clara: la familia y el círculo más cercano de la víctima solo habían sido interrogados por los servicios secretos suecos, y ella quería que Sandra y Dennis intentasen sacarles más información.

—Síganme, por favor —dijo la mujer en un sueco perfecto, aunque con acento norteamericano.

Sandra y Dennis la siguieron en silencio hasta un segundo control de seguridad con arco detector de metales y, luego, avanzaron por un pasillo hasta llegar a una sala de reuniones con una mesa oval que parecía de madera de cerezo, o tal vez fuera secuoya.

—Siéntense, por favor. El embajador y su esposa llegarán enseguida.

Las sillas estaban tapizadas en un tono claro que, en unas oficinas suecas, se consideraría muy poco práctico, pero, en combinación con la madera roja, irradiaba una frescura que hacía pensar en el sueño americano. Encima de un aparador colocado detrás de las sillas que probablemente ocuparía la pareja anfitriona se veían dos pequeños mástiles con la bandera estadounidense izada. Sobre él colgaban dos cuadros: uno de Donald Trump pintado a partir de una fotografía y, a

su lado, otro de George Bush. Sandra no pensaba preguntar qué había pasado con el de Obama. ¿Cuántos cuadros de Trump se habrían pintado y enviado a todas las bases militares, consulados, embajadas y otras oficinas al servicio de Estados Unidos en todo el mundo? Intentó apartar las náuseas que le provocaba todo aquello. Confiaba en que la conversación con el embajador y su esposa se limitara al tema en cuestión.

Ya les habían informado de la muerte de su hija y, en esa ocasión, la visita tenía por objeto avanzar en la investigación, aunque era importante que no fuese demasiado evidente. Se abrieron las puertas de la sala y entró la pareja. Ronald Andersen había elegido un traje azul oscuro y su mujer llevaba un vestido por la rodilla de cuello alto del mismo tono. En la pechera se habían colocado una bandera estadounidense y Rita Andersen se había puesto, además, una cadena con una cruz de oro blanco que colgaba sobre el vestido. Ronald le apartó la silla a su mujer para que se sentara antes de tomar asiento él mismo.

—Bienvenidos a la embajada —los saludó Ronald Andersen en tono formal, y entrelazó las manos sobre la mesa.

No tenía el cabello naranja como su jefe en el cuadro de detrás, sino blanco como la nieve y peinado hacia atrás con cera. Su esposa se había puesto unas mechas claras en la melena gris que creaban la ilusión de que fuese rubia.

—Gracias —dijeron Sandra y Dennis a la vez, pero en voz tan baja que no resultó molesto.

—¿Qué podemos hacer por ustedes? —preguntó Ronald.

—En primer lugar, queremos expresarles nuestras condolencias por la trágica pérdida de su hija. Como bien sabrán, este caso tiene la máxima prioridad para nosotros.

—No es que lo hayamos notado demasiado hasta ahora —criticó Rita Andersen en voz baja pero clara hasta la última sílaba.

—¿Trabajan ustedes con la teoría de que el asesinato de nuestra hija ha sido un acto terrorista? —Ronald respiró pesadamente.

—Hasta el momento, nuestra investigación no señala en esa dirección —respondió Dennis, tranquilo.

—Pues yo creo que sus capacidades se quedan muy cortas para este

caso —afirmó Ronald, resuelto—. Exigimos que asuman el mando los servicios secretos suecos junto con el FBI.

—La Säpo ya participa en el caso y, además, posee un elevado grado de cooperación con Estados Unidos, entre otros países —intervino Sandra—. Pero, en estos momentos, nada indica que su hija haya sido asesinada por motivos de ese tipo.

—¿Hacia dónde apuntan sus hipótesis? —quiso saber Rita, quien, bajo la superficie, luchaba contra un dolor mayor del que era capaz de asimilar. Jamás ganaría aquella batalla.

—¿Les suena el nombre de Karl Ström? —preguntó Sandra, ganándose una mirada gélida de Dennis de la que hizo caso omiso.

—Trabajó aquí —contestó Rita.

—Es un monstruo —opinó Ronald, cuyo rostro se había puesto rojo como una manzana de invierno.

—¿Qué quiere decir? —indagó Sandra.

—Karl Ström acosó a nuestra hija y fue despedido con efecto inmediato.

—¿La acosó? —se sorprendió Dennis—. Teníamos la impresión de que habían mantenido una relación sentimental.

—Eso dijeron ellos, pero nuestra querida Tricia se negó siempre a hablar del miedo que tenía.

—¿Miedo de qué? —preguntó Sandra.

—De que volviera a perseguirla.

—¿Lo denunciaron?

—No, nos aconsejaron que no lo hiciéramos. Pero ahora el muy hijo de puta la ha asesinado. —El rostro de Ronald había pasado al morado, como si llevara al menos tres asaltos en el ring contra un boxeador.

—Aún no sabemos qué sucedió en Hållö, por lo que debemos ser cautos a la hora de formular ese tipo de acusaciones —matizó Dennis —. Entendemos su dolor…

—¡No entienden ustedes una mierda! —bramó Ronald—. No tienen ni

idea de lo que estamos pasando. ¡Deténganlo ya para que podamos enterrar a nuestra hija en paz!

—Encontraremos al asesino de su hija —aseguró Sandra—, sea quien sea, pero en estos momentos no tenemos pruebas suficientes contra Karl Ström.

—¿Quién más podría haber sido? —preguntó Rita con frialdad—. La conocía, la acosó, la encontró en el agua y, además, murió estrangulada con una cadena de plata que le pertenecía a él. ¿Qué más pruebas necesitan para darse cuenta de lo que ha sucedido?

—Nos pondremos en contacto con ustedes tan pronto como sepamos algo más. Pero estamos aquí porque necesitamos hacerles algunas preguntas complementarias que pueden sernos de gran utilidad en la investigación.

—¿Como qué?

—Por ejemplo, la vida social de su hija. ¿Salía con alguien Tricia? ¿Con qué personas se relacionaba?

—Ella y Ned Donovan estaban prometidos. Él viene de camino hacia Estocolmo. —Rita ocultó el rostro entre las manos.

—Su mejor amiga se llama Karen y está en California —añadió Ronald.

—¿Habían observado algún cambio de comportamiento en ella últimamente? ¿Les daba la impresión de que estuviera asustada o preocupada por algo?

—Lloraba mucho —apuntó Rita, conteniendo la respiración. No parecía que las debilidades fuesen algo que se tratase en voz alta en aquella familia—. Creo que quizá se sentía triste y presionada debido a algunos incidentes del pasado.

Ronald decidió no comentar las declaraciones de su esposa.

—¿Qué incidentes? —interrogó Sandra.

—Eso es agua pasada —replicó Ronald Andersen con una voz que cortaba de raíz la posibilidad de preguntar nada más sobre el tema.

—¿Y qué saben de su amistad con las chicas que la esperaban en la isla? —Dennis se esforzaba por conseguir más información, a pesar de

que era evidente que su presencia y la de Sandra ya no eran deseadas.

—No sabemos gran cosa de esas chicas —dijo Rita—. Tengo entendido que habían estudiado juntas cuando eran más jóvenes y después mantuvieron el contacto. Las ha mencionado alguna vez, pero no demasiado.

—¿Sabían que Tricia estaba embarazada?

La pareja se miró, horrorizada.

—¿Cómo que embarazada? Es imposible. No lo entiendo.

Rita comenzó a llorar quedamente y, cuando el rostro de Ronald Andersen volvió a teñirse de morado, Sandra enderezó la espalda para indicar que había llegado la hora de irse. Dennis no se demoró en imitarla.

—Llámennos si se les ocurre algo más, por favor —rogó Sandra.

Dennis se levantó e hizo una inclinación de cabeza hacia la pareja, que permanecieron en sus butacas sin cambiar de postura ni hacer un solo gesto.

Una vez en la calle, Sandra y Dennis pensaron que ya no era adecuado utilizar el vehículo de la embajada y se subieron a un taxi. Le pidieron al conductor que los llevara a su hotel al lado de la estación.

—¡Joder! —maldijo Dennis en el coche, y Sandra asintió.

—¿Crees que sabían lo del embarazo? —preguntó Sandra.

—En absoluto —contestó Dennis—. Creo que era un secreto que Tricia había guardado para sí.

—Pero su prometido, Ned Donovan, viene hacia aquí. ¿Sabía algo él? Tenemos que pillarlo en cuanto baje del avión.

—Totalmente de acuerdo, pero creo que tendrá que ser a través de nuestros colegas de Estocolmo.

—Confiaba en sacarles más a los padres —se lamentó Sandra, y contempló las elegantes fachadas al otro lado de la ventanilla.

—Cierto —convino Dennis—. Pero ahora toca seguir trabajando. ¿Qué crees que pueden ser esos incidentes que sufrió Tricia y que ha mencionado la madre?

—Ni idea —replicó Sandra, frustrada.

***

Love vio en los monitores de la estación meteorológica que se acercaba el capitán del puerto de Hållö, Ernst Wallgren, quien además se encargaba de revisar los edificios de la isla que eran de propiedad municipal o de la fundación de Hållö. En su ronda controlaba el albergue, la estación meteorológica, los cobertizos, las viviendas y, por supuesto, el faro. Cuando concluía su inspección ocular diaria, informaba de cualquier incidencia o daño, y el conserje municipal los solucionaba los jueves. Tras un temporal de otoño, la lista podía ser bastante larga, pero, en ocasiones, podía pasar un mes sin que hubiese ningún problema digno de notificación. El faro era una construcción robusta y también esa vez la vidriera de la linterna construida por Gustav von Heidenstam parecía intacta. El viento había volcado uno de los pequeños cobertizos. En los tejados del albergue y de las viviendas se habían soltado algunas tejas, lo cual solía requerir una atención urgente. Ernst se dirigía ahora hacia la estación y Love confiaba en que esta no habría sufrido grandes daños. El presupuesto municipal era muy ajustado y, tras el déficit del año anterior, no causaba demasiado entusiasmo que Ernst comunicase daños. El capitán entró en la estación sin llamar.

—¿Todo bien por aquí? —La voz de Ernst Wallgren era potente y resuelta.

—¡Joder! ¡Qué susto me has dado! —exclamó Sofie, quien había dado un salto en su silla.

—Pero sabéis que siempre vengo los lunes.

—Sí, pero estaba concentrada en los informes. Los periodistas andan como locos detrás de estadísticas y quieren saber todos los destrozos que ha causado el temporal. —Sofie suspiró, pero parecía orgullosa de que sus servicios estuviesen tan solicitados.

—¿Tenéis que responder a ese tipo de preguntas? —inquirió Ernst, dando a entender que no le parecía que tal tarea correspondiese a los meteorólogos.

—Pues sí, órdenes del jefe.

—¿Hay alguna novedad acerca del asesinato? —se interesó Ernst.

—No desde que nos interrogaron aquí anteayer —contestó Love.

—O sea, que vosotros también sois sospechosos —rio Ernst, guiñándoles un ojo.

—No se libra nadie —comentó Sofie, y siguió escribiendo en el teclado.

—¿Habéis visto si ha sufrido algún daño vuestro edificio? —continuó Ernst.

—No, prácticamente no hemos salido —dijo Love.

—Vale, pues voy a echar un vistazo. ¿Tomamos un café después?

—La cafetera está encendida siempre —respondió Sofie.

—¿Ya no hacéis el café filtrado a mano? —sonrió Ernst.

—Solo si es para ti —rio Sofie—. Vuelve cuando hayas terminado.

Oyeron cómo Ernst subía por la escalera de incendios por el lateral este del edificio y, después de trajinar un rato allí arriba, volvía a bajar.

—Parece que las tejas han superado el temporal —informó, una vez en el calor del interior—. Lo único que he visto es que soléis tener cinco medidores y ahora solo hay cuatro.

—Está bien —afirmó Sofie—. Desmontaron un medidor antiguo antes de que comenzase la tormenta.

—Ah, ¿sí? —Love se mostró sorprendido—. ¿Cómo es que no me he enterado?

Sofie lo miró con el ceño fruncido y Love, avergonzado, apartó la mirada.

Tras charlar un rato y tomarse un café, Ernst abandonó la estación y Love se quedó mirándolo mientras el hombre caminaba por las rocas para continuar su ronda de inspección. Entre las grietas asomaban solo algunas briznas de hierba amarillentas y unas cuantas clavelinas de mar secas que ondeaban en el viento. Lo había desconcertado que faltase un medidor, pero Sofie parecía irritada ese día y no quería importunarla. Decidió que le preguntaría más tarde, cuando estuviese

de mejor humor.

***

Como Sandra y Dennis se quedarían en Estocolmo el resto del día, Camilla Stålberg les había pedido a Emir y Nathalie que realizasen un segundo interrogatorio a las chicas de Hållö. No era ideal que se encargasen ellos dos, quienes, además, eran pareja, pero Camilla no disponía de más agentes en ese momento. Las tres mujeres esperaban cada una en un cubículo de cristal, al otro lado de los despachos de los policías. Podían verse, pero no comunicarse entre sí, y también verían cuando fuesen a recoger a una de ellas para interrogarla. Si no se habían puesto de acuerdo previamente en sus versiones, sería fácil sonsacarles más información de la que pretendiesen compartir. Emir se dirigió al cubículo donde se encontraba Pia Henriksson y le pidió que lo acompañase. Cuando entraron en la sala de interrogatorios, notó que Pia olía a jazmín. Era una fragancia que lo había acompañado toda la vida. Delante de la ventana de la cocina, su abuela tenía un arbusto de jazmín en un jardincillo, antes de que estallase la guerra en Croacia.

—Siéntese —indicó Nathalie, y Pia apartó la silla con un gesto lleno de aplomo.

—¿Por qué quieren hablar conmigo otra vez? —inquirió.

—¿Está de acuerdo con que grabemos el interrogatorio? —preguntó Emir, señalando una cámara situada detrás de su cabeza.

—Sí, pero sus compañeros ya me interrogaron en Hållö y no tengo nada más que añadir.

—Nos gustaría hacerle algunas preguntas más acerca de Tricia Andersen. Necesitamos más información sobre ella. ¿De qué se conocían? —indagó Emir.

Nathalie anotó algo en su libreta.

—Nosotras cuatro, es decir, Katrin, Annelie, Tricia y yo, estudiamos juntas en la Universidad de California.

—¿En qué año fue eso?

—En 2004. Tricia hizo toda la carrera allí, pero las demás solo estuvimos un año de intercambio.

—¿Cómo fue esa época?

—Divertida y, a veces, agotadora. Estudiábamos materias distintas, pero, en el tiempo libre, siempre estábamos juntas. Los padres de Tricia le habían alquilado una casa en Sunset Boulevard y vivíamos todas allí.

—¿Y hacían muchas fiestas? —interrogó Emir.

—A tope —respondió Pia.

—¿Y chicos? —preguntó Nathalie.

—Sí, había chicos entre nuestras amistades, claro.

—¿Salió Tricia con alguno de esos hombres?

—Más o menos con todos —sonrió Pia.

—¿Tenían envidia de Tricia? ¿O quizá debería preguntar si estaban celosas de ella? —añadió Nathalie.

—Tricia atraía a los chicos, pero no podía quedarse con todos, así que el resto también estábamos bien servidas.

—¿Tuvo alguna relación más larga con algún hombre en particular? —quiso saber Nathalie.

—No, diría que no —contestó Pia.

—¿Conoció a Karl cuando Tricia salía con él?

—Tricia nos invitó una vez a Estocolmo. Nos alojamos en el apartamento para invitados que tiene la embajada estadounidense en el barrio de Östermalm. En aquel entonces, Karl trabajaba en la embajada.

—¿Se mostró Karl agresivo en alguna ocasión? —inquirió Nathalie.

Pia no respondió. Aquella boca que parecía no callarse nunca de repente enmudeció.

—¿Ha oído la pregunta? —intervino Emir.

Pia asintió.

—Solo una vez, que yo sepa —contestó Pia—, y puedo entenderlo.

—¿Puede contarnos qué sucedió? —pidió Nathalie.

—Fue una tontería. Estábamos en una de esas discotecas superchic de Estocolmo y, de repente, un tipo cogió a Tricia por la cintura. Digamos que Karl le paró los pies.

—¿Qué quiere decir que le paró los pies? —inquirió Emir.

Pia volvió a quedarse callada.

—¿Le pegó al chico? —Emir notó que empezaba a impacientarse.

—Lo empujó contra la barra y el chico se golpeó la espalda contra el borde tan fuerte que se quedó sin respiración. No intentó defenderse.

—¿Le pegaba a Tricia? —preguntó Nathalie.

—Jamás pensaría eso de Karl y Tricia nunca mencionó nada en ese sentido. El incidente en el club hizo que más bien se sintiera orgullosa. Siempre tenía miedo de perder a Karl, no sé por qué.

—¿Cree que Karl tiene algo que ver con la muerte de Tricia? —La pregunta tan directa de Nathalie sorprendió tanto a Emir como a Pia.

—Me cuesta creerlo, pero también sé que es fácil enfadarse muchísimo con Tricia y sentir una profunda decepción.

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso, que no hay nadie que pueda enfadarte ni decepcionarte más que Tricia.

Emir y Nathalie dieron por concluido el interrogatorio y Nathalie salió a buscar a Katrin, quien, según Dennis y Sandra, era la más aventurera de la pandilla.

***

Cuando Katrin entró y estuvo sentada frente a ella en la sala de

interrogatorios, Nathalie observó que sus ojos azules brillaban con aire pícaro, aunque también notó que el motivo de aquella entrevista la apesadumbraba. Esa mujer, a la que aún no conocía, tenía algo que le recordaba a su compañera Sandra.

—¿De qué quieren hablar conmigo? —preguntó Katrin, inclinándose sobre la mesa. Escrutó a Emir y Nathalie con una mirada como si prefiriese tomar una copa de vino y charlar de temas más animados.

—Queremos hacerle algunas preguntas acerca de Tricia Andersen. Hace muchos años que la conocía. ¿Cómo describiría su relación con Ned Donovan? —Nathalie se esforzó en sonar profesional, aunque el dolor pélvico debido al embarazo estaba matándola.

—Es una farsa —contestó Katrin, y se echó a reír.

—¿En qué sentido? —interrogó Emir—. ¿Cree que Tricia y Ned estarían de acuerdo con esa descripción?

—Ned Donovan es hijo de uno de los antiguos socios del padre de Tricia. Las familias acordaron el compromiso hace un montón de años y Tricia sabía que, un día, tendría que someterse a la voluntad paterna y casarse con Ned.

—¡Qué triste! —opinó Nathalie.

—Sí, qué triste para los padres de Tricia, que ya no conseguirán casar a su hija con un miembro de una de las familias más ricas de Estados Unidos —replicó Katrin con ironía.

—Y no solo eso —intervino Emir.

—¿Sabía Ned que Tricia estaba embarazada? —interrogó Nathalie.

—Dudo que tuviese la más mínima idea —dijo Katrin sin ningún sentimentalismo—. Creo que Tricia tenía pensado fingir que se quedaba embarazada de Ned para, digamos, solucionar el desliz.

—¿Y quién es ese llamado desliz? ¿Tenía Tricia un amante? —Nathalie continuó con sus preguntas.

—¿Un amante? —Katrin rio—. Alrededor de Tricia siempre había hombres zumbando como abejorros en torno a una flor.

—O sea, que cualquiera podría ser el padre —constató Emir.

—Bueno, quizá el primer ministro sueco no, aunque, si lo pienso bien,

también podría ser él. Bromas aparte, no lo sé. Tricia era muy reservada con este tema. No creo que lo supieran ni sus padres.

—Por último, me gustaría saber si observó algo sospechoso en la isla. Algo que pueda sernos de utilidad para la investigación. ¿Vio a alguien mientras estaba en la ensenada de Mármol? —inquirió Emir.

—No, no vi nada ni a nadie. Ojalá pudiera decirles algo. Yo también quiero saber quién le ha hecho eso a Trissan —afirmó Katrin, y añadió —: ¿Eso es todo? No le apetecerá ir a cenar conmigo, ¿verdad?

—Me encantaría… —Emir, vacilante, miró de reojo a Nathalie.

—Pero nuestra jornada aún no ha terminado, ni mucho menos — concluyó la frase Nathalie, levantándose—. Muchas gracias por su colaboración. Llámenos si se le ocurre algo más.

Katrin abandonó la sala y Nathalie salió detrás de ella para ir a buscar a la última mujer. Annelie esperaba tomando una taza de café en el cubículo de cristal más pequeño.

Hållö, enero de 1899

La suave manta de la abuela cubría el respaldo del sillón y Hedvig no tardó en quedarse dormida. Sus hermanos y su madre aún no habían regresado de tomar el café en casa del farero segundo.

De repente, algo la sacó del sueño: habían sonado unos tímidos golpes en la puerta. Se levantó con esfuerzo, estiró la espalda y se dirigió a abrir. Fuera había un hombre ataviado con un uniforme de farero de corte sencillo.

—Buenos días —saludó el hombre, tocando con el dedo el borde de su gorra, decorada con un ancla en la parte delantera.

—Buenos días, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó Hedvig, procurando sonar lo más despejada posible.

—Hoy comienzo a trabajar aquí. Soy el nuevo auxiliar de los fareros.

—¿Cómo se llama?

—Ragnar.

El muchacho tenía aspecto de ser unos años más joven que ella. No debía haber ocupado ningún otro puesto antes, ya que su ropa se veía totalmente nueva. La raya del pantalón parecía recién marcada por el sastre y no planchada por su madre o su esposa.

—El farero jefe está en el faro —dijo Hedvig, y comenzó a girarse para indicar que daba la conversación por terminada.

—¿Tal vez la señorita sabe dónde me alojaré?

Hedvig avanzó un paso hacia el porche y señaló la vivienda del auxiliar, al lado de la casa del farero segundo.

—Me imagino que allí —respondió, y volvió a entrar. El frío de enero era tremendo y estaba echándose a perder el agradable calor del interior de la casa, pero no podía invitar a entrar a aquel joven.

En ese momento llegó madre corriendo.

—Disculpe —dijo, e invitó a pasar a Ragnar—. Espere un momento, por favor. Voy a buscar las llaves y a prepararle una cesta con la cena. Después, Hedvig y yo lo acompañaremos.

Hedvig había confiado en que madre se encargaría de acompañar al auxiliar, pero entendía que no quisiera entrar sola en la casa con un extraño. Y molestar a padre quedaba descartado. Madre puso en una cesta un paquete de jamón y mantequilla de la despensa, que, en esa época del año, mantenía una temperatura que conservaba los alimentos durante una eternidad. Luego cogió pan de centeno crujiente, unas tortas de pescador que había horneado la noche anterior y, por último, colocó en la cesta un tarro de mermelada de moras y una botella de leche.

—Podemos irnos —anunció, y abrió la marcha con la llave colgando de su delantal.

Ragnar se puso su mochila al hombro y la siguió. Hedvig, con expresión impasible, comenzó a andar muy recta. Cuando entraron en la casita del auxiliar, la sorprendió el frío que hacía allí dentro.

—No nos ha dado tiempo de encender la chimenea —dijo madre, y Hedvig notó que su voz sonaba avergonzada.

—No importa —aseguró Ragnar, tiritando, mientras el vapor blanco de su boca envolvía su cabeza.

—Voy a buscar unas mantas —informó madre, y le dio la cesta a Hedvig.

De repente, Ragnar y ella se quedaron solos en la casa.

—Aquí tiene —dijo Hedvig, tendiéndole la cesta—. Madre hace las mejores tortas de pescador.

—Seguro que sí —contestó Ragnar, ruborizándose.

—¿Es su primer trabajo en el faro de una isla? —preguntó Hedvig con osadía, consciente de que no era asunto suyo.

—Sí —respondió Ragnar—. Es mi primer puesto, pero antes ayudaba a padre en la isla de Väderöbod.

—¿Es farero jefe su padre?

—No, es farero segundo. —Ragnar respiró hondo—. Trabaja aquí, en Hållö. Hasta ahora, yo vivía en casa de un familiar en Smögen, pero padre ha dicho que me toca trabajar aquí.

—De modo que Julius es su padre.

—Así es.

—Pero solo lleva un mes trabajando aquí, que yo sepa.

—Sí, pero en los años ochenta pasó aquí varios años como auxiliar.

—¿Y usted piensa ser auxiliar el resto de su vida? —Hedvig se preguntó de dónde provenía su propio descaro.

—Yo seré farero jefe —afirmó Ragnar, enderezándose.

En ese momento, madre llegó con dos gruesas mantas en el brazo.

—Aquí tiene —dijo, poniéndolas sobre la caja al lado de la cocina de leña —. Si enciende el fuego ahora, por la noche ya tendrá caliente la casa.

—Si no, puedo dormir en casa de madre y padre esta noche —comentó Ragnar.

—Sí, no tarde en ir a saludar a sus padres. Su madre aún tiene café caliente en el fogón y a lo mejor también le queda un trozo de pastel.

—Gracias —dijo Ragnar, haciendo una reverencia.

—A usted —contestó Hedvig, y, antes de darse cuenta, se inclinó ella también, pero su madre la hizo erguirse al instante.

Regresaron juntas a casa.

—Madre, ¿cree que llegará a ser farero jefe ese Ragnar?

—Creo que sí —respondió su madre con una sonrisa.

10

El cansancio que sentía en todo el cuerpo era tan paralizante que Karl apenas podía mantenerse de pie. Tras el interrogatorio y la toma de muestra de ADN, había conseguido regresar a casa de alguna manera. En el garaje de la Jefatura de Policía había coincidido con Pia, a la que había conocido en Hållö. La amiga de Tricia le había dicho que parecía hecho polvo.

Sus pasos eran lentos. Pesados. En la entrada de la casa, apenas era capaz de levantar los pies. Los zapatos se le hundían en la gravilla. La pesadilla de los últimos días no había terminado. La travesía a Hållö. El paseo a la ensenada de Mármol. La superlinterna que había iluminado la superficie del agua como si fuera de día. La mujer en el agua. Tricia. La hija del embajador con la que, tiempo atrás, había iniciado una apasionada relación, a pesar de tener sus reticencias. Ella iba a su habitación por las noches. Él se sentía solo. Ella quería más. Su impetuosidad lo había atraído a la vez que asustado. Su entorno y su familia lo habían intimidado. Su padre. Su madre. Y ella. Había huido de todo aquello. Sus padres le habían dado la vuelta a la situación, alegando que lo despedían por haber acosado a su hija. Tricia había tomado las riendas y su familia la había creído a ella. Casi podía decirse que ella era la figura central en las relaciones entre Suecia y Estados Unidos. Ella decidía quién iba y quién venía y cuándo. Qué se servía en las cenas y quién se sentaba al lado de quién. Se había sentido como un prisionero. Y había planeado su fuga meticulosamente.

Durante varios meses después de su marcha, Tricia no había dejado de enviarle mensajes y llamarlo constantemente. Denunciarla quedaba descartado, pues enfrentarse a la acaudalada y prestigiosa familia habría sido inútil. Por eso había optado por irse de Estocolmo y volver a Gotemburgo. Al final, tuvo la impresión de que ella había seguido con su vida, que había asimilado la ruptura. Pero ahora había tenido la mala suerte de que volviese a aparecer en su vida. Muerta. Y Karl no podía dar crédito a que lo considerasen sospechoso principal del asesinato. Había deseado su muerte más de una vez, pero en sentido figurado, no literal. Sin embargo, sus colegas de la policía no entenderían esa diferencia.

En una ocasión, Lisa lo había interrogado acerca de su época en

Estocolmo, acerca de Tricia. Él había respondido con toda la sinceridad posible. ¿Se habían acostado? ¿Había estado enamorado de ella? ¿La había deseado? ¿Había superado aquella relación? Teniendo en cuenta los insistentes mensajes y llamadas de Tricia, entendía que su mujer quisiera hacerle esas preguntas. Él se lo había explicado. Lisa era el amor de su vida. Lo era todo para él. Era la mujer que había curado su alma. Había reparado su maltrecha autoestima. Y cada día le daba amor y una cálida amistad. Había conseguido que Karl creyese en sí mismo como persona, hombre y padre, y en sus posibilidades profesionales. En realidad, le sorprendía que Lisa hubiese necesitado preguntarle, pero, al mismo tiempo, pensaba que él habría hecho lo mismo. A veces uno quería oírlo. Oír que era la única persona en la vida del otro. La única persona que de verdad contaba. Que todos los demás no eran más que actores secundarios sin ninguna importancia. Y él se lo había asegurado.

Que ahora fuese sospechoso de haber asesinado a Tricia era un millón de veces peor. Intentaba convencerse de que Lisa confiaba en él. De que confiaba en que él jamás haría algo así. ¿O acaso podría hacerlo? ¿Si se encontraba bajo una presión insoportable? Sus pensamientos se colapsaron. Se desmayó y no sintió el dolor cuando su cuerpo golpeó el suelo.

***

Annelie estaba visiblemente tensa cuando se sentó frente a Emir y Nathalie en la sala de interrogatorios. Fue a la que le tocó esperar más de las tres amigas y sus finas manos temblaban aún más de nerviosismo. Emir se fijó en la huella de dos anillos, que habían dejado una marca coriácea en la piel de los dedos. Tamborileaba levemente en la mesa con sus uñas largas y limadas en punta, pero sin esmaltar. Nathalie puso sus manos sobre las de la mujer para calmarla.

—No tiene que estar preocupada —aseguró.

—Nos han pedido que le hagamos algunas preguntas más sobre Tricia Andersen —explicó Emir, utilizando su voz más grave, que solía tener un efecto calmante sobre las personas estresadas.

—¿Qué quieren saber? —preguntó Annelie.

—¿Sucedió algo en Hållö que quiera añadir a su declaración anterior?

—No.

—¿Ha estado con las demás chicas desde que regresaron ayer?

—No. Volví a la rutina nada más entrar en casa. Solo le he enviado un mensaje a Pia para darle las gracias por la deliciosa comida que nos preparó.

—¿Mencionó a Tricia en el mensaje?

Annelie rompió a llorar. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas y empezó a sollozar ruidosamente.

—Lo siento —dijo—. Perdón.

Nathalie le tendió un pañuelo.

—No es raro reaccionar emotivamente cuando se pierde a un amigo —dijo Emir con cautela. En general, creía que le resultaba sencillo comunicarse con las mujeres, pero, cuando empezaban a llorar, perdía el control de la situación.

—Tricia y yo nunca nos hemos llevado demasiado bien. A veces me trataba de forma bastante despectiva, pero yo la apreciaba —gimoteó Annelie—. Cuando mi marido y yo nos separamos, me ayudó mucho.

—¿En qué sentido? —preguntó Nathalie.

—Me dijo algunas cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Que los hombres solo merecen amor si ellos también muestran respeto y amor por una.

—¿Eso fue una novedad para usted? —preguntó Nathalie.

Emir le lanzó una mirada que Nathalie ignoró. A veces, pensaba que su pareja se pasaba de la raya.

—¿Ha hablado con Pia o con Katrin de quién podría haber asesinado a Tricia? ¿Tenía Tricia algún enemigo o había alguien a quien hubiese lastimado profundamente? —Emir se inclinó hacia Annelie.

—No exactamente.

—Pero ¿sí algo parecido? —Nathalie intervino con celeridad.

—No, la verdad es que no.

—Pero ¿sí que han hablado de algo?

—En Estocolmo hubo un hombre que la persiguió durante un tiempo.

—¿Un stalker? —inquirió Nathalie.

—Podría decirse que sí, un hombre que la acosaba.

—¿Quién era? —interrogó Emir.

—No lo sé, pero seguro que consta en los expedientes de la policía.

Emir y Nathalie cruzaron una mirada y finalizaron el interrogatorio. ¿Cómo era posible que Camilla Stålberg hubiera pasado por alto ese dato? El guardia acompañó a Annelie hasta la salida.

***

Los interrogatorios ordenados por Camilla Stålberg habían concluido. Ninguna de las entrevistas había aportado gran cosa, aparte de que Annelie, la más tímida de las tres mujeres, había mencionado la existencia de un acosador en Estocolmo. Emir se fijó en que ninguna de ellas, salvo Katrin, había declarado tener conocimiento del embarazo de Tricia. Tampoco ninguna sabía que su amiga hubiese visto a Karl recientemente. Su compañero Mattias no había averiguado nada nuevo al respecto. Pero Emir había llamado a Eywind, de la policía de Estocolmo, quien le confirmó que los padres de Tricia Andersen habían denunciado que su hija había sido víctima de acoso durante un periodo prolongado. El caso había quedado en manos de los servicios secretos suecos, dado que se trataba de la hija del embajador estadounidense, y solo habían participado unos pocos agentes en él. Al hombre en cuestión se le impuso una orden de alejamiento y, posteriormente, había cesado el acoso, hasta donde sabía Eywind. El nombre se había mantenido en secreto, pero Eywind le prometió que llamaría a Dennis, que todavía estaba en la capital, en cuanto averiguase la identidad del acosador.

—¿Salimos a comer algo? —propuso Emir.

—No nos pagan por eso —bromeó Nathalie.

—¡Bah! En los próximos tiempos acumularemos un montón de horas extra. ¡Venga!

—Pero solo si vamos al O'Learys —dijo Nathalie.

—¡Marchando una de Buffalo Chicken Wings! —exclamó Emir—. Con apio y crema de queso azul, por favor.

—¡Exacto! Tengo antojo de esas alitas de pollo desde hace tiempo, pero el queso azul te lo dejo todo a ti. —Nathalie puso una mueca de disgusto.

Emir paró un taxi en la calle de la jefatura y, poco después, ya estaban en una de las mesas del restaurante con manteles de cuadros. En las pantallas del local se veían varios partidos de fútbol, pero ellos no les prestaron ninguna atención. En vez de eso, se concentraron en la carta y, cuando pidieron, Nathalie le rogó a la camarera que les sirviese de primero el plato que tardase menos en salir de la cocina. La empleada captó el mensaje y, en un abrir y cerrar de ojos, les llevó una cesta de nachos y un cuenco con salsa para mojar.

***

Camilla Stålberg sacó del maletero una de las calabazas gigantes. Halloween no era una fecha a la que le diese gran importancia. Su hija Melissa había salido disfrazada alguna vez con los demás niños de la calle y ella solía tener golosinas en casa para no quedar mal delante de los vecinos, pero de ahí no pasaba. Para Cleuda, sin embargo, parecía que se trataba de una fiesta que había que celebrar por todo lo alto. Dos calabazas gigantes decorarían la entrada de la casa, cada una a un lado; y las calabazas pequeñas de diferentes formas las colocarían repartidas por todo el jardín, al estilo del popular decorador sueco Ernst Kirchsteiger, que tenía programas de televisión y se había convertido en una especie de dios del interiorismo para Cleuda. Camilla observaba las tendencias de su pareja con sentimientos encontrados. Su casa resultaba más acogedora ahora y le apetecía más volver a ella tras el trabajo, pero la cuestión era dónde estaría el límite de Cleuda, porque, en esos momentos, ni tan solo lo intuía. Mientras se afanaba en vaciar y tallar una calabaza siguiendo un dibujo que superaba sus competencias, le sonó el móvil.

—¿Dígame? —respondió mientras la masa informe del interior de la

calabaza le resbalaba por el antebrazo.

—Hola, soy Dennis. Después de interrogar a las chicas esta tarde, Emir me ha informado de que Tricia Andersen tuvo un acosador durante varios años en Estocolmo.

—¿Cómo se llama? ¿Seguís en Estocolmo Sandra y tú?

—Sí, todavía estamos aquí, pero no sabemos el nombre porque el caso se marcó como confidencial y está en los archivos de la Säpo.

—Dame dos minutos y vuelvo a llamarte.

Camilla llamó a su contacto en los servicios secretos, quien le confirmó al instante que la información de Dennis era correcta, pero se negó a revelarle el nombre o la dirección del acosador sin permiso de sus superiores.

—Buen trabajo —dijo de mala gana al hablar de nuevo con Dennis. Al mismo tiempo, seguía tallando un ojo en la calabaza. Estaba consiguiendo un aspecto más malvado de lo que se habría atrevido a esperar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Dennis.

—Averiguar el nombre e interrogarlo.

—¿No tendría que encargarse Estocolmo?

—No podemos permitirnos el lujo de esperar hasta 2036. Averiguad el nombre del tipo como sea y hacedle una visita. Cuando hayáis hablado con él, informad a los colegas de la capital. A lo mejor crees que quiero colgarle el muerto a Karl Ström, pero solo es un paripé de cara a la galería. Un stalker en Estocolmo sería mucho mejor. Así que ¡a trabajar! Llámame cuando terminéis. Si tenéis el más mínimo problema, me avisáis. No estamos ante un caso cualquiera. —Camilla colgó y sintió cómo la rodeaban los brazos de Cleuda.

—Qué bien está quedándote, cariño —dijo—. ¿A quién se parece?

—Espero que no se parezca a nadie que conozcamos porque es espeluznante de narices —replicó Camilla.

—¡Es genial! —exclamó Cleuda, entusiasmada—. La fiesta va a ser la bomba.

—¿La fiesta?

—¿Te has olvidado de que el viernes organizamos una cena de Halloween?

—Eh… no, no. Es solo que el tiempo pasa volando. ¡Ya es Halloween!

Comenzó a tallar la calabaza con más ímpetu, como para demostrarle a Cleuda que estaba implicadísima en los preparativos de la fiesta.

11

Lisa se sentó delante del ordenador nada más llegar a casa. Karl estaba ingresado en el hospital y ella había llevado a los niños con sus suegros, que se habían ofrecido a cuidarlos, ya que sus padres estaban en la casa de Mallorca. Karl se había desmayado delante de casa a su regreso el día anterior. Lo encontró con el rostro hundido en la gravilla y con la piel teñida de un tono verde oliva claro que no conseguía quitarse de la cabeza. Su intención había sido confrontarlo con lo sucedido, pero fue imposible. De alguna manera estúpida, su marido había conseguido acabar en el punto de mira de sus compañeros, que parecía que se habían propuesto apretarle las clavijas, y ahora se encontraba en una situación que quizá mancharía su reputación, la de ella y la de sus hijos para siempre.

Claro que ella lo creía y estaba segura de su inocencia, pero la reconcomía la pregunta de por qué sus propios compañeros estaban examinando con lupa cada detalle y movimiento de la vida de Karl. Le había hablado de la consentida hija del embajador al principio de su relación y ella le hizo todas las preguntas que quiso sobre Tricia, pero después de aquella ocasión no volvieron a mencionarla. Era un capítulo superado para los dos. Pero ahora había vuelto a aparecer como el muñeco de una caja de sorpresas y, además, asesinada. Para limpiar el nombre de su familia después de semejante desastre, Lisa tendría que averiguar la verdad. Sintió cómo se le disparaba la adrenalina por todo el cuerpo.

Primero de todo, Lisa llamó al trabajo para pedir unos días libres alegando que sus hijos estaban enfermos. «Ningún problema», le dijo su jefe. Era evidente que sus compañeros habían leído la prensa y entendían el motivo que había detrás de su petición. Le habían entrado ganas de gritar en el teléfono que su marido era inocente, que se trataba de un terrible complot y que pronto terminaría todo. Pero su voz no había logrado formular las palabras y colgó sin decir nada. Desde ese momento, pensaba dedicar cada hora del día a buscar al verdadero asesino o asesina. Los niños se quedarían con los abuelos hasta que lo encontrase. Sin embargo, no tenía ni idea de por dónde empezar. Podía haber sido cualquiera, y eso dificultaba muchísimo la caza del culpable; de hecho, convertía la misión en casi imposible. Pero estaba dispuesta a despertar las cualidades que llevaba dentro y que hacían de ella una persona y una gestora extremadamente

rigurosa.

Cuando iba en el coche de regreso a casa, la habían llamado del hospital para decirle que Karl se encontraba mejor. El suero intravenoso le había permitido recuperar fuerzas y ya estaba leyendo un libro. Si todo seguía bien, le darían el alta dentro de un par de días, pero todavía necesitaba descansar. Los médicos no habían sido capaces de determinar la causa del desmayo.

Lisa tenía dos opciones: o bien dejarse arrastrar por la oscuridad y abandonar, o bien intentar resolver la situación. Si los niños hubieran sido mayores o si no hubieran tenido hijos, la primera alternativa habría sido la más probable. Pero ya no eran dos, sino cuatro. Cuatro personas que debían mantenerse unidas toda una vida. Por lo tanto, le tocaba ponerse a investigar. Karl se recuperaría físicamente; lo que la preocupaba más en esos momentos era cómo superaría la parte psicológica, pues estaba sometido a una presión abrumadora. Ella, que trabajaba en un organismo en el que el trabajo consistía en investigar a fondo, debería ser capaz de esclarecer el caso. No pretendía menospreciar a la policía, pero, a veces, parecía que no tuviesen tiempo para indagar en profundidad. Lisa sabía que siempre podía encontrarse más información sobre cualquier caso, y le encantaba. Cada vez que movía una piedra, examinaba un registro o hurgaba con sus largos tentáculos en el universo de datos de los ordenadores, encontraba algo nuevo. En ocasiones, un detalle a primera vista irrelevante podía resultar ser la última pieza del puzle de un caso complicadísimo. Esa vez eran la vida y los movimientos de su pareja los que debía escudriñar, pero procuraría actuar con toda la profesionalidad posible. Por el bien de Karl y de sus hijos. Al mismo tiempo, el desafío le quemaba en la parte posterior de los globos oculares. ¿Qué sucedería si se derrumbase ahora?

***

Dennis y Sandra estaban en el jacuzzi del hotel, al lado de la estación central de Estocolmo. El spa estaba diseñado como una paradisiaca isla caribeña, con palmeras, una laguna azul y diversas piscinas de hidromasaje. A la espera de recibir nuevas instrucciones, habían decidido darse un baño. El móvil de Dennis, que era resistente al agua, emitió un sonido.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandra.

—Un mensaje de Eywind. Ha enviado un dibujo de una pirula —respondió Dennis, desconcertado, y se apoyó en el borde de la piscina para salir del agua.

—Se le va la olla —sentenció Sandra.

—Eso parece —convino Dennis—. Ahora me envía una foto de Björk, la cantante islandesa.

—¿Y algo más? —preguntó Sandra.

—Un jugador de hockey sobre hielo.

—¿Qué quiere decir? ¿Es un jeroglífico? ¿Se refiere a Karl Ström?

—¿Cómo llegas a esa conclusión?

—Karl jugaba al hockey sobre hielo. Déjame ver.

Dennis sostuvo el teléfono delante de Sandra, que seguía en el agua.

—¿Se te ocurre algo? —inquirió Dennis.

—Dick Björklöv.

—¿Dick Björklöv?

—Tiene que llamarse así, el que la acosaba. Mira: pirula se dice «dick» en inglés; después tenemos a la cantante Björk y la foto de un jugador de hockey del equipo IF Björklöven. Si lo adaptamos para que parezca un apellido sueco, nos da Björklöv.

—¿Me tomas el pelo?

—No, busca el nombre en Facebook.

Dennis escribió el nombre en el cuadro de búsqueda y volvió a enseñarle el teléfono a su compañera. Había solo un resultado. El hombre en cuestión tenía una foto de perfil de la primera llegada a la luna con una bandera estadounidense.

—Así que este es el aspecto que tiene —dijo Sandra después de clicar en una de las fotos publicadas en la página.

Dennis estudió la imagen, que mostraba a un hombre con bigote y

ropa militar.

—¡Qué sexy! —comentó.

—A mí no me lo parece —replicó Sandra.

—Solo era una broma —se defendió Dennis.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Sandra.

—Vamos a casa de Dick Björklöv. Solo voy a asegurarme con Eywind de que tengamos al tipo correcto.

—Puedes ahorrarte la molestia, no servirá de nada —opinó Sandra, y salió del jacuzzi.

***

La oscuridad bañaba la tarde de octubre en el sur de la isla de Lidingö. Sandra pensó que el hombre al que buscaban debía tener una buena vista del lago Kottlasjön desde su apartamento en el tercer piso. Residía en un distrito típico de las afueras de la capital: algunas casas unifamiliares, algunos edificios altos, un centro donde se agrupaban las tiendas y una estación de tren a los pies de la colina en la que paraba el tren de Lidingö procedente de la estación de Ropsten, en el noreste de Estocolmo.

Sandra llamó a la puerta y, al cabo de unos instantes, oyeron el sonido de unos pies que avanzaban arrastrándose. Les abrió un hombre que se mostró sinceramente sorprendido al ver a Dennis y a Sandra.

—¡No me he acercado a ella! —exclamó.

—¿Dick Björklöv? —preguntó Dennis, mostrando su placa.

—Sí, soy yo —respondió Dick, vacilante.

—¿Podemos pasar? Necesitamos hablar con usted.

Dick se apartó, reticente, para dejarlos entrar.

—¿Vive solo? —inquirió Sandra.

—Mi madre está ingresada en el hospital, así que ahora mismo estoy solo.

—¿Viven juntos? —se interesó Sandra, tomando asiento en el gastado sofá de piel del salón. Aún no había oscurecido por completo y pudo constatar que el apartamento disfrutaba de buenas vistas.

—Ha resultado así, por motivos económicos —explicó Dick—. Mi madre está jubilada y yo, prejubilado.

—Hemos sabido que persiguió a Tricia Andersen durante un largo periodo. ¿Es eso cierto? —interrogó Sandra, inclinándose hacia delante en el borde del sofá con las manos entrelazadas.

Dick permaneció en silencio y frunció los labios, como un niño indómito que quiere dejar patente que algo no le ha gustado.

—¿Es eso cierto? —volvió a preguntar Sandra en tono más brusco.

—Quizá sí —admitió Dick.

—¿Qué quiere decir quizá? —intervino Dennis.

—¿Ha vuelto a acosarla? —quiso saber Sandra—. ¿Últimamente?

—Creo que no —respondió Dick.

—¿Sabe que Tricia ha sido asesinada?

—¿Cómo? —Dick se quedó estupefacto. Se tapó la cara con las manos y empezó a balancearse hacia delante y atrás.

—¿Ve el teléfono? —Sandra levantó su móvil—. En tres segundos puedo llamar a la fiscalía y pedir una orden para detenerlo. Así que esfuércese en cooperar si quiere comerse las patatas mientras ve la película esta noche.

Dennis paseó la mirada de Sandra al cuenco de patatas fritas y otra vez a Sandra.

—Quizá sí que la he acosado —declaró Dick.

Veinte minutos después, llegaron refuerzos. Sin prestar mayor atención a Dennis y Sandra, los policías arrestaron a Dick, quien no ofreció resistencia y solo preguntó si podía llevarse las patatas. Sandra le dijo que sí y sus compañeros partieron con él en dirección a la comisaría. Tal vez se aferraban a un indicio que no los conduciría a

ninguna parte. Era muy posible que Dick Björklöv no fuese culpable del asesinato de Tricia Andersen, pero su comportamiento con ella lo convertía en sospechoso fácil. A Sandra también le llamaba la atención que los servicios secretos no lo hubiesen interrogado en cuanto recibieron la noticia de la muerte de la hija del embajador.

***

Camilla estiró sus músculos, cansados de las horas que pasaba en el despacho, en su máquina preferida del gimnasio: en posición sentada, tenía que colocar los brazos flexionados separados del cuerpo y apoyar los antebrazos en sendas placas a cada lado del cuerpo y, luego, empujar hacia la derecha y la izquierda, respectivamente. Aparte de entrenar la musculatura lateral, también servía para estirar toda la columna. Como una gata, estiró primero un lado y después el otro. El gimnasio de la Jefatura contaba con un buen equipamiento, pero ella prefería ir a alguno de los centros privados de la zona. En esos momentos, incluso se encontraba sola en la sala. No había ningún agente vigilando su técnica o cuánto peso levantaba. Ni tampoco nadie de su círculo de amistades. La mayoría no tenían tiempo para hacer deporte y, de hecho, la jefa de la región metropolitana de Gotemburgo tampoco lo tenía, pero, a veces, le daba prioridad a moverse un poco y, por lo general, después se alegraba de haberlo hecho. Al girar hacia la derecha, descubrió un rostro conocido por encima del hombro.

—Hola, jefa —saludó Emir.

Camilla se detuvo al llegar al centro y se giró sobre el asiento.

—¿Tienes tiempo de venir al gimnasio? —le preguntó.

—Tú también, por lo que veo —repuso Emir con prontitud.

—Trabajo día y noche, y las horas extras que tengo acumuladas me llegarían para tomarme un par de años de vacaciones. Por lo que he visto en tu registro de horas, creo que tú no puedes decir lo mismo.

—Relájate, anda. He venido a buscarte.

—¿Qué quieres?

—Han pasado unas cuantas cosas…

—Dime.

—Karl Ström se desmayó ayer y está en el hospital. No sabemos si tenemos que enviarle flores o ir a buscarlo para volver a interrogarlo. Por otro lado, la policía de Estocolmo ha arrestado a Dick Björklöv, el hombre que acosó a Tricia Andersen durante varios años. Dennis y Sandra han estado en su casa y dicen que se comportaba de una manera extraña. Además, durante la conversación, admitió que quizá había vuelto a perseguir a Tricia hace poco.

—Dile a la pareja de Karl que suspendemos la investigación interna mientras Dick Björklöv siga detenido. Así, la pobre mujer podrá relajarse un poco.

—Entonces, ¿les digo a los colegas que paren la investigación interna?

—No, que continúen las pesquisas, pero sin que Karl ni Lisa lo sepan. Ahora sabemos dónde está Karl y no parece que pueda llegar muy lejos.

—¿Le digo eso a Lisa?

—Sip. Bueno, lo último que te he dicho no. ¡Gracias!

Emir se alejó con pasos rápidos y cortos. No parecía del todo satisfecho con la tarea que le había asignado. Pero ¿qué diablos podía hacer ella? La investigación debía seguir adelante, pero no a expensas de la familia de Karl Ström. Que Dick Björklöv se encontrase bajo custodia policial era un motivo de alegría. Al menos, empezaba a moverse algo.

***

Lisa colgó. La voz de Emir había sonado igual de melosa que siempre. Su encanto no dejaba indiferente a nadie. Pero ella tenía la fortuna de que Karl le había clavado la flecha de su amor en el pecho, y le había llegado tan hondo que, si intentaba sacarla, se arrancaría el corazón entero y se quedaría sin sangre ni fuerzas en cuestión de segundos. Aunque estaba enfadada con él por haberse metido en semejante embrollo, seguía creyendo en él. Por eso se mantenía inmune a los

encantos de Emir.

Karl y ella ya habían atravesado dificultades juntos anteriormente. Sucesos que les habían recordado que la muerte siempre estaba al acecho, lista para llevárselos si el azar encadenaba una serie de circunstancias fatales. En otra ocasión quizá se habría desmoronado y abandonado, pero ahora se había despertado la detective que llevaba dentro y no pensaba desistir hasta que averiguase qué estaba pasando. ¿Quién sentía tanta aversión por su familia que estaba dispuesto —o dispuesta— a inculpar a Karl de un asesinato para destruirlos?

Comenzó por investigar en Flashback, un foro de internet donde revisó todos los hilos relativos a la familia del embajador. Localizó el nombre de Tricia en un hilo con cotilleos de celebridades y en otro creado a raíz de un incidente en el club Moët de Estocolmo: Tricia y una famosa de un reality show se habían enzarzado en una pelea en los servicios de la sala vip del club debido a un hombre. La mujer había acusado a Tricia de meter una pierna entre las piernas de su chico mientras conversaban en el bar. La hija del embajador se había reído de ella en su cara, lo cual derivó en un altercado en el que las armas empleadas fueron bolsos de Michael Kors, iPhones y cepillos. Tricia recibió un golpe tan fuerte en la boca que empezó a sangrar, a lo que respondió arrancándole las extensiones de cabello a la otra mujer, cuyos aullidos de dolor hicieron que los guardias de seguridad se presentasen en los servicios para poner fin a la disputa.

Lisa también revisó todas las imágenes de Tricia que había obtenido en su búsqueda. Karl se había quedado corto al describir a Tricia. Le había dicho que sus ojos reflejaban su aire de niña malcriada y arrogante, y que su carácter impedía ver su belleza. Pero, cuando vio sus fotos, Lisa sintió una punzada de celos en el estómago. Tricia era alta y delgada, la melena le caía en ondas por la espalda en un tono nougat claro con mechas rubias. En una de las fotos lucía un mono de terciopelo color crema con aberturas laterales que dejaban al descubierto sus piernas bronceadas. Mostraba un refinamiento que estaba fuera del alcance de la gente de provincias. Había sido creada a imagen y semejanza de una diosa. Sus ojos brillaban con aire pícaro y también con una chispa que hacía difícil resistirse a sus encantos.

Lisa se preguntó si Karl no habría tenido sentimientos más intensos hacia aquella mujer de lo que había reconocido. Plantearle esa cuestión en esos momentos era imposible y de mal gusto, pero la sensación que le habían dejado sus indagaciones se depositó en una de sus habitaciones secretas. Quizá ese malestar emergería en un momento inoportuno, pero confiaba en poder cerrar esa habitación y

tirar la llave. Karl era suyo y ninguna reina de la fiesta muerta de California podría cambiar eso.

***

En la comisaría de Estocolmo reinaba una actividad febril. Prostitutas de la calle Malmskillnadsgatan, el atracador de una tienda y varios borrachos llenaban los calabozos a la espera de una resolución. Seguramente, algunos saldrían más tarde, durante la noche, mientras que los que habían cometido delitos más graves podían contar con unas vacaciones más largas a la sombra.

Dennis y Sandra esperaban a que los dejaran irse de la comisaría tras haber presentado su informe y explicado los motivos de la detención de Dick Björklöv. La fiscalía la había autorizado, pero ahora tocaba sacarle más información a aquel extraño hombre. Las perspectivas eran bastante malas, a la vista de cómo se habían desarrollado interrogatorios anteriores. Se trataba de una persona peculiar; no carecía de inteligencia, pero había algo en su estilo que los desconcertaba a los dos. Se expresaba de una forma anticuada que recordaba a los hombres de las películas de los cincuenta. Cuando pasó junto a Dennis y Sandra en compañía de uno de los guardias, les susurró: «I am the man from the moon», y luego prosiguió su camino voluntariamente hasta la sala de interrogatorios.

Sandra llamó a Camilla Stålberg.

—¿Qué hacemos ahora? —le preguntó.

—Os quedáis hasta que termine el primer interrogatorio. Cuando sepáis si merece la pena seguir trabajando con esa pista, volvemos a hablar y decidimos. Pero, si resulta infructuosa, podéis volver a casa mañana por la mañana. Hasta entonces, he pedido que os dejen una sala de reuniones para trabajar. Preguntadle a Eywind dónde está. Y no os olvidéis de comer de vez en cuando. Suele hacer maravillas para la capacidad de pensar.

—Tenemos que quedarnos —anunció Sandra tras colgar.

—¿Hasta cuándo? —quiso saber Dennis.

—No lo sé, pero recibiremos nuevas instrucciones cuando termine el

primer interrogatorio.

—Habría sido más interesante que nos dejasen hacerlo a nosotros. Esperar sentado en una silla es una lata.

—La jefa quiere que trabajemos mientras tanto —dijo Sandra, guiñándole un ojo.

—Ya me lo figuraba —replicó Dennis.

Al fondo del pasillo apareció Eywind caminando hacia ellos. Su rostro se iluminó cuando descubrió a sus compañeros.

—Me han dicho que voy a teneros de aprendices —bromeó—. Y, cuando alguien empieza a trabajar conmigo, lo primero es salir a cenar. ¡Ya son más de las siete! Venga, chicos, nos vamos.

Dennis y Sandra dudaron unos segundos antes de entrar en el ascensor con el agente. En la calle, Eywind le hizo una seña a un taxi y se subieron todos.

—Los taxis son la mejor forma de moverse en Estocolmo —declaró—. Tienen sus propias normas y es la única manera de conseguir avanzar entre el tráfico.

—¿Adónde vamos? —Sandra miró por la ventanilla. No la entusiasmaban los policías que apoyaban sin reparos cualquier tipo de actividad criminal, aunque fuesen infracciones de tráfico.

—Esta noche toca gastronomía de la costa occidental. Christian Hellberg tiene un restaurante que se llama Griffins' Steakhouse. Será perfecto.

—Seguro —afirmó Dennis.

En el restaurante, todos saludaron alegremente a Eywind, quien avanzaba entre las mesas como si fuera una estrella de cine. Al final encontraron una mesa que pareció satisfacerlo. Sandra y Dennis declinaron mirar la carta de vinos y pidieron un zumo de manzana.

—¿Dónde estáis alojados? —preguntó Eywind.

—En el Royal Viking, al lado de la estación central —respondió Sandra, y pidió el plato de marisco a la plancha.

Dennis escogió lo mismo.

—¡Qué nivelazo! —exclamó Eywind.

—La policía tiene un contrato con ellos, por eso nos quedamos allí —aclaró Dennis.

—Ah, ya entiendo —contestó Eywind, riendo—. ¿Cómo va el caso de Tricia Andersen? —Eywind bajó la voz, como si temiese que pudieran oírlo los clientes de las mesas vecinas.

—No demasiado bien —reconoció Sandra.

—Pero el stalker ese parece prometedor, ¿no? —comentó Eywind, y dio un sorbo al champán que le habían servido con una ostra. —Ignoró la muy escéptica mirada de Sandra—. Que sepáis que ya he fichado la salida. Por hoy he terminado la jornada, o eso espero.

—Se me escapa por qué no lo habéis interrogado antes —reflexionó Sandra.

—No teníamos acceso a la información —explicó Eywind—. Solo estaba al tanto la Säpo, así que son ellos quienes deberían haberse puesto alerta.

—¿Qué se trae entre manos la Säpo? ¿Hay alguien entre sus filas que está protegiendo a ese tipo? —preguntó Dennis.

—Me cuesta creerlo —replicó Eywind, y engulló la ostra como si fuera un trago de agua.

—¿Qué opinas tú? —se interesó Sandra.

—Un momento, mirad —indicó Eywind, dirigiendo la mirada hacia la entrada del restaurante.

Sandra lo siguió con los ojos para ver qué había descubierto su compañero. Vio a Ned Donovan avanzando hacia su mesa, al que reconoció por las fotos que había visto. Eywind se levantó para ir al encuentro del atleta norteamericano. Sandra se fijó en que Ned, a pesar de llevar unas zapatillas deportivas de suelas extragruesas, era inusualmente bajo. Eywind lo siguió a uno de los reservados del restaurante. Dennis y Sandra se quedaron mirándolos mientras llegaban los platos de marisco a su mesa redonda.

—¿De qué va esto? —preguntó Sandra.

—Ni idea —contestó Dennis—. Pero hay algo que Eywind sabe y que

nosotros también deberíamos saber antes de que salgamos de este restaurante. —El marisco le dio la sensación de estar en casa.

Ned Donovan abandonó el restaurante igual de rápido que había llegado y Eywind regresó a la mesa.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió Sandra.

—Comamos como si no hubiera pasado nada —dijo Eywind, sirviéndose del bogavante gratinado con parmesano.

—Estás tarado —susurró Sandra—. Nos encontramos en medio de una de las investigaciones más sensibles del país y te comportas como un loco.

Sandra cogió su chaqueta y se dirigió a la salida del restaurante. Dennis se disculpó y la siguió. Su compañera ya había avanzado un trozo por la calle.

—La jefatura queda por allí —advirtió Dennis, señalando en la otra dirección.

—¿Qué les pasa a tus amigos? —le espetó Sandra, irritada.

—¿Mis amigos? Eywind es compañero tanto tuyo como mío. Además, es nuestro contacto para la investigación en Estocolmo. Lo que me gustaría saber es qué mosca te ha picado a ti.

—Intento atenuar la mala fama que va a caernos encima después de esta noche. ¡Qué bochorno, joder! ¿Qué hacía Ned Donovan en el restaurante? ¿Por qué no se nos ha informado de su llegada?

Dennis le abrió caballerosamente la puerta de entrada a la Jefatura de Policía para que pasase primero. Tardaría el resto de la noche en conseguir que Sandra recuperase el buen humor.

Hållö, verano de 1907

La roca ardía. Hedvig pasó la mano por la superficie rosa y sintió cómo el calor le recorría el cuerpo. Slättehälla era una zona de enormes rocas lisas que se había convertido en su refugio cuando el ruido en la vivienda familiar le parecía excesivo. Ya había cumplido veintidós años y sus hermanos eran mayores. Pero, cuando estaban todos juntos en la cocina, a veces sentía la necesidad de escaparse. De pasar un rato sola.

La vida como hija del farero jefe podría haber sido maravillosa y, muchas veces, lo era, pero en ocasiones la superaba. Estaba cansada. Era ella quien cocinaba, limpiaba, hacía la colada, iba a buscar leña y remaba a Smögen o a Kungshamn para comprar víveres en el mercado de la plaza. Madre se dedicaba enteramente a atender el faro, ya que padre no había hecho más que empeorar con el paso de los años. Su cadera se había resentido por sobrecargar la pierna durante tanto tiempo. Al principio, la recuperación parecía que iba bastante bien, pero, al cabo de unos meses, los problemas se habían ido acumulando. Se le había hinchado el pie y, por momentos, la pierna enferma se le ponía el doble de gruesa que la otra. Cada mañana, madre lo ayudaba a llegar al faro, donde, sentado en una silla, se limitaba a darle instrucciones sobre la vigilancia de la llama y las demás labores. El farero segundo y los auxiliares desempeñaban sus funciones, pero padre se negaba a delegar en ellos las tareas que correspondían a su puesto. Madre lo ayudaba desde media hora antes de que se pusiese el sol hasta media hora después de que saliese. Pero actuaba como si no tuviera la más mínima importancia. Como si todo lo que hacía ella no fuesen las obligaciones del farero jefe. El resto del personal realizaba sus turnos de cuatro horas como era habitual y nadie decía ni pío acerca de que el farero jefe no estaba sano. Además, madre cumplía con su parte a rajatabla.

—¿Qué hace mi bella dama aquí sentada? ¿Filosofando? —dijo una voz a espaldas de Hedvig. Al girarse, vio a un joven con el torso desnudo que llevaba los tirantes caídos sobre los costados del pantalón. El sol le había tostado la piel y tenía el cabello un poco largo, algo que jamás había visto antes en ningún hombre. Azorada, apartó la vista de él porque no iba correctamente vestido.

—No sabría decirle —contestó Hedvig con el corazón en la garganta.

—No soy peligroso, si es lo que piensa la dama —rio el hombre.

Hedvig vio que el joven llevaba un laúd en la mano y, antes de que le diese tiempo a recuperarse de la sorpresa, se sentó a su lado en la roca y se puso a cantar una melodía acompañado por las cuerdas.

—¿Quién es usted? —preguntó Hedvig.

—Vengo del mar rugiente —respondió, y se rio tanto que su bello rostro brilló bajo el sol.

—Está burlándose de mí. —No pensaba dejar que la engañase con tanta facilidad.

—Soy de la isla de Vinga, pero los últimos años he trabajado en Estocolmo.

—¿Ha trabajado?

—Sí, como artista.

—¿Puede vivirse de eso?

—No, por eso mi padre me ha dicho que debo embarcarme o ir a un abominable internado.

—¿Y qué elegirá?

—El mar. —Su gesto, serio por un momento, volvió a dejar lugar a la risa, y continuó tocando acordes en el laúd.

—¿Cuándo regresará?

—Todos los veranos, mi bella.

—¿Con su laúd?

—Sí. Discúlpeme, pero tengo que decirle que posee un hermoso perfil. Por eso me he fijado en usted.

—Discúlpeme usted, joven caballero, pero estoy prometida. —Hedvig entornó los ojos hacia el sol y contempló el movimiento de los músculos en el brazo del muchacho.

—¡Qué mala noticia! —se lamentó—. Pero ¿tal vez Hedvig vaya al baile del muelle esta tarde?

Hedvig se alisó la falda y bajó tímidamente la vista a la roca rosa. ¿Cómo podía saber su nombre? Lo oyó alejarse a sus espaldas silbando y supo que

nada en la vida volvería a ser igual.

12

Lisa enderezó la espalda y se reclinó contra el cabecero de la cama. Un nuevo día. Había estado con el ordenador y el teléfono hasta muy tarde. Emir la había llamado para decirle que habían cerrado, o al menos suspendido, la investigación interna, pero no se lo había creído ni por un segundo. ¡Cómo podían tener la desfachatez de mentirle! Miles de veces, ella misma les había transmitido mensajes semejantes a personas en situación de crisis; había intentado tranquilizarlos diciéndoles que las autoridades ya no los perseguían. Sabía que la investigación continuaría mientras existiesen sospechas suficientes y mientras no apareciese otro sospechoso. Examinarían cada detalle de la vida de Karl hasta que encontrasen al verdadero asesino. Lo sabía perfectamente. Aun así, quizá la policía había conseguido un efecto positivo. En cierto modo, la conversación con Emir la había calmado a la vez que había impulsado su afán de detective.

La persona que había asesinado a Tricia y, además, había hecho que Karl pareciese culpable, tenía que haber conseguido su cadena de plata en algún momento. Lisa recordaba cómo Karl le había contado que la había perdido, muchos años atrás. Justo poco después de que empezasen a salir. Ese era uno de los motivos por los que creía que Karl decía la verdad. Seguro que no había planeado un asesinato durante tanto tiempo como para haber fingido perder una cadena hacía más de seis años. Ese detalle la desconcertaba.

***

Dennis había llevado al límite a Sandra en el gimnasio del hotel antes de disfrutar del bufé de desayuno. Ahora, mientras subían en el ascensor a la Unidad de Delitos Graves, observó que su compañera tenía aspecto de derrotada. Él también sentía el cansancio como una pesada manta. En cuanto entregasen sus informes, regresarían a Gotemburgo. En la unidad se trabajaba a toda máquina. Dennis y Sandra se dirigían al despacho de Eywind para ver si había llegado cuando un asistente que pasaba por allí los informó de que estaba llevando a cabo un interrogatorio.

—¿A quién? —preguntó Sandra.

—A Ned Donovan —contestó el asistente, y siguió caminando con un portátil abierto en la mano.

—¿Qué está pasando aquí? —La arruga de Sandra entre los ojos reapareció y Dennis lanzó un suspiro—. Nadie nos ha dicho nada desde ayer por la noche.

—Terminarán enseguida —dijo el asistente, intentando poner de mejor humor a su colega de la costa occidental.

Sandra pulsó el botón del café con leche en la cafetera y tomó asiento en una de las butacas para visitas. Dennis se sentó frente a ella. Trabajar en territorio ajeno era algo que podía funcionar bien, pero Dennis notó que Sandra no se sentía nada cómoda entre los policías de Estocolmo. Era como si no supiera muy bien qué hacer. En ese momento, Eywind asomó la cabeza por la puerta de su despacho.

—Venid, nos sentaremos aquí —dijo.

Eywind vestía una camisa de cuadros que le quedaba perfecta y Dennis se preguntó de qué marca sería, dudaba de que fuese de alguna cadena de ropa.

Tras sentarse en la pequeña mesa de reuniones redonda del despacho de Eywind, se hizo evidente que Sandra estaba harta de la situación. Dennis la entendía. Estaba en una jefatura y en una ciudad en la que no pinchaba ni cortaba y, a pesar de haber entrenado hasta la extenuación en el gimnasio, se veía que en su interior bullía la adrenalina en unos niveles insanos.

—Nathalie llamó a Ned Donovan ayer —comenzó Eywind.

—¿Nathalie? ¿Nuestra compañera de Gotemburgo? —preguntó Dennis.

—Sí, se enteró de que Ned había aterrizado y lo llamó para pedirle que acudiese a una entrevista.

—Está loca. ¿Es que ahora hace las cosas por su cuenta? —criticó Sandra, mirando a Dennis.

—Es evidente que tiene contactos —apuntó Eywind—. En todo caso, Ned le dijo que solo hablaría conmigo, digamos que nuestros caminos se han cruzado en alguna ocasión, y que el encuentro sería en el

restaurante Griffins' Steakhouse. Por eso os llevé allí. Solo quería que tuvieseis oportunidad de verlo, aunque no pudieseis participar. Lo siento si os pareció todo un poco confuso.

—¿Y de qué hablasteis en el restaurante? —quiso saber Dennis.

—¿No somos nosotros los que marcamos la estrategia en este caso? —Sandra hervía de ira.

—Sí, pero a veces también hay que saber ser flexible —alegó Eywind, evitando mirarla.

—¿Qué te dijo Donovan? —insistió Dennis.

—Me dijo que estaba dispuesto a venir a un interrogatorio en la jefatura hoy por la mañana si lo dirigía yo.

—¿Y cómo ha ido el interrogatorio? —preguntó Sandra, intentando centrar el tema de la conversación.

—Me ha dicho que está destrozado —contestó Eywind.

—¿Le has contado que estaba embarazada?

—Sí.

—¿Se puso hecho una furia?

—No, más bien lo entristeció aún más.

—¿Crees que lo sabía? —preguntó Dennis—. A veces, hay cosas que pueden intuirse.

—¿Tú has intuido alguna vez que una mujer estaba embarazada de ti? —le espetó Sandra.

—No, pero aun así —replicó Dennis—. Es probable que Donovan no sea el padre del bebé. ¿Te ha comentado algo al respecto?

—Parecía tener claro que no era suyo —suspiró Eywind—. Os digo que hemos abierto la caja de los truenos.

—¿Le has preguntado quién cree que podría haberla asesinado o si tenía enemigos? —interrogó Sandra.

—Mencionó los problemas que había tenido la familia con el acosador de Tricia.

—¿Nada más? —insistió Sandra.

—Me enseñó el anillo que le había comprado a Tricia. Tenían previsto casarse el día de Nochevieja.

—¡Qué mal! —se lamentó Dennis.

—Aunque me ha llamado la atención una cosa —susurró Eywind.

—¿Qué? —preguntó Dennis.

—Ned Donovan no conocía personalmente a Tricia Andersen.

—¡¿Cómo?! —exclamó Sandra—. Pero si iban a casarse.

—Es obvio que la boda había sido acordada por las familias. Ned está triste porque, al igual que nosotros, cree que el destino de Tricia ha sido trágico.

Se quedaron todos callados.

—¿Y qué tal ha ido con el acosador, Dick Björklöv? —preguntó Sandra al cabo de unos momentos—. Qué jeroglífico más ingenioso, por cierto.

Eywind soltó una carcajada.

—Nunca sabes si hay alguien vigilándote —sonrió—. Dick Björklöv cumple todos los requisitos para ser el asesino de Tricia.

—¿Por qué? —inquirió Dennis.

—Porque la acosó durante mucho tiempo, es un enfermo mental y tiene una condena previa por ponerse en las puertas de una guardería a cortar lombrices en pedazos delante de los niños.

—¿Tú no cortabas lombrices cuando eras pequeño? —preguntó Sandra.

—Pues no, la verdad es que no.

—¿Y dónde está la pega? —quiso saber Dennis.

—Se encontraba en el extranjero en el periodo de tiempo durante el que, según la forense, se cometió el crimen.

—¿Dónde en el extranjero?

—En Copenhague, así que tiene coartada.

***

Dennis se había quedado dormido en el tren de la mañana de regreso de Estocolmo. Sandra suspiró y recostó la cabeza en el asiento. Habían estado a punto de solucionar el caso, pero era evidente que Dick Björklöv no era el hombre que buscaban. A primera vista, tenía el perfil y el historial perfectos, pero contaba con una coartada. La recepcionista del hotel de Copenhague confirmó que lo había visto. Se había fijado en él porque se comportaba de manera extraña. Cuando la camarera de piso entró a limpiar, se encontró con la sábana y el edredón enrollados y atados como si hubiese un cadáver envuelto. Pero no había nada dentro.

Sandra contempló el paisaje que iba despertando al otro lado de la ventanilla. En la estación central se había comprado un latte grande y un sándwich de huevo que ahora masticaba. Dennis dormía con la boca abierta, como siempre. Su compañero necesitaba dormir el doble que ella. No es que a ella no le gustase dormir, pero siempre pasaba algo que le impedía disfrutar de las ocho horas que tanto necesitaba. Estaban a las puertas de noviembre, que no era el mes más fantástico. Los prados todavía conservaban el verde, pero, en menos de dos semanas, las tiendas y los restaurantes ya empezarían a poner la decoración de Navidad, una época que no le apetecía nada que llegara, aunque, mientras el trabajo la mantuviese ocupada, podía sobrellevarlo. El caso de Tricia Andersen era la prioridad número uno y Dennis y ella volvían a estar en la casilla de salida.

Se estremeció al recordar la visita a la embajada, donde los ocho años de Barack Obama habían pasado desapercibidos. Al informarse sobre Ronald Andersen, había encontrado un artículo que explicaba que el senado estadounidense había retrasado la propuesta de Obama de enviar un nuevo embajador a Estocolmo. Al final, la persona designada se había retirado y Ronald seguía en su puesto más tranquilo que nunca desde que su amigo Trump ocupaba el trono. ¡Vaya tretas!

Sonó su móvil. Era Camilla Stålberg.

—Hola, jefa —saludó al descolgar.

—¿Dónde estáis?

—En el tren. En dos horas estamos ahí.

—Bien.

—¿Ha pasado algo?

—Tenemos información nueva.

—¿Sobre qué?

—Sobre Karl Ström.

—¿Qué has encontrado ahora?

—Venid aquí directamente cuando lleguéis.

Sandra se recostó y sintió cómo la embargaba la ira. ¿Por qué se empeñaba Camilla en perseguir a Karl Ström?

Se pasó el resto del viaje mirando por la ventanilla y, de tanto en tanto, anotaba sus ideas en su libreta negra. Repasó una y otra vez todas las personas que estaban en Hållö y comenzó a plantearse si era posible que alguien hubiese estrangulado a Tricia y luego abandonado la isla. Pero el temporal había causado un oleaje al que no podían enfrentarse ni los patrones más experimentados, de modo que aquella teoría era muy poco probable.

Mientras el tren se deslizaba lentamente para entrar en la estación de Gotemburgo, la ciudad le pareció aún más gris que Estocolmo. Dennis estaba de un humor radiante, mientras que a Sandra la invadía esa sensación matutina de desgana y frío. Se encaminaron hacia la Jefatura de Policía, que quedaba muy cerca de allí.

—¡Qué gusto poder dormir un rato más en el tren! —celebró Dennis.

—Sí, ¿verdad? —repuso Sandra, malhumorada.

—¿Qué toca ahora?

—Tenemos que hablar con Camilla antes de nada. Tiene nuevos datos sobre Karl Ström.

—¿Qué ha encontrado esta vez?

—Ni idea, pero esto empieza a olerme a mobbing y en la policía se

aplica una política de tolerancia cero frente al acoso laboral.

—Cierto —convino Dennis—, pero no sé si la jefa tiene el tema en su agenda.

—Qué susceptible eres —apuntó Sandra.

—Camilla no me aguanta y no pasa nada porque es mutuo, pero nunca ha practicado la igualdad de trato.

—Es clara y directa. A mí me gusta —afirmó Sandra—. Es la mejor jefa que he tenido, pero ahora está pasándose de la raya.

—Es la única jefa que has tenido —añadió Dennis.

—Si no te cuento a ti… —replicó Sandra, riendo.

—Y preferirías no contarme, ¿no?

—Tienes tus ventajas —concedió Sandra.

—¿Y desventajas…?

—Yo no he dicho eso. Venga, que el café es gratis aquí dentro. —Sandra abrió la puerta de entrada de la jefatura y lo dejó pasar primero.

—Sí, el matarratas es gratis… —apostilló Dennis, cuyo buen humor había caído en picado.

Cogieron el ascensor y, una vez en la unidad, comenzaron a avanzar por los pasillos mientras los compañeros iban haciéndoles comentarios con acento de Estocolmo.

—¿Es que nos tienen envidia por haber estado veinticuatro horas en la capital? —preguntó Sandra una vez que hubieron llegado al pasillo de la jefa.

—No sé si es envidia. Yo lo llamaría humor de Gotemburgo.

—Pues qué gracioso —comentó Sandra.

Camilla Stålberg ya estaba en la mesa oval y los invitó a sentarse.

—¿Qué tal os ha ido en la capital? —preguntó.

—Un desastre, incluida una visita al Griffins' Steakhouse. Gracias por

preguntar.

—¿Cómo un desastre? ¿Qué quieres decir?

—Organizamos la detención del acosador de Tricia Andersen, pero la policía de Estocolmo afirma que Dick Björklöv tiene coartada para el día del asesinato.

—Sí, ya me lo han dicho. Pero tengo algo aquí que a lo mejor os anima.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Dennis.

—Mirad —dijo Camilla Stålberg, y giró su portátil para que los dos pudiesen ver la pantalla.

13

Lisa había conseguido suficiente información acerca de varias personas del entorno de Tricia Andersen como para que al menos un par pudiesen considerarse de interés para ser incluidas en la investigación. Había hecho una selección y creado un documento de Excel para cada una de ellas. Dick Björklöv, por ejemplo, había acosado a Tricia en Estocolmo. Por lo que había leído en una base de datos de acceso restringido que le había facilitado uno de sus contactos, parecía un tipo muy desagradable. Luego estaba Katrin, una de las chicas que había ido a Hållö y que siempre había tenido envidia de Tricia, según sus pesquisas. ¿Quizá había pasado algo entre ellas que había sido la gota que colmaba el vaso? Lisa también había logrado entrar en un registro en el que constaba que Katrin había cometido un delito de lesiones en una discoteca hacía algunos años, lo cual demostraba que bien podía ser capaz de estrangular a otra mujer. En su lista figuraban asimismo Annelie y Pia, las otras dos amigas de Tricia que se habían reunido en la isla. Aún no había averiguado cuáles podrían ser sus motivos, pero seguiría indagando. ¿Debería llamar a Emir y contarle lo que había encontrado? ¿O mejor hablar con Dennis, que era quien dirigía la investigación? Decidió marcar el número de Dennis y sintió cómo el corazón le latía cada vez más fuerte a medida que sonaban los tonos de llamada. Cuando se presentó, tuvo la sensación de que al policía lo incomodaba oír su voz. Nunca había tenido ningún conflicto con él. De hecho, solo habían coincidido unas cuantas veces en fiestas de la policía. Y conocía a su ex, Cleuda, pero tampoco tanto como para que se sintiera incómodo por eso.

—¡Hola, Lisa! —la saludó.

—Hola.

—Disponemos de algunos datos nuevos que queríamos comunicarte —prosiguió Dennis, sin darle la oportunidad de explicarse.

—Yo también, por eso te llamaba —replicó Lisa con voz firme.

—¿Puedo empezar yo? —insistió Dennis.

—Pero quería decirte que he encontrado…

—Disculpa que te interrumpa, pero ya ha finalizado la autopsia de la víctima.

—¿De Tricia Andersen?

—Sí. Estaba embarazada de catorce semanas.

—¡Oh, no! ¡Qué triste! —lamentó Lisa.

—Hemos realizado una comparación del ADN según el procedimiento habitual.

—¿Del ADN del feto?

—Sí —respondió Dennis.

—¿Con el de quién lo habéis comparado?

—Con el de Karl.

—¿Por qué?

—Es lo habitual, pero…

—Pero ¿qué? —Lisa estaba impacientándose.

—… se ha demostrado que Karl es el padre.

—¿Es broma? —La mano con la que Lisa sostenía el móvil le tembló de la conmoción—. Sé que no es el padre. También sé que las muestras de ADN deben manejarse con cuidado y que se tarda en obtener resultados cien por cien seguros. —Lisa contestó de forma mecánica, pero las palabras de Dennis se le depositaron en las venas como pedazos de hielo. ¿No le habían contado ya suficientes locuras?

—Tienes razón, pero siento decirte que nuestros forenses están bastante seguros. Realizarán un análisis de seguimiento dentro de las próximas veinticuatro horas. ¿Sabes si Karl y Tricia se han visto durante el último medio año? Más concretamente, ¿hace tres meses?

—¡Estáis locos! Ya me ha quedado claro que le tenéis ganas a Karl. Pero ¿qué os ha hecho? Ha servido fielmente a la policía. Ha trabajado día y noche. Incluso estaba en Hållö durante su tiempo libre para desarrollar vuestro sistema de gestión de casos. ¿Qué pretendéis?

Lisa oyó que Dennis contenía la respiración. Colgó. Sus ojos se habían quedado clavados en un punto en el techo. Una mancha. Quizá de una

mosca que Karl o ella habían aplastado alguno de los días más calurosos del verano, cuando tenían todas las puertas abiertas de par en par y los niños entraban y salían todo el rato. Allí arriba, en el techo, quedaba un pegote. Las desagradables palabras de Dennis volvieron a ella como un torrente. Quería vomitar, pero no era capaz. Nada de lo que Dennis le había dicho era verdad. Lo sabía perfectamente. Pero ¿cómo narices lo demostraría? Karl no había salido de viaje en ninguna ocasión durante los últimos meses, no podía ser el padre del bebé de aquella mujer. La persona que quería hacerles daño a ella y a su familia estaba a punto de conseguirlo. Aquel cuya maldad no conocía límites siempre era capaz de triunfar. Necesitaba aire. Necesitaba aclarar sus pensamientos. Cogió la chaqueta y salió.

***

A Karl le costaba respirar en el vehículo de transporte de enfermos. Había oxígeno y el conductor había conectado la ventilación, pero algo presionaba su caja torácica y lo obligaba a esforzarse por conseguir aire en cada respiración. ¿Cómo saldría de esa? Dijera lo que dijese, se iría todo a la mierda. No podía vivir sin Lisa. Si le contaba toda la verdad, lo abandonaría, y si se inventaba otra historia, lo cual suponía que igualmente tendría que confirmarle las cosas que ella ya sabía, también lo abandonaría. Por muchas vueltas que le diera, siempre llegaba a la misma conclusión: se iría todo a la mierda.

Iba camino de casa. El médico había dicho que estaba lo suficientemente bien para irse, pero él se sentía roto por dentro. Como si lo hubiesen triturado por completo. Como si todos sus órganos hubiesen dejado de funcionar y solo los mantuviese unidos la piel, que también amenazaba con desintegrarse. Lisa no estaba en casa. Los niños estaban con sus padres. Verse solo en casa era lo último que deseaba. El vehículo del hospital giró para acceder a la entrada de su casa. Karl vio un automóvil aparcado en el lugar que solía ocupar el Fiat 500 de Lisa, el inseguro cochecillo que se había convertido en la niña de sus ojos. En su lugar había un Jeep turquesa oscuro. ¿De quién podía ser? Repasó la lista de sus amistades, pero no se le ocurrió nadie. Se apeó del vehículo y le dio las gracias al conductor. Las piernas le flojeaban. De pronto, una persona se le acercó por detrás y deslizó un brazo bajo el suyo con tanta firmeza que se apoyó en él automáticamente.

—¿Cómo estás?

Reconoció la voz de Cleuda, que era firme y resuelta a la vez que suave, una cualidad poco común entre las mujeres policía que conocía.

—¿Cleuda?

—La misma que viste y calza.

—¿La jefa te ha dado el día libre?

—¡Jamás se le ocurriría tal cosa! Mi misión es vigilarte —rio.

—¿Me tomas el pelo?

—Sí y no. Camilla quiere que me quede contigo esta noche. Que me asegure de que te encuentras bien a la vez que tenemos controlado dónde estás. Dos pájaros de un tiro.

Karl no conocía demasiado a Cleuda, pero, las veces que habían coincidido, habían mantenido buenas conversaciones. La agente le había contado que hizo el servicio militar en Brasil y luego empezó a trabajar en un hotel. Pero limpiar habitaciones y servir caipiriñas no era lo que quería. Ahora, se publicaban artículos sobre ella en la revista de la policía sueca. Era la segunda mujer en el grupo de operaciones especiales de Suecia, y la única desde que la primera lo había abandonado para ocupar un cargo superior.

—¿Es que no tenéis trabajo en operaciones especiales?

—Sí, pero esta noche me tocaba librar.

—¿Qué has conseguido a cambio? —bromeó Karl, aunque su sonrisa no parecía natural.

—Es confidencial —rio—. Pero, bueno, ¿vas a invitarme a un café o no?

Lisa no era para nada celosa, pero que Cleuda se quedara a dormir probablemente fuese más de lo que estaba dispuesta a tolerar. Tenía que conseguir de alguna manera que se marchase más tarde.

Una vez en el interior de la casa, Cleuda se fue directa a la cocina y, al cabo de un rato, apareció en el salón con una bandeja surtida de comida y café.

—¿Te gustan las empanadas?

—¿De dónde las has sacado?

—De camino paré en la Asociación Argentina.

—¿Eso es lo que se hace?

—Es lo que puedes hacer si quieres comprar empanadas caseras.

—Creo que llevo como dos días sin comer.

—Pues ya te toca.

—A ver si mi estómago las tolera.

—Están rellenas de verdura; nada de chile, nada de cilantro. Pedí que fueran para niños.

—¿Qué pasó entre tú y Dennis? —preguntó Karl sin pensárselo dos veces—. Parecía que os iba bien.

—Al principio.

—¿Y luego?

—Él no era capaz de avanzar.

—¿Avanzar en qué?

—En nada. No sabía si quería tener hijos. No sabía si quería continuar en la policía.

—¿Y con Camilla crees que tienes más posibilidades de tener hijos?

—Pues sí, por raro que suene. Además, ya tiene una hija.

—¿Te refieres a la gamberra de Melissa?

Cleuda rio.

—Lleva una buena chica dentro, pero primero tiene que pasar los años difíciles de la pubertad.

—No sé yo si eso servirá de algo en su caso. Solo tiene catorce años, pero, ¡agárrate!, ya muestra todos los rasgos de carácter de su madre.

—Estás pasándote, ¿eh? No te olvides de que Melissa es mi hijastra.

Ahora me toca a mí hacer las preguntas: ¿es verdad que eres el padre del bebé de Tricia Andersen?

Karl enmudeció bruscamente. Era imposible que fuese el padre del bebé de Tricia Andersen. ¡Todas esas acusaciones sin sentido! Pero ¡si habían pasado por lo menos siete años desde que habían tenido una relación! De algún modo, Tricia debía haber conocido a un hombre con unas cadenas de ADN similares, por muy increíble que sonase.

—Hola. —Se oyó una voz desde la entrada.

—¿Has vuelto? —Karl se levantó para ir a recibir a Lisa.

—¿A quién tenemos de visita?

—Me han enviado a Cleuda. Creen que podría escaparme.

—Parece que estabais pasándolo bien, pero puedes irte ya —le dijo Lisa a Cleuda, quien se levantó y se dirigió a la puerta.

—Informaré de que te quedas con él —replicó Cleuda en tono formal —. Queremos que no se mueva de aquí y, si necesitáis salir por algún motivo, avisadnos. ¿Está claro?

—Adiós —se despidió Lisa, y cerró la puerta detrás de Cleuda.

Cuando oyeron que el coche se marchaba, Lisa se dio la vuelta y miró a Karl.

—Tenemos que hablar de un par de cosas —anunció, y cogió una empanada, que todavía estaba caliente del microondas.

Karl se sentó de nuevo en el sofá. Lisa se quedó de pie, de espaldas a él, mirando por la ventana cómo caía la lluvia sobre el césped aún verde del jardín trasero de su casa adosada. Estaba rodeado de setos que, en verano, los protegían de las miradas de curiosos.

Karl notó lo frágil que se sentía Lisa.

***

En un primer momento, Lisa había pensado en irse a casa de su hermana. En esconderse. En dar rienda suelta a su enfado con Karl en

soledad. Pero también quería estar cerca de él. Pedirle cuentas. Que pudiese serle infiel era una opción que nunca había considerado. Era imposible que sucediera algo así. Estaban prometidos y, desde que, en Hållö, Karl se había arrodillado ante ella en las lisas rocas de tonos rosados mientras el mar salpicaba con furia su espuma blanca sobre la piedra, ella supo que estarían juntos para siempre.

Pero, ahora, la situación era distinta. ¿Por dónde debía empezar? Si formulaba la pregunta sin rodeos, recibiría una respuesta al instante, y no tenía fuerzas para eso en esos momentos.

—¿Te apetece una copa de vino? —le preguntó.

—Sí, me encantaría —respondió Karl, mirándola como un cachorro de ojos lastimosos.

Fue a buscar dos copas y una botella de vino blanco frío, un australiano que le gustaba a Karl. Se había prometido a sí misma que, si su marido le era infiel una sola vez, lo abandonaría el mismo día. La idea la desgarraba. No poder volver a estar con él le dolía aún más si cabía que la propia infidelidad. Oyó cómo Karl bebía con avidez el vino dorado que había reposado durante varios años en barricas de roble. Cuando iba a sentarse a su lado, le sonó el móvil. Pensó en rechazar la llamada, pero, cuando vio que era el número de la policía, contestó con un escueto sí. Tras unos momentos de conversación con la persona que estaba al otro lado de la línea, sus facciones se relajaron. Karl la miraba con curiosidad mientras seguía tomando el vino, más despacio ahora. Lisa colgó y respiró hondo.

—¿Qué te han dicho?

—Han enviado las muestras de ADN al Centro Forense Nacional. Piden disculpas porque era demasiado pronto para extraer conclusiones definitivas. Nos avisarán cuando estén los resultados, pero aún pueden tardar. Hasta entonces, no debemos especular.

—¿Quién te ha llamado? —preguntó Karl.

—Dennis.

—¿Qué te parece?

—Es genial, ¿no? —celebró Lisa—. Se darán cuenta, por supuesto, de que han cometido un error.

—¿Tú crees? —Karl la miró.

—Estoy totalmente convencida. Me permití dudar solo unos instantes. Perdóname por no haber confiado en ti.

—Es comprensible. ¿Más vino?

—Venga, ponme otra copa.

La lluvia repiqueteaba contra el alféizar y se quedaron dormidos uno al lado del otro en el sofá.

Hållö, una noche de verano de 1907

Sintió su aliento cálido en la nuca. Cauteloso, tentativo. Sus manos la acariciaron a lo largo de la cintura. En la cocina, oía la respiración acompasada de su familia, que dormía en el banco y en el sofá cama. ¿Cómo había entrado en su cuarto y se había colado bajo la colcha? Se giró para recibir sus besos. Sabían a mar y salitre. Le quitó el camisón con cuidado por encima de la cabeza. Ella agarró su espesa melena para atraerlo hacia sí y llevarlo hasta sus pezones, que, erectos, se ofrecieron a sus labios. Jugueteó con su lengua alrededor de ellos y sus manos ásperas rodearon sus pechos generosos. Había notado las miradas de Ragnar mientras caminaba por el prado ataviada con sus vestidos de verano. Pero Ragnar era tímido. No se había atrevido a acercarse a ella desde el día que se habían quedado solos en la casita del auxiliar.

Los dedos del joven avanzaron hacia su pubis. Jamás había sentido nada parecido.

—Tus pechos son tan hermosos —susurró, y se los succionó con suavidad y deseo.

—Mmmm —fue la única respuesta que acertó a darle ella.

—¿Puedo entrar dentro de ti? Quizá sea tu primera vez… —le dijo en voz muy baja, pegado a ella.

No respondió, pero separó levemente las piernas para que él pudiese entrar. Agarrándola con delicadeza de la trenza que se había hecho para dormir, la giró para que quedase tumbada de espaldas. La cogió por la cintura y continuó besándola. El deseo que irradiaba la asustaba un poco, pero, al mismo tiempo, se sentía protegida a su lado. Volvió a empujarle la cabeza hacia abajo para disfrutar de sus besos ávidos. Era como si estuviera hecha a medida de aquel hombre.

—Te amo —le susurró, y la penetró con suavidad y delicadeza.

Tras unos segundos, se unieron en un estallido que hizo que se tapasen la boca mutuamente. No quería ni imaginar el riesgo que supondría despertar a padre y madre. Él se dejó caer sobre el colchón y continuó besando su cuerpo sediento levemente. Como la estela débil tras el paso de unos patitos en primavera.

—Siento tener que dejarte —dijo con voz queda, y la besó en la frente.

—Pero…

—Volveremos a vernos —prometió, y salió de la casa tan discretamente como había entrado.

Hedvig se puso la mano en el vientre. ¿Había sucedido de verdad o había sido un sueño? Un sueño que debería haberse hecho realidad años atrás. Al día siguiente, hablaría con Ragnar.

14

Camilla Stålberg había convocado una reunión el miércoles por la mañana. Casi habían pasado cinco días desde el hallazgo del cuerpo de Tricia Andersen, y aún no podían hablar de ninguna detención. No solía participar en las reuniones informativas diarias porque siempre estaba ocupada con multitud de otros temas, pero esa vez la situación era distinta. Tal como habían acordado, Camilla llamaba cada tarde a Ingela Starck, la alcaldesa, para ponerla al corriente de todos los asuntos. Y ya faltaba poco para la reunión del grupo Visión Cero, orientado a que no hubiese víctimas mortales en accidentes de tráfico. Ese grupo se encargaba también de hacer el seguimiento de las promesas hechas a la ciudadanía. ¿Qué debía prometer cada unidad de la policía a los ciudadanos de cada barrio? Dentro de dos semanas, el trabajo estaría terminado y se presentaría en la Ópera de Gotemburgo, a cuyo escenario se subiría junto con el moderador. Niños de toda la ciudad leerían delante de sus compañeros las promesas para su barrio que los policías habían elaborado en talleres organizados durante todo el año. Un total de cuatrocientos treinta niños recordarían para siempre los compromisos que recitarían. Pero ¿qué ciudad podía ofrecerles ella en el futuro? En esos momentos, Gotemburgo no era un lugar seguro. Las relaciones entre los agentes que patrullaban las calles y los jóvenes eran gélidas, por decir poco. La confianza de la ciudadanía se tambaleaba.

—Cogeos un café y sentaos —les dijo a Emir, Sandra, Dennis, Nathalie y Jesper Korp.

—Anda, ¿nos invitarás a un trozo de pastel también? —bromeó Emir, quien parecía tener carta blanca con Camilla. Por algún motivo, la jefa le consentía sus bromas sin hacer ningún comentario. Si Dennis hubiera dicho lo mismo, la respuesta afilada de Camilla habría envenenado el ambiente durante un buen rato. Simplemente era así.

—Vamos, sentaos —repitió Camilla, repiqueteando con las uñas recién arregladas contra la mesa. Cleuda había comentado en una ocasión que le encantaban las uñas de Nathalie y, desde entonces, Camilla iba una vez al mes a una especialista en uñas esculpidas que había aprendido a apreciar. La mujer no hablaba ni una palabra de sueco o inglés, pero eso solo hacía que el rato fuese aún más relajante y agradable.

—¿Tomo notas para el acta? —preguntó Nathalie.

—No hace falta que me lo preguntes cada vez —repuso Camilla.

Una vez que se hubieron sentado todos, se dieron cuenta de que Nathalie estaba llorando.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandra.

—Creo que Nathalie se ha puesto triste porque han respondido de forma muy malhumorada a su educada pregunta —contestó Dennis.

—Ya basta —intervino Camilla—. Emir, sal un rato con Nathalie. Cuando se encuentre mejor, volvéis. Dennis, encárgate tú de tomar notas entretanto.

Dennis sacó su libreta negra, la abrió y anotó en una hoja la fecha y la hora. Luego, dibujó una calavera arriba a la derecha. Camilla expuso las líneas de trabajo centrales de las semanas siguientes, aparte de las investigaciones prioritarias. El asesinato de la hija del embajador ocupaba el primer puesto y era el caso más importante para Dennis y Sandra. Donald Trump había llamado al primer ministro sueco para comunicarle lo indignadísimo que estaba porque aún no habían detenido a nadie. El primer ministro estaba preocupado y el director general de la Policía ya había llamado a Camilla el sábado por la noche, cuando esta disfrutaba junto a Cleuda de una velada frente a la chimenea. Camilla estaba a punto de preguntarle si quería que se prometiesen, pero la magia del momento desapareció tras recibir aquella llamada. El embajador era amigo de Trump y su hija Tricia era, además, ahijada suya. Camilla sintió que se anunciaba una migraña en su cabeza. Dentro de poco, quizá ya no sería capaz de mantenerse en pie. Suerte que tenía pastillas tanto en el bolso como en el cajón de su mesa.

—Voy un momento a ver cómo está Nathalie —informó, aunque, en realidad, cogió el bolso para salir a buscar un vaso de agua y poder tomarse una pastilla lo antes posible.

Al regresar al despacho, se encontró con Emir en la puerta.

—¿Cómo está? —preguntó cortésmente.

—Está embarazada y no se encuentra demasiado bien ahora mismo.

—Vaya, sí que habéis ido rápido —comentó Camilla.

—Sí, pero estamos superfelices.

—No tienes ni idea de dónde te metes. —Camilla rio con sequedad. La migraña le presionaba contra los ojos.

—Gracias por las felicitaciones —replicó Emir, irritado, pero aun así le abrió la puerta y la dejó pasar primero, como un caballero.

Se sentaron a la mesa, en la que reinaba el silencio. En el despacho de Camilla Stålberg era raro que alguien charlase durante las pausas.

—Nathalie no se encuentra bien y se irá a casa a descansar —comenzó Camilla—. Le doy dos días de asuntos propios. —Confiaba en que aquello compensase el agravio anterior. Inspiró antes de continuar—: Solo quiero añadir que, desde ahora, debéis dedicaros a más del cien por cien al asesinato de Tricia Andersen. Nos vemos de nuevo por la tarde a las cuatro para ponernos al corriente. Hasta que el caso esté resuelto, nos reuniremos cada día a las nueve y a las cuatro.

»Seguid investigando a Karl Ström, pero quiero que tú, Sandra, vuelvas a echar un vistazo a las cuentas bancarias de Tricia y a su historial de llamadas. Los de informática han recopilado todos los datos y realizado un primer análisis, pero quiero que tú también los revises. La cooperación por parte de la embajada estadounidense ha sido cuando menos poco fluida, pero ahora tenemos todo lo que necesitamos.

»Buscad también antiguos novios de Tricia y quizá alguna rival despechada. Tricia Andersen era una mujer atractiva, podría haber hecho desgraciados a más de uno y una por el camino.

—La chica era ligera de cascos —comentó Emir.

—No debemos hablar de esa manera de los muertos —criticó Camilla.

—Solo les faltamos al respeto a los vivos. ¿No lo sabías, Emir? —observó Dennis con una sonrisa torcida.

—Intentaremos prescindir de los agentes de provincias lo antes posible —le espetó Camilla—. Pero, durante los próximos días, formas parte de este equipo. Cuando pueda disponer de investigadores profesionales, ya veremos.

***

Sandra cruzó una mirada con Dennis cuando salieron del despacho de Camilla y le quedó claro que se tomarían una cerveza al terminar la jornada. Bajaron al garaje y se subieron al coche.

—Lisa quiere vernos —dijo Sandra—. Vamos ahora a su casa. Conduces tú.

—He hablado con Nathalie y nos ayudará con la investigación desde casa —apuntó Dennis mientras salía del garaje de la Jefatura de Policía.

—Entonces, tampoco se encuentra tan mal, ¿no?

—Está en el tercer mes.

—¡¿En serio?! Emir no ha perdido el tiempo.

—Ha encontrado a su diosa.

—Mala suerte para ti, que has perdido tu oportunidad.

—No sé si tenía alguna oportunidad, pero, en todo caso, no me interesaba.

—Ah, ¿no? Pues en verano parecías muy interesado.

—Eeeh…

—Pero Emir se entrometió.

—Emir siempre se entromete.

Dennis entró en el aparcamiento delante de la casa adosada. Sintió una punzada de incomodidad por ver a Lisa tras haber hablado con ella sobre la muy probable infidelidad de Karl. Pero Sandra había sido muy clara: nada de insinuaciones antes de que los forenses estuvieran seguros del resultado. Hasta entonces, Karl no era el padre del bebé de Tricia. Lanzó un profundo suspiro cuando Sandra, como de costumbre, llamó a la puerta con una intensidad excesiva para su gusto.

—¡Hola, Lisa! —saludó Sandra—. ¿Podemos pasar?

Sin decir nada, Lisa se dirigió al salón para que la siguieran. A Dennis no le dedicó ni una mirada. Podía entenderla, pero había sido su obligación llamarla. Sin embargo, sí que estaba de acuerdo en que

deberían haber esperado a tener todos los análisis de las muestras. Creía que Karl confesaría si le presentaba el resultado de la comparación del ADN, pero solo había conseguido una Sandra furiosa y una Lisa glacial que probablemente no querría tener nada más que ver con él.

—¿Dónde están los niños? —preguntó Dennis.

—En casa de los padres de Karl. ¿Qué queréis?

—Nos gustaría hacerte unas preguntas.

—Sentaos —dijo Lisa.

No parecía que fuese a ofrecerles un café.

—El asesinato de la hija del embajador estadounidense es nuestra prioridad número uno —afirmó Sandra—. Estamos sometidos a una gran presión y los medios no nos quitan ojo de encima. Tenemos que conseguir algún avance. ¿Puedes ayudarnos?

—¿Por qué querría ayudar a quienes intentan destruir a mi familia?

—Para que Karl quede libre de toda sospecha.

—Ya habéis arruinado su reputación para el resto de sus días. ¿Habéis pensado cómo vamos a sobrevivir si él no tiene trabajo?

—Por eso tienes que ayudarnos —señaló Sandra—. Si Karl no está implicado, el culpable es otro. Debemos encontrar a esa persona, y rápido.

—¿Y cómo creéis que puedo ayudaros?

—Hablándonos del pasado de Karl. Necesitamos conocer mejor su historia previa. Debe haber habido una cadena de sucesos y, al final, Karl no ha aguantado la presión, o bien otra persona ha urdido un complot contra él. Suena increíble, pero tiene que haber sido algo así. Hay demasiados indicios que señalan hacia Karl.

Sandra se quedó callada y escrutó el rostro de Lisa. Era hermosa de una forma peculiar. Tenía un cabello grueso y una nariz prominente, y sus ojos formaban unos pequeños arcos cuando sonreía. Pero en esos momentos no había ni rastro de sonrisa en su cara.

—Voy a preparar café —dijo.

Los dejó solos. Sandra miró a su alrededor. El salón estaba decorado con un estilo típico sueco: librería, sofá, mesita de centro, televisor. Plantas verdes en las ventanas.

—Le caes bien —comentó Sandra, guiñándole un ojo a Dennis.

—Hace tiempo que no me sentía tan impopular —repuso él.

—Bueno, la jefa también deja bastante claro lo que piensa de ti.

—Ya, pero ella no cuenta como miembro del género humano.

—Entonces, ¿a qué clan pertenece?

—A los Decepticons —respondió Dennis.

—¿Los malos de los Transformers?

—Sip. Pregúntale a Theo, se lo sabe todo.

—¿Cómo se llamaría en ese universo?

—No lo sé, pero fijo que es hermana o hija de Megatron, el que mató a Optimus Prime, el líder de los buenos.

—¿Y cuáles serían sus armas?

—Me imagino que tendría una rebanadora incorporada para despedazar a la gente.

—¡Qué bestia eres! —opinó Sandra.

—La bestia es ella.

—Hay mucha gente que le tiene simpatía.

—Hay mucha gente a la que le gusta que la humillen. Incluso parece que os gusta a Emir y a ti.

—¡Vale ya! —protestó Sandra.

Lisa regresó con una bandeja en la que reposaban tres tazas humeantes acompañadas de un plato con onzas de chocolate crujiente con sabor a menta.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Sandra mientras probaba con cuidado el café caliente.

—El pasado de Karl —respondió Lisa—. ¿Queréis que os lo cuente yo en lugar de escucharlo de la fuente original?

—Nos gustaría escuchar las dos versiones —contestó Sandra.

—Karl era un prometedor jugador de hockey sobre hielo —relató Lisa.

—¿Y qué pasó? —inquirió Dennis.

—Tenía talento y comprendía superbién la estrategia del juego. Era rápido y, además, contribuía al espíritu de equipo.

—¿Pero? —preguntó Sandra, impaciente.

—Su cabeza truncó sus planes. No fue capaz de soportar la presión psicológicamente.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Sandra.

—Optó por un camino más fácil.

—¿Cuál?

—Seguir jugando solo para divertirse, sin presiones.

—¿No fue capaz de hacer frente al nivel de exigencia?

—Supongo que no.

—¿Asimiló bien su decisión de dejar el deporte profesional?

—Creo que nadie lo asimiló bien; él tampoco. Durante un tiempo, se sintió insatisfecho.

—¿Cómo manifestaba esa insatisfacción? ¿Se volvió agresivo o violento?

—Estaba enfadado e irascible, pero nunca fue violento.

—¿Sigue igual?

—No desde que nacieron los niños. Le han dado una nueva orientación. Los lleva a la pista de hielo y les enseña lo que sabe.

—Y Tricia Andersen, ¿qué tipo de relación tuvo con ella?

—Supongo que fue una de muchas. Karl estaba haciendo la formación en la Escuela Superior de Policía en Estocolmo y Tricia le consiguió un

trabajo en la embajada como técnico de seguridad informática.

—¿Cómo fue posible?

—Karl me contó que conoció a Tricia en el bar de la ópera una noche de juerga. Ella invitó a todo el mundo a champán.

—¿Lo impresionó?

—Supongo que sí.

—¿Y empezaron a salir?

—No conozco todos los detalles, pero sí, empezaron algún tipo de relación. Y a Tricia no le hizo ninguna gracia que Karl volviese a Gotemburgo y me conociese a mí.

—¿Cómo os conocisteis?

—En casa de una amiga mía que está casada con un policía. Karl acababa de comenzar a trabajar en la jefatura.

—¿Llegaste a conocer a Tricia?

—No. Karl mencionó alguna vez que ella lo había llamado, pero no mostró nunca que le importase. Desde el primer segundo, los dos estuvimos muy seguros de nuestra relación. No había nadie más. Tricia no significaba nada.

—¿Crees que podía estar enfadada con él? —preguntó Sandra—. ¿Que se sentía tan despechada que quería vengarse de él? ¿Quizá lo chantajeaba por dinero? ¿Había algo que ella sabía y que Karl no quería que saliese a la luz? —Sandra intentaba encontrar un hueco o una puerta oculta a través de las preguntas.

—Lo dudo. Su familia está podrida de dinero. Seguro que esa no era su motivación.

—¿Qué motivación crees tú que tenía?

—Eso tendréis que preguntárselo a Karl. No tengo ni la más remota idea.

—¿Hubo alguna otra mujer en la vida de Karl antes de conocerte a ti? —Dennis carraspeó antes de formular su pregunta.

—Muchas.

—Pero ¿alguna en especial?

—Quizá algún amor de juventud, pero él no me ha hablado de ninguna en concreto.

—¿Se te ocurre alguien que pudiese querer tenderle una trampa? ¿Algún enemigo?

—Me temo que no se me ocurre nadie —suspiró Lisa—. No hago más que darle vueltas, pero no logro entender lo que está pasando.

Sandra apuró el café que le quedaba en la taza. Estaba tibio y amargo, señal de que era hora de irse.

—Llámanos si te acuerdas de algo más —pidió Sandra, y le tendió su tarjeta a Lisa, quien la cogió con un gesto de asentimiento.

Dennis caminó con pasos rápidos hasta el coche. Estaba deseando irse de allí. Ahora regresarían a Smögen y, desde allí, seguirían indagando en el pasado de Karl. Seguro que algo encontrarían, pensó.

15

El bar donde ofrecían retransmisiones deportivas estaba abarrotado. Jesper Korp ya se había instalado en una mesa con una copa de vino y esperaba que apareciese Karl. Ninguno de los dos quería perderse el partido de hockey sobre hielo y, además, rara vez rechazaban la oportunidad de tomarse una copa. Había encontrado sitio al fondo del local, desde donde todavía se veía bien la pantalla. Karl le había dicho que iría si tenía fuerzas y si a Lisa le parecía bien. Sus hijos estaban en casa de los abuelos, así que quizá se animase a ir. La mesa de al lado la ocupaba un grupo de chicas vestidas con camisetas de hockey. Jesper no estaba seguro de si les interesaba el deporte o si habrían ido al bar solo para disfrutar de la comida y la bebida. O a lo mejor eran jugadoras de un equipo.

De pronto, distinguió a Karl entre el montón de clientes. Por suerte, era fácil verlo incluso a distancia, ya que, al igual que él, era alto y delgado.

—¡Me alegro de que hayas venido! —exclamó Jesper, abrazando a su viejo amigo.

—El hockey sobre hielo y una copa de vino es todo lo que necesito. Sabes que soy un hombre simple —sonrió Karl.

—Quizá no el más simple que conozco —rio Jesper—. Siéntate a mi lado y verás perfectamente la pantalla. Así que Lisa te ha dado permiso para salir —bromeó Jesper tras una breve pausa.

—Más bien, al contrario. Se alegró de que me apeteciera hacer algo. Los últimos días han sido jodidos.

—Ya te creo. ¡En vaya lío te has metido! ¿Qué has hecho para merecer esto?

—Eso me gustaría saber. Lisa y yo llevamos una vida sencilla y sin sobresaltos, no somos personajes de un culebrón. ¡Es tan surrealista!

—Pero tiene que ser un error, ¿no? Me refiero a lo del bebé.

—Es un completo disparate. ¿Estabas allí?

—Miriam quiere que esté presente en todas las autopsias, así que, sí,

estaba allí.

—¡Qué desagradable! ¿Cómo has podido elegir esa profesión?

—No lo sé, pero, con la jefa que tengo, la verdad es que estoy planteándome cambiar. Avísame si te enteras de algo.

—¡Por supuesto!

—Era una mujer atractiva. ¿Qué tipo de relación tuvisteis?

—Sí, era guapa y tenía sus buenos momentos, pero, al final, sentí que me asfixiaba y tuve que alejarme de ella. Tricia quería formar una familia y tener hijos, y yo no estaba preparado. Luego, conocí a Lisa.

—¿Así que rechazaste los yates de lujo y las cálidas noches caribeñas por Lisa?

—Fue facilísimo.

—No creo que nunca llegue a conocer a nadie por quien sienta lo mismo que tú por Lisa.

—Claro que conocerás a alguien. Eh, mira, el partido ha empezado y yo ni siquiera tengo nada para beber.

Karl se dirigió a la barra para pedir una ensalada de halloumi y una copa de blanco.

***

A Lisa le vino de perlas el partido de hockey sobre hielo. No le había contado a Karl que había empezado a investigar por su cuenta porque seguramente lo habría desaprobado. No porque no se alegrara de que ella se esforzase, sino porque le resultaría embarazoso que se supiera que su pareja no confiaba en el trabajo de la policía, ya que eso era lo que pensarían.

La casa le parecía tan vacía cuando faltaban sus hijos. En los últimos seis años, no recordaba haber estado sola en ningún momento. Tampoco lo había necesitado, pero la vela que ardía serenamente a su lado en el escritorio le transmitió una calma a la que ya no estaba acostumbrada. Los niños se habrían peleado por ver quién la apagaba

primero y se habrían formado gruesos regueros de cera sobre la delicada mesa. Ahora, todo era silencio a su alrededor.

Había examinado toda la información de manera sistemática, igual que habría hecho si se tratase de un caso de la Agencia Municipal de Tutelaje donde trabajaba. Revisó sucesivamente todas las transacciones de Karl y Tricia en las cuentas bancarias, los historiales médicos, las propiedades y los contratos de alquiler, las amistades, los lugares de trabajo y los compañeros, los árboles genealógicos, las redes sociales y todo lo que pudiese darle alguna pista. En algún sitio podía haber un denominador común, o al menos algo que le sirviese de base para seguir indagando. Entretanto, seguía también el partido en la retransmisión en directo del diario Aftonbladet. No quería oír el ruido del público, los patines y los palos porque perturbarían su trabajo, pero, de vez en cuando, echaba una ojeada al marcador, así podría saber cuánto tardaría Karl en volver y de qué humor llegaría. Dos horas después, aún no había encontrado ningún dato de utilidad, aunque era interesante inspeccionar la larguísima lista de movimientos en la cuenta de Tricia Andersen. Vio en el Aftonbladet que Suecia había ganado y, en ese momento, sonó el teléfono. Era Karl, que quería saber si le parecía bien que se quedase a tomar otra copa. «Por supuesto», le dijo ella. Si disponía de una hora más, quizá conseguiría encontrar el indicio que la hiciese avanzar.

Sin embargo, al final decidió que ya había hecho suficiente. Los números y las secciones de noticias de Facebook se arremolinaban en su cabeza y ya no era capaz de pensar con orden. Lo último que vio fue una publicación con una foto de Tricia en Copenhague en la que tenía las manos colocadas en forma de corazón sobre su vientre plano. Vestía un traje pantalón gris y estaba más hermosa que nunca con sus tersas mejillas rosadas y sus ojos azules. Lisa sintió una punzada de celos. ¿Por qué había rechazado Karl a aquella belleza norteamericana? ¿Por miedo a que lo dejase? ¿Por miedo a no ser más que un amorío pasajero para Tricia? ¿O acaso había temido que ella regresase a Estados Unidos con un futuro hijo común? No quería preguntarle, aunque sabía que al final no le quedaría más remedio que hacerlo si no quería que los demonios se apoderasen de su mente. Pero esperaría a que se aplacasen los sentimientos que la desgarraban por dentro antes de encararse con él. No sería esa noche. Quizá al día siguiente. Decidió poner una botella de vino blanco en el congelador. Karl regresaría en media hora.

Pero no podía dejar de darle vueltas a la publicación de Copenhague. Había algo en aquella foto que no encajaba. Tricia Andersen posaba sola delante de un edificio de ladrillo de la capital danesa, pero a Lisa

su instinto le decía que tenía que haber dos personas. ¿Quién era la otra? ¿Le había hecho alguien más la foto o había utilizado Tricia el temporizador de la cámara? ¿Cómo podría averiguarlo? Tricia estaba muerta y era imposible saber quién la habría acompañado a Copenhague, salvo que probase a llamar a alguna de las amigas de Tricia para preguntarle. ¿Podía llamarlas así sin más? La amiga que había puesto más «me gusta» en las fotos de Tricia era Katrin, quien también había ido a Hållö. ¿Debería llamarla? Cuando llegó Karl, ella tenía la mirada clavada en la pantalla.

—¡Hola, cariño! —gritó desde el recibidor.

Lisa apagó el ordenador y fue a recibirlo.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó, medio evitando su beso.

—La verdad es que me he alegrado de ver a Jesper. Y el partido ha sido alucinante.

—He puesto una botella de blanco en el congelador.

—Eres un ángel. Mi ángel —dijo Karl, quien ya se había tomado un par de copas, y fue a la cocina a buscar la botella—. ¿Nos sentamos un rato en el sofá?

Lisa se había pintado las uñas de los pies de rojo. El contraste con el tejido gris oscuro del sofá hizo que Karl la mirase fijamente.

—¿Sabes lo preciosa que eres?

—¿Estuvo Jesper en la autopsia? —replicó ella.

—Sí.

—Pobre.

—Sí, pobre Jesper y pobre yo. Soy yo quien es víctima de un complot. —Karl parecía sinceramente afligido. Ni siquiera el vino al que iba dando sorbos conseguía atenuar la frustración que sentía sobre lo sucedido los últimos días.

—¿Qué piensas hacer para limpiar tu nombre?

—¿Crees que necesito demostrar que soy inocente? —Karl sonó ofendido.

—Creo que, por desgracia, tendrás que hacerte a esa idea —opinó Lisa

—. Tus simpáticos colegas quieren demostrar que consiguen resultados. A falta de otra hipótesis, puedes estar seguro de que van a ir todos a por ti.

—Lo ves todo negro, Lisa.

—Estamos con el agua al cuello, Karl. Algo tendremos que hacer. Me alegro de que te hayas animado a salir con Jesper, pero ahora te toca ponerte las pilas. Mañana haremos un plan para el resto de la semana. Los niños deben volver a casa, pero le pediremos a tu madre que venga también. Tú y yo necesitamos tener la posibilidad de salir en cualquier momento para realizar nuestras investigaciones. Nadie nos ayudará si no lo hacemos nosotros mismos. Necesito un poco de aire fresco. Salgo un momento.

Lisa apuró el resto de su copa y Karl se quedó en el sofá con cara de sorpresa y su vino helado en la mano. Una vez en la acera, Lisa marcó el número de Katrin. No había conseguido apartar de sus pensamientos la idea de llamar a la amiga de Tricia. Se puso la capucha del impermeable y comenzó a caminar acera abajo. Mientras la protegían las casas a ambos lados de la calle, su paseo a altas horas de la noche no tenía nada de anormal, pero, cuando llegó al sendero del bosque, comenzó a sentir cierta inquietud. Se detuvo bajo un árbol y escuchó los tonos de llamada.

—¿Dígame?

—Hola, buenas noches, me gustaría hacerle una pregunta acerca de Tricia Andersen.

—¿Con quién hablo?

Lisa se quedó callada un segundo de más.

—Me llamo Lisa y conocía a Tricia. Disculpe que la moleste. Tricia y yo éramos amigas, pero, en estos momentos, es imposible hablar con sus padres.

—Debería llamar a la policía —replicó Katrin, resuelta.

—Dicen que no tienen tiempo para llamadas. Están ocupadísimos con la investigación.

—¿Qué quiere saber?

—Quién estuvo con Tricia en Copenhague en primavera.

—¿Por qué quiere saberlo?

Lisa volvió a quedarse callada.

—Tricia regresó tan contenta de ese viaje que me gustaría hablar con alguien que hubiese estado con ella allí. Simplemente para recordar un momento bonito de su vida. Ahora mismo todo me parece sombrío y sin sentido.

—La entiendo —dijo Katrin—, pero no puedo ayudarla. Que yo recuerde, Tricia fue sola a Copenhague. Queríamos ir las cuatro juntas, pero no conseguimos encontrar una fecha que nos fuese bien a todas. Por eso organizamos el viaje a Hållö.

—Ya veo, muchas gracias igualmente. Me ha gustado poder hablar con una de las mejores amigas de Tricia.

—De nada.

Se despidieron y Lisa se adentró un poco más en el bosque. De pronto, le resultó agradable la lluvia que mojaba sus zapatillas deportivas y las perneras del pantalón. Se mordió la mejilla. ¡Joder! Podía haber metido la pata hasta el fondo con esa conversación. Quizá había logrado evitar el desastre, a no ser que Katrin llamase inmediatamente a la policía para explicárselo. En ese caso, podrían localizar el origen de la llamada en un segundo. La luz de las farolas ya no llegaba al interior del bosque y decidió dar la vuelta y regresar a casa. Seguro que Karl se preguntaba qué estaba haciendo. Su investigación privada amenazaba con írsele de las manos. Quizá debería dejarlo correr y confiar en el trabajo de la policía. No cabía duda de que las sospechas contra Karl no tardarían en convertirse en nada más que una pesadilla y el verdadero culpable acabaría entre rejas.

Cuando llegó a casa, Karl ya se había acostado. Se deslizó a su lado y se durmió pegada a él.

***

Camilla Stålberg se hizo un ovillo en el sofá tras quitarse los zapatos y las medias y recostó la cabeza en un cojín. Las últimas semanas habían minado sus fuerzas: por un lado, unas jornadas larguísimas en la jefatura y, por otro, su hija Melissa y Cleuda peleándose como el perro

y el gato. Melissa tardaría en aceptar a la nueva miembro de la familia. Hasta entonces, su hogar no se caracterizaría precisamente por ser un refugio de calma y paz. Pero ahora la adolescente se había ido a pasar unos días a casa de su padre y la libertad que Camilla sentía le causaba un cansancio tal que solo quería dormir. Oyó los pasos de Cleuda, quien, poco después, se dejó caer en el sofá a su lado.

—Vamos a disfrutar de la velada a solas —dijo Cleuda, y puso dos copas de vino en la mesita—. Nos he servido Prohibition, de California, pero espera un momento.

Se levantó y fue corriendo a la cocina. Al volver, llevaba una bandeja con salami trufado, quesos, chorizo picante y aceitunas de diversos tipos.

—¿No íbamos a cenar feijoada? —Camilla abrió un ojo y miró a Cleuda.

—No me ha dado tiempo de ir a comprar los ingredientes, pero quizá podríamos hacerla mañana, aprovechando la calma que se respira en casa y que se puede pensar una frase entera sin que te explote el cerebro.

—No es que tengamos niños pequeños —observó Camilla.

—Tenemos una adolescente apestosa —replicó Cleuda, elevando la voz.

—La verdad es que no das el perfil de madre —sonrió Camilla burlonamente.

—La verdad es que eres imbécil —le espetó Cleuda.

Camilla se echó a reír. Tenía dos opciones: ceder y tumbarse de espaldas o enzarzarse en una pelea hasta que las dos se quedasen sin fuerzas. Cleuda también se echó a reír y, antes de que Camilla se diese cuenta, Cleuda le mordisqueó la oreja con tanta intensidad que chilló.

—Mi violenta princesa guerrera brasileña —gorjeó Camilla.

—Eso no ha sido nada —advirtió Cleuda, y le dio un gran trago a su copa—. Necesitamos vino y sueño. Despejar la cabeza y disfrutar de un poco de tiempo libre, como las personas normales.

—Tengo libre el fin de semana —apuntó Camilla.

—¿Seguro que sabes deletrear la palabra «libre»? No significa volver a casa del trabajo para encender el portátil y seguir donde lo habías dejado en la jefatura. Deberías hacer un curso.

—Enséñame tú —pidió Camilla.

Cleuda rellenó las copas, cogió el móvil de Camilla, que descansaba sobre la mesita, y lo metió entre los troncos pulcramente apilados en un leñero empotrado en la pared. Se sentó a horcajadas sobre Camilla en el sofá y la besó mientras le sujetaba con fuerza las muñecas.

—Mmm. —Camilla estaba disfrutando y se entregó a ella.

Sonó un móvil. Era el de Cleuda, quien lo sacó del bolsillo de atrás y pulsó el botón de rechazar la llamada.

—¿Quién era? —preguntó Camilla.

—Nadie —respondió Cleuda, y continuó alternando los besos con tragos de vino.

Hållö, verano de 1917

Hedvig observó la mirada afligida de su padre. El sol brillaba, pero el viento soplaba frío, como si el verano se resistiera a quedarse. Había llegado el día: su último día como farero jefe en Hållö. Durante casi treinta años, padre había cuidado el faro como si fuera su hijo más querido y, a pesar de que el accidente ocurrido en la Nochebuena del 96 había limitado su capacidad para desempeñar el trabajo práctico, con la ayuda de madre se había encargado de que siempre hubiera aceite de colza y todas las demás cosas necesarias tanto si llovía como si hacía sol, tanto si había temporal como si nevaba. La llama del faro jamás se había apagado. Y ninguna embarcación había naufragado en las insidiosas aguas que rodeaban la isla por negligencia de los torreros.

Madre bajó con su bolsa hasta el barco, que los esperaba en el muelle cercano al estrecho de Bockeskärshålet. Ragnar ayudó a padre, a quien cada vez le costaba más caminar con su bastón. Hedvig y Ragnar llevaban varios años viviendo en la isla de Väderöbod. Se habían casado en agosto de aquel verano. El día que Hedvig le dijo a Ragnar que le parecía un hombre bueno y trabajador, el joven se había arrodillado al instante ante ella, entre las flores del prado, y había pedido su mano. Ella dijo que sí. Quizá nunca llegase a ser farero jefe, pero ahora vivían en la casa del farero segundo junto con sus dos hijos, de nueve y siete años. Llevaban una vida tranquila y muy humilde, pero nunca les había faltado la leña ni la comida para alimentar a su pequeña familia.

Madre les había escrito a Ragnar y a ella pidiéndoles ayuda con la mudanza. Hedvig comprendió que no necesitaba ayuda con las bolsas o los muebles, pues de eso se encargaban los fareros auxiliares. No, madre necesitaba ayuda con padre. El traslado a Holländareberget, donde sería farero segundo, suponía dejar atrás el puesto de farero jefe en Hållö. Hedvig temía que ese viaje le costase la vida por el pesar que le causaría.

Tras acomodarse en la barca con gran esfuerzo, padre contempló a sus nietos, que se movían con agilidad entre las rocas. Luego, le dio unas palmaditas en el hombro a Ragnar:

—Un día, serás farero jefe de Hållö.

—Si mi suegro lo dice —contestó Ragnar, sonriendo.

—Hedvig y los niños deben volver a vivir en esta isla, ¿entiendes? —dijo

padre.

—Yo estoy contento de ser farero segundo en Väderöbod —afirmó Ragnar.

—Puede ser —admitió padre—, pero prométeme que un día volveréis a Hållö. Recuerda el sueño que tenías cuando llegaste aquí y solo eras un joven auxiliar. Hazlo realidad.

Hedvig sonrió desde el muelle y dejó que los críos subiesen a la barca. Se sentaron cada uno a un lado del abuelo y contemplaron cómo su padre empezaba a remar con ímpetu para llevarlos al puerto de Smögen.

16

Karl remaba en la máquina de remo con movimientos largos y regulares. Para la mayoría, era el aparato más aburrido del gimnasio, pero no para Karl, que se imaginaba remando velozmente entre las islas: desde Smögen hasta Hållö o, por qué no, hasta Skagen, en Dinamarca. Mientras se deslizaba adelante y atrás sobre los raíles, también recuperaba la sensación del hockey sobre hielo. La velocidad sobre los patines. Un jugador de fútbol podía estar noventa minutos en el campo e incluso más si había prórroga. Pero para un jugador de hockey sobre hielo era cuestión de minutos. Ningún otro deporte llevaba antes al límite físico, y él echaba de menos esa sensación. Cuando se acabase todo y Lisa y él hubiesen recuperado la tranquilidad de su vida familiar, empezaría a entrenar con los niños. La noche anterior habían vuelto a ser ellos dos solos. La había sentido tan cerca. Amaba a Lisa. Jamás podría vivir sin ella. En ese mismo instante, decidió que jamás la dejaría. Ni siquiera por una noche.

Sonó su móvil. Era Emir. No sabía si tenía fuerzas para hablar con su antiguo compañero. Le dolía pensar que estaba suspendido del trabajo por un tiempo indefinido. ¿Cómo había podido meterse en semejante embrollo? Su vida se hacía añicos. ¿Cómo podría corregir aquella injusticia? En el desayuno, Lisa le había contado que había hecho sus propias pesquisas, sin ningún fruto hasta el momento. Él, por su parte, estaba atado de manos. Si se pusiera a investigar por su cuenta, lo descubrirían a la primera y lo suspenderían durante aún más tiempo. Al final, decidió contestar.

—¡Hola, Emir!

—¿Podemos vernos?

—Estoy en el gimnasio.

—Ven al restaurante HAK, en el Hotel Scandic. Te invito a comer.

—¿Dentro de media hora?

—¡Perfecto! Hasta luego.

Karl dio otras tres remadas. Tenía pensado entrenar más rato, pero ya volvería al día siguiente. En esos momentos, lo que le sobraba era

tiempo.

***

En la caja del HAK se había formado la habitual cola para pagar antes de sentarse. Emir, que ya lo había hecho, esperaba a Karl junto a las escaleras y le hizo señas para que se saltase la hilera de clientes. Escogieron una mesa redonda en un rincón. El restaurante, tenuemente iluminado, engullía a infinidad de personas sin que llegase a parecer lleno.

—Vamos a buscar algo de primero —propuso Emir.

Se dirigieron al bufé de entrantes y se sirvieron champiñones marinados, brócoli a la parrilla y sopa de repollo.

—¿Cómo estás? —preguntó Emir una vez de vuelta en la mesa.

—Voy tirando, pero estoy mejor que la última vez que nos vimos —contestó Karl.

—¿Y qué tal con Lisa?

—Mucho mejor —aseguró Karl—. Volvemos a estar unidos.

Emir sabía escuchar y, desde que estaba con Nathalie como si los hubieran pegado con cola, su temor continuo de que su amor lo dejase por Emir había disminuido considerablemente.

—Tengo que contarte una cosa. —Emir acabó de masticar un ramillete de brócoli.

—¿Qué? —Karl levantó la vista de la sopa y la clavó en los ojos castaños dorado de Emir.

—Han terminado de analizar las muestras de ADN.

—¿Y?

Emir se inclinó hacia delante y se aclaró la garganta antes de empezar a susurrar las palabras.

—Está fuera de toda duda. Eres el padre del bebé.

La sopa de repollo se tornó en una masa viscosa en la boca de Karl. Se tapó la boca con la mano para contener las náuseas que lo invadieron.

—¿Qué coño dices? —bufó sobre la mesa.

—Yo…

—¿Que qué coño dices? —repitió Karl, y sus ojos echaron chispas. Podría haber matado al mensajero allí mismo.

***

Camilla estaba en su despacho esperando visita. La cabeza le latía intensamente, como para recordarle que el vino tinto no es recomendable para las personas que sufren migrañas graves. Se había pasado la mañana hecha un guiñapo. En eso, sonó el teléfono.

—¿Dígame? —contestó.

—Hola. Soy Emir.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Camilla.

—Le he comunicado a Karl el resultado, como acordamos.

—Perfecto, ¿y qué tal ha ido?

—No demasiado bien. Se puso como loco, pero de verdad. —Emir respiraba agitadamente al otro lado de la línea.

—Quizá no sea una reacción tan extraña, teniendo en cuenta que hemos refutado su versión —señaló Camilla—. Dale un poco de tiempo, pero luego debemos volver a interrogarlo. Que sea el padre del bebé no demuestra que asesinara a Tricia Andersen, pero ahora tenemos más material para presionarlo. —Camilla habló con calma, aunque en su interior sentía una cierta inquietud.

—¿Y cuándo lo interrogamos?

—Esta misma tarde.

—¿Quién irá a buscarlo?

—Creo que les tocará a Dennis y Sandra. Les pediré que vengan de Smögen. Es mejor que tú te apartes un tiempo. Karl te ve como a un amigo.

—Y un traidor —añadió Emir.

—¿Crees que podría hacer alguna tontería? Me refiero a una tontería enorme… —Camilla pensó que su pregunta era un poco críptica, aunque, al mismo tiempo, el sentido estaba claro.

—No lo sé. Quizá. No. Creo que no. —A Emir le costaba pronunciar las palabras.

Colgaron y Camilla meditó un momento si Emir necesitaría hablar con un psicólogo. Su pareja estaba embarazada y las hormonas de los dos parecían dar vueltas como en una montaña rusa gigante de un parque de atracciones norteamericano. No quería perder a Emir por una baja prolongada.

En ese momento entró en su despacho Jörgen Hammar, de los servicios secretos suecos, y se sentó a la mesa oval. La cabeza seguía latiéndole. La noche anterior, la velada había empezado tan bien que ni ella ni Cleuda querían que acabase. Se habían bebido la botella de vino y habían abierto otra, y habían comido salami trufado hasta que les salió por las orejas. Cuando había eructado por la mañana, todavía expulsaba el delicioso aroma.

—Buenos días, Stålberg —saludó el policía con acento de Estocolmo.

—Buenos días, Jörgen —respondió Camilla, y se sentó frente a él.

—¿Qué has averiguado?

—¿Quién quiere saberlo?

—El gabinete del primer ministro. ¿Te vale? —preguntó Jörgen en tono de superioridad.

Camilla se levantó, abrió la puerta y se asomó al pasillo. Estaría bien que les llevasen un poco de fruta, café y agua. Paró al primero que pasaba por allí y le transmitió su encargo antes de regresar junto a su colega recién llegado.

—Karl Ström continúa siendo el principal sospechoso. Volveremos a interrogarlo esta tarde.

—¿Esta tarde? ¿A qué estás esperando? —preguntó Jörgen Hammar, impaciente.

—No se encuentra demasiado bien. Le pediré a un psicólogo que lo llame primero para evaluar si es adecuado proceder al interrogatorio.

—¿Que no se encuentra demasiado bien? ¿Y cómo crees que se encuentran el embajador y su esposa, el presidente Trump y nuestro primer ministro? Ellos tampoco se encuentran demasiado bien ahora mismo. Si no vemos más avances en el caso, no nos quedará más remedio que asumir el mando de la investigación.

—Quizá sea lo mejor. —Camilla no se sentía más fuerte que una araña a la que acabasen de dejar sin patas. Que le quitaran trabajo sería un alivio. Además, era duro llevar un caso contra un miembro de su personal. Si se encargaba gente de fuera, podrían dar un nuevo impulso a la investigación.

—¿Debo comunicarlo? —inquirió Jörgen.

—¿Que asumís el mando? —preguntó Camilla.

—Sí.

—Tienes mi permiso.

—¿A pesar de que sea un golpe para tu ego?

—Quizá el primer ministro comprenda mi situación. Al fin y al cabo, nosotros no conseguimos avanzar.

—Dudo que te comprenda.

—En todo caso, no veo más alternativa. Gracias por tu ayuda.

—No hay de qué. Y a ver si te curas la resaca, por si tienes que atender alguna llamada de Estocolmo —comentó Jörgen.

Camilla sonrió débilmente. ¡Mierda, mierda, mierda! Cleuda y ella habían disfrutado de una noche fantástica y la habían necesitado, pero el precio sería alto. Todavía no sabía cómo de alto.

—Llevo casi dos semanas trabajando sin parar. Hoy he venido solo para reunirme contigo —replicó, frunciendo la boca.

—Hasta que el asesino de Tricia Andersen esté entre rejas, te recomiendo que no te tomes ni un día libre más. Aunque, a partir de

ahora mismo, asumimos el mando, necesitaremos a tu gente. Te recomiendo que los tengas controlados. ¿Está claro?

Jörgen Hammar se levantó y se giró hacia la puerta. Sin decir palabra, salió del despacho y casi chocó con un muchacho de la cafetería que llegaba con una bandeja. Antes de continuar su camino, cogió un puñado de cerezas.

***

Aquella mañana de martes, Smögen parecía envuelta en algodón. La densa niebla hacía que la temperatura fuese inusualmente alta para la época del año y reinaba una calma inocente en la pequeña isla. Como la calma después de la tormenta. No quedaba rastro de las ráfagas de viento que, por momentos, habían llegado a la categoría de huracán durante el fin de semana. La fascinaba que el mar, que a menudo se mostraba tranquilo y acogedor, a veces pudiera tornarse en un animal salvaje que recorría con violencia islotes y peñascos, levantaba las tejas de las casas y arrastraba los contenedores de basura cientos de metros si no estaban bien asegurados.

En cuanto mejorase la visibilidad, Dennis y Sandra zarparían hacia Hållö para volver a inspeccionar el lugar donde se había encontrado el cadáver y visitar la estación meteorológica. Mientras tanto, habían decidido ir a ver a Signe y a Gerhard. Sandra ya estaba acomodada en el sillón de Signe y buscaba con el gancho de la aguja el punto que debería unir con otra lazada. Tanto el hilo como el ganchillo eran gruesos; aun así, avanzaba despacio y con dificultad.

—Muy bien, Sandra —dijo Signe, e hizo un gesto con la mano para indicar que el café estaba servido. Había horneado tortas de pescador y, como siempre, no había escatimado en azúcar.

—¡Huele de maravilla! —alabó Sandra.

En ese momento, oyeron a Dennis saludar desde el porche. En el piso de arriba, Gerhard se dirigió a las escaleras y empezó a bajarlas despacio.

—¡Menudo temporal que hemos tenido! —exclamó Dennis cuando entró en la cocina, y se inclinó para acercar la nariz lo máximo posible a las tortas.

—Nada que pueda compararse con uno que viví frente a las costas de Argentina —apuntó Gerhard, que ya había llegado a la planta baja.

—Ya me imagino —rio Sandra—. En Argentina todo es más impactante.

—Al menos, en lo que se refiere a las mujeres —intervino Dennis, y le guiñó el ojo a Gerhard con un aire de viejo que hizo que Sandra estuviera tentada de arrancarle las orejas.

—En Argentina… —comenzó Gerhard, pero Signe lo hizo callar con una mirada y los invitó a sentarse a la mesa de la cocina. Se había levantado muy temprano para hacer las tortas y quería que mostrasen un poco de respeto por sus fragantes creaciones.

—¿Alguna novedad? —preguntó Sandra, mirando a Dennis.

—Sí. He hablado con Emir y, después, con Lisa. No se encuentra bien. He enviado una patrulla a su casa.

—¿Qué ha pasado?

—¿Puedes ayudarme un momento? —pidió Dennis, levantándose de la mesa. No quería parecer maleducado.

Sandra lo siguió, esquivando el cabeceo de desaprobación de Signe, quien quería que estuviesen todos juntos sentados.

—Es solo un momento —aclaró Dennis.

En el recibidor, cogió a Sandra de los hombros.

—Karl es el padre.

—¿Cómo? Estás de broma, ¿no?

—El segundo análisis del ADN también ha confirmado que Karl es el padre.

—Pero es imposible.

—¿Por qué?

—Porque Karl jamás le sería infiel a Lisa.

—El caso es que sí lo ha sido. ¡Alucino con la confianza que tenéis todas las mujeres en Karl!

—Sé que no le sería infiel a Lisa. —Sandra estaba convencida hasta la médula. ¿Cómo diablos podía ser el padre? ¡Le parecía totalmente increíble!

—¿Cómo puedes estar tan segura? Los forenses han confirmado el resultado del segundo análisis. Están seguros. Al cien por cien. De modo que el vínculo de Karl con la víctima es aún más fuerte y, de golpe, también tenemos un móvil. Lógicamente, no quería que se enterasen Lisa y sus hijos.

Sandra observó cómo crecía la irritación en su compañero igual que la savia en los abedules en primavera, aunque más pertinazmente, cuando lo contradecía. Pero no se movió del sitio ni desvió la mirada.

—¿Para qué necesitabas mi ayuda? —preguntó Sandra, y sospechó que sus ojos se habían vuelto negros como el carbón, pues Dennis evitó mirarla.

—Coge por aquí. —Dennis arrastró un bulto que era bastante pesado, pero que también habría podido transportar solo con facilidad.

Regresaron a la cocina, donde Signe recibió con entusiasmo el paquete. Las tortas de pescador untadas de mantequilla que se derretía fusionándose con la confitura casera de moras estaban deliciosas, pero ni Dennis ni Sandra fueron capaces de disfrutarlas de verdad.

Sonó el móvil de Sandra. Era Stålberg. Seguramente los necesitaba y tendrían que cancelar el viaje a Hållö, pero quizá fuera lo mejor, puesto que las probabilidades de que encontrasen algún indicio valioso para la investigación en la isla después de tanto tiempo eran mínimas.

***

Lisa colocó la bolsa en el asiento de atrás del coche de su hermana pequeña, Karin, que se lo había dejado sin dudar. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Había confiado en Karl. Le había dado su vida. Había parido sus hijos. Lo quería. Juntos lo habían superado todo: enfermedades, partos, terapia, agotamiento y frustración. Lo habían vencido todo. Pero, durante ese tiempo, él había mantenido una relación paralela y la había engañado por completo. El segundo análisis del ADN había concluido y quedaba establecido fuera de toda

duda que Karl era el padre del feto de tres meses de Tricia Andersen. Un bebé que jamás vería la luz del día.

Lisa sentía que se había roto en mil pedazos por dentro, que sus órganos habían quedado hechos trizas. Lo único en que podía pensar eran sus hijos. A ella le fallaban las fuerzas y necesitaba un tiempo para estar sola, pero no quería que Karl se quedase con ellos. No en esos momentos. Sin embargo, sus padres estaban en Mallorca y no regresarían hasta pasadas dos semanas. Su padre había sufrido un ataque de lumbago y no podía moverse de la cama. Le había pedido ayuda a Karin porque sus suegros, después de haberse quedado varios días con sus nietos, estaban agotados. Su querida hermana pequeña era la mejor madrina que uno podía imaginar, pero podía ser un poco despistada y eso no invitaba a dejar criaturas a su cargo. No es que no se portara maravillosamente con ellos, pero carecía de experiencia en estar atenta cada segundo, una cualidad que hacía falta para mantener a los niños con vida. Sin embargo, Karin se había instalado en su casa, que disponía de hasta la última medida de seguridad infantil: la barrera de la cocina estaba colocada; las puertas de los armarios y el cajón de los cuchillos, bloqueados; y las puertas de la calle tenían la alarma conectada. Si los niños estaban seguros en algún sitio, era en su propia casa.

Karl se había ido al gimnasio después de desayunar. La noche anterior habían hecho el amor y se habían quedado dormidos abrazados. Igual que antes, cuando todavía no habían llegado los niños. Se había marchado silbando. Hacía tiempo que no lo veía con un aspecto tan alegre. Justo cuando oía arrancar el coche sobre la gravilla delante de la casa, había sonado su móvil. Era Nathalie. Le dijo que no había podido evitar llamarla. Emir se había enterado del resultado del análisis de ADN. Camilla Stålberg le había dicho que no cabía ninguna duda de que Karl era el padre. Su Kalle, como lo llamaba ella. Se derrumbó y cayó al suelo. Los críos, preocupados, habían ido corriendo junto a ella. «Mamá está enferma. Llamaré a la tía Karin», les dijo. El rostro de los pequeños se iluminó. La tía Karin era guay y casi siempre les llevaba chuches y regalos. Luego se levantó, se vistió y preparó un plato de fruta cortada; para entonces ya había remitido la inquietud en la mirada de sus hijos. A ellos les sonreía, pero en su interior dominaba el caos y se sentía como inconsciente. Karin comprendió que la situación era grave y que debería salir antes del trabajo para ir a casa de su hermana. No había tardado más de media hora. Una vez allí, se puso al mando, se sentó en el suelo con dos regalos que les había comprado a sus sobrinos y que pensaba darles en alguna ocasión más festiva: unos chulísimos caballeros Nexo Knight de Lego que desataron el entusiasmo de los niños, quienes se limitaron a

gritar un «¡Adiós!» a Lisa en la puerta.

Ahora le corrían las lágrimas por las mejillas y le costaba ver la calzada de la autopista E6 delante de ella. Pero conocía el camino y, debido a la lluvia de los últimos días, a nadie se le había ocurrido poner rumbo a la región de Bohuslän, de modo que casi no había tráfico. Al menos, no en mitad del día.

Había recibido un correo electrónico de un amigo de Karl de cuando trabajaba en la embajada de Estocolmo. Le pedía disculpas por molestarla y le decía que tenía información. Sobre el pasado de Karl y sobre Tricia. Sabía cosas que quería compartir. Antes no había querido ser el mensajero, pero, a la vista de cómo se había desarrollado todo, ahora creía que no podía seguir guardándose esa información. La situación era demasiado seria. A través de sus contactos en la embajada, estaba al tanto de lo sucedido y su mano tendida a través del correo electrónico había sido lo único a lo que Lisa podía agarrarse. En Hållö se encontraba lo que daría respuesta a sus preguntas, afirmaba el hombre, quien además le decía que sabía cómo encajaban los hechos y quería enseñarle algunos lugares. También le mostraría una carta manuscrita de Tricia, con quien había mantenido el contacto. Le había pedido a Lisa que subiera a la isla lo antes posible porque no podía quedarse mucho tiempo. A primera hora de la mañana siguiente debía coger un avión en Landvetter por un viaje de trabajo. Pero esa tarde podía quedar con ella un rato.

Lisa había vacilado en aceptar reunirse con aquel amigo. ¿Era una traidora? Al mismo tiempo, se sentía tan infinitamente sola. Sus amigas jamás la entenderían, y tampoco sus padres. Karl le había mentido, y no había sido una mentira piadosa que pudiese olvidar enseguida. La había traicionado de la peor forma posible. Jamás podría volver a confiar en él.

La lluvia y las lágrimas le nublaron la vista, pero siguió adelante. Las carreteras secundarias supondrían un reto, sobre todo porque ya no acostumbraba a conducir con frecuencia, pero esa vez no pensaba abandonar, detenerse en el arcén y pedirle a Karl que cogiera el autobús para ir a buscarla. Nunca jamás volvería a hacer algo así. Las punzadas en su corazón bien podían ser puñaladas. Deseaba que fuese un cuchillo de verdad el que se clavaba y clavaba, en lugar del dolor que sentía y que procedía de su interior. El pánico amenazaba con hundirla, pero ella luchaba, kilómetro a kilómetro.

***

Love entró en el portátil de Sofie. El suyo se había quedado sin batería después de pasarse la tarde viendo una serie. El tiempo se había estabilizado y ya no recibían tantos correos y llamadas. Fuera estaba todo gris, pero no soplaba viento y la temperatura era de unos ocho grados. Simplemente un día normal de finales de octubre. Las noticias del temporal del fin de semana habían monopolizado los titulares de la prensa durante varios días, pero ahora habían aparecido otros temas, como los precios de las calabazas y las sugerencias para las vacaciones escolares de noviembre.

Después de que Sofie terminase sus tareas, había dejado en sus manos la estación y puesto rumbo a Smögen en su pequeña lancha motora para hacer algunos recados. Le había pedido que comprase chuches y dos cajas de sushi en la pescadería de Gösta. Se le hacía la boca agua solo de pensar en el wasabi, el jengibre encurtido y la soja, cuyos sabores no tenían nada que ver con los platos sosos que lo esperaban en el frigorífico.

Love accedió al programa de correo electrónico. No es que tuviera demasiados amigos, pero, a veces, le llegaban mensajes de otras estaciones preguntando cómo les había ido, en particular después de tormentas importantes. La bandeja de entrada estaba abierta y no tuvo que iniciar sesión. Los primeros mensajes los reconoció, pero, más abajo, empezó a ver remitentes que no le sonaban. El nombre de Kristoffer, por ejemplo, aparecía varias veces. ¿Quién era? Llevó la vista a la parte superior de la pantalla. ¡Mierda! Estaba en el correo de Sofie. Le dio vergüenza y su primer impulso fue cerrarlo enseguida. Al mismo tiempo, no lograba apartar de la cabeza el nombre de Kristoffer. Sofie nunca había mencionado a ningún Kristoffer. Sintió una punzada de celos que le recorrió todo el cuerpo, aunque era consciente de que estaba invadiendo la vida privada de Sofie. Su correo personal no era asunto suyo. Kristoffer podía ser un amigo, un antiguo colega o cualquier otra cosa. Cerró el programa, apagó el portátil y fue a comprobar si el suyo se había cargado lo suficiente como para encenderlo. En eso sonó su móvil. Era Sofie.

—¡Hola! —dijo con su maravillosa voz, y Love volvió a sentirse reconfortado.

—¿Qué tal? —le preguntó.

—Gösta quiere saber si prefieres el sushi de salmón, gambas u otra cosa. Nos invita a una caja porque cree que manejaste genial el temporal.

—¡Bah! —replicó Love—. Si yo no hice nada.

—Ya, ya. Bueno, ¿qué quieres? —rio Sofie.

—Gambas, salmón, atún, rollitos con queso Philadelphia…

—Vale, ¡suficiente! Ya se lo digo.

—¿Cuándo llegarás?

—Dentro de media hora. Ve poniendo la mesa en la sala de personal.

—De acuerdo, y… —Sofie colgó sin dejarlo terminar la frase. No era la persona más paciente del mundo, pero a Love le encantaba que se mostrase tan atenta con él.

***

Karl conducía de regreso a casa. Llamaba a Lisa a cada segundo. Casi cien intentos en menos de media hora. Había salido del restaurante enfurecido. Emir solo había sido el mensajero, pero él no fue capaz de reprimir sus emociones. Recordaba que, no hacía mucho, mientras tomaba un café en un descanso con una compañera, esta le había contado que había obligado a su ex a comer nueces una vez que iban en autobús por Tailandia y se quedaron tirados en la cuneta en medio de la nada. Pasadas seis horas, se habían quedado sin agua ni comida, de no ser por unas nueces que ella llevaba en el bolsillo. Al final, su entonces novio empezó a mordisquearlas. Justo antes del viaje, le habían hecho unas completas pruebas de alergia en un hospital de Gotemburgo y le habían dicho que ya no era alérgico a los frutos secos. Su alergia infantil había desaparecido; todos los años de renuncia y cautela en los aviones ante los productos con trazas de frutos secos pasarían a la historia. Sin embargo, pocos minutos después de ingerir las nueces en el autobús tailandés, comenzó a tener dificultades para respirar. Se desató el pánico, pero, por suerte, llevaba encima un autoinyector de adrenalina de su época de alérgico y sobrevivió. Cuando regresaron a Suecia, se enteraron de que en el hospital se habían confundido al entregarle los resultados.

Era obvio que en su caso debía haber sucedido lo mismo. Se habían confundido desde el principio. No podía ser de otro modo. ¿O acaso había alguna posibilidad razonable de que fuera verdad? ¿De que el bebé de Tricia fuese suyo? Se sintió aturdido. ¿Tenía lagunas? ¿Había pasado algo en la despedida de soltero a la que había ido unos meses atrás? Era cierto que había pillado una buena borrachera, pero ¿tanto como para no acordarse de si…? Todo le parecía confuso. Pero, ¡coño!, si se hubiera acostado con una chica, se acordaría. ¡Y más si hubiera sido con Tricia Andersen! Que él recordara, llevaban años sin verse.

Después de aparcar en la entrada de la casa, se bajó corriendo del coche y abrió la puerta con vehemencia. Salieron a recibirlo dos críos felices que se colgaron de sus piernas. Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Mientras conducía, se había imaginado mil cosas. Que jamás volvería a ver a sus hijos. Que jamás volvería a abrazarlos y arroparlos.

—¿Cómo estás? —preguntó Karin, que se había puesto el delantal de Lisa y parecía el ama de casa perfecta.

—Bien, o… no lo sé. ¿Qué haces tú aquí? ¿Dónde está Lisa?

—Tenía un asunto importante que resolver y me pidió que me quedase con los niños. También me dijo que no puedes estar aquí.

—¿Que no puedo estar en mi propia casa?

—Eso dijo. —Karin retrocedió unos pasos—. Karl, ¿qué mierda has hecho? —preguntó en voz baja. Los niños se habían ido saltando y volvían a estar en el sofá con sus tabletas.

—Nada —respondió Karl con énfasis.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? Los tíos estáis chiflados, de verdad.

Karl subió corriendo las escaleras y se encerró en el dormitorio. Se dejó caer en la cama. Se sentía paralizado. En cuestión de segundos se quedó dormido, como solía sucederle cuando estaba sometido a una gran presión. Era la forma que tenía su cuerpo de señalizar que debía pararse.

No tuvo ningún sueño.

***

La lancha la esperaba en el muelle. Lisa había recibido las instrucciones sobre cómo pilotarla. No tenía nada de especial. Karl y ella vivían cerca del mar y, de vez en cuando, sus vecinos les prestaban una lancha motora para ir a bañarse a alguna bahía. El antiguo colega de Karl le había escrito que él ya estaría en Hållö. Acercó la lancha tirando de la amarra y lanzó su bolsa antes de subirse ella con sus pasos ligeros de corredora. Ahora lloviznaba y las gotas rizaban la superficie del agua, pero el viento estaba en calma. Una ligera bruma cubría el paisaje costero. Soltó amarras y, de golpe, se sintió muy libre. Siempre era Karl quien se encargaba de esas cosas: de todo lo que requería la más mínima habilidad técnica y de todo lo que hacía ruido y había que conducir o pilotar. Incluso era el único que llevaba el coche cuando iba toda la familia.

Zarpó con precaución. Estuvo tentada de empujar la palanca del acelerador, pero también era agradable alejarse lentamente del puerto y luego navegar hacia aguas más abiertas, aunque aún dentro del archipiélago. Pronto llegaría a Hållö. Divisó el conocido faro rojo y blanco, aunque ese día casi parecía verde grisáceo. El tiempo cambió y Lisa no pudo evitar pensar en su querida Suecia, que ofrecía frío y lluvia durante muchos meses, pero la costa siempre estaba preciosa, no importaba la época del año. Alzó la nariz hacia la ligera brisa para disfrutar del aire fresco y del olor a salitre, pero su corazón seguía petrificado.

Atracó en la ensenada de Mármol. Quería estar cerca del lugar donde habían sido halladas Tricia Andersen y su criatura no nacida. Le dolió como una herida abierta ver las rocas por donde Karl y ella bajaban con cuidado al agua en verano para no romperse la nuca. Era un misterio por qué no habían cambiado las escaleras de baño desde los años setenta para hacerlas más seguras, ya que tampoco servía para evitar que la gente peregrinase allí cada verano. En la Ensenada solían apiñarse semejantes hordas de turistas en bañador que, a veces, casi había que pisar a los demás para poder entrar en el agua. Tras dejar la embarcación bien amarrada y asegurada con un ancla, saltó a las rocas con su bolsa. Habían quedado en el faro y hacia allí dirigió sus pasos. Las clavelinas de mar que crecían entre las grietas habían perdido su color rosa y se habían convertido en bolitas marrones. Las lisas rocas de granito rosa que en verano brillaban bajo el sol ahora se veían más grises, aunque conservaban su belleza.

Una vez en el faro, dejó su bolsa en el banco de fuera y presionó la manilla de la puerta. No estaba cerrada con llave. Entró y miró hacia lo alto del faro, pero decidió esperar fuera. Antes de marcharse, aprovecharía para subir hasta arriba. Siempre era una sensación extraordinaria.

Como diez minutos después aún no había aparecido nadie, se sentó en el banco y se puso a mirar el móvil. En Instagram, una amiga había publicado una imagen triste y un emoticono llorando. Por todo comentario ponía: «¡Triste!». Lisa no lo entendió. ¿Se refería a ella? Siguió bajando por la página. Un cuarto de hora después, le envió un correo a Kristoffer para preguntarle dónde se había metido. Al mismo tiempo, sintió que le faltaba paciencia. Quedar en una isla requería cierto margen; no podía contarse con que la gente fuera absolutamente puntual. Entró en el faro para calentarse un poco, pero dejó la bolsa fuera, en el banco. Total, no debía haber prácticamente nadie en esa isla.

17

Karl se despertó en un charco de sudor. Eran más de las ocho de la tarde. Miró a su alrededor con los ojos medio cerrados y una sensación de pesadez. Lisa no estaba. ¿Lo había abandonado? ¿O habría sucedido algo? Supuso que quería mantenerse alejada y lamerse las heridas. No le cabía ninguna duda de que estaba furiosa con él. Pero ¿qué había hecho él? Sentía que estaba a punto de perder el juicio. Se estiró para alcanzar el móvil y llamó a la madre de Lisa, Gunilla.

—¿Sabes dónde está Lisa? —Oyó la desesperación en su propia voz.

—No. ¿Qué has hecho, Karl?

—Nada.

—Lisa jamás volverá contigo si no empiezas a decirle la verdad. ¿Te das cuenta?

—¿Sabes dónde está?

—Había quedado con alguien.

—¿Con quién?

—No lo sé, pero Karin está en vuestra casa, ¿verdad?

—Sí. Está aquí.

—Bien. Las llamadas son caras, pero podemos seguir en contacto. Ya te avisaré si sé algo de Lisa —dijo Gunilla con frialdad.

—Gracias.

—Que sepas que lo hago por mis nietos. La has pifiado, Karl, y tendrás que pagar el precio, pero eso ya debes saberlo.

—Ya hablamos.

Gunilla le colgó. ¡Bruja! No tenía ni idea de nada y, aun así, lo condenaba de buenas a primeras. Se levantó de la cama. No había llegado a desvestirse. De algún modo, debía acceder al correo de Lisa o al historial de llamadas y SMS de su móvil. Tenía una amiga, Sussie,

que vivía en el barrio de Linné, en una bocacalle de la calle Linnégatan. ¿Se habría ido a su casa? Quedaba solo a diez minutos en coche y, teniendo en cuenta cómo solía reaccionar Lisa, nunca se marchaba demasiado lejos. Por lo general, le bastaba con acercarse al centro comercial de Frölunda Torg o irse un rato a la piscina, y luego ya se reconciliaban. Marcó el número de Sussie. Ninguna respuesta. Volvió a intentarlo una segunda y una tercera vez.

—¿Dígame? —contestó, al fin.

—¿Está Lisa contigo?

—¿Quieres decir «perdona que te moleste»?

—La situación es grave, Sussie. ¿Está ahí?

—No, no está aquí. Estoy con Linus.

—¿Te ha llamado?

—Hace unos días que no hablamos. ¿Qué ha pasado?

—Si te llama, avísame de inmediato.

—Sí, claro. —Sussie colgó.

Karl fue a la habitación de los niños. Dormían plácidamente. Bajó las escaleras deprisa. Karin se había quedado dormida en el sofá con el televisor encendido. Le escribió una nota diciéndole que salía a buscar a Lisa. Se enfundó la chaqueta y unas zapatillas deportivas y, sin pensarlo, se puso también un gorro. Salió sin hacer ruido, arrancó el coche y se fue.

***

Dennis llamó al timbre en casa de Emir y Nathalie. El verano pasado, cuando habían trabajado juntos en Smögen, Emir vivía con su ex en Strömstad y Nathalie tenía una habitación alquilada en Bovallstrand. Nathalie había ido a la zona de baño de los islotes de Badholmarna y, mientras tomaba el sol tras una zambullida desde el trampolín, apareció Emir a su lado. El viejo amor surgido unos años atrás en una fiesta de la policía que tenía por tema la Oktoberfest se reavivó, y ahora vivían en un piso con un gran balcón en uno de los edificios de

obra nueva del barrio de Kviberg, en Gotemburgo. Nathalie estaba embarazada y sus hormonas bailaban al son de una orquesta sinfónica mal dirigida. Era evidente que a Emir se le había pegado un poco, pues, tras su reunión con Karl, le había contado a Dennis que se había derrumbado. El dolor y la furia que se habían reflejado en el rostro de su amigo habían sido demasiado para él. Ahora quería dejar el trabajo y cogerse la baja por paternidad con cinco meses de antelación. Quizá podría dedicarse a hacer cuadros de ganchillo para una colcha para la cuna del bebé, le había dicho.

Camilla Stålberg había mandado a Dennis y Sandra bajar a Gotemburgo porque quería reunirse con ellos. Sin embargo, una vez en la Jefatura de Policía, la reunión se limitó a que Camilla les comunicase oficialmente que debían retirarse de la investigación y dedicarse a sus actividades habituales en la comisaría de Kungshamn. Dennis se dio cuenta de que los de la Säpo habían impuesto su voluntad, pero no entendía por qué no se lo había contado por teléfono. Sandra seguía en la jefatura con Camilla para informarla de los últimos avances, de modo que Dennis no vio motivo para decirle que no a Emir cuando lo llamó y le pidió que fuera a verlos. Nathalie había encontrado algo interesante que no quería comentar por teléfono.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Dennis cuando se abrió la puerta.

—Adelante —contestó Emir con la cabeza hundida. Dennis jamás había visto así a su jovial amigo.

Nathalie estaba instalada en el rincón del sofá con el portátil en el regazo y los pies encima de dos cojines.

—¡Pasa, Dennis! —gritó Nathalie—. Quiero enseñarte una cosa. ¿Te apetece algo de beber? Emir te traerá algo.

Sonaba contenta y parecía descansada. Dennis se sentó a su lado.

Emir se fue arrastrando los pies hasta la cocina y, al cabo de unos momentos, regresó con dos cervezas sin alcohol.

—Tienes que conducir, ¿no? —le dijo, y se dejó caer en el sillón frente a ellos.

—¿Estás buscando cosas en Facebook? —Dennis sonó escéptico.

—Es un grupo cerrado de personas que se han hecho una inseminación artificial en Dinamarca. O sea, mujeres que han decidido

tener un hijo con la ayuda de un donante anónimo.

—¿Y tú te has apuntado al grupo? ¿Qué le parece a Emir? —Dennis esbozó una sonrisa torcida.

—Una amiga mía es miembro y por eso he conseguido tener acceso a parte del contenido.

—Muy interesante, doctora Watson, ¿y qué has encontrado? —quiso saber Dennis.

—Anda, ¡no te burles! —rio Nathalie—. Estoy intentando ayudarte.

—¿Y qué hay en ese grupo que puede resultar de interés para la investigación? —indagó Dennis.

—Si publico una pregunta, me responderán fijo.

—¿Qué vas a preguntar?

—Por ejemplo, el número de donante que tenía Tricia Andersen.

—¿Por qué crees que tuvo un donante para quedarse embarazada? Ya está claro que Karl es el padre.

—Tricia era miembro del grupo.

—¡¿Cómo?! Pero ¿significa eso automáticamente que se hiciera una inseminación?

—Quizá no, pero la foto de perfil de su Facebook está tomada delante de un edificio donde se encuentra una pequeña clínica de fertilidad de Copenhague. Una institución de cuya junta directiva, además, era miembro. Es un indicio que podría aliviar la presión sobre Karl.

—¿A lo mejor se hizo la foto delante del centro simplemente porque iba a una reunión de la junta?

—Quizá —admitió Nathalie—, pero imagínate que también se hubiese hecho una inseminación en esa clínica para quedarse embarazada.

—¿Por qué haría algo así si iba a casarse con Ned Donovan?

—Ned tuvo una relación de nueve años con su ex sin que consiguiesen ningún resultado.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo mis fuentes —respondió Nathalie con aire ladino.

—Quizá no querían tener hijos —alegó Emir, que ya se había bebido media cerveza.

—¿A ti te parece que esto es trabajo policial serio? —cuestionó Dennis, mirando a Nathalie—. ¿Facebook, foros y cotilleos de famosillos en internet?

—Pues sí. Yo lo llamaría una mezcla de periodismo de investigación, trabajo policial moderno y una gran dosis de interés sensacionalista. Pero ¡imagínate que tengo razón!

—Mientras estés de baja, puedes hacer lo que te apetezca —concedió Dennis—, pero yo tengo que respetar la agenda de la señorita Stålberg. Y eso significa que mañana me toca madrugar para dar el callo. Aunque, ¿sabes?, tienes razón en que parece una pista interesante. ¿Podrías pasarle la información a Sandra para que se lo comente a Camilla? Tengo que irme, chicos.

Emir lo acompañó al recibidor.

—¿Cómo lo llevas? —preguntó Dennis.

—Cuando Karl se enfadó conmigo, me pareció todo tan absurdo. Estamos haciendo una cacería contra un colega solo para salvarles el culo a Stålberg y a la policía. No tenemos nada a lo que agarrarnos, pero todos los esfuerzos se concentran en culpar a Karl. A mí me ha tocado ser el mensajero y, a sus ojos, me he convertido en el mayor traidor.

—Pienso lo mismo —afirmó Dennis—, pero tenemos que presentar resultados. Entiendo que no es una situación fácil para ti. Además, tienes a una princesa en casa que quiere que la sirvan.

—Sí, y la entiendo —dijo Emir con firmeza—. De noche, el dolor pélvico no la deja dormir y no le va bien moverse demasiado.

—¡Pobrecito!

—En realidad, debería estar contento. La mujer más guapa del mundo va a tener un hijo mío. Pero, ahora mismo, me siento hecho polvo y no tengo ni fuerzas para estar contento.

—Emir, ¿puedes venir un momento, por favor? —Se oyó desde el salón.

—Nos vemos —se despidió Dennis—. Voy a recoger a Sandra y nos vamos otra vez a Smögen. Mañana no madrugues, ya hablaremos antes de mediodía, ¿vale?

—De acuerdo.

***

Ya se había hecho de noche. Lisa llevaba mucho tiempo esperando. El móvil se le había quedado sin batería y el aire frío y húmedo del interior del faro empezaba a calarle las capas de ropa que se había puesto. En el centro de la torre se elevaba una escalera de caracol de acero que parecía infinita. En las paredes del primer tramo colgaban retratos de las familias de los antiguos fareros delante de las casas que aún se conservaban en Hållö: la estación meteorológica, las viviendas del farero jefe, el farero segundo y los auxiliares, y diversos cobertizos que se utilizaban con distintas finalidades. En una de las fotos se veía a un esbelto joven con el torso desnudo de pie en las rocas. Debajo ponía «Evert Taube, 1907». Lisa no había visto nunca al famoso poeta y trovador sueco así, sin boina y sin las marcas de la edad. Al lado se explicaba que había hecho su primera aparición artística en Smögen.

Lisa empezaba a inquietarse. Dejó las fotografías y la exposición sobre el faro y decidió ir a buscar la bolsa, que se había dejado fuera. El antiguo amigo de Karl debería haber llegado hacía rato. Debían haber pasado un par de horas. En el archipiélago podía aceptarse una cierta falta de puntualidad, pero también había un límite. Abrió la puerta y se acercó al banco. Algo no encajaba: el banco estaba vacío. ¡Mierda! El banco estaba vacío y no había ni rastro de su bolsa. Alguien estaba tomándole el pelo.

Dio la vuelta al faro, pero no vio nada. Luego comenzó a buscar entre las grietas de las rocas y los arbustos de alrededor. Aunque había oscurecido, la luna llena iluminaba las rocas, pero no logró encontrar su bolsa. ¡Ay, qué tonta! Seguro que la había dejado dentro para que no se humedecieran las cosas que llevaba en ella. Probablemente la había puesto al lado del mostrador donde se pagaba la entrada en verano. Empujó la puerta. ¡Vaya! Ahora resultaba que no se abría. ¿Cómo era posible que todo le saliese mal? Se le llenaron los ojos de lágrimas y reprimió un sollozo. Karl acostumbraba a hacer las veces de director de proyectos y jefe de seguridad cuando la familia salía de

excursión. Pero, desde que había comenzado toda la historia, Lisa estaba decidida a ser más independiente. Era obvio que podía asumir la responsabilidad de sí misma, de sus hijos y de la casa, pero, cuando se trataba de arreglar cosas que se habían estropeado, de vehículos o de cuestiones técnicas, era Karl quien llevaba la batuta. Ella lo había aceptado así porque su energía solo llegaba para los niños y la casa. Cuando volvía del trabajo, se ponía a cocinar, limpiaba, hacía la colada y, luego, la esperaban la cama y una noche medio insomne. Y al día siguiente, vuelta a empezar. Con esa agenda, ¿cómo iba a tener tiempo de aprender a poner los neumáticos de invierno, arreglar la lavadora y, ya puestos, conseguir desatascar la cerradura de la puerta de un faro sin disponer de herramientas? Se le había hecho un nudo en la garganta y las lágrimas querían asomar. Pero quedarse plantada delante del faro lloriqueando no le serviría de nada.

Lisa dirigió sus pasos hacia la ensenada de Mármol. Tenía el móvil y las llaves de casa en la bolsa que estaba dentro del faro, pero, por suerte, las llaves de la lancha se las había guardado en el bolsillo. Con tal de que pudiera volver a tierra, todo se arreglaría. Quizá podría ir a casa de una amiga. Aun así, la irritaba tener la sensación de haber fracasado. Su plan era reunirse con Kristoffer, quien le habría dado respuesta a las preguntas que tenía sobre el pasado de Karl; un pasado con repercusiones cada vez más evidentes en su vida y mucho mayores de lo que ella desearía. No había gastado demasiada energía en las exnovias de Karl. Era un hombre atractivo y Lisa se daba cuenta de que las vecinas coqueteaban con él cuando charlaba con ellas mientras los niños jugaban juntos en el jardín. Pero su amor era tan fuerte que jamás había visto ninguna amenaza en otras mujeres. Ni siquiera en esos momentos era consciente de las dimensiones de lo que había sucedido y de lo que sucedería. Su Karl. No había nadie en el mundo en quien confiase más. ¿Cómo podía haber hecho eso? Su familia quedaría destruida para siempre. Deshecha y rota.

En la oscuridad le costaba más encontrar el camino. Avanzaba con precaución para no resbalar en las piedras. Había amarrado la lancha al otro lado de la bahía, enfrente de las escaleras de baño de la ensenada de Mármol, por si a algún nadador de invierno le apetecía saltar al agua fría. Pero debía quedar algo más lejos de lo que recordaba. Cuando era pequeña, a veces la sorprendía lo distinta que podía ser la realidad de la imagen que se guardaba en la memoria de promontorios y rocas sobresalientes que se pensaba que servirían para orientarse. Al final, resultaba que uno había olvidado que era la segunda bahía y no la primera. Ahora le ocurría lo mismo. La lancha estaba más lejos de lo que recordaba. Encendió la linterna que había comprado Karl; la linterna con la que iluminó la superficie del agua

cuando descubrió el cuerpo de Tricia Andersen en la ensenada de Mármol. Como era pequeña y podía guardarse en el bolsillo, la había cogido de la encimera de la cocina antes de marcharse. Exploró el agua bajo el haz de luz, pero en ningún sitio dio con el casco blanco de la lancha. Siguió buscando mientras rodeaba la bahía por la orilla rocosa. Cada vez más desesperada. ¿Dónde narices estaba el barco? Iluminó la argolla de hierro fijada en una de las rocas. Pero si había amarrado allí la lancha. ¿Acaso se había soltado? No podía ser verdad. En la mano tenía las llaves colgadas del llavero de corcho, pero la lancha había desaparecido. Apuró el paso. La ligera brisa nocturna había aumentado y las olas rompían en la bahía. Comprendió que debía volver y pedir ayuda en la estación meteorológica. «Debe haber personal siempre, ¿no?», pensó. Regresó a toda prisa al otro lado de la bahía y enfiló casi corriendo el camino entre las rocas en dirección al edificio de ventanas iluminadas.

Al acercarse al albergue, vio que estaba precintado con la cinta azul y blanca de la policía y que las casitas que habían ocupado las familias de los fareros estaban cerradas a cal y canto para el invierno. Estaba muriéndose de frío y tenía la ropa húmeda. Si no podía entrar pronto en algún sitio donde calentarse, se echaría a llorar. La idea de visitar el lugar donde había sucedido todo no había sido la más brillante. Todo lo que podía salir mal había salido mal, y echaba de menos a Karl y a los niños. Una vez en la estación meteorológica, llamó a la puerta con sus nudillos húmedos y rojos de frío. Enseguida oyó el sonido de unos pasos arrastrándose contra el suelo.

—Hola —la saludó una chica de cabello largo y rubio. En los pies llevaba unos calcetines de lana de colores chillones que parecían hechos a mano.

—Hola, soy Lisa. Se ha soltado la amarra de mi lancha. ¿Puedo pasar?

—Por supuesto. ¡Estás empapada! ¿Te apetece una taza de té?

—Me encantaría, gracias —contestó Lisa, y entró agradecida detrás de la chica en el cálido edificio de la estación. Pasaron por una sala con dos mesas llenas de monitores.

—Siéntate, por favor. Iré a buscarte ropa seca.

Lisa sintió que le ardían en los ojos lágrimas de agradecimiento. El calor que la envolvía y la hospitalidad de aquella extraña la conmovieron. ¿Qué se había creído? ¿Que podía subirse a una lancha cuando le viniera en gana y cruzar el mar? ¿Que podía dejar a su

familia para hacer de detective? Ojalá su madre estuviera en Suecia. La habría llamado y le habría pedido que le organizase un barco-taxi directamente a Gotemburgo. En esos momentos le dolía el fracaso. Pero quería ser capaz de arreglárselas ella sola.

—Me llamo Sofie, por cierto —se presentó la chica, y le tendió unos pantalones de chándal y una sudadera con capucha a juego de un color turquesa que hacía pensar en el verano—. Puedes cambiarte aquí. Voy a prepararte un té y algo de comer.

Lisa asintió y se quitó la ropa mojada en cuanto Sofie la dejó sola. La habitación estaba amueblada con un sofá, un televisor y una mesita de centro. Sofie le resultaba conocida en cierto modo, pero quizá era porque tenía el aspecto atlético y el cabello rubio de montones de chicas. Si Lisa hubiera tenido que adivinar, habría dicho que Sofie trabajaba en una boutique de la calle Fredsgatan o en algún restaurante lujoso de Gotemburgo, pero en realidad era meteoróloga, algo que resultaba moderno en cierto modo. Al fin y al cabo, no era necesario parecer un friki asocial para trabajar en el sector del tiempo.

—Tengo que trabajar un poco —informó Sofie, y puso una taza de té y un plato con dos sándwiches en la mesita delante de Lisa—. Las emisoras de radio quieren tener información actualizada sobre el tiempo para las noticias de la noche. Cuando termine, podemos charlar más.

—¿Podrías dejarme un teléfono? —preguntó Lisa—. El mío se ha quedado sin batería.

—La antena de telefonía móvil es poco fiable y no he podido hacer llamadas durante la última hora. Déjame que envíe unos correos y luego podemos ir hasta el faro. Tengo llaves.

—Ah, ¿sí? ¡Es genial!

—Vuelvo enseguida —dijo Sofie, sonriéndole.

Lisa se tumbó en el sofá e intentó encender el televisor, pero tampoco funcionaba. El té y los sándwiches le supieron a gloria. Estaba muerta de hambre. En realidad, ¿a quién iba a llamar? Sus padres seguían en Mallorca, su hermana estaba en su casa con los niños y Sussie seguro que estaba bajo las sábanas con Linus, que acababa de regresar de hacer surf en Costa Rica. ¿De qué serviría molestarla? Lo mejor era esperar a la mañana siguiente. Entonces llamaría al ferri de Hållö para que fuese a recogerla. No le saldría precisamente barato, pero ¿qué otras opciones tenía?

***

Lisa se despertó cuando Sofie entró en la salita. Debía haber dormido como mínimo una hora. Se notaba el cuello rígido porque había apoyado la cabeza en el reposabrazos sin poner un cojín. Al otro lado de la ventana, era noche cerrada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Sofie.

—Mejor. Gracias por los sándwiches y la ropa. Pensaba que moriría congelada.

—¿Dónde tenías la lancha?

—La amarré en la ensenada de Mármol, pero debe haberse soltado, o bien me la han robado.

—En esta época del año no es muy común que haya robos de barcos —señaló Sofie.

—¿Cómo te atreves a estar aquí sola? —preguntó Lisa—. Después de todo lo que ha pasado, quiero decir.

—Es lo que hay. Estoy acostumbrada a estar sola en la isla. Lo normal es que seamos dos, pero Love, el otro meteorólogo que trabaja aquí, está en el hospital con su madre, que se ha roto un pie caminando por el bosque, y nuestro jefe no podía enviar a ningún sustituto. Pero, como el tiempo ha mejorado, hay menos que hacer.

—¿Y tendrás que trabajar las veinticuatro horas?

—Cerraré unas horas durante la noche para poder dormir un poco. Las mediciones continúan igualmente. Mañana por la mañana las analizaré lo antes posible. Pero, dime, ¿cómo has venido tú a parar aquí?

—Es una historia muy larga —suspiró Lisa, y dio un sorbo al té frío—. ¿Tendrías un café?

—Claro, voy a buscar una taza. ¿Quieres subir después al faro o te va bien esperar hasta mañana? Está muy oscuro y es fácil resbalar en las rocas.

—Podemos ir mañana temprano —contestó Lisa. En cierto modo, le parecía un alivio posponerlo todo hasta el día siguiente, así se ahorraría molestar a la gente cuando ya estaban durmiendo. Y, si Karl estaba preocupado, no le pasaría nada por seguir estándolo unas horas más.

—Cuéntame —pidió Sofie cuando regresó con el café. Al parecer, había encontrado un bollo de canela en el congelador que había calentado en el microondas. Lisa le dio las gracias y se lanzó vorazmente sobre él.

—¿Has oído hablar de Tricia Andersen, la mujer que apareció asesinada aquí? —preguntó Lisa.

—Sí.

—Estaba embarazada.

—Sí, algo he leído.

—De Karl, o sea, mi marido.

—Vaya, ¡qué mal! —lamentó Sofie, compasiva.

—Pues sí, ¡qué mal! No entiendo nada, de verdad.

—¿Cómo vais a superarlo?

—No lo superaremos. Si es cierto, lo nuestro ha terminado. Lo he querido desde el momento en que nos conocimos, pero me ha engañado como a una tonta. Ni siquiera ahora es capaz de asumir la responsabilidad de lo que ha hecho. Me sigue mintiendo a la cara. — Lisa se cubrió las mejillas con las manos para intentar ocultar las lágrimas que le resbalaban.

—Ellos son así, unos cobardes —sentenció Sofie.

—Pero jamás se me había pasado por la cabeza que Karl pudiera ser así.

—Si quieres saber mi opinión, creo que todos los hombres son iguales, al menos con los que me he encontrado yo. Quizá he tenido mala suerte, pero mi impresión es que no tienen ningún tipo de escrúpulo. Si se ponen cachondos, se lanzan sin pensárselo.

—¿Tú crees? —preguntó Lisa—. No me he imaginado nunca que mi Karl fuese así. Nunca. Tenemos dos hijos. ¿En qué estaba pensando?

—Seguro que no pensó en las consecuencias. Eso es lo que resulta tan cansino. ¿Sabes qué? Esta noche, duerme lo mejor que puedas aquí y mañana vamos al faro a por tus cosas. Ya conseguiremos un barco que te lleve a Smögen o a Kungshamn. Luego mandas a Karl a freír espárragos y empiezas una nueva vida. Si no ha sabido hacerlo mejor, no se merece tu amor, te lo aseguro.

Sofie le dio una manta y una almohada. El café estaba bueno, aunque era fuerte y quizá le costaría dormirse. Pero había sido agradable charlar con Sofie. Esa chica no tenía pelos en la lengua, y lo mejor de todo era que no conocía a su familia. Los últimos años, Lisa había notado que le costaba encontrar amigos con los que hablar de verdad, a los que poder contárselo todo. Pero con Sofie le había resultado muy fácil. Pensó en Kristoffer, el antiguo amigo de Karl por el que había ido a la isla y que la había dejado plantada. Le escribiría un correo para decirle que había sobrevivido y que no le había hecho ni pizca de gracia esperarlo a la intemperie durante tanto tiempo. Al día siguiente se encargaría de todo.

***

Karl pulsó el botón de colgar cuando saltó el buzón de voz por enésima vez. Lisa tenía el teléfono apagado. La había llamado sin parar desde que se había despertado, a última hora de la tarde. Cuando se había subido al coche, su intención era ir a casa de Sussie, por si acaso le había mentido. Pero, al acercarse a su barrio, había empezado a dudar cada vez más. Lisa le había contado que Linus acababa de volver de Costa Rica y que Sussie lo había echado terriblemente de menos. Por eso, al final decidió visitar a Christina. Los dos habían trabajado de analistas en una consultoría antes de que él empezase en la policía, y Christina era una de sus mejores amigas. Quizá al principio había estado enamorada de él, pero, en cualquier caso, le había durado poco. Hablaban de todo. De sus hijos y de Lisa. Del sueño de Christina de abrir una tienda o una pensión en España o Portugal. La llamó una vez en su portal, en la calle Viktoriagatan.

—Perdona que me presente tan tarde. ¿Puedo subir?

—Claro —contestó ella.

¿Oyó un tono de rechazo en su voz? ¿No le apetecía recibirlo o quizá solo estaba sorprendida?

—¿Llego en mal momento?

—No, claro que no.

Casi eran las diez. Llamó una vez más a Lisa mientras subía en el pequeño ascensor hasta el ático.

Christina le abrió con una sonrisa. Llevaba un camisón rosa largo.

—¿Vino? —le preguntó, llevando su copa a los labios—. Kung Fu Girl, un blanco buenísimo.

—Creo que tendré que volver a coger el coche.

—¿Qué ha pasado? ¿Os habéis peleado Lisa y tú?

Karl le explicó escuetamente lo sucedido durante los últimos días mientras Christina lo escuchaba cada vez más boquiabierta.

—¿Te extraña que se haya largado? —le preguntó cuando Karl hubo terminado su relato.

—Es que no he hecho nada.

—Has dejado embarazada a Tricia Andersen. Eso no es nada.

—Pero ¡si no la he tocado!

—A mí no tienes que mentirme.

—Es la verdad. No he vuelto a tocarla desde que cortamos, y eso fue antes de conocer a Lisa.

—¿Y cómo explicas que el bebé fuera tuyo?

—No lo sé. Habrá congelado mi esperma o algo así.

—Me parece muy increíble.

—¡Toda esta historia es muy increíble! Pero ¿me crees cuando te digo que yo no la he matado?

—Sé que no has sido tú. Pero tienes que reconocer que lo del bebé resulta sospechoso.

Karl hundió el rostro en las manos y se inclinó hacia delante. Ya no era capaz de pensar. Nadie lo creía del todo. Empezaba a dudar de sí

mismo. ¿Podía haberse acostado con Tricia y no acordarse? ¿Por qué habría de hacer algo así? Tomó un buen trago de vino. Estaba bueno.

—¿Puedo quedarme a dormir?

—Sí, claro, pero dormirás en el sofá. No pienso arriesgarme a quedarme embarazada así como así.

Karl rio débilmente.

—Venga, a dormir. Tienes un aspecto terrible.

Cuando estaba enjuagándose la boca con dentífrico, Christina entró en el baño.

—Por cierto, ¿no me contaste una vez que querías donar esperma? —le preguntó.

—Fue hace mucho tiempo —respondió Karl—. Me arrepentí y le pedí a la clínica que lo destruyera antes de que llegasen a inseminar a ninguna mujer. ¡No te imaginas cuánto me alegro! Lisa y los niños lo son todo para mí.

—¿Dónde crees que puede estar Lisa?

—Seguro que en casa de alguna amiga. La he llamado mil veces, pero tiene el móvil apagado.

—¿En casa de Sussie?

—No, no está allí. Pero, si yo me mantengo alejado, quizá Lisa decida volver a nuestra casa. Al menos, así sabría dónde está.

—Estoy un poco preocupada —reconoció Christina, frunciendo el ceño.

—No creo que pase nada —dijo Karl con una voz que no sonaba del todo convencida—. Mañana llamará a su hermana. Estoy seguro.

—Eso espero. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches!

Smögen, bahía Vallevik, 1917

Ragnar caminaba delante con padre cogido del brazo y Hedvig iba detrás con madre mientras los niños correteaban como terneritos por el prado que bordeaba el sendero. Padre solo podía andar despacio y Ragnar se mostraba muy paciente, guiándolo por la bahía Vallevik en dirección a la montaña Holländareberget. Los críos empezaron a trepar por las rocas hacia la zona de baño de Vallevik.

—¿Podemos ver el sitio? —gritó Arvid.

—¡Sí, por favor, madre! —rogó Stig.

—Madre, me acerco con los niños a Valleviksberget —dijo Hedvig—. Quieren ver los barcos y el sitio para bañarse.

Cornelia esbozó una débil sonrisa y siguió andando detrás de su marido y su yerno hacia la montaña Holländareberget.

Los niños subieron corriendo por la escalera que solían utilizar los prácticos para vigilar el mar. Luego cruzaron el puente de piedra y bajaron hasta la bahía. A Hedvig se le enredaban las faldas en las botas mientras los seguía. Una vez en lo alto, vio dibujarse la silueta del faro contra el cielo. Echaba de menos los veranos en Hållö, los niños que correteaban por la isla tanto en verano como en invierno y la pequeña escuela con la simpática señorita que había inflamado el corazón de sus hermanos. En Väderöbod había otro farero segundo que vivía allí con su familia, pero su único hijo tenía solo un año. Y el farero jefe era mayor y sus hijos ya habían abandonado la isla.

Arvid y Stig ya habían llegado a la zona de baño. ¡Ojalá no se metiesen en el agua! Aceleró el paso y bajó por las rocas. En esa zona, el granito rosa brillaba como cobre bajo la luz del sol. De repente, oyó unas risas procedentes de una roca que quedaba al abrigo del a veces riguroso viento del norte, y no pudo evitar dirigir la mirada hacia allí. Junto a una mujer sentada, un hombre con el torso desnudo jugueteaba con las manos bajo el sombrero de ella. Quizá intentaba coger uno de sus rizos. Hedvig sintió una punzada en el corazón. Era él. El muchacho de la roca. El que la había despertado en mitad de la noche. El que había recorrido su cuerpo como una suave caricia del viento de agosto. Miró a su hijo mayor, Arvid, que se inclinaba sobre el agua para intentar pescar unas algas. Detuvo la vista en su nuca, bronceada desde donde terminaba su gruesa mata de pelo. Arvid

cantaba como un ángel y, cuando tocaba el violín de su abuelo, le hacía saltar las lágrimas. Siguió bajando por las rocas y notó que le costaba respirar. Sus sentimientos eran abrumadores y una oleada de tristeza la envolvió.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó Stig, quien había dado la vuelta para salir a su encuentro.

—Nada —contestó—. Solo estoy un poco triste porque el abuelo y la abuela ya no vivirán en Hållö.

—Pero el abuelo ha dicho que, más adelante, nosotros viviremos allí. No estés triste. Un día, padre será farero jefe en Hållö.

Hedvig rio y abrazó a su hijo pequeño. Stig siempre cuidaría de Ragnar y de ella. Arvid, en cambio, probablemente viajaría por todo el mundo antes de establecerse en algún lugar. No pudo evitar mirar a sus espaldas y entonces su mirada se cruzó con la de él, que la contemplaba de pie desde las rocas. El muchacho que en aquel entonces tenía diecisiete años se había convertido en un hombre hecho y derecho. Azorada, apartó la vista y se sentó cerca de Arvid en la orilla. Stig se acurrucó junto a ella.

18

Dennis cruzó el puente Smögenbron. Sandra iba callada en el asiento del copiloto. Era viernes por la mañana y Dennis se sentía agotado después de pasarse toda la semana de aquí para allá. Pero, ante la vista de Hasselösund y de Kungshamn, el corazón le dio un vuelco, como siempre. Camilla Stålberg había sido clara. Todos debían regresar a su puesto y esperar instrucciones de ella y de los servicios secretos. A primera hora, Sandra y él habían revisado las tareas que se habían acumulado en la comisaría de Kungshamn y que también debían gestionarse. Eso no significaba que quedasen apartados de la investigación del asesinato de Tricia Andersen, pero trabajarían desde su comisaría. A esas alturas, todos estaban al tanto de que la relación entre Camilla Stålberg y Jörgen Hammar, el representante de la Säpo, era glacial. Ahora se dirigían a casa de Victoria; tendría que explicarle a su hermana que necesitaba instalarse allí antes de lo previsto. En eso sonó el móvil de Sandra.

—Sandra Haraldsson, policía de Kungshamn, ¿dígame?

—¡Hola! Soy Karl.

—¿Ha pasado algo?

—Lisa se ha ido.

—¿Qué quieres decir con que se ha ido? —preguntó Sandra—. ¿Te ha dejado?

—Eso parece.

—¿Y te sorprende?

—Quizá no se haya ido voluntariamente. Lo normal es que le hubiera dicho a alguien adónde iba. —Karl sonó desesperado.

—No tengo demasiada experiencia en estas cosas —observó Sandra—, pero creo que deberías aceptar la posibilidad de que te haya dejado.

—Pero ¡hay algo que no encaja! No creo que Lisa estuviese tanto tiempo sin dar señales de vida de manera voluntaria.

—¿Has denunciado su desaparición?

—No, todavía no.

—¿Cuándo desapareció?

—Ayer por la tarde.

—¿Y los niños?

—La hermana de Lisa, Karin, está con ellos en nuestra casa.

—Si estás preocupado, denuncia su desaparición; aunque será un poco raro, teniendo en cuenta la situación actual.

—Ya lo sé, por eso te he llamado a ti. A mí no me lo coge cuando la llamo, pero sus padres y su hermana tampoco han podido contactar con ella. Tiene el teléfono apagado desde ayer por la noche.

—Seguro que está en shock, y eso puede hacer que no quiera hablar con nadie. Llamaré al centro de control, a ver qué me dicen.

—También quería decirte que estoy buscándola.

—Está bien, Karl. Lo entendemos. Hoy estás citado para un interrogatorio, pero eso ya debes saberlo.

—Sí, tengo que estar en la jefatura a las once. No sé de qué quieren hablarme, pero igualmente iré.

—Será lo mejor —dijo Sandra—. A partir de ahora, Dennis y yo seguiremos trabajando desde la comisaría de Kungshamn.

—¿Os han apartado del caso?

—No puedo darte más información. Cuídate. Seguimos en contacto.

—Hay una cosa más…

—¿Qué? —replicó Sandra, endureciendo el tono.

—Lisa había empezado a investigar por su cuenta porque está convencida de que no tengo nada que ver con el asesinato de Tricia.

—¿Qué ha averiguado?

—No lo sé, pero a lo mejor ha ido a algún sitio para seguir alguna pista y… quizá le haya pasado algo.

—No toques su ordenador. Le pediré a alguien que vaya a buscarlo. ¡Te llamo más tarde!

La carretera que conducía a Smögen pasando junto al campo de fútbol de Havsvallen estaba desierta. El día del solsticio de verano podían formarse largas colas en dirección al restaurante Sea Lodge, en la isla de Nordmanshuvud, pero ese viernes prácticamente no se veía un alma.

—La verdad es que no envidio la situación en la que se encuentra Karl —dijo Dennis.

—¡Para nada! —convino Sandra—. Debe estar pasando una angustia horrorosa.

—¿Hay algo que podamos hacer? —suspiró Dennis.

—Lo único que podemos hacer es pedirles a sus compañeros de informática que localicen el móvil de Lisa mediante las antenas.

—Pues venga, ¿a qué esperamos?

—Primero tendría que pedirle autorización a Camilla —explicó Sandra.

—Pero, si les pedimos que hagan la búsqueda porque la familia de Lisa está preocupada, tenemos base suficiente, ¿no crees?

Sandra llamó a la Unidad de Informática y los alertó. Después, se sintió mejor, aunque no conseguía apartar de su cabeza la voz desesperada de Karl al teléfono.

***

Lisa se despertó en la misma posición en la que se había dormido en el sofá. Con la almohada y la manta, había estado cómoda y no le dolía el cuello. Sofie entró y le dejó una bandeja en la mesita de centro. Parecía cansada. Quizá no había dormido en toda la noche. Lisa dio gracias a Dios por su puesto de funcionaria en la Agencia Municipal de Tutelaje. «¡Qué lujo!», pensó. Solo tenía que acudir a su puesto cada mañana y, a fin de mes, recibía automáticamente su salario. Sofie debía tener un sueldo decente, pero tener que estar sola, año tras año,

en una isla en principio desierta, era una hazaña de la que Lisa no se veía capaz. Hållö era una de las islas más bonitas del mundo, sin duda, pero la aterraría la oscuridad en las noches otoñales de tormenta.

—¿No tienes miedo nunca aquí, en la isla? —preguntó Lisa.

—No —respondió Sofie, quien se había sentado. Bebió un poco de café, le dio un mordisco a un sándwich de queso y añadió—: Estoy acostumbrada. No me da miedo la oscuridad. Hay otras cosas que me asustan más.

—¿Por ejemplo? —inquirió Lisa.

—La vida en general —afirmó Sofie.

—¿Quieres decir la muerte?

—No, quiero decir la vida.

Lisa se quedó callada. ¿Entendía lo que Sofie quería decir? Quizá la muerte no era tan aterradora después de todo. En realidad, los miedos tenían más que ver con la vida. El miedo de no estar a la altura, de que los niños no tuvieran amigos en el colegio, de que tu marido no te quisiera. Lisa sintió una punzada en el corazón. Karl había sido como un ancla para ella. Mientras estaba fondeada junto a él, todo se había arreglado de un modo u otro. Ahora se había roto el cabo. Le había sido infiel. Lo único que no estaba dispuesta a permitir. Siempre había dicho que, si le era infiel, lo dejaría y la relación se terminaría. Para siempre. Maltrato e infidelidad: esos eran los dos pecados capitales para ella, y él lo sabía. Aun así, lo había hecho. ¿Había sido una tonta al confiar ciegamente en él? Todo lo sucedido le resultaba incomprensible.

—¿Vamos al faro a ver si está allí tu bolsa?

—Sí, claro —contestó Lisa—. Estoy tan bien aquí que casi me había olvidado de que me he quedado varada en una isla. —Rio—. Gracias por cuidarme.

—De nada. No es la primera vez que alguien pierde el ferri y se queda a dormir en ese sofá. —Sofie sonrió rígidamente—. Después de ir al faro, necesito dormir unas horas. Esta noche casi no he pegado ojo.

Lisa dobló la manta, se puso la chaqueta y salió detrás de Sofie. Cuando atravesaron la oficina de la estación, paseó la mirada a su

alrededor, como para asegurarse de que no se dejaba nada. La puerta del dormitorio de Sofie estaba abierta. Vio la cama con ropa rosa y unas cortinas rosas en la única ventana del cuarto. Lisa no se había esperado esos colores en el interior de una estación meteorológica; aunque, por otro lado, tampoco se había esperado que una chica fuese la responsable principal. Cómo podía ser tan anticuada, si ella misma se consideraba una persona con actitudes modernas. Por el rabillo del ojo percibió algo en la cama que llamó su atención. Algo conocido. Pero no cayó en qué era hasta que estuvieron fuera de la estación y Sofie cerró la puerta.

—Diría que mi bolsa estaba encima de tu cama —dijo.

—No, debía ser la mía —replicó Sofie, girando la llave en la cerradura.

—¿Tienes una bolsa igual que la mía? —Lisa titubeó.

—Si la tuya es una bolsa negra de Puma, entonces es igual que la mía.

—Exacto, la mía también es negra y de Puma, la que me dejé en el faro.

—Venga, vamos a buscarla ahora. Qué gracia que tengamos el mismo gusto.

—Es de Karl —sonrió Lisa, pero en su interior estaba confundida. La bolsa que había visto en la cama era idéntica a la que había traído ella de casa. Aun así, siguió a Sofie por las rocas en dirección al faro. La torre roja y blanca conseguía iluminar la neblina gris. Soplaba un viento húmedo y frío que quería entrarle hasta los huesos.

***

Habían dejado vacíos tres despachos en la zona de la dirección para que se instalasen en ellos los cuatro agentes de los servicios secretos y su jefe, Jörgen Hammar. Se quedarían en Gotemburgo hasta que estuviese resuelto el asesinato de Tricia Andersen. El personal que ocupaba el resto de la planta intentaba que no se notase demasiado que observaban a sus nuevos colegas, que iban de un lado a otro con ordenadores y cables. A Emir le habían encargado ir a buscar los ordenadores de Karl y Lisa. Además, aunque le habían prometido que

no volvería a tener contacto directo con Karl mientras durase la investigación, Camilla Stålberg lo había llamado por la mañana para decirle que debía volver a interrogar a Karl, ya que a Dennis y a Sandra se les había ordenado regresar a Kungshamn.

—Nos pondremos aquí —le dijo Emir a Karl—. Puedes ir sentándote mientras yo llevo los ordenadores a la Unidad de Informática.

—Dáselos a Mattias. Es muy bueno —aconsejó Karl.

—Karl, estás suspendido de tu puesto y a punto de que volvamos a interrogarte.

Karl sacudió la cabeza con impaciencia.

—En la prensa puedes leer día sí y día también que el trabajo de la policía sueca es un fracaso. ¡Los periodistas no se imaginan cuánta razón tienen! —le gritó a Emir cuando este ya había salido.

—¡Cállate, coño! —susurró Emir, asomando la cabeza por la puerta—. ¿Quieres que te encierren para siempre?

Luego continuó su camino e informó a uno de los agentes de los servicios secretos suecos de que Karl ya se encontraba en la jefatura. Poco después, Jörgen Hammar entró en la sala donde esperaba Karl.

—Buenos días, soy Jörgen Hammar. —El policía le tendió la mano a Karl antes de sentarse frente a él.

Otra agente de los servicios secretos se sentó también a la mesa, mientras que Emir se quedó de pie junto a la puerta.

—¿No debería estar presente mi abogado si me consideran sospechoso de un asesinato? —preguntó Karl con voz fría.

—Es su derecho, efectivamente —contestó Jörgen, mirando a su compañera—. ¿Puedes encargarte, Alexandra?

—Por supuesto. Interrumpimos el interrogatorio.

Alexandra hizo un gesto con la mano para indicar que debía apagarse la cámara que filmaba. En eso llamaron a la puerta y una persona le pidió a Jörgen Hammar que saliera al pasillo a hablar. Poco después, el jefe de la Säpo volvió a entrar.

—Emir, quédate con Ström, por favor. Retomaremos el interrogatorio en cuanto llegue su abogado.

Cuando se hubieron marchado los agentes, Karl miró airadamente a Emir.

—Es todo una farsa. Lo sabes, ¿verdad? —le dijo a Emir.

—Entiendo que es un palo para ti.

—¡¿Un palo?! ¡Es una puta catástrofe! Es alucinante que tenga que estar aquí porque la policía no sabe hacer su trabajo. ¿Qué le han dicho a Hammar en el pasillo?

—No puedo decírtelo.

—¡Claro que puedes! ¿De qué han hablado?

Emir miró a su alrededor.

—Parece que han encontrado la última ubicación del móvil de Lisa.

—¿Y dónde estaba? —Karl se inclinó sobre la mesa con una mirada capaz de perforar el acero.

—Eso ya no pude oírlo. Cerraron la puerta en ese momento.

Karl bajó los ojos hacia la mesa. Parecía que estuviera a punto de explotarle el cerebro de tantos pensamientos que se agolpaban en él.

***

Dennis dejó su bolsa sobre la cama. La habitación no era muy grande, pero las tres ventanas que daban al muelle Smögenbryggan y a Hållö hacían que pareciese más espaciosa. Se puso de puntillas, pero solo logró ver la punta del faro. Sandra se sentó en un sillón colocado en un rincón y miró a su alrededor.

—¿Qué os parece? —preguntó Victoria, abriendo los brazos—. He pintado el techo, las paredes y los marcos de las ventanas de blanco, y he pulido el parqué. Los muebles los compré en el mercadillo de Smögen, así que diría que es todo de la isla.

—Es preciosa —contestó Sandra—. Aunque un poco pequeña para dos —rio.

—¿Ya no estás a gusto en tu piso encima de la librería? —inquirió Dennis, preocupado.

—Sí, pero ya no es una librería. Ahora venden juguetes, cañas y cubos para pescar cangrejos, y fuera se amontonan los críos como locos.

—¿Te molestan? —sonrió Victoria.

Sandra puso una expresión avergonzada.

—Me gustan los niños, pero también me gusta dormir—contestó, diplomática.

—Creo que volveremos a Sjövik el último de noviembre —informó Victoria.

—Es que… —comenzó Dennis.

—Han vaciado su habitación hoy —intervino Sandra—, y mañana empiezan a quitar el papel, tirar tabiques y reformarlo todo.

—Entonces, ¿ya quieres instalarte aquí hoy mismo? —preguntó Victoria, frunciendo el ceño.

—Si es posible —contestó Dennis.

—Tus sobrinitos te despertarán cada mañana —advirtió Victoria—. Y, como comprenderás, no puedo echarlos de casa.

—Será genial —aseguró Dennis—. Pueden venir a mi habitación siempre que quieran.

—En ese caso, Björn y yo tendremos que dormir en el sofá el último mes —concluyó Victoria.

—O me quedo yo con el sofá hasta que os vayáis —ofreció Dennis.

—No, no funcionaría. Tú te quedas con el dormitorio y ya nos arreglaremos. Los críos estarán encantados de tenerte aquí. Y Björn también.

—Pero ¿tú no? —preguntó Dennis.

—Yo también, claro —afirmó Victoria—. Será ideal tener un niñero en casa.

—¡Qué raro suena decir «niñero»! —observó Sandra.

—Cierto —reconoció Victoria—, pero estaría bien que más chicos hicieran ese trabajo, así no sonaría tan raro. ¿Cuándo traerás tus cosas?

—Ya lo he traído todo —contestó Dennis, señalando su bolsa y la alfombra enrollada que le había tejido la abuela de Sandra.

—Perfecto. Pues, desde hoy, ya vives aquí —anunció Victoria.

—¡Gracias, hermanita! —Dennis le dio un abrazo a Victoria.

—Venga, ya basta —intervino Sandra—. Antes de ir a almorzar tenemos que llamar a Mattias para saber cómo lo llevan. Me imagino que él estará al corriente de todo.

—De acuerdo, ¡hasta luego! —exclamó Victoria mientras bajaba la escalera en tres zancadas.

***

Se encontraban a una decena de metros del faro. Lisa había estado leyendo sobre su historia. Era uno de los primeros que se habían construido en la costa de Bohuslän. En 1868, se había aumentado la torre hasta los veinte metros de altura porque el islote de Sälö tapaba la vista a los navegantes que llegaban del oeste. Para ello contrataron al constructor de faros Nils Gustav von Heidenstam, quien diseñó el cono rojo de chapa de acero que se colocó sobre la torre blanca de piedra, creando así un atractivo contraste de colores. A la isla llegaban turistas de todo el mundo para admirar la panorámica desde lo alto de la torre. Karl le había pedido a Lisa que subieran un día con los niños hasta la linterna, donde, en el pasado, nueve lamparillas de aceite de colza enviaban un destello de luz blanca cada cinco segundos.

—Es el faro más bonito del mundo —declaró Sofie mientras introducía la llave en la cerradura.

—Sí, ya me he dado cuenta de que es especial —convino Lisa, esforzándose por disimular el frío que sentía. A Sofie no parecían importarle las ráfagas heladas de viento que soplaban alrededor del cuerpo inferior blanco de la torre.

—Hace mucho tiempo, un familiar mío fue farero jefe aquí —reveló

Sofie.

—O sea, que tienes un vínculo muy fuerte con esta isla —constató Lisa.

—He venido desde que era pequeña —explicó Sofie, y abrió la puerta —. Mi abuela siempre me traía en verano.

Entraron en el edificio cilíndrico y Lisa empezó a buscar su bolsa. Miró debajo de la escalera y al lado del mostrador, pero no estaba en ningún sitio.

—Debería haberla dejado por aquí —dijo Lisa, inquieta, e hizo un gesto con la mano señalando alrededor. Comenzaba a sentir que estaba convirtiéndose en una molestia. Sofie debía pensar que era una cabeza de chorlito. Incapaz hasta de vigilar sus pertenencias.

—Tenemos llaves el encargado de los edificios de la isla y yo. Quizá ha estado aquí y ha dejado la bolsa en un cuarto que hay arriba, justo debajo de la plataforma panorámica. Solemos guardar allí las cosas que la gente se deja olvidadas. ¿Subimos a ver?

—Vale, ¿te parece bien? —preguntó Lisa. Le parecía extraño que alguien subiese la bolsa por aquella estrecha escalera de caracol, pero estaba desesperada. Necesitaba recuperarla antes de volver a casa.

Comenzaron a subir por la espiral que ascendía enroscándose en el centro del faro. Cada vez más alto. A través de los peldaños de rejilla, Lisa veía cómo el suelo se alejaba paso a paso. Era imposible no sentir vértigo en aquella escalera. Algunos metros más arriba, terminaba la exposición de fotografías y documentos. Volvió a fijarse en el retrato de Evert Taube, quien, esbelto, bronceado y hermoso como un dios griego, posaba con gesto seguro sobre una de las rocas de granito rosado. Era una fotografía en blanco y negro, pero, con el paso del tiempo, había adquirido un tono rosa, a juego con los colores del paisaje de la isla.

—Te acostumbras a la altura —comentó Sofie, que iba unos peldaños por delante de ella—. Pienso a menudo en la fatiga que supondría esta escalera para las mujeres, todo el día arriba y abajo.

—Pero ¿no eran el farero jefe y el farero segundo los que trabajaban aquí? —Lisa empezaba a quedarse sin aliento, mientras que a Sofie el esfuerzo no parecía afectarle en absoluto.

—Sí, pero el farero jefe tenía la salud delicada y Hedvig y su madre,

Cornelia, se encargaban de la mayor parte de las tareas.

—¿Te lo contaron ellas? —Lisa sintió curiosidad. Era increíble pensar que una mujer había ocupado el puesto de su marido cuando este estaba enfermo para mantener el faro encendido.

—Cuando era pequeña, mi abuela me hablaba de la vida de sus antepasados en la isla. —Sofie señaló un pequeño grupo de casitas rojas que se veían por una de las ventanas de la torre—. Vivían allí.

—Es fascinante —afirmó Lisa.

—Cuando Frans, un familiar mío, falleció, me dejó los diarios de Hedvig. No sé por qué. Quizá porque a mi madre no le interesaban. Hedvig escribió unas líneas cada día durante todos los años que residió en Hållö —explicó Sofie.

—¡Increíble!

—La vida aquí era dura, pero, al mismo tiempo, todos los habitantes estaban muy unidos. Los niños podían jugar en el prado alrededor de las casas y, a veces, también en las rocas y junto al agua.

—También debía ser peligroso —apuntó Lisa, consciente de que afloraba su instinto de madraza.

—Sí, Gerhard, el hermano de Evert Taube, murió en un accidente durante una salida a pescar. No encontraron el cuerpo ni la barca. Las aguas frente a las costas de Smögen son temibles. Lo sorprendió una tormenta.

—¡Qué horror! —se lamentó Lisa en una exhalación. La fatiga ya se manifestaba claramente en sus piernas.

—Ya falta poco —la animó Sofie.

Lisa miró hacia la punta del faro y pensó que era una estructura increíble. Mientras no mirase hacia abajo, no tendría problemas de vértigo. Sofie comenzó a cantar con voz clara y nítida, aunque en tono bajo, una de las populares baladas de Evert Taube:

Era el Blue Bird de Hull,

era el Blue Bird un bergantín aclamado

que con las velas arriadas resistió

en la tormenta de nieve con el aparejo helado

la Nochebuena del setenta y dos.

—Es una canción triste —dijo Sofie luego, y se giró para mirar hacia Lisa, que estaba más abajo—. Lloro cada vez que la escucho.

—¿Es verdad la historia que cuenta? —preguntó Lisa.

—¿Que si es verdad? —repitió Sofie, y continuó subiendo—. Es absolutamente auténtica.

***

Karl se coló en la sala de la Unidad de Informática. Había dicho que necesitaba ir al baño y Emir difícilmente iba a impedírselo. Sabía dónde estaban los servicios para las visitas, y en el pasillo de al lado se encontraban los forenses informáticos. Mattias alzó la vista asombrado al ver entrar a Karl.

—¿Dónde están los demás? —masculló Karl.

—Han salido a tomar un café —contestó Mattias con rostro preocupado. Una arruga irregular y vertical surcó el centro de su frente.

—Tienes que ayudarme.

—Sabes que no puedo —susurró Mattias—. Vete.

—Pero no tiene nada que ver con la investigación. Necesito saber dónde está Lisa.

—Que yo sepa, sí que tiene mucho que ver con la investigación.

—Mattias, sé que se encuentra en peligro. Podría no querer saber nada de mí, pero jamás perdería el contacto con nuestros hijos. Su hermana está preocupada. Tienes que decirme en qué antena habéis localizado su móvil.

—Voy a ganarme una buena bronca por hacer esto —suspiró Mattias, y escribió unos números en un Post-it.

—Eras mi amigo, pero ahora pasas a ser un superhéroe, de verdad.

—Ninguno de nosotros es un héroe —replicó Mattias.

—Seguimos en contacto.

Karl salió al pasillo y se dirigió al servicio para discapacitados.

Se sentó sobre la tapa del inodoro y desdobló la nota. Reconoció las coordenadas, pero las introdujo en el móvil para asegurarse. Esperó impaciente a que el mapa mostrase el punto. ¡Mierda! ¿Qué hacía Lisa allí? ¿Por qué diablos había ido a Smögen? Tiró de la cadena y salió corriendo. Poco después estaba de nuevo en la sala donde Emir seguía esperándolo.

—Menos mal que has vuelto —reconoció Emir—. La jefa acaba de estar aquí y me ha dicho que no puedes ir a ningún sitio sin vigilancia.

—Tengo que irme —anunció Karl, mirando fijamente a los ojos de Emir.

—¡Ni hablar!

—Tengo que hacerlo. Lisa ha desaparecido y quizá sepa dónde está.

—¿Has estado con los informáticos?

—¡Shhh! No quiero que le caiga un marrón a nadie por esto.

—Mattias no tiene remedio —se lamentó Emir, llevándose las manos a la cara.

—Mattias es el mejor —replicó Karl con tanta dureza que Emir dio un respingo—. Ni se te ocurra causarle problemas. Es posible que le haya salvado la vida a Lisa. Tengo que irme.

—Tú no vas a ninguna parte —ordenó Emir, poniéndose delante de la puerta.

—Apártate. —Karl intentó apartar a Emir con la mano—. No he visto ningún auto de prisión provisional. No podéis detenerme antes de que la fiscalía lo solicite.

—Ya lo ha hecho —afirmó Emir—. No te muevas de aquí o tendré que

llamar a seguridad.

Karl se dio por vencido. Se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza en las manos.

—Espero aquí. Olvídate del abogado. Pídele a la Säpo que me interroguen ahora.

—El abogado ya está a punto de llegar.

—¿Me traes un café mientras tanto?

—Vete tú a buscarlo, pero en un minuto te quiero de vuelta aquí —dijo Emir.

—Ya lo sé, relájate. —Karl, envuelto en un aire de capitulación, se alejó arrastrando los pies hacia la cocina.

19

Una vez en el descansillo, Lisa se detuvo a recuperar el aliento. Su forma física era buena, pero, en comparación con la de Sofie, parecía ridícula. La estructura portante de acero mostraba una decoración muy rica. Se preguntó para quién la habían hecho. Durante los años de funcionamiento del faro, lo más probable era que no la hubieran visto más que unas pocas personas.

—Es aquí —indicó Sofie, y abrió el candado de una sencilla puerta de madera con una llave del mismo llavero donde tenía la del faro.

Si la bolsa no estaba allí, a Lisa ya no se le ocurría qué más podía hacer. ¿A quién llamaría? No tenía dinero. Quizá Sofie podría ayudarla, pero empezaba a sentir que era una carga. Lisa entró en el pequeño cuarto, donde un uniforme antiguo de farero con su correspondiente gorra colgaba de una percha. Un catre estrecho ocupaba una de las paredes y, a su derecha, había un ropero. La única luz era la que entraba a través de unas rendijas situadas encima de la puerta.

—Mira dentro del armario también —sugirió Sofie—. Si tampoco está ahí, creo que tendremos que abandonar.

Lisa abrió el ropero para descubrir que estaba vacío, salvo por una botella de agua que reposaba en un estante de la parte superior. Se dio la vuelta con expresión desolada, pero se encontró con la puerta cerrada. Fuera, oyó el clic al encajar el aro en el cuerpo del candado.

—¡Sofie! —gritó—. ¡Sofie! ¿Qué haces? Tengo que volver a casa. Mis hijos me esperan.

—Tus hijos no te necesitan —replicó Sofie con dureza.

—Claro que me necesitan, lo sabes perfectamente. ¿Qué mosca te ha picado? ¡Ábreme! Esta broma no tiene ninguna gracia. Siento haber sido una molestia, pero abre, por favor.

—En el armario hay agua. Te las arreglarás hasta que todo haya terminado.

—¿Hasta que haya terminado el qué?

Sofie no contestó. Lisa la oyó bajar por las escaleras con pasos ligeros y rápidos. Poco después, le llegó el sonido de cómo se cerraba la puerta de entrada al faro. Y luego nada más. Todo quedó en silencio, salvo por el silbido del viento en lo alto de la torre. Sintió que se mareaba. Le costaba respirar. Se apoyó con una mano en el catre y cayó pesadamente sobre la dura superficie. Intentó volver a levantarse con todas sus fuerzas, pero la cabeza se le hundió en una manta doblada en la cabecera.

***

Camilla Stålberg estaba furiosa. Sentado frente a Jörgen Hammar en la mesa oval, Emir quería que se lo tragara la tierra.

—Te dejé mis órdenes muy claras hace cinco minutos —chilló Camilla.

—Lo siento —dijo Emir.

—¿En qué estabas pensando?

—No había ningún guardia disponible y yo no podía abandonar la sala. Le dije que tenía un minuto. La máquina del café está aquí al lado.

—Pero ¿no veías que se iba a largar pitando? El bocazas de Mattias acababa de contarle que habían localizado el teléfono de Lisa en Smögen. ¿Qué pensabas que haría?

—No puede ser tan difícil detenerlo. La E6 es el único camino para subir a Smögen.

—Nuestros colegas ya se han desplegado en la autopista. Como máximo, llegará al puente Uddevallabron, si es que no lo pillan antes.

—Entonces, el problema estará solucionado.

—Pero, Emir, no podemos malgastar recursos persiguiendo a Karl. Nuestra misión es encontrar las pruebas forenses que lo vinculen a Tricia Andersen sin lugar a dudas. Punto.

—¿De verdad creéis que la ha asesinado Karl? —inquirió Emir.

—Ya no es tu trabajo seguir dándole vueltas a eso —zanjó Camilla—. Vete a casa con Nathalie inmediatamente y quédate allí hasta que te ordene que vuelvas. ¿Te queda claro?

Emir se levantó y salió del despacho. No era difícil darse cuenta de que se marchaba disgustado. Decepcionar a su jefa era lo último que deseaba, y Camilla lo sabía.

—Es obvio que has perdido el control de tu gente —criticó Jörgen Hammar, mirando divertido a Camilla, cuyo rostro enrojecido hacía juego con las sillas para visitas frente a su escritorio—. Quedáis totalmente apartados del caso —continuó—. No podemos presentarle más errores al primer ministro o nos pondrá a todos de patitas en la calle. Desde este momento, quiero que cualquier cosa que hagan tus empleados pase primero por mi mesa. Dirigiremos los interrogatorios y todas las acciones sensibles en materia de seguridad. ¿Me he expresado con claridad?

Camilla asintió y se levantó. Se acercó a la ventana y paseó la mirada por el estadio Ullevi. A veces, aquella vista le parecía una cárcel.

El jefe de la Säpo dio un portazo resuelto al salir. Aquello empezaba a parecer una guardería, o una comisaría para adolescentes. Les iría bien practicar un poco de cooperación de buena fe, a la antigua usanza. Si remaban todos en la misma dirección, serían capaces de resolver el caso, ¿no? La asaltaron las dudas. Karl Ström era el padre del bebé de Tricia Andersen y su cadena de plata estaba hundida en su cuello cuando la hallaron en la ensenada de Mármol. ¿Lo convertía eso automáticamente en el asesino? Suspiró. Por desgracia, todo apuntaba hacia él. Quizá lo había juzgado mal y la había cegado el hecho de que fuera un analista excelente. Los informes que recibía de él eran mucho más que gráficos y tablas. Contenían también análisis del material obtenido que, en numerosas ocasiones, habían demostrado ser valiosísimos para la investigación. ¿Cómo iba a encontrar a otro agente que estuviera a la altura de Karl? En esos momentos lo habría necesitado para resolver el caso, pero era imposible, ya que él era el sospechoso principal. ¡Cómo odiaba tener que someterse a las órdenes de la Säpo!

Llevaba varios días pensando que debería pedirle a Mattias que se concentrara en averiguar qué medio de transporte había utilizado Tricia para llegar a Hållö. Estaba claro que el yate de su padre la había dejado en el muelle Smögenbryggan, pero Bertil, el capitán del ferri de Hållö, no recordaba haberla llevado durante los trayectos programados ni tampoco en los viajes reservados fuera del horario

estándar. Acabaron llegando a la conclusión de que Tricia sí que había ido en el ferri, pero que su aspecto actual no se parecía al que mostraban las fotos que le habían enseñado a Bertil. O quizá no. Quizá la persona que la había llevado era otra. Decidió que no pararía hasta encontrar la respuesta, no importaba cuánto tiempo necesitase. Y se prometió a sí misma que, en cuanto el caso estuviera resuelto, se llevaría a Cleuda a algún país cálido.

***

Karl saltó a la lancha semirrígida inflable que estaba amarrada en la zona sur del muelle Skeppsbron, en Gotemburgo. Una pandilla de jóvenes que celebraban una despedida de soltero habían contratado un transporte rápido a la isla de Marstrand, donde pensaban dedicarse a beber cantidades obscenas de champán en el restaurante Wärdshus. Gracias a su talento para moverse por la red como pez en el agua, había encontrado la empresa en una web de actividades de aventura y llamado para preguntar qué salidas tenían previstas. Se ofreció para acompañar a los chicos como filmador y ellos lo aceptaron al instante. La tarjeta SIM de su móvil la envolvió en papel de aluminio y la dejó en uno de los servicios de la estación central, y, en su lugar, puso una de prepago.

Karl acabó de enfundarse el traje de supervivencia y grabó varias secuencias de la pandilla con el móvil. No podía decirse que estuvieran sobrios, pero la situación todavía no se había salido de madre. Se sentó a horcajadas en un asiento e intentó olvidar el viento helado que le azotaba el rostro. Ya había probado ese tipo de lancha en verano y le gustaba, pero en otoño le parecía más bien una tortura. Era obvio que había dado con un grupo de amantes del deporte extremo. Antes de llegar al puente Älvsborgsbron, las aguas estaban en calma y avanzaban despacio, pero, una vez rebasada la fortaleza de Älvsborg, el patrón aceleró con fuerza. La lancha volaba sobre la cresta de las olas y, a veces, se mantenía en el aire durante varios metros. Los chicos coreaban y gritaban. Karl se puso de pie para seguir con el cuerpo los movimientos de la embarcación. Si se mantenía sentado, temía que algunas de las partes de su cuerpo más apreciadas —o eso esperaba— saliesen malparadas.

El cosquilleo que sentía en el estómago superaba con creces la emoción que podían ofrecer las atracciones del parque de Liseberg. La

cara se le había quedado entumecida y la diversión aumentaba al mismo ritmo que la velocidad. Mientras atravesaban el paisaje de islas e islotes, solo podía pensar en una cosa: tenía que encontrar a Lisa. Mattias la había ubicado en Smögen durante la tarde del día anterior. ¿Quizá había seguido hasta Hållö? Su preciosa e irreflexiva mujer. ¿Qué quería hacer allí? Si pudiera convencerla de que la coincidencia del ADN era un complot contra él. Camilla Stålberg estaba decidida a inculparlo y Karl no entendía por qué. ¿Era porque se había sentado al lado de Cleuda en la fiesta de otoño? Se habían divertido muchísimo y hasta Lisa, que nunca se ponía celosa, había mirado con expresión suspicaz la foto que Nathalie había publicado amablemente en Instagram: Cleuda y él riéndose durante la cena con las caras muy juntas. Sin embargo, Cleuda no había mostrado interés en él ni por un segundo, aparte de como colega de borrachera, y él tampoco se había interesado en ella. Incluso le había revelado que Camilla era el amor de su vida y que a veces la sacaba de quicio que Camilla siempre pusiera el trabajo por delante.

El tiempo pasó rápido. Ya estaban llegando a la bocana del puerto de Marstrand, donde desembarcarían a los pies del restaurante. Cuando llegaron, Karl vio cómo los hermanos Johansson, a cargo del Wärdshus, sacaban enfriadores llenos de hielo hasta el borde que cubría las caras botellas. Las estufas de la terraza estaban encendidas y el toldo, desplegado. No hacía calor, pero los muchachos ni se darían cuenta. Karl se despidió diciéndoles que les enviaría el vídeo por correo electrónico en cuanto lo tuviese editado. Antes de irse, aún grabó algunas imágenes de las mesas puestas.

Miró a su alrededor. Allí estaba: una escritora amante de las lanchas motoras a la que había conocido durante un curso nocturno de criminología años atrás. Le había prometido llevarlo hasta Hållö.

—Espero que no estemos tramando nada raro —comentó cuando Karl se subió a la embarcación.

Debía estar muy concentrada en escribir si no había visto ninguna noticia del asesinato de Tricia Andersen en Hållö, del cual él era el sospechoso principal. Era absurdo. Las náuseas le subían hasta la garganta cuando pensaba en la situación en la que estaba metido.

—Quiero encontrarme con Lisa —aclaró él—. Nos hemos peleado y sospecho que está en Hållö. Últimamente ha sido duro conciliar trabajo y familia, y estamos los dos agotados.

—Conozco la sensación —confesó ella—. Estoy en la fase final de mi

nueva novela y, por momentos, parece que la familia se fuese a pique. Pero nuestros hijos son mayores y es más fácil.

La lancha se deslizó y las aguas gris oscuro se separaron con reticencia cuando la proa empezó a surcarlas. La travesía no tenía nada que ver con los paseos en lancha en verano, cuando uno se sentía el rey del mar. Después de un rato, llegaron al muelle donde solía atracar el ferri de Hållö. Le dio las gracias a su amiga y le prometió unas cuantas horas sobre informática forense, ya que le había explicado que necesitaba más conocimientos sobre su campo de especialidad.

—¿Dónde quieres que quedemos? —preguntó Karl—. Invito yo.

—Pues vayamos al Post —contestó ella—, a no ser que te apetezca comer el lenguado que sirven en el Grand. Aunque, si vamos al Post, primero tenemos que mirar qué hay de menú porque, algunos días, el cocinero se pone muy creativo y no siempre le sale bien.

Karl lanzó su bolsa al alto embarcadero y luego subió él. En ese momento, el sol consiguió abrir una grieta en la densa capa de nubes grises. Habría que vivir en el archipiélago, pensó mientras dirigía sus pasos hacia la estación meteorológica. A lo mejor el chico que trabajaba allí había visto a Lisa.

—Hola, Love —lo saludó cuando se abrió la puerta—. No llegamos a conocernos, pero, hace unos días, estuvimos al mismo tiempo en el albergue.

Love puso cara de asustado.

—Eres el que mató a la chica que encontraron en la ensenada de Mármol —dijo con voz seria, y retrocedió un paso.

—No, no. Es un malentendido —alegó Karl, pasándose la mano sobre los cabellos alborotados después de las dos travesías. Su rostro seguramente tenía un aspecto demacrado, tras varias noches seguidas durmiendo mal.

—Voy a llamar a la policía —advirtió Love, y siguió retrocediendo hacia el interior del edificio.

—No lo hagas, por favor. Solo he venido a buscar a mi mujer, Lisa. ¿La has visto? En cuanto la encuentre, regresaremos a casa.

—No, no está aquí. Estoy solo en la isla. La policía ha precintado el albergue y Sofie ha ido a tierra durante unas horas. —Love cerró la

puerta y Karl oyó cómo giraba la llave en la cerradura.

Se dio la vuelta desesperado y comenzó a andar en dirección al faro. No sabía por dónde empezar a buscar. Mirara donde mirase en la llana isla, las rocas estaban desiertas. No se veía ni un alma. Aunque el sol asomaba de vez en cuando, era fácil comprender por qué el final del otoño no era la época ideal para ir de excursión a Hållö. Pero el faro era precioso. Todo el año. Al verlo elevarse delante de él, se sintió protegido en cierto modo. Se preguntó si el puesto de meteorólogo en la estación de Hållö sería adecuado para él. Aunque en esos momentos lo consideraban un paria en todas partes. Los periódicos y la televisión lo habían pintado como un asesino. Si bien no habían dado su nombre, solo hacían falta unos pocos clics en algún foro de internet para que apareciesen su nombre y su foto con total facilidad. Presionó la manilla de la puerta. Estaba cerrada con llave. La sacudió con fuerza, pero no se movió ni un milímetro. Durante el otoño y el invierno, no debían abrirla demasiado a menudo.

¿Dónde podía estar Lisa? ¿Habría entrado en el albergue a pesar de que la cinta azul y blanca de la policía marcaba claramente que no se podía pasar? El precinto estaba fijado en postes situados a unos cinco metros del edificio. ¿Debía atreverse a ignorarlo y entrar? Había entregado la placa y violar un precinto policial no lo ayudaría a recuperarla antes. ¿Era posible que Lisa estuviera en Smögen, donde Mattias había localizado su móvil? Pero ¿qué iba a hacer allí? ¿Había algo allí que podía resultarle útil en sus pesquisas? ¿O pensaba que a Karl jamás se le ocurriría buscarla en Smögen?

Su instinto le decía que Lisa había ido a Hållö. Pero ¿por qué iba a querer estar cerca del lugar del crimen? Una idea absurda le cruzó la mente: ¿podía Lisa tener algo que ver con la muerte de Tricia Andersen? La apartó de sí al instante. Debía procurar mantener la cabeza clara. No había lugar para pensar estupideces. El tiempo se le agotaba. Love podría haber avisado ya a media policía. Bajó hacia el puerto de Hållö para ver si había alguna embarcación que pudiese utilizar. Debía ir a Smögen lo antes posible.

***

El viento había arreciado. Lisa oía cómo silbaba alrededor de la punta del faro con mayor intensidad. ¿Era todavía parte de su sueño? Debía

haber dormido profundamente. En su sueño, estaban juntos de nuevo. Toda la familia. Karl y los niños. La cabeza le pesaba como después de una larga noche de fiesta. Hacía mucho que Karl y ella no salían a bailar y se divertían de verdad. Se habían visto atrapados en una rueda que giraba cada vez más deprisa: el trabajo, las actividades extraescolares tanto por las tardes como los fines de semana, las cenas con los padres de los amigos de los niños. ¿Dónde se habían quedado sus propios amigos? Se levantó del catre. Se sentía molida, le dolían las piernas, las caderas y la espalda. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué la había encerrado Sofie en la torre? Palpó la pared. Los muros seguramente eran más finos allí arriba, quizás a unos quince metros de altura, pero era imposible abrir un agujero en ellos. Llegó a la puerta, que era de madera maciza, y la aporreó, pero solo consiguió que se formase una mínima rendija a través de la cual vio el grueso candado. Agua. Recordó que había una botella de agua en el armario. Bebió con avidez el líquido transparente para aliviar su seca garganta. Se sentía sin fuerza, pero, en cuanto se recuperase un poco, pensaba intentar forzar la puerta. El candado era de sólido acero, pero quizá conseguiría romper la puerta de madera si concentraba todas sus fuerzas. Si hubiera habido una ventana, quizá habría podido llamar la atención de alguien que pasase por la estación meteorológica o de algún agente de la científica que hubiese vuelto a inspeccionar el lugar de los hechos. Pero en aquel cuartito no había ni una sola abertura.

¿Cuánto tiempo pensaba Sofie dejarla allí? Sin comida y solo con medio litro de agua no aguantaría mucho. ¿Y a quién se le iba ocurrir buscarla en un faro? Su vida empezaría a correr peligro. ¿Por qué se había ido de casa? Podría haber enviado a Karl a otro sitio y quedarse ella en casa con su hermana hasta que sus padres volviesen de Mallorca. Se le llenaron los ojos de lágrimas. La atravesó una mezcla de pena y miedo. ¿Qué había hecho? Tomó otro trago de agua y volvió a revisar el armario. En el estante donde había encontrado el agua descubrió una barrita de sésamo como las que solían tener junto a la caja en los estancos. Sofie había planeado aquello. Pero ¿cómo podía saber que Lisa se presentaría en Hållö? ¿Se había metido de cabeza en una trampa? La barrita de sésamo estaba deliciosa. Comió solo un trocito, pero notó que el dulzor le subía al punto del cerebro que disparaba la felicidad. Se secó con la palma de la mano las lágrimas que le habían resbalado por la cara. La pena que sentía se trocó en ira. ¿Quién coño se creía que era la Sofie aquella? De alguna manera, lograría escapar de su encierro, y lo mejor era que se pusiese manos a la obra ya, antes de que se le agotaran las fuerzas.

***

Sandra y Dennis iban paseando por el muelle. El día de finales de octubre les regalaba algún que otro destello de sol a través de las nubes, pero el agua de la dársena del puerto de Smögen mostraba el habitual verde oscuro del otoño. Cada uno llevaba su cucurucho de fish and chips.

—Echaba de menos esto —afirmó Dennis.

—¡Está buenísimo! —exclamó Sandra, masticando el último trozo de pescado—. Casi te diría que me apetece otra ración.

—¿Y si tomamos un café? —propuso Dennis—. En la única cafetería que tiene abierto todo el año en esta isla.

—En casa de papá y la tía, ¿no?

—A lo mejor Signe tiene unas tortitas cociéndose en la sartén, nunca se sabe.

—¿Cómo puedes tener tanta hambre? —preguntó Sandra.

—Es gula, y también que no me apetece nada tener que volver ya a la comisaría.

—Me parece alucinante que nos hayan medio apartado de la investigación de un asesinato que se ha producido en nuestro distrito.

—No hay nada que hacer —razonó Dennis—. La Säpo no quiere colaborar con las comisarías locales de manera innecesaria. Su lema es «ya podemos nosotros». Lo mejor es dejarlos hacer. Pero tenemos que mantenernos alerta porque en cualquier momento podríamos recibir nuevas órdenes. Además, nos ha llegado la denuncia de un ciclomotor robado, puedes ponerte con eso cuando volvamos.

—Antes he llamado a Mattias.

—¿Te ha dicho algo nuevo?

—Solo que los agentes de la Säpo van como locos arriba y abajo por el pasillo donde está el despacho de Camilla, pero que no hablan con nadie y ni siquiera salen de sus despachos para tomar un café. Y resulta que Karl se ha escapado del interrogatorio. Mattias ha murmurado algo de que quizá viniese hacia Smögen, pero me parece

muy extraño.

—Los de la Säpo son gente peculiar, pero eso solo confirma su filosofía de hacerlo todo solos —juzgó Dennis—. ¿Nos avisará Mattias si averigua algo nuevo?

—No creo, no está autorizado a decirnos nada, ni siquiera puede informar a Camilla. Por lo que parece, Hammar se ha puesto al mando con mano de hierro —suspiró Sandra.

—¿Se te ocurre algo más? —quiso saber Dennis—. Tengo la impresión de que nos va a costar dejar a un lado este caso.

—¿Te acuerdas del robo en la tienda de chuches? —preguntó Sandra cuando llegaron a la escalera del porche de Signe y Gerhard.

—Sí, quizá no tuvimos una actuación demasiado profesional —confesó Dennis—. Estábamos muertos después de habernos quedado con mis sobrinos.

—Johanna, la dueña, mencionó que había visto a un hombre desconocido que le recordaba al profesor Tornasol de Tintín en el estanco de Gösta. Nos imaginamos que debía ser Karl, pero ¿ha revisado alguien la cronología de los hechos?

—Karl difícilmente podría haber estado en Hållö a la hora del crimen, ¿no?

—Karl declaró que había pasado por el estanco a las seis y media, pero, si estaba allí cuando se produjo el robo en la tienda de chuches, hay una laguna de más de media hora en su relato. Bertil no estaba seguro al cien por cien de a qué hora había llevado a Karl.

—Voy a llamar a Mattias —decidió Dennis—, que se lo mire él. Seguro que, en cuanto hayamos terminado el café, ya está listo su informe.

Dennis se alejó unos metros y comenzó a caminar en círculos mientras le explicaba a Mattias sus dudas sobre la secuencia temporal de los hechos, el estanco y los movimientos de Karl antes de su llegada a Hållö. Entretanto, Sandra llamó con familiaridad a la puerta azul de la entrada, que Signe salió a abrir con una cálida sonrisa.

—¿Han salido a dar un paseo mis policías favoritos? —gorjeó—. Pensaba que estabais en medio de una investigación.

—Ya no se desea nuestra participación en el caso —explicó Sandra,

sentándose a la mesa de la cocina.

—¿Estás haciendo algún pastel? —preguntó Dennis, mirando con curiosidad el horno.

—Yo no, Gerhard. Le dije que siempre da por sentado que voy a hacer algo de repostería y que al menos debería demostrar que sabe hacer el bizcocho más rico, como siempre afirma. Y es probable que tenga razón, porque a mí se me da bien todo menos el bizcocho clásico.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó Gerhard, que acababa de aparecer en la cocina, y se le iluminó el rostro al ver a Sandra—. Hoy me he atrevido yo con los dulces.

—Eso pasa pocas veces, ¿no? —rio Sandra.

—De tanto en tanto sí que hago algo —respondió Gerhard con timidez.

—Para Navidad siempre prepara galletas de mantequilla —intervino Signe en defensa de su hermano.

Dennis se acomodó en el salón con el diario local Bohusläningen y reclinó la cabeza en el sillón.

—Ven a probar —le pidió Gerhard al cabo de un rato—. Serás el jurado.

—¿Me toca a mí hacer de jurado? —dijo Dennis, y en dos zancadas se plantó de nuevo en la cocina.

Signe había preparado café y había puesto unas elegantes tacitas con servilletas a juego. Dennis se sentó y le tendió el plato a Gerhard, quien le sirvió un gran trozo de bizcocho.

—¡Dennis, mira! —gritó Sandra de sopetón desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó Dennis, asustado, y estuvo a punto de caérsele el plato y de volcar la taza de café, pero consiguió evitar el desastre con una reacción inusualmente rápida.

—Karl acaba de pasar corriendo por delante de la ventana.

—¿Qué?

Se levantaron los dos y fueron a ponerse los zapatos y las chaquetas.

Dennis consiguió pasar el brazo por la manga sin perder el trozo de bizcocho y luego se lo metió en la boca.

—¡Corre! —ordenó mientras le salían migas del pastel por la boca.

Una vez fuera, vieron cómo Signe los seguía con la mirada atónita tras los visillos de encaje.

***

No habían detectado ningún automóvil a bordo del cual fuese Karl Ström. Camilla Stålberg recibía informes actualizados cada cinco minutos. Los servicios secretos habían tomado las riendas del caso, pero ella le había pedido a Mattias que la mantuviese al tanto constantemente por SMS. Cuando fue a verlo a su unidad, parecía que estaba deseando que se lo tragara la tierra. Pero Camilla lo necesitaba, ya que sus empleados más cercanos habían ido desapareciendo uno tras otro. Cogió las llaves del coche, que reposaban en el escritorio, y empezó a arañar la madera con las uñas. En aquel despacho tan elegante no hacía nada.

El garaje estaba desierto. Los policías de las patrullas habían salido hacía mucho rato y los demás colegas estaban ocupados en sus tareas. Se puso las gafas de sol que guardaba en la visera superior y arrancó. Había sido Cleuda quien había insistido en tener un Camaro SS. Los modelos actuales tenían el mismo aspecto sólido que un Volvo, pero, en el interior, predominaba un excitante aire de deportivo. Al pisar el acelerador, el motor V8 rugió en el punto justo: lo suficiente para llamar un poco la atención, pero a la vez lo bastante discreto como para no resultar ridículo. Dejó atrás el estadio Ullevi y se incorporó a la E6. Las perspectivas de la investigación eran desoladoras. ¡Había tantos indicios que señalaban hacia Karl! El analista tenía que reconocer que era difícil rebatirlos; aun así, insistía en proclamar su total inocencia a los cuatros vientos. Su comportamiento la llevaba a plantearse si tendría algún trastorno mental. ¿Y si llevaba una doble vida? Una vida con Lisa, sus hijos y el trabajo de policía, y otra vida totalmente separada. Si era así, ¿se daba cuenta Karl de lo que hacía? No estaba segura de qué pensar. Lo cierto era que podía citar varios casos en los que los culpables habían vivido en dos mundos diferentes sin conexión alguna.

A la altura del puente Angeredsbron, Camilla iba casi sola por la

autopista. Aceleró y voló a través del paisaje. A esa velocidad llegaría a Smögen en una hora. Aún no tenía un plan claro, pero, si Karl estaba en la isla, hablaría con él dejando a un lado su cargo de jefa. Si era culpable, lo obligaría a confesar. Esa investigación le resultaba bochornosa y no estaba dispuesta a tolerar más meteduras de pata. La policía de Estocolmo y los servicios secretos estaban riéndose de ella literalmente en su cara. Los recursos de los que disponía en la jefatura eran mínimos. Estocolmo había asignado la máxima prioridad al asesinato de Tricia Andersen, pero sus colegas estaban con el agua al cuello debido a la guerra entre bandas. Todos los agentes de Gotemburgo estaban centrados en el despliegue en los barrios, y los casos de asesinato que no guardaban relación con las bandas podían clasificarse como prioritarios en teoría, pero, en realidad, el trabajo cotidiano seguía siendo el mismo. Camilla jamás conseguía los recursos que necesitaba.

***

Love volvía a estar solo frente al panel de instrumentos y los monitores. Los últimos días, Sofie le había pedido que se encargara de sus tareas cada dos por tres. No habría nunca una distribución justa del trabajo entre ellos, pero Love empezaba a pensar que Sofie estaba pasándose de la raya. Era cierto que él también había tenido que irse para estar con su madre en el hospital, pero había sido la primera vez que se había ausentado en más de cuatro años. Sofie le gustaba y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por ella, pero no le hacía gracia que se aprovechase de él por ese motivo. Intentó apartar ese pensamiento de su cabeza. Por una mujer ideal como Sofie merecía la pena esperar todo el tiempo del mundo; además, finalmente era suya.

La situación meteorológica era estable y, desde el último informe, no había llamado ningún periódico ni ninguna cadena de televisión. Pensó en los correos electrónicos que había visto sin querer. Los mensajes de Kristoffer. El chico sobre el que Love no se había atrevido a preguntar. Sus dedos comenzaron a moverse en contra de su voluntad y, poco después, volvía a estar en la bandeja de entrada de Sofie. Se desplazó hacia abajo. Cuando vio aparecer de nuevo el nombre ante sus ojos, lo asaltaron los celos igual que la primera vez. Repiqueteó con los dedos sobre el ratón y, de repente, había entrado en el mensaje. Pero algo no encajaba. Sofie no había recibido el correo de una persona llamada Kristoffer, sino que el correo lo había enviado

alguien que se llamaba así. ¿Acaso el tal Kristoffer compartía una cuenta con Sofie? ¿Eran pareja? ¿Llevaba Sofie otra vida fuera de la estación de la que él no sabía nada? Estaba confundido y sintió que los celos le llegaban aún más dentro. ¿Cómo podía haber sido tan tonto? Era evidente que una chica como Sofie no se conformaría con él: Love, un friki de la meteorología que se pasaba trescientos sesenta y dos días al año encerrado en una isla casi desierta. ¿Qué se había imaginado? Aunque Sofie tampoco pasaba demasiado tiempo fuera de la estación. Hasta entonces. ¿Acababa de empezar a salir con el tal Kristoffer?

Love oyó ruidos en la puerta y cerró rápidamente el programa de correo. Ni siquiera podía pedirle cuentas a Sofie. Él no era nadie para ella. Se había emocionado simplemente porque habían dormido juntos una hora, pero no eran pareja y jamás lo serían. Una enorme tristeza como jamás había sentido antes embargó su corazón. Era doloroso reconocerlo y sabía que necesitaría un tiempo para superarlo.

***

—¡Por allí! —gritó Sandra, señalando hacia las casas del museo de historia local de Smögen.

Dennis y ella siguieron corriendo entre las callejuelas y pasaron junto a las dos construcciones blancas, el museo y la casita preferida de Sandra, con una puerta doble pintada de azul. Llegaron enseguida al muelle Smögenbryggan, donde Dennis se detuvo. ¿Dónde se había metido Karl? Habían visto desaparecer sus rizos oscuros tras la última esquina, pero ahora parecía haberse esfumado. Pasaron junto a Kilen, una dársena que formaba un minipuerto interior, y continuaron avanzando por el muelle hacia el oeste, en dirección a la bahía Vallevik. Cuando llegaron al túnel peatonal, vieron a Karl corriendo agachado debido a la reducida altura del techo. Lo siguieron, pero no lograron darle alcance hasta el quiosco, donde comenzaba la zona de baño.

—¡Para! —vociferó Dennis—. ¡Para!

Karl se detuvo y se tendió cuan largo era en uno de los bancos de delante del quiosco. Se había quedado sin aliento y no era capaz de hablar. Dennis y Sandra se dejaron caer en el banco de enfrente, también jadeantes.

—¿Se puede saber qué te traes entre manos? —preguntó Sandra.

—¿Y por qué estás en Smögen? —añadió Dennis—. ¿No te das cuenta de que todo el mundo te buscará aquí?

—Tengo que encontrar a Lisa —jadeó Karl—. Está aquí, en alguna parte.

—Ayer ubicaron su móvil aquí, pero hoy no lo han detectado en ninguna antena —explicó Sandra.

—Lo sé —replicó Karl—, por eso estoy tan preocupado. Tiene que haberla secuestrado alguien.

—¿Qué te hace pensar eso? —Sandra sonó escéptica.

—Jamás perdería el contacto con los niños y con su hermana. ¡Jamás!

—¿Por qué iba a venir hasta aquí? —cuestionó Dennis—. ¿No parece raro?

—No lo sé. Pero alguien la habrá convencido para que viniera o le habrá dicho algo que la impulsó a venir.

—¿Puedes acceder a su correo? —inquirió Sandra—. En los mensajes del móvil no hemos visto nada. —La inquietaba que Karl insistiese tanto en que le había pasado algo a Lisa.

—Tiene dos cuentas, pero no sé las contraseñas.

—Voy a llamar a Mattias —decidió Dennis.

—¿Puedes preguntarle si ha habido más actividad en el teléfono de Lisa? —rogó Karl.

Los tres empezaban a recuperar las pulsaciones normales, y Sandra se preguntó si Karl estaría tentado de volver a escapar. Debían ser cautelosos para que no se sintiera amenazado. No sabía si serían capaces de perseguirlo corriendo durante mucho más tiempo.

—Mattias revisará todas las cuentas de Lisa —informó Dennis—, solo tienes que enviarme las direcciones.

Karl comenzó a teclear en el móvil. Sandra se alejó en dirección al agua para hacer una llamada.

—Stålberg, ¿dígame?

—Hola, soy Sandra. Hemos encontrado a Karl en Smögen. ¿Informo a la Säpo?

—Ya me encargo yo. No permitáis que se vaya —indicó Camilla.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Invéntate algo. Dile que hemos encontrado otro sospechoso.

—Karl no es tonto —objetó Sandra.

—Pues busca otra solución.

Sandra regresó junto a Karl y Dennis. Dennis ya tenía el mensaje con las direcciones de Lisa y estaba reenviándoselo a Mattias.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Karl.

—Te vienes con nosotros a la comisaría. Tenemos que esperar a Camilla. Viene hacia aquí —explicó Sandra.

—Entonces, Lisa morirá.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no está ilocalizable por voluntad propia? —preguntó Dennis.

—Sé que nunca haría algo así. Está aquí, en alguna parte.

—¿Conoce a alguien en Smögen? —indagó Sandra.

—No que yo sepa.

Se quedaron todos callados. El móvil de Dennis emitió un sonido.

—Es Mattias —dijo Dennis—. Ha encontrado unos correos de un tal Kristoffer que afirma ser amigo tuyo, de cuando trabajabas en la embajada en Estocolmo. Han quedado en Hållö.

—¿Quién es Kristoffer? —interrogó Sandra.

—Un amigo de la embajada —respondió Karl—, pero no tenía ni idea de que Lisa estuviese en contacto con él. En aquella época hacíamos muchas cosas juntos, pero Lisa nunca lo ha conocido.

—Iban a reunirse en Hållö ayer por la tarde —apuntó Dennis.

—Tenemos que volver allí —resolvió Karl.

—¿Ya has estado en Hållö?

—Hace un rato, pero no la encontré. Love, el chico de la estación meteorológica, no había visto a nadie.

—¿Y cómo has venido hasta Smögen? —quiso saber Dennis.

—Tomé un barco prestado…

—Joder, Karl, ¿es que te has vuelto loco? —le reprochó Sandra.

—Está en peligro. Simplemente lo sé —replicó Karl, desesperado—. ¿No veis lo grave que es? ¡Alguien la ha engañado para que viniera hasta aquí y ahora ha desaparecido!

—¿Dónde has dejado el barco? —preguntó Dennis.

—No vamos a coger ningún barco —intervino Sandra—. Nos vamos a la comisaría a esperar a Camilla.

—¡Y una mierda! —le espetó Karl, y echó a correr, aún más deprisa que antes, en dirección al túnel peatonal y de regreso al muelle Smögenbryggan.

Dennis y Sandra corrieron tras él, pero, en el túnel, Sandra tropezó con una piedra y cayó al suelo. Dennis frenó y se dio la vuelta para ver qué le había pasado.

—¡Corre! ¡Sigue corriendo! —le gritó.

Karl había ganado ventaja. Dennis iba casi cincuenta metros por detrás y lo vio desaparecer tras un saliente rocoso. Siguió corriendo y vio cómo Karl saltaba a un barco a la altura de Kilen, el diminuto puerto interior.

—¡Voy contigo! —le gritó.

—No, tengo que encontrar a Lisa —gritó Karl a su vez.

Pero Dennis subió al barco de un salto y empezó a agitar los brazos.

—¡Arranca de una vez! —ordenó Dennis—. He dicho que voy contigo.

Smögen, 1 de enero de 1918

El local de los Buenos Templarios estaba abarrotado. Como era habitual, el invierno ofrecía pocas distracciones y por eso la mayoría habían ido al concierto de la tarde de Año Nuevo. Tras las Navidades, todo el mundo esperaba con ansia el sol primaveral. Ese día, sin embargo, una tormenta terrible azotaba la isla y los pescadores del arenque no habían podido salir del puerto. Por eso estaban acomodados en los bancos con sus gorros en las rodillas mientras esperaban a que saliese el periodista que había decidido cantar, ya que no podía escribir el artículo previsto sobre la pesca del arenque. La impaciencia entre las filas comenzó a manifestarse con un leve repiqueteo de pies en el suelo.

Pero llegó el momento. El trovador empezó a cantar, acompañado por su instrumento de cuerda. Hedvig lo miró con atención. Era él. El muchacho de su juventud al que había visto en las rocas el verano pasado. Recordó su aliento aquella noche. Era guapo. Llevaba el cuello de la camisa abierto y se había anudado un pañuelo. Parecía un marinero. Su rostro estaba bronceado, a pesar del escaso sol invernal, que no brillaba más que durante breves momentos al mediodía. Su voz estaba teñida de una nostalgia y una sensibilidad que la conmovieron. Oyó la semejanza con la voz de Arvid. Se le puso la piel de gallina en los brazos y se estremeció. Su madre, que estaba sentada a su lado, se inclinó hacia ella.

—Es tu primo.

—Sí, madre —dijo Hedvig—. Lo sé.

Se despertó de sus pensamientos de golpe. ¿Sabría algo madre?

Hedvig se ruborizó y sintió cómo le ardían las mejillas contra el pañuelo que se había puesto en la cabeza para protegerse las orejas y el cabello de los vientos huracanados. El trovador cantó la historia del marinero Karl-Alfred y de Ellinor. ¿Se referiría a ellos dos?

Tras el concierto, se sirvió café y tarta de moka, como era costumbre en el local de los Buenos Templarios. Hedvig dejó que los niños, que se habían mantenido en silencio y atentos durante la actuación, cogieran pastel y zumo de moras. Cuando terminaron de comer, se fueron al guardarropa con los demás niños a jugar al escondite entre los abrigos. Su madre charlaba con una de las mujeres de Smögen. Hedvig dio un sorbo con cuidado al café y tomó una cucharada de tarta. Estaba deliciosa.

—¿Le han gustado a la madame las melodías? —preguntó el trovador, que se había acercado a ella.

—No sabía que era usted un verdadero cantante —contestó Hedvig, riendo. En cuanto lo miró a los ojos, se olvidó del coqueteo entre él y la joven que había presenciado por casualidad en verano.

—Yo tampoco —rio el trovador—. De hecho, ha sido la primera vez que he actuado delante de un público, salvo por unas cuantas cálidas noches alrededor de una hoguera en la pampa argentina.

—¿Qué es la pampa? —inquirió Hedvig.

—Ja, ja —rio el trovador—. Es una gran llanura. He pasado cinco años allí. ¿Se ha casado la madame?

—Sí —respondió Hedvig.

—¿Con un farero jefe o un práctico?

—Con un farero segundo, pero un día será farero jefe en Hållö.

—Me alegro de oír sus planes de futuro.

—Veremos qué pasa —replicó Hedvig, molesta. En eso se acercó su madre y se puso a su lado.

—Ha estado usted fantástico esta tarde —lo alabó madre, y sonó tan animada como Hedvig no la había oído desde hacía muchos años, quizá desde el accidente de padre.

—¡Muchas gracias! Hasta la vista, mis bellas damas —dijo el trovador mientras hacía una reverencia y besaba la mano de Hedvig.

Fueron a buscar a los niños y los dejaron correr entre los montones de nieve de regreso a la casa del farero segundo en Holländareberget, donde vivían los abuelos con la tía Ingeborg, que aún no había abandonado la casa paterna.

20

Lisa tomó impulso y se lanzó contra la puerta una y otra vez. El hombro le dolía tanto que se preguntó si se lo habría fracturado tras los repetidos golpes contra la madera. La puerta se movía, pero no cedía ni un milímetro. El candado continuaba pertinazmente en su sitio y el aro se negaba a abrirse. Sujetándose el brazo dolorido, empezó a tantear el lado opuesto de la puerta, donde estaban fijadas las bisagras. Pero, si llevaban más de un siglo allí, aún aguantarían un tiempo más. Tocó los tornillos. Si encontrase algún instrumento plano, quizá podría desatornillar las placas que fijaban las bisagras.

Le daba miedo que Sofie pudiese volver. Sería su fin. La meteoróloga no se alegraría de descubrir que intentaba escapar. Había algo en su mirada que oscilaba entre la amabilidad y la locura. Y el tono de las últimas palabras que le había dirigido tras cerrar la puerta había dejado traslucir resentimiento. Quizá odio. Pero ¿qué había hecho ella para merecer esa aversión de Sofie? Que ella supiera, no se habían visto nunca, pero era evidente que Sofie había planeado aquello muy bien. Empezó a rebuscar en los bolsillos, inspeccionó el ropero y el perímetro del suelo. En la gorra de farero descubrió una insignia en la parte frontal. La arrancó con vehemencia y pasó los dedos por los bordes. El inferior encajaba en la ranura de los tornillos. Con manos temblorosas, se puso a desatornillar el primero en sentido contrario a las agujas del reloj. Avanzaba con lentitud y dificultad, pero, al cabo de un rato, logró soltarlo por completo y continuó con los siguientes. Uno a uno. Al final, la puerta quedó suelta en la parte de abajo y consiguió empujarla lo suficiente para salir por el hueco. Una vez en el descansillo, se dobló sobre la baranda. El vómito salió disparado por el aire como un culatazo y cayó quince metros más abajo. Cuando se había recuperado un poco, oyó que alguien forcejeaba en la puerta del faro. Sofie debía haber regresado. Si se hubiese dado prisa en bajar, podría haber forzado la cerradura y huir. Pero ahora era demasiado tarde. Se deslizó rápidamente de nuevo en su celda y medio apretó los tornillos en las placas de las bisagras. Al terminar, se tendió encogida en el catre. El corazón le martilleaba con fuerza.

***

Camilla Stålberg se deslizó sobre el puente Smögenbron. Contempló la península de Sandön y el sol la deslumbró lo suficiente como para justificar que llevase puestas las gafas de sol. Smögen era un lugar increíblemente hermoso.

Aparcó en la plaza. En verano era imposible encontrar sitio, pero ahora pudo estacionar al lado del estanco de Gösta, que había abierto su padre, Martin, en 1925, aunque ya no pertenecía a la familia desde hacía un par de años. Por suerte para los residentes de la isla, los nuevos propietarios lo mantendrían abierto todo el año. Camilla cogió la manta de pícnic de la bandeja de atrás, cerró el coche y comenzó a bajar con paso ágil por la calle Sillgatan. Encontró a Sandra sentada en un banco del muelle.

—¿Qué tal el pie? —preguntó Camilla, sentándose en el suelo al lado de Sandra.

—Me duele horrores —se quejó Sandra.

Camilla le quitó el zapato y la media y comprobó que el tobillo se le había hinchado hasta alcanzar el tamaño de un melocotón pequeño.

—No puedes caminar así —constató Camilla.

—Ya me di cuenta en el túnel. He venido hasta aquí apoyándome en las paredes de los cobertizos.

—¡Por Dios! ¿Dónde están Dennis y Karl?

—No lo sé. Dennis iba detrás de Karl, pero luego los perdí de vista a los dos. ¿Has hablado con Hammar?

—Lo llamé antes —respondió Camilla, apartando la mirada—. Pero me dijo que ahora están centrados en otros sospechosos.

—¿Quiénes?

—Algunas mujeres con las que Karl mantuvo relaciones en el pasado.

—Pero ¿quiénes en concreto? —insistió Sandra.

—Parece que la lista es larga. Voy a pedirle a Stig que venga a buscarte y te lleve a la comisaría. Quiero que busques a las ex de Karl, tanto las de Estocolmo como las de Gotemburgo, en nuestras bases de datos.

—¿Y las de las demás ciudades del mundo también? —sonrió Sandra

burlonamente.

—Sí, más o menos. En realidad, nos han apartado del caso, pero no quiero que quedemos como tontos cuando los de la Säpo encuentren algo. Quiero ir al mismo ritmo que ellos.

—¡Sí, mi capitana! —dijo Sandra, y gimió al mover el tobillo para poder ponerse de nuevo la media en el pie frío. Al sentir el calor que irradiaba el tobillo lesionado, se le vino a la cabeza el registro de la estación meteorológica que había revisado. La noche del asesinato figuraban las iniciales de Love. Sin embargo, le habría tocado trabajar a Sofie.

***

Oyó el sonido de pasos que subían por la escalera del faro. Parecían pesados. Como si Sofie cargase con algo que le dificultaba el ascenso. Lisa contuvo la respiración. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, pero no quería dejarlas salir. Tenía demasiado miedo. ¿Era Sofie capaz de matarla? Lisa buscó en su memoria. ¿Había tramitado algún asunto de Sofie en la Agencia Municipal de Tutelaje? ¿Le había negado dinero en alguna ocasión o, peor aún, había congelado sus cuentas hasta que concluyese una investigación? Cosas así sucedían mil veces en su trabajo, y las personas con las que trataba podían mostrarse desesperadas y furiosas a diestro y siniestro. Pero justamente Sofie tenía formación y un empleo fijo, ¿era posible que hubiese tenido que ver con la agencia en algún momento?

Los pasos estaban a media escalera. ¿Debería salir y subir la última escalerilla que conducía hasta la plataforma panorámica? ¿Estaría más protegida allí? Pero correría un gran riesgo de que Sofie la empujase por la baranda, si ese era su plan. Sofie era bastante baja y menuda, pero Lisa se había fijado en que estaba fuerte y bien entrenada. Todo su cuerpo parecía una masa explosiva lista para ser utilizada en caso necesario. Por sus venas corría sangre de farero. No cabía duda de que estaba hecha de otra pasta.

Lisa se quedó inmóvil en el catre, de espaldas a la puerta medio destrozada. Se sentía como un ratón en una trampa en ese cuartucho. No podía huir ni defenderse. Lo único a lo que podía recurrir era la percha de la que colgaba el uniforme de farero. Se levantó sin hacer ruido y se deslizó hasta allí. Dejó las prendas colgadas de un gancho

en la pared y agarró con fuerza la percha. Se llevó la mano a la frente. ¿De verdad iba a golpear en la cabeza a Sofie con la percha de madera? Era ridículo. Lisa odiaba la violencia física, pero, en ese momento, se sentía indefensa. Tenía que protegerse de alguna manera. Si no por otra cosa, al menos por sus hijos.

Se plantó en el suelo con las piernas muy separadas, como una guerrera ninja, y esperó. Aguzó el oído. Los pasos ya estaban muy cerca y no cabía ninguna duda: Sofie se dirigía allí. Se quedó quieta. Cuando Sofie abriese el candado, tendría una décima de segundo para reaccionar. Ya estaba al otro lado de la puerta. Lisa levantó el brazo. Fuera, oyó cómo Sofie manipulaba el candado y, unos segundos después, un empujón contra la puerta. Lisa estaba preparada. Pero la puerta no se abrió.

—¡Hola! —gritó una voz familiar—. ¡Hola! ¿Lisa? ¿Hay alguien ahí?

¿Podía ser verdad? ¿Estaba Karl al otro lado de la puerta?

—¿Karl? —gritó ella a su vez.

—¿Lisa? ¡Hola! ¿Eres tú, Lisa?

—Síííí —sollozó. Karl la había defraudado tanto, pero, en ese momento, era un ángel salvador.

—No tengo la llave del candado. Tengo que pedirle a Dennis que busque algo para romperlo.

—¡No, no! —chilló Lisa—. ¡No te vayas! Podría volver en cualquier momento.

—¿Quién?

—¡Sofie! Sé cómo salir.

Lisa comenzó a desatornillar de nuevo las placas, que ya estaban flojas. Lo hizo con tanta vehemencia que se lastimó las cutículas y empezaron a sangrarle, pero, poco después, pudo empujar la puerta y colarse por el hueco. Cuando miró a los ojos sorprendidos y amorosos de Karl, se lanzó a sus brazos y rompió a llorar tan intensamente que le tembló todo el cuerpo.

***

Camilla Stålberg echó a correr por el muelle y se dio cuenta de que no había pisado el Smögenbryggan ni una sola vez desde que tenía la comisaría de Kungshamn bajo su protección. En realidad, quedaba fuera de su área de responsabilidad, pero, dado que los recursos en las pequeñas poblaciones costeras eran muy limitados, en verano tenía que enviar a personal de la Jefatura de Gotemburgo. En ocasiones, podía tratarse hasta de veinte agentes, aunque esas cifras por lo general solo se alcanzaban si había un concierto en el Sea Lodge o durante el fin de semana del solsticio.

En el muelle no había ni un alma. Hasta que no llegó a la altura de la dársena que formaba un minipuerto interior no vio aparecer a un hombre mayor con un perro que avanzaba hacia ella.

—Perdone, ¿no habrá visto a dos hombres? —preguntó.

—Hoy no hay nadie por aquí —contestó el señor—. Pero, cuando venía desde la otra dirección, vi zarpar a dos hombres, aunque de eso ya hace un rato. —El hombre señaló entre los embarcaderos y describió un arco con la mano para indicar cómo habían cruzado la dársena del puerto.

—¿Qué aspecto tenían? —inquirió Camilla, clavando los ojos en el hombre, como para darle a entender que más le valía que su información fuese fiable.

—No sabría decirle, iban como un rayo —declaró el hombre antes de continuar su camino. En ese mismo instante apareció una lancha pequeña con una mujer a bordo.

—¡Aquí! —gritó Camilla, agitando histéricamente brazos y manos, pero la mujer continuó su travesía a baja velocidad—. ¡Policía! —voceó Camilla—. ¡Le ordeno que venga aquí!

La mujer giró la cabeza para comprobar que no hubiese ninguna embarcación detrás antes de virar hacia el muelle.

—¡Lléveme a Hållö! —ordenó Camilla con voz chillona cuando se acercó la lancha. Antes de que a la mujer le diese tiempo a amarrar, saltó a bordo y dio un golpe con la mano delante de ella—. ¡Y deprisa! —añadió, gritando.

Cuando se aproximaban al muelle de Hållö, Camilla vio a tres personas que bajaban hacia allí: Dennis, Karl y una mujer a la que no

reconoció.

—¿Qué ha pasado? —voceó en dirección a la isla.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Dennis, sorprendido.

—¿Y dónde tendría que estar, según tú? —replicó Camilla.

—Hemos encontrado a Lisa —anunció Karl, feliz.

—Me alegro —dijo Camilla, y saltó al muelle. Dio las gracias a la mujer de la lancha y le dio permiso para irse—. Tenéis que explicarme más de una cosa. Ahora nos vamos a la comisaría. Karl, hay una orden de búsqueda contra ti.

En eso sonó el móvil de Karl. Su rostro palideció.

—Es la hermana de Lisa, Karin —informó, y le tendió el teléfono a Lisa.

—¡Hola! —saludó Lisa.

—Hola, ¿Lisa? —preguntó Karin, desesperada.

—Sí, Karl y yo estamos en Hållö. Es una historia muy larga…, pero nos encontramos bien —explicó Lisa.

—¡Los niños! —la cortó Karin.

—¿Qué pasa con los niños?

—No están.

—¿Qué dices? ¿Cómo que no están?

Dennis estaba al lado de Lisa mientras esta hablaba con su hermana. Oyó el pánico en su voz. Parecía que los niños habían desaparecido. No era la primera vez que se encontraba en una situación así en su trabajo. Estaban sucediendo muchas cosas extrañas en el entorno de Karl y Lisa, y la fase siguiente era que sus hijos también fuesen víctimas de algún delito. Le cogió el móvil a Lisa y dijo con voz calmada y firme:

—Soy Dennis Wilhelmson, policía y compañero de Karl. ¿Qué ha sucedido?

—Los niños han desaparecido —sollozó la hermana de Lisa. Estaba

totalmente fuera de sí.

—¿Cuándo los vio por última vez?

—Estaban jugando en el jardín. Estuve todo el rato fuera con ellos, pero entré un momento para ir al lavabo. Estoy sola con ellos.

—¿Qué pasó luego?

—Cuando volví a salir, ya no estaban. He buscado por todas partes y he preguntado en casa de todos los vecinos que tienen niños. No están en ningún sitio.

—¿Cuándo desaparecieron?

Dennis oyó unos chasquidos en el auricular.

—Hace media hora.

—No se mueva de casa. Vamos a enviarle una patrulla.

—¿Y qué pasa con Karl y Lisa? ¿Cuándo volverán?

—Ellos irán también, pero hacen falta dos horas para…

—¡¿Dos horas?!

—Voy a enviarle una patrulla. No se mueva de ahí, por favor.

Dennis llamó a la Jefatura de Gotemburgo y pidió que enviasen una patrulla y a alguien del personal de asistencia psicológica para que se encargara de la hermana de Lisa.

—¡Los hijos de Karl y Lisa han desaparecido! —le dijo a Camilla, quien, hasta el momento, había estado escuchando sin decir nada.

—¡Joder! ¿Qué es lo que está pasando aquí? —Era evidente que Camilla estaba alterada y frustrada.

—No tengo ni idea, pero tenemos que ir a casa de Karl y Lisa. Me los llevo a los dos.

Camilla miró a Dennis, pero no se opuso.

—Hay alguien que os odia muchísimo —sentenció Camilla, dirigiéndose a Karl y Lisa.

Los tres cruzaron una mirada. Karl se echó a llorar y abrazó a Lisa.

Camilla subió con agilidad al barco y Dennis ayudó a Karl y a Lisa a embarcar antes de poner rumbo a toda máquina hacia Smögen, donde tenían los coches aparcados.

***

Sandra aún seguía en el banco. No había ido a recogerla ningún vehículo de la policía. No podía ir a ningún sitio y, al cabo de una hora, había empezado a congelarse. En ese momento oyó el ruido de un motor. Un barco lleno de gente entraba en la dársena del puerto a toda velocidad. Cuando se aproximaron, vio quiénes eran y se echó a reír. ¡Al fin la ayudarían!

—¡Estoy aquí! —gritó en dirección al agua.

Una vez desembarcados, Camilla y Dennis fueron junto a ella. Karl y Lisa se mantuvieron a unos metros de distancia con la cabeza gacha. Parecía que Lisa estaba llorando y Karl le acariciaba la espalda.

—¿Todavía estás aquí? —inquirió Camilla.

—No ha venido nadie a recogerme. ¿Habéis encontrado a Lisa?

—Sí —contestó Dennis rápidamente—. Pero acabamos de saber que han desaparecido los hijos de Karl y Lisa. La hermana de Lisa nos ha contado que desaparecieron de pronto del jardín hace casi una hora. —En la mirada de Dennis había algo acorralado.

—Tenemos que irnos ya. Dennis, ¿puedes ayudarla a subir la cuesta hasta la plaza? —preguntó Camilla.

Sandra se apoyó en el brazo de Dennis y avanzó algunos pasos a la pata coja por la pendiente de Sillgatan. Pero Dennis optó enseguida por levantarla en brazos y llevarla así hasta el coche de Camilla.

—Vosotras vais juntas y yo llevo a Karl y Lisa en mi coche —dijo Dennis, consciente de que se ponía al mando. En el despacho, Camilla era una organizadora brillante, pero, sobre el terreno, apenas tenía experiencia.

Dennis aceleró tanto como se atrevió. Camilla lo seguía con Sandra en

el asiento del copiloto, a la que había tapado con una manta. Su mente iba a toda velocidad. No había dejado de pensar en cómo sería su colaboración con Camilla sobre el terreno desde el instante en que su jefa había aparecido en el muelle de Hållö. Miró por el retrovisor su Camaro rojo. ¡Qué coche más guapo! De repente, su Maserati negro le pareció un poco soso. Sabía que cualquier persona con pocos recursos le habría soltado una bofetada si pudiera leer sus pensamientos. Pero lo cierto era que, para poder comprarse su deportivo, se había alimentado a base de col y zanahorias e incluso había vivido en un barco de pesca para ahorrar dinero. Era una cuestión de prioridades y él no tenía hijos. Todavía. El cuatro de diciembre cumpliría cuarenta y uno. No faltaba mucho, y el objetivo principal de su lista ese año había sido conocer al amor de su vida, pero no podía decir que hubiese avanzado ni un solo paso en esa dirección. El trabajo le consumía toda la energía. ¿Cómo iba a estar relajado para conocer a una chica? No se le ocurría ningún momento del día que cumpliera esa condición.

Se incorporó a la E6. Camilla seguía detrás. Karl y Lisa habían estado callados en el asiento de atrás todo el camino.

—¿Quién quiere hacerte daño, Karl? Tienes que poder acordarte de alguien con quien tuvieses una relación muy cercana y a quien lastimases profundamente. Este tipo de cosas siempre son personales.

—No tengo enemigos —replicó Karl, poniéndose a la defensiva al instante.

—Pero ¿no hay ningún antiguo colega, compañero de estudios, novia o socio de negocios que se enfadase contigo?

—Teníamos un vecino que me acusó de flirtear con su mujer en una ocasión —declaró Karl—. Pero se han mudado y no he vuelto a verlos desde hace un par de años.

—¿Cómo se llamaba ese vecino? —interrogó Dennis.

—Jens Svensson. Se puso hecho un demonio en una comida que organizamos los vecinos para comer cangrejos, pero no creo que sea capaz de atacar a nadie.

—Te dio un puñetazo en la cara —intervino Lisa.

—Sí, pero después se calmó.

—¿Alguien más? —prosiguió Dennis.

—En la policía había una chica que creía que le había echado el ojo. Cuando se dio cuenta de que no era así, se mosqueó bastante.

—¿Quién era? —preguntó Lisa, sorprendida.

—Se llamaba Johanna.

—¿Johanna de la Unidad de Delitos Violentos? —inquirió Dennis.

—Sí, exacto.

—Pero ¿la consideras capaz de haberse llevado a vuestros hijos?

—La verdad es que no —contestó Karl, negando con la cabeza.

Dennis llamó a Mattias y le pasó los nombres de Jens Svensson y Johanna para que los investigara discretamente. Después de colgar, volvió a acelerar y, al momento, sonó su móvil con una llamada de Camilla.

—Hola, dime.

—¿Alguna novedad? —preguntó la jefa.

—Karl me ha hablado de un vecino y de Johanna, una compañera de la Unidad de Delitos Violentos, con los que posiblemente tuvo algún problema.

—¿Cómo que posiblemente? ¡Los problemas se tienen o no se tienen! —replicó Camilla.

—Sí, sí, ha tenido problemas con ellos. Ya he informado a Mattias para que los investigue.

—Vale, pero lo de Johanna páralo. Es una de las mejores agentes de su unidad. Es imposible que tenga algo que ver con el secuestro de Lisa en el faro. Céntrate en la Sofie esa, que parece cuando menos una chiflada.

—Encárgate tú de llamar a Mattias —concluyó Dennis, y colgó. Pensó en lo último que le había dicho Camilla. Tenían que encontrar a Sofie.

21

Sofie había soñado con eso: una familia formada por Karl, ella y dos niños pequeños. Los dos juntos para siempre. Eso se habían jurado mientras se miraban a los ojos en las cafeterías para estudiantes del barrio de Vasastan, en las rocas rosadas del cabo Smittska Udden, en el restaurante Röda Sten y también mientras se daban un baño juntos. Pero él la había abandonado, sin que le importasen sus promesas sobre el futuro.

Al principio, no había salido de la cama. Había intentado fingir una encefalitis insistiendo en que le dolían el cuello y la cabeza y describiendo todos los demás síntomas propios de la enfermedad. Su madre la había creído. Tenía un aspecto tan frágil que su madre no había dudado ni un segundo de que estaba gravemente enferma. Sofie había escuchado las conversaciones con su padre acerca de lo imbéciles que eran los médicos, incapaces de ayudar a alguien que se encontraba tan mal como ella. Aun así, su padre no estaba del todo convencido. «Podría ser mal de amores», había dicho. Pero Sofie le había asegurado a su madre que Karl y ella se habían ido alejando y lo mejor era que siguiesen por caminos separados. En su interior, sin embargo, rugía una tormenta de sentimientos que había embotado sus órganos y paralizado todo su ser. No podía moverse. No quería vivir. No osaba morir.

Al final, su padre le concertó cita con un psiquiatra. Habían pasado los meses y ya se había perdido un semestre en la universidad, sin que hubiese ninguna señal de mejoría en su estado. El psiquiatra le había hablado de la vida en la veintena. Entre los veinte y los treinta años, se esperaba que las jóvenes tuvieran un rendimiento sobrehumano: como estudiantes, con carreras profesionales incipientes, con amistades, con novios candidatos a convertirse en padres… En esa franja de edad, que muchas mujeres desarrollasen ataques de ansiedad, depresiones y también trastornos físicos causados por todo ese estrés era más la norma que la excepción. Le dijo que, sin medicamentos y terapia, su enfermedad podría ser larga. Muy larga. Con repercusiones que quizá marcasen el resto de su vida.

«¡Con razón!», había pensado Sofie. De un día para otro, su vida había pasado de ser un sueño a perder todo el sentido. Había fracasado en sus estudios porque le faltaba la motivación y estaba convencida de

que su corazón hecho trizas jamás se curaría.

Miró a los niños en el retrovisor. Se habían ido con ella sin dudar en cuanto les dijo que su mamá los esperaba y que podrían verla si la acompañaban. Le habían preguntado si su tía sabía que se marchaban y ella les había asegurado que sí.

—¿Falta mucho para llegar donde mamá? —preguntó el pequeño de los hermanos.

—Ya casi estamos —contestó Sofie tan alegremente como pudo, aunque se le hizo un nudo en la garganta. Eran tan monos los dos. Se parecían a Karl. Su perfecto ADN iba en el asiento de atrás. ¡Les había deseado la muerte tantas veces! Jamás había imaginado que serían tan encantadores. Vaqueros, botitas, forros polares en azul y verde, rizos. Cerró los ojos. Tenía que hacerlo; de lo contrario, nunca sería libre. No le quedaría más opción que meterse en el próximo ataúd y despedirse de la vida, pero esa idea la asustaba. No quería morir.

Los diarios que Hedvig había escrito en Hållö le habían dado paz interior. Ella los había heredado de Frans, que era hijo de la sobrina de Hedvig. Al parecer, Hedvig y ella también estaban emparentadas, pero su madre no había sido capaz de explicarle cómo exactamente. El dolor que destilaban los diarios había reforzado su propia pena, pero también había hallado consuelo en ellos. Se había dado cuenta por primera vez de que no era la única que se sentía sola. Admiraba a Hedvig y a Cornelia, su fuerte madre, que se había ocupado del faro durante varios decenios debido a la incapacidad de su marido. ¿Y a cambio de qué salario lo había hecho? ¿Había una sola línea en los libros de historia acerca de la importancia de las mujeres de los fareros? A las mujeres siempre les tocaba matarse a trabajar sin que nadie les diese las gracias, como tampoco títulos o pensiones. A mediados del siglo XIX, ya se hacía trabajar a las esposas en los faros para ahorrar costes, pero solo se distinguía a los hombres con el título, el uniforme y las insignias. Ellas eran solo sombras pálidas a las que rara vez se las mencionaba por su nombre.

Se había sentido identificada con Hedvig. Había sentido con ella, que también había perdido a su gran amor y nunca había tenido la oportunidad de vivir su vida con él. Pero Hedvig había disfrutado de un marido cariñoso, o al menos leal, y de sus hijos, de una auténtica familia. No era lo mismo. Sofie estaba sola, totalmente sola. Karl había sido su salvavidas, su conexión con el mundo. Sin esa conexión, no había nada. Los diarios de Hedvig le habían dado fuerzas para querer cambiar su situación. La sinceridad con la que la mujer del farero de

Hållö describía sus sentimientos la había fortalecido. La había hecho más invulnerable. Hedvig era su única amiga y, desde que la había encontrado, su plan de crear una nueva vida más completa para sí misma había ido tomando forma.

***

Cuando llegaron a la casa, la hermana de Lisa, Karin, lloraba y chillaba sentada en un banco en el parque infantil. A su lado, una agente hablaba con ella intentando tranquilizarla. Alrededor, diversas personas examinaban los arbustos y los caminos que conducían al bosquecillo. Lisa salió corriendo hacia su hermana.

—Ha sido culpa mía, Karin —declaró.

—No, no. Debería haber cuidado mejor de ellos.

—No debería haber dejado a mi familia. ¿Cómo he podido ser tan tonta? —Abrazó a su hermana y lloraron juntas.

Dennis dejó a Karl y a Lisa a cargo de los policías que estaban desplegados allí y entró en la casa. De la pared del recibidor colgaba una fotografía reciente de los dos hermanos. Sonrientes. La cogió y se la guardó en la chaqueta. Antes de regresar al coche, se detuvo junto a Fredrik, un agente de la científica al que conocía.

—¿Podéis decir algo ya? —intentó Dennis.

—Ya sabes que no nos gusta precipitarnos —respondió Fredrik—. Pero una vecina nos ha contado que vio un coche blanco pequeño saliendo de la zona. Se acordaba porque no lo había visto antes por aquí.

—¿Modelo?

—No lo sabía.

—¿Número de matrícula?

—Tampoco, lo siento.

—¿Habéis encontrado algo más?

—Solo un barco de plástico en el aparcamiento, allí enfrente. La tía

dice que es de los niños. Quizá el coche salió desde allí.

Dennis le dio las gracias a Fredrik y se dirigió a su coche.

—Tenemos que irnos —informó Dennis a Sandra y Camilla—. Los agentes que están aquí nos mantendrán al tanto de todo lo que encuentren.

—¿Y adónde tenemos que ir, según tú? —preguntó Camilla—. Hemos entregado el mando del caso a la Säpo.

—A encontrar a los niños —replicó Dennis, mirando intensamente a los ojos de Camilla. La jefa no solía mostrar ningún signo de indecisión en ninguna circunstancia, pero, sobre el terreno, entre los coches, quería que la dirigieran como un tímido cachorro—. Seguidme —indicó Dennis—. Vamos a la jefatura y allí decidimos cómo procedemos. Sandra, tú vete con Camilla.

Al arrancar, Dennis se dirigió primero al aparcamiento que le había señalado Fredrik. Intentó pensar como el conductor. Abandonó el aparcamiento y giró a la izquierda para coger la carretera de circunvalación Söderleden. Desde allí podía irse a Gotemburgo por el túnel Gnistängstunneln o por Mölndal. Eligió el túnel porque era la ruta que solía tomar para ir hacia el norte, a Smögen, pero, una vez en la ciudad, puso rumbo a la jefatura. Ahora que estaban en Gotemburgo, se daba cuenta de que deberían haberse quedado en Smögen. Hållö era el centro del caso, el denominador común de todos los acontecimientos extraños que habían sucedido durante la última semana. No cabía duda de que el criminal había estado en Gotemburgo, pero su instinto le decía que debían volver al norte.

—¿Adónde pensáis ir? —preguntó Camilla después de cerrar el coche y mientras empezaba a caminar hacia la entrada de personal de la jefatura.

—No lo sé —respondió Dennis, contemplando cómo Sandra cojeaba con dificultad para llegar desde el automóvil de Camilla hasta el suyo.

—¿No sería mejor que Sandra se quedase aquí?

—Vamos a ver cómo nos organizamos —contestó Dennis—. Tal como tiene el tobillo, supongo que necesitará descansar unas horas.

—Ya me llamarás —concluyó Camilla, y entró en la jefatura.

Dennis se montó en el coche y arrancó derrapando. Llevaba

demasiado tiempo cerca de la jefa. La presencia de aquella mujer le causaba una sensación de anquilosamiento en el cuerpo. Cuando pensaba que Cleuda la había preferido a ella en lugar de a él, tenía que sacudir la cabeza para que sus pensamientos no se adentrasen en la oscuridad.

—Camilla y tú sois de lo más compatible… —observó Sandra con sequedad una vez que estuvieron en la autopista—. ¿Adónde vamos? —preguntó al ver que Dennis no hacía ningún comentario.

—No lo sé —contestó, resignado—. ¿Cómo coño vamos a saberlo?

—Cuando giramos hacia la jefatura en la estación central, me pareció un error —comentó Sandra.

—¿A ti también te dio esa impresión?

—Deberíamos haber seguido hacia Oslo, por la E6.

—Lo sé —dijo Dennis.

—Tiene que ser Sofie. Encerró a Lisa y debe haberse llevado a los niños. ¿Habrá vuelto a Hållö? —conjeturó Sandra.

—Sí, o a algún sitio cercano. ¿Puedes buscar con qué lugares tiene vínculos? Padres, hermanos, colegios, viejas amistades. Llama a Karl.

Durante el trayecto, Sandra fue haciendo llamada tras llamada: a la Agencia Sueca de Meteorología, a la estación meteorológica de Hållö y a Karl.

—¿Karl? —preguntó Sandra.

—No, soy Lisa. Escúchame. Sofie debe haberse llevado los niños a Hållö.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Sandra, mirando a Dennis por el rabillo del ojo.

—Se los llevará a mar abierto en la lancha.

—¿Qué lancha?

—Cuando buscaba mi bolsa, vi dos bloques de hormigón con cadenas.

—¿Dónde?

—En la ensenada de Mármol, justo donde apareció el cadáver de Tricia Andersen.

—De acuerdo —dijo Sandra.

—¿Iréis a Hållö?

—Vamos camino de Smögen. Tú quédate en casa con Karl y tu hermana.

—¿Me llamaréis?

—Sí.

Sandra colgó y se quedó con aspecto pensativo.

—¿Cómo podemos saber que los bloques de hormigón están destinados a los niños? —preguntó Dennis—. Quizá sea una pista falsa.

—¿Qué otras alternativas tenemos? Dime adónde vamos si no. —Sandra sonó desesperada.

—Vale, vamos a Hållö. Pero necesitamos un barco y que sea rápido. ¿Y tú cómo piensas moverte con ese tobillo?

—Coge hacia Tången. Allí hay un barco que podemos tomar prestado. —Sandra se tragó tres pastillas que encontró en el bolso con un poco de agua.

—¿Prestado?

—¡Acelera! —gritó, agitando las manos en dirección a la carretera.

***

Camilla apoyó los codos sobre la mesa y la cabeza en las manos. Los informes que recibía puntualmente de la Unidad de Informática y los escuetos SMS de la Säpo no aportaban nada nuevo. Los hijos de Karl y Lisa habían desaparecido. Todos los recursos estaban desplegados en la zona boscosa de la urbanización donde vivían, ya que no había indicios suficientes para pensar que habían sido raptados. No podía enviar diez patrullas en diferentes direcciones al azar. Era imposible.

¡Vaya mierda!

—¿Cómo va? —Jörgen Hammar acababa de aparecer en la puerta de su despacho.

Camilla se incorporó y sintió que los párpados y las mejillas le colgaban como bolsas en el rostro. Estaba cansadísima. Hacía tiempo que no se encontraba tan empantanada en un caso. ¡Tremendo embrollo! Y, aunque la Säpo había tomado las riendas de la investigación relativa a Tricia Andersen, el marrón seguía allí. Sentía sobre ella la angustia y la responsabilidad como pesas de una balanza antigua de un colmado. En cuanto la Säpo hubiese terminado, le dejarían a ella los restos. Siempre era igual.

—Bien —respondió con una sonrisa tensa.

—¿Quieres decir que no tenéis nada?

—No mucho, pero estamos buscando a los niños. Y, con el despliegue que hemos organizado, seguro que aparecerán pronto.

—¿Tú crees? —preguntó, riendo entre dientes.

—Estamos ante un caso complicado —admitió Camilla—. Y, si el asesinato de Tricia Andersen y la desaparición de los niños guardan alguna relación, tú y yo perseguimos al mismo criminal.

—Lo dudo mucho —replicó Jörgen—. Diría que está claro como el agua que la mujer, Lisa, ha escondido a los niños a la espera de un juicio. Hemos visto lo mismo mil veces, y cada vez es igual de trágico.

—¿Tienes hijos? —inquirió Camilla.

—No, y está bien así —respondió Jörgen—. Mi pareja tiene dos críos, así que yo también tengo mi parte. Pero, en cuanto empiezan a alborotar demasiado, salgo pitando hacia el campo de golf. En lo que respecta al caso, estamos muy cerca del objetivo. Hoy le haremos una visita a alguien.

—Ah, ¿sí? ¿Y a quién?

—Te daré los detalles en cuanto pueda —contestó Jörgen en tono de superioridad.

—¿No deberíamos compartir la información?

—Sí, en breve.

Jörgen abandonó el despacho y Camilla dejó caer la cabeza pesadamente sobre la mesa. Trabajaba en un manicomio.

***

El muelle de Tången estaba desierto. En verano, los visitantes se apiñaban frente al bonito canal entre Kungshamn y el islote de Hampholmen, pero ahora reinaba la calma. Sandra se apeó del coche cojeando. Tenía el tobillo tan hinchado que llevaba el zapato medio fuera porque no era capaz de meter el talón. El barco estaba amarrado en su lugar habitual. Recordaba a un pesquero norteamericano como los que podían verse en los riachuelos de Wilmington, y era rápido. La consola estaba protegida por un toldo, el resto estaba descubierto.

—¿Este es el barco que vamos a tomar prestado? —preguntó Dennis.

—Sí, exacto. Pero le he enviado un mensaje a Bertil para pedirle que viniera, así que a lo mejor ya nos espera a bordo.

En ese mismo instante, asomó una cabeza.

—¿Estáis listos? —preguntó Bertil, y ayudó a Sandra a subir.

—A toda máquina al puerto de Hållö —indicó Sandra.

—¡A la orden! —contestó Bertil, quien, consciente de la gravedad de la situación, zarpó y se dirigió a toda máquina hacia la salida del canal para poner rumbo al faro.

A pesar del fuerte viento, el barco avanzó fácilmente entre las olas. Cuando se acercaron al puerto de Hållö, amainó un poco. Dennis saltó a tierra antes de que a Bertil le diese tiempo de amarrar. Sandra desembarcó con dificultad mientras Bertil sujetaba el barco. Dennis se adelantó para inspeccionar el punto que les había indicado Lisa, pero no encontró ningún bloque de hormigón.

—Debe haber zarpado ya —voceó.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Sandra.

—Aquí no hay ningún bloque. Los habrá cargado en el barco y habrá salido hacia mar abierto con los niños —contestó Dennis.

—¿Crees que piensa tirarlos al agua? —El rostro de Sandra se retorció en una mueca de dolor. Le dolía el tobillo, y la idea de lo que podría pasarles a los hijos de Karl y Lisa la horrorizaba.

—No lo sé. Me acercaré a la estación meteorológica, no vaya a ser que Sofie esté allí tan tranquila trabajando. Al fin y al cabo, no tenemos más que la palabra de Lisa contra ella —juzgó Dennis, preocupado, y comenzó a correr hacia la estación.

—En un día de otoño con tanto viento como hoy, si tienes un barco pequeño, optarías por navegar dentro del archipiélago y no salir a mar abierto.

—Entonces, ¿no habrá ido hacia el oeste ni hacia el sur? —preguntó Sandra.

—No creo.

—¿Quizás hacia el canal Sotekanalen? —aventuró Sandra.

—Es probable —contestó Bertil.

Dennis volvió corriendo.

—Ni rastro de Sofie en la estación. Vamos a pedir refuerzos. ¿Puedes llamar a Camilla, Sandra? Entretanto, navegaremos hacia el norte.

Sandra se sentó en la proa. Los analgésicos le habían hecho efecto, pero tenía el tobillo hinchado como un globo y no podía moverse con su habitual agilidad en el entorno marítimo.

***

Karl y Lisa caminaban cogidos de la mano por el bosquecillo donde sus hijos acostumbraban a construir cabañas y trepar por los árboles. Allí, se movían como dos versiones de Tarzán entre las ramas. Lisa llevaba una mantita sobre los hombros.

—No podemos quedarnos aquí —declaró Lisa, paseando la mirada a su alrededor.

Oían gritar el nombre de sus hijos a intervalos regulares.

—Lo sé —dijo Karl.

—Los tiene Sofie. Debemos volver a Hållö.

—La policía no me dejará marchar —objetó Karl—. Solo me han dado permiso para buscar por el bosque.

—Todavía tengo una copia de la llave del coche del vecino. Llevaré el coche allí —explicó Lisa, señalando la explanada para girar al otro lado de la arboleda—. Nos vemos allí dentro de tres minutos.

Karl se quedó mirándola mientras Lisa se dirigía a buscar el coche. El secuestro de sus hijos era más importante que todo lo demás. Lisa parecía haber olvidado su rabia y su decepción. En ese momento, debían mantenerse unidos. Vio cómo el coche se acercaba despacio al punto de encuentro. Fingió buscar tras los arbustos y la maleza para escabullirse. Todos estaban tan concentrados en la búsqueda que no se dieron cuenta de que se deslizaba dentro del asiento trasero del automóvil. Se tumbó y oyó cómo Lisa cambiaba de marcha silenciosamente para salir de la urbanización sin que nadie lo notase. El lugar que antes era su oasis particular de seguridad ahora le daba escalofríos por toda la columna a Karl.

Cuando entraron en el túnel Gnistängstunneln, Karl se relajó un poco.

—¿Cómo llegaremos a Hållö? —preguntó.

—Ese es tu territorio —replicó Lisa—. Yo no lo sé, pero debemos llegar a la isla.

Una vez en la E6, pisó el acelerador a fondo. Si a algún policía se le ocurría pararla ese día, tendría que correr como un loco para detenerla. Debía llevar a sus hijos de vuelta a casa. Sintió cómo la embargaba la ira. Alguien se había hecho con el control de su familia. Y ese alguien se llamaba Sofie. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué quería destruir a su familia?

—¿Quién es Sofie? —inquirió Lisa—. ¿La conoces? ¿Por qué me encerró en el faro y por qué se ha llevado a nuestros hijos?

—¿Sabes su apellido? —preguntó Karl.

—No. Trabaja en la estación meteorológica de Hållö. No sé nada más.

—O sea, que trabaja con Love —dijo Karl.

—¿Conoces a Love?

—En realidad no, pero estaba en el albergue la noche del crimen.

—¿Crees que pueden estar juntos detrás de todo esto?

—No lo sé. Solo puedo decir que a él no lo conocía de nada. Voy a llamar a la Agencia de Meteorología.

Karl llamó a diferentes números relacionados con la Agencia que encontró en internet. Al final, lo pusieron con el Departamento de Recursos Humanos.

—Busco a una empleada de la estación meteorológica de Hållö que se llama Sofie.

—Un momento, por favor.

Lisa le lanzaba miradas impacientes cada poco.

—No nos consta ninguna Sofie que trabaje en Hållö —lo informó la mujer de la Agencia.

—Quizá lleva poco tiempo, ¿podría comprobarlo? —insistió Karl.

—Las únicas personas registradas en Hållö son Love Hedberg y Klara Tidén.

Algo hizo clic en Karl. Sintió un puñetazo en el estómago. Su pasado lo envolvió como si fuera una llamarada de napalm. Empezó a verlo todo claro. Como cuando se colocan las últimas piezas de un puzle de diez mil piezas. Ahora que sabía quién era su oponente, sus facciones se pusieron rígidas. Klara no pretendía conseguir un rescate que le permitiera huir a Brasil y quedarse allí indefinidamente. Su plan era otro y, si Lisa y él querían volver a ver a sus hijos, cada minuto era tan valioso como el diamante más grande de África.

—¡Tienes que ir más deprisa! —rogó Karl—. Es Klara.

—¿Quién es Klara?

—Klara Sofie Tidén, mi ex del instituto.

—¿Se ha vuelto completamente loca?

—Eso parece. En aquella época ya era inestable. Voy a avisar a Mattias.

Karl hizo varias respiraciones para calmarse lo suficiente como para poder llamar a Mattias y explicarle lo que quería.

—¿Puedes localizar el móvil de Klara Sofie Tidén? —preguntó Karl, quien aún respiraba con dificultad.

—Sabes que no puedo —contestó Mattias.

—Es mi ex y se ha llevado a mis hijos. Necesito saber dónde está.

—¿Puedes llamar primero a Stålberg para pedirle permiso, por favor?

Karl colgó y se puso a chillar.

—¡Mierda, joder! —Su rostro se tiñó de rojo oscuro y Lisa lo miró asustada desde su asiento.

El móvil de Karl emitió un sonido. Era el número personal de Mattias. El mensaje contenía unas coordenadas. Nada más.

***

Sandra se tapó sus orejas, rojas del frío. El mar estaba gris oscuro y seguía soplando un viento frío del suroeste. Dennis apremiaba a Bertil todo lo que podía, pero el experto marinero y pescador seguía su carta de navegación interna y el reglamento marítimo. Se aproximaban al canal Sotekanalen, pero la cuestión era hasta dónde había conseguido llegar Sofie ya. Quizá iba en el barco de Lisa, que había desaparecido misteriosamente la tarde que esta llegó a Hållö para reunirse con el tal Kristoffer. ¿Acaso era Sofie quien se había presentado como el viejo amigo de Karl para engañarla?

En eso sonó el móvil de Sandra.

—¡El Sotekanalen! —dijo la voz desesperada de Karl al otro lado de la línea.

—Vamos hacia allí —informó Sandra.

—Han localizado el móvil de Klara en la antigua casita de los moradores de la playa.

—¿A quién has dicho que han localizado?

—Klara Sofie Tidén, mi ex del instituto, se ha llevado a los niños a la antigua casita que hay en el Sotekanalen —logró explicar Karl con una calma forzada.

—¿Cómo lo sabes?

—Me han dado sus coordenadas.

—¿Quién? ¿Mattias?

—Eso da igual. ¡Tenéis que ir allí!

—Ya vamos de camino —repitió Sandra. Cogió del brazo a Bertil y le gritó que mantuviera el rumbo.

Ya estaban muy cerca del canal, cuyas aguas, a pesar del viento, se mantenían relativamente tranquilas. En el lado oriental, divisó la antigua casita de los moradores de la playa. En verano, la diminuta vivienda ofrecía una estampa idílica en una ladera cerca de la orilla; sus juntas blancas entre los bloques de piedra de la fachada brillaban entre las altas hierbas. Bajo el manto del otoño, producía una impresión mucho más solitaria y desprotegida.

—¡Allí! —le gritó a Bertil, señalando dónde querían desembarcar.

El patrón amarró en un punto donde Dennis y ella pudieron saltar a una pequeña roca lisa que sobresalía entre las matas de hierba.

Hållö, verano de 1936

Hedvig se bajó con dificultad del barco y dio unos pasos sobre el muelle. Ragnar la tenía cogida de la mano. A pesar de que se mantenía más ágil que la mayoría de las señoras de su círculo que también pasaban de los cincuenta, ya no le resultaba tan fácil subir y bajar de las embarcaciones. Se alisó la falda con la mano. Las prendas eran mucho más sencillas ahora. Su vestido de rayas blancas y azul claro estaba provisto de elástico en la cintura y le llegaba hasta por debajo de las rodillas. Las mangas cortas terminaban en un volante sencillo. Llevaba zapatos planos, y el cabello corto se le rizaba en las orejas. A veces se echaba a reír al recordar la cantidad de enaguas que había que lavar cuando era niña. ¡Cuánto había trabajado su pobre madre!

—Mi querida Hedvig, finalmente has podido regresar a Hållö —rio Ragnar.

—Sí, como esposa del farero segundo —sonrió Hedvig.

En cuanto pisara las rocas rosadas, sabía que todo sería como había deseado. Sus hijos ya eran mayores y tenían su propia familia. Ojalá Ragnar les consiguiera un puesto en la isla a Stig y su mujer, Annie, pues estaba convencida de que Annie se encontraba en estado de buena esperanza.

Entraron juntos en el prado donde se levantaban las casas y se dirigieron con paso familiar hacia la vivienda del farero segundo, la que sería su residencia. Hedvig sintió una punzada de envidia al pasar junto a la casa del farero jefe. Había deseado tanto poder vivir allí, pero tendría que conformarse con la casa del farero segundo. La casita del auxiliar, donde Ragnar se había instalado muchos años atrás, estaba vacía. Quizá sus nietos se mudarían allí alguna vez. ¡La haría tan feliz!

—Querida Hållö —declaró Ragnar—, en tus rocas, tus prados floridos y tus bahías rememoraremos los pasos de nuestra infancia.

—¡Es fantástico! —exclamó Hedvig, y besó a su esposo. La avergonzaba que sus pensamientos siempre fuesen a parar al trovador en cuanto se tocaban. El muchacho del mar rugiente se había adherido a su piel como el tatuaje de un marinero que era imposible quitar. Pero, por primera vez desde que la familia se había marchado de Hållö, la isla que la había visto nacer y criarse y que le había dado su amor, se sintió feliz de nuevo. Con

esfuerzo y tenacidad, Ragnar había conseguido llevarla de vuelta a Hållö y lo amaba por eso.

22

Sentada a su mesa, Camilla Stålberg sintió cómo crecía la angustia en su interior. No soportaba la idea de que los dos niños pudiesen perder la vida y de que fuera culpa suya, por haberse centrado en ir a por Karl desde el principio de la investigación. Aunque era cierto que habían hallado indicios incriminatorios, solía haber una única verdad y, en ese caso, quizá fuera que Karl Ström era efectivamente inocente. Aun así, no conseguía librarse de su desazón. ¿Quién estaba, entonces, detrás de todo? ¿Y por qué querría alguien tenderle una trampa tan despiadada a Karl? ¿No habría hecho algo para merecerlo?

En ese momento, Karl la llamó al móvil. Pensando en el rey de Roma…

—¿Dígame? —contestó.

—Está en la casa de Madre Lena.

—¿La antigua casita de los moradores de la playa en el Sotekanalen? ¿Y quién está allí?

—Klara Sofie Tidén, mi ex del instituto, y también los niños.

—¿Tienes confirmación de este dato?

—No, pero lo sé.

—Karl, Karl, Karl.

—Envía un equipo completo allí.

—Voy a llamar a Dennis —respondió Camilla con frialdad, y colgó.

Respiró pesadamente. ¿La había llamado el principal sospechoso para darle una pista falsa? «Primero de todo, llamaré a la comisaría de Kungshamn, a ver si ponemos un poco de orden», pensó. Además, si no recordaba mal, la jefa era ella. Aunque fuese la segunda vez en un mismo día y pareciera una locura, decidió volver a Smögen; todo parecía girar en torno a Hållö y Smögen en ese caso. No podía seguir cruzada de brazos en su despacho ni un segundo más.

***

Dennis corrió cuesta arriba por la ladera entre la hierba seca. Sandra caminaba con todo el cuidado posible. Le dolía el tobillo, pero, gracias al terreno blando y a los analgésicos, conseguía avanzar bastante deprisa hacia la casita. Aunque llamarla casita casi era demasiado. La antigua vivienda de los moradores de la playa era tan pequeña que casi resultaba exagerado compararla incluso con una caja de zapatos. Dennis y ella la habían visitado en una ocasión. Se había construido en el siglo XVIII y la habían utilizado pescadores durante casi dos siglos. Algunos quizá la ocuparon solo por temporadas, mientras que otros seguramente vivieron en ella durante todo el año.

Dennis ya estaba junto a la casa y agitó los brazos para indicarle que se diese prisa. Avanzó cojeando todo lo rápido que pudo hasta llegar a la puerta. Dennis desenfundó su arma, que llevaba en el cinturón, y abrió la puerta con cautela. No se oía ningún ruido. Inspeccionaron la habitación de la entrada, donde una cocina de leña con cimientos de obra ocupaba la mitad del espacio. Entraron en la sala de estar, tan pequeña que apenas cabían los dos. La casa estaba totalmente vacía.

—Se ha ido —constató Dennis.

—Eso parece —jadeó Sandra, como si se quedara sin aire.

A sus espaldas oyeron cómo se cerraba la puerta y alguien giraba una llave en la cerradura.

—¡Mierda! —maldijo Dennis, y se lanzó contra la puerta.

La vivienda era raquítica, pero tenía unos gruesos muros de piedra y una pesada cubierta vegetal, y la sólida puerta parecía puesta allí para impedir la entrada de cualquier intruso. Ahora eran ellos los que estaban atrapados. Encerrados en una casita histórica. Por los ventanucos les sería imposible salir. Sandra quizá conseguiría introducirse en el hueco, pero luego se quedaría atascada con un muro de medio metro de grosor a su alrededor.

—Qué mal lo hemos hecho —declaró Sandra, desanimada.

—Tenemos que conseguir abrir la cerradura —dijo Dennis.

—Por el sonido, diría que también ha puesto un candado —juzgó Sandra—. Somos como monos en una jaula en el zoo.

En ese momento oyeron cómo arrancaba una lancha y se alejaba. Bertil gritó algo que quedó ahogado por el ruido del motor.

—Bertil tiene que subir a ayudarnos —concluyó Dennis—. Llámalo. Y tenemos que avisar también a la policía marítima —añadió, y empezó a marcar el número de la Jefatura de Policía de Gotemburgo.

***

Karl iba dejando atrás escaramujos secos y zarzas mientras corría por el sendero bordeado por una cerca que conducía al agua. Lisa lo seguía muy de cerca. Cuando Sandra lo llamó, había en su voz una mezcla de frustración, rabia y cierta dosis de vergüenza. Encerrados en la antigua casa de Madre Lena. Klara era astuta como un zorro. Lo sabía perfectamente. Quizá por eso había llegado un momento que había dejado de quererla. Klara siempre se la jugaba. A cada palabra que él pronunciaba, ella le daba la vuelta y la utilizaba contra él, para luego inclinar la cabeza hacia un lado y echarse a reír. Cada vez, en cada conversación. A medida que sus celos se intensificaron, su relación pasó de ser una montaña rusa amorosa a una prisión. Una prisión que haría parecer las celdas de Alcatraz y Fort Boyard espacios llenos de aire y luz. Al final, cayó enfermo. Klara seguía siendo la mujer más hermosa que había visto, pero ¿de qué servía si no podía respirarse el aire que la rodeaba? Mudarse a Estocolmo fue su salvación.

Al principio, incluso la capital le había resultado agobiante, pero, cuando las llamadas de Klara disminuyeron de cien al día a menos de una decena, también fueron cayendo los barrotes a su alrededor. Durante mucho tiempo, pensó que nunca volvería a comprometerse con nadie, hasta que apareció Tricia Andersen en su vida. Tricia lo había deslumbrado de otra forma. Su actitud y su seguridad en sí misma lo habían arrastrado a un torbellino de fiestas de famosos, banquetes en la embajada y sexo en todos los lugares que hasta entonces solo habían existido en su imaginación. Sin embargo, llegó un momento en que también su relación con Tricia necesitaba un punto final. Sabía que no estaba hecho para llevar una vida como la jet set. Lo estresaba y, además, siempre se sentía inferior en todas las situaciones; en el torneo benéfico de golf, en la residencia de verano, en el palacio. Simplemente él no era así.

Una velada en un bar con los amigos viendo alguna retransmisión deportiva y una Lisa cariñosa esperándolo en la cama. Para él, eso era más que suficiente. Y así había sido. Lisa le había llenado el corazón de amor, no con su belleza, sino con su calma. Su presencia irradiaba armonía allí donde fuese. Adoraba estar con ella. Adoraba su fragancia e inspirar el aire que la rodeaba, que era como una mezcla de lilas y jazmín. Formar una familia con ella se convirtió en un sueño; a su lado, desterró la idea de que no serviría como padre. Lisa lo había convertido en un ser entero.

***

—¡La lancha! —gritó Sandra, y salió corriendo todo lo rápido que le permitía su pie en dirección al agua.

Bertil había conseguido abrir el candado con una herramienta que llevaba a bordo. Karl y Lisa se les habían unido delante de la casita y ahora los seguían.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Bertil.

—¿Has visto a la mujer rubia de la lancha? Debemos ir tras ella —indicó Dennis.

—Entonces, tendremos que salir a mar abierto —constató Bertil, consciente de que, sin su ayuda, no conseguirían rescatar a aquellos críos.

—Pon rumbo a las islas Väder —ordenó Sandra.

—¿Por qué? —quiso saber Dennis, quien no veía la lógica en dirigirse a un destino tan alejado.

—Saldrá a mar abierto con los niños, pero podrá llegar con facilidad a las islas y eso será una ventaja para ella porque, en esta época del año, podrá esconderse allí sin ser descubierta.

—Vale, rumbo hacia las islas Väder —aceptó Dennis. La teoría de Sandra no lo convencía del todo, pero tampoco tenía ninguna otra. Su cerebro estaba agotado y, si navegaban hacia las islas, tendría tiempo para seguir pensando.

Bertil empujó la palanca del acelerador. El barco surcaba las olas, pero era difícil mantenerse a toda máquina en el mar encrespado.

—¡Allí! —gritó Lisa—. ¡Allí!

Distinguieron un pequeño punto delante de ellos, en el horizonte. Todos escrutaron el agua hasta que Bertil sacó unos prismáticos que le tendió a Karl. Este movió la rueda para ajustar la nitidez. Una vez que consiguió enfocar, salió un sonido de su garganta, una mezcla de llanto y balbuceo.

—¿Qué has visto? —Lisa sonó desesperada.

—Una lancha —contestó Karl.

Bertil puso rumbo al punto.

—¿Hay alguien en la lancha? —Lisa miró aterrorizada a los ojos de Karl.

***

Camilla Stålberg había tomado prestado el barco del comisario retirado de Smögen que seguía viviendo en la isla. Tras cuarenta y cinco años de servicio, le había resultado duro devolver su placa. A veces se preguntaba cómo se sentiría ella cuando le llegase el momento. Pero todavía faltaba mucho para eso. Cleuda y ella habían hablado del tema en una ocasión, de cómo sería jubilarse anticipadamente y mudarse a Brasil al menos durante la mitad del año para comer mangos madurados al sol siete días a la semana. Pero quizá empezarían a trepar por las palmeras de pura ansiedad. ¿Eran siquiera capaces de desconectar? A Camilla se le daba fatal, mientras que a Cleuda, cuyas jornadas eran mucho más exigentes desde el punto de vista físico, le gustaba dejarse caer en el sofá con una copa de vino delante del televisor.

Puso rumbo a Hållö. Dennis no cogía el teléfono, pero Sandra la había informado por SMS de que iban hacia mar abierto en busca de la lancha en la que Klara Sofie Tidén se había llevado a los hijos de Karl y Lisa. Según Sandra, temían que también llevase a bordo dos bloques de hormigón con cadenas de hierro incrustadas. Y no hacía falta activar demasiado la imaginación para comprender cuál sería su uso.

El barco de Bertil era más rápido que el que le habían prestado a ella, de modo que no serviría de nada ir tras ellos.

Cuando llegó al puerto de Hållö, amarró el barco y saltó al muelle. Sus pasos la llevaron hacia el faro. Aquella construcción poseía un magnetismo al que era imposible resistirse. El viento que le daba en la cara era frío, como si quisiera avisar de que se avecinaba el invierno. Se preguntó cuánto tiempo aguantarían los niños en caso de que no se encontrasen a bordo de la pequeña lancha. ¿Existía la más mínima posibilidad de que a esa mujer, dentro de su locura, le quedase una pizca de sentido común en el cuerpo? ¿Les habría perdonado la vida?

Ya tenía el faro delante. Para los habitantes de Sotenäset, era un símbolo de protección, quizá como la Estatua de la Libertad para los neoyorquinos. Podía sonar grandilocuente, pero para las ocho mil personas que residían en la costa de esa zona, las fuerzas del mar y de las tormentas seguían siendo amigas y enemigas a la vez aún hoy en día, y descansar la vista en el faro de Hållö les transmitía sosiego. Sandra le había hablado de una mujer mayor cuyo marido se ponía intratable si no veía el faro de Hållö una vez al día.

Camilla presionó la manilla, pero la puerta no se movió. Pegó la oreja, volvió a intentarlo y, luego, dio la vuelta al faro. No vio a nadie. Al parecer, la isla estaba totalmente vacía. Notó cómo le entraba el frío por debajo de la chaqueta y la blusa; no iba vestida de manera adecuada para hacer una excursión. Volvió a detenerse junto a la puerta. ¿Se oían unos golpecitos dentro? Volvió a pegar la oreja a la madera. Sacó un cortaúñas del bolso y comenzó a hurgar en la cerradura con la pequeña lima de acero. A no ser que hubiese perdido por completo las habilidades aprendidas con una ganzúa durante su formación, debería ser capaz de abrir esa cerradura.

***

Nathalie y Emir se habían trasladado de la cama al sofá. El cansancio que sentía Nathalie se le había contagiado a su pareja. Estaban tumbados cada uno con su móvil, trabajando un poco y navegando mucho. Los dos habían ansiado disfrutar de unos días libres para poder holgazanear, pero, al mismo tiempo, se mantenían al corriente de los eventos en la costa gracias a Mattias y a algún que otro informe de Dennis.

—He estado indagando sobre la tal Klara Sofie Tidén que ha mencionado Mattias en un mensaje —reveló Nathalie.

—Eres capaz de encontrar cotilleos mejor que una tortuga su caparazón —comentó Emir, y le dio un sorbo a su café con leche.

—¿Una tortuga? ¿Así es como me ves ahora?

—No, no, no. No quería decir eso. Perdona. —Se deslizó al suelo y se quedó de rodillas al lado de donde Nathalie estaba tendida con las piernas en alto, y metió las manos por debajo de la manta.

—¡Eh, eh, eh! —exclamó, haciéndose la ofendida—. Escucha.

Emir volvió al sofá y se tendió a su lado en el rincón.

—Klara Sofie y Karl empezaron a salir en el instituto. Se separaron a los veintidós años.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he enviado un mail a la hermana de una amiga que fue al instituto con ellos.

—¿Es que conoces a todo el mundo?

—Más o menos. Según la hermana, Klara Sofie se puso enferma cuando se separaron.

—¿De qué?

—Depresión, supongo, y adelgazó una barbaridad.

—¿Cómo le fue después?

—Parece que se recuperó e hizo una formación, aunque tardó bastante.

—¿Y ahora es meteoróloga?

—Sí, lleva cuatro años trabajando en la estación meteorológica de Hållö sin que haya ninguna queja. Al parecer, no hace más que trabajar. La empleada ideal, vaya.

—Tendría que contratarla Camilla —bromeó Emir.

—La cuestión es: ¿por qué se venga ahora y de la forma que lo está

haciendo? Hace casi quince años que se separaron.

Nathalie se quedó callada y volvió a enfrascarse en sus búsquedas por internet. Foros, información policial, fiestas de famosos, fotos del instituto… Todo lo que iba encontrando lo ordenaba en carpetas. El puzle tomaba forma, pero sabía que no podría colocar las últimas piezas si no hacía algunas llamadas más.

—Voy a salir a comprar una pierna de cordero —decidió Emir.

—Y trae también ayran —pidió Nathalie.

—¡Vale!

En la calle Artillerigatan se conservaba un restaurante sencillo con platos auténticos de Oriente Próximo. Emir iba allí desde que era niño y, desde que Nathalie se había mudado con él, también se había convertido en clienta habitual.

—¡Trae todo el que puedas! —le gritó.

En cuanto oyó cerrarse la puerta, llamó a una amiga que trabajaba los fines de semana en el hospital.

23

La lancha motora cabeceaba sobre las olas sin gobierno. Bertil se aproximó lo máximo posible para no chocar. Todos se inclinaron sobre la barandilla para examinarla. Lisa se derrumbó en la cubierta. Karl se sentó a su lado y abrazó su cuerpo tembloroso.

—¿Qué pasa, cariño?

—La lancha está vacía —gimió—. Los ha lanzado al mar.

—No, no —replicó Karl, desesperado—. Eso no lo sabemos todavía.

—Los bloques de hormigón no están en la lancha. ¿Es que no te das cuenta? —De golpe, su voz sonó brusca y sus ojos echaron chispas—. ¿No ves que la desgraciada de tu ex ha tirado a mis hijos al agua? —Gimoteó, sujetándose el estómago con los brazos. Su rostro se había desfigurado hasta quedar irreconocible.

Karl se incorporó y paseó la mirada por el horizonte. La lancha estaba vacía. Su cerebro dejó de funcionar. No sentía nada. Miró a Lisa, que chillaba y se retorcía sobre la cubierta como si la atormentase algún dolor. Pero él no sentía nada. Notó la vibración del móvil en el bolsillo de la chaqueta, pero no fue capaz de contestar. El teléfono siguió vibrando. Alguien quería hablar con él a toda costa, pero él no tenía fuerzas.

Volvió a clavar la mirada en el horizonte. Comprendió que todo había terminado. Jamás volvería a ser persona. Desde ese momento, habría un caparazón en forma de piel, habría cabello que crecería en su cabeza, quizá comería, respiraría y dormiría, pero jamás volvería a ser un padre ni un ser humano. Se encaramó a la barandilla. No había nada que desease más que seguir a sus hijos en el agua. Quizá podría convertirse en el dios de los mares y sus pequeños, en tritones. Los encontraría de alguna manera. Estaría con ellos. No debían quedarse solos allí abajo, en la oscuridad. Había jurado no abandonarlos nunca. Jamás.

Oyó débilmente los gritos de los demás a su espalda. Intentaron impedir que saltara, pero era demasiado tarde. El agua fría lo envolvería enseguida y las olas se lo llevarían lejos de la seguridad del barco. Estaba deseando llegar. Si tenía suerte, sus hijos aún no se

habrían hundido por completo; quizá podría acompañarlos en su viaje hasta el fondo si nadaba muy rápido. Cuando sintió el agua en la cara, comprendió que era el final. Lo último que oyó fue el grito desesperado de Lisa. Quizá intentaría saltar tras él. Quizá se arrepentía de no haberlo escuchado, de no haber intentado comprender que era inocente, al menos, tal como lo veía él. Dejó de ver la luz sobre la superficie del agua. No tardaría en estar con sus hijos. En tocar su cabello y sus mejillas suaves. Jamás había querido a nadie como a ellos. Era un sentimiento que lo llenaba. Lisa también formaba parte de su corazón, pero de una manera muy distinta. El frío del agua lo calentó, lo hizo sentirse más entero de lo que se había sentido durante los últimos días. Desde que había iluminado la ensenada de Mármol con la linterna, su vida se había hecho añicos. Sobre la tierra ya no quedaba nada para él, pero, en el fondo del mar, al menos aún habría algo. Pronto se reuniría con ellos.

***

Nathalie paladeó la carne de cordero, tan tierna que se separaba del hueso. El ayran, la bebida de yogur, le calmaba por completo el estómago. Le desaparecían la acidez y la sensación de gastritis. Mientras comía, seguía buscando en la red. Emir se había sentado a su lado y también engullía la comida con voracidad. Nathalie cocinaba cada vez menos y lo mismo le pasaba a Emir. El trabajo y el embarazo habían puesto patas arriba sus rutinas. Por suerte, en su zona abundaban los restaurantes con comida de calidad, así que no lo pasaban mal.

—¿Qué te ha dicho Gunilla? —preguntó Emir.

—Me ha dado información que podría hacernos perder el trabajo tanto a ella como a mí —contestó Nathalie con la nariz pegada a la pantalla.

—Total, ya parece que nos hubiesen echado —suspiró Emir—. ¡Venga, dime!

—Klara Tidén estuvo internada seis años en un psiquiátrico. Durante ese tiempo, la trataron por anorexia grave, ansiedad y depresión. Contra todo pronóstico, hizo la formación a distancia para ser meteoróloga y la finalizó con unas notas excelentes. Hace cuatro años, consiguió el empleo en la estación meteorológica de Hållö. Primero,

estuvo seis meses de prueba y, luego, la hicieron fija. Sus antepasados trabajaron en el faro hasta los años sesenta, de modo que tiene un vínculo personal con la isla. Desde que empezó a trabajar allí, no ha ido nunca a ver a sus padres, pero ellos la visitan un par de veces al año.

—¿Cómo sabía Gunilla todo eso?

—Klara mantiene el contacto con su médico y un psicólogo. Los dos dicen que sus progresos son fantásticos. Come bien y hace su trabajo escrupulosamente.

—Pero ¿por qué la ha tomado con Karl ahora?

—Quizá no lo sepamos nunca.

—Voy a llamar a la jefa —resolvió Emir—. Ya me inventaré algo sobre cómo nos hemos enterado de todo esto.

—Como nos despida…

—No será por esto —afirmó Emir.

Emir se fue al dormitorio para hablar a solas con Camilla. Si tenía que recurrir a muchos embustes, no quería que lo oyera su futura esposa.

***

—Es para ti —informó Sandra, sonriendo entre las lágrimas que habían aflorado a sus ojos.

Karl tiritaba bajo la toalla. Aún llevaba puesta la ropa mojada. Curiosamente, el suave balanceo del barco en la marejadilla le transmitía cierta sensación de calor.

—¿Cómo me habéis sacado? —preguntó, confuso, pero, por el rabillo del ojo, vio que Dennis se sacudía el agua del pelo.

—Coge el teléfono —repitió Sandra, y le puso el móvil en la mejilla sin afeitar.

Karl percibió unos sonidos ininteligibles, pero, cuando se apartó el pelo y se acercó el teléfono al oído, pudo oírlo con mayor claridad.

—¿Papá? —balbució alguien al otro lado de la línea.

—¿Eres tú, Leo? —La voz de Karl temblaba. No lo entendía.

—Soy yo, papá, Sam.

—¡Cielo! ¿Dónde estás?

—En el faro, papá. En el faro rojo y blanco.

Karl miró a Sandra, quien asintió.

—Vamos de camino, corazón. Ya llegamos. No te muevas de ahí. ¿Dónde está Leo?

—Está con la señora.

—¡¿Qué señora?! —gritó Karl, asustado.

—La de tu trabajo.

—¿Camilla Stålberg? Contesta, Sam. ¿Puedes pasarme a Leo?

—Claro.

—Papá, la señora me ha prometido una figura de los Transformers —dijo Leo.

—¿Mi jefa te ha prometido eso? Se llama Camilla.

—Sí, y a Sam también. Yo quiero la de Optimus Prime, pero Sam quiere la de Bumblebee.

—¡Estupendo, cielo! Llegaremos enseguida. No os mováis.

Sandra le cogió el teléfono.

—Leo, ¿puedes pasarme a Camilla Stålberg, por favor?

En una breve conversación decidieron mantenerse al teléfono durante el último tramo de la travesía. El faro de Hållö se elevaba ante ellos y Karl no apartaba la vista de la preciosa construcción ni un segundo. Lisa se acurrucó a su lado.

—¿Has hablado con los críos? —preguntó Karl.

—Sí, tu jefa llamó y puso al teléfono a Sam y a Leo.

—Te quiero, ¿lo sabes? —dijo Karl.

—Yo también —contestó Lisa—. Pero no entiendo lo que ha pasado. Tengo el cerebro hecho papilla. No soy capaz de ordenar las ideas ni de aclararme. ¿Qué tiene que ver todo esto con la historia de Tricia y el bebé? Necesitamos hablar con alguien.

—Lo haremos —convino Karl, y besó sus cabellos impregnados de salitre.

Hållö, primavera de 1941

La guerra se había ido acercando cada vez más desde aquella noche en que había estallado en la frontera entre Polonia y Alemania. Hedvig sentía cómo se filtraba el temor también en las casas de los fareros. Sabía que desde la estación de radio se enviaban mensajes en clave a diversos lugares. El telegrafista se llevaría los secretos a la tumba, pero Ragnar le había contado que la estación desempeñaba un papel importante en la guerra, que estaba a punto de paralizar toda Europa. En una isla, la sensación de estar expuestos era más tangible. El faro se erguía cual indicador luminoso en medio de la isla, muy cerca de sus viviendas. Por mucho que tapase las ventanas de noche, la amenaza siempre estaba presente.

La felicidad que sentía durante el día se la debía a Frans, su nietecito, y a la seguridad de que, a pesar de todo, no quería vivir en ningún otro sitio que no fuera la isla paradisiaca de su infancia. Stig y Annie habían acabado instalándose en Hållö, donde ocupaban la casita del auxiliar. Arvid se encontraba en algún lugar a la espera de recibir órdenes, mientras que se consideraba que Stig y Ragnar ya prestaban un servicio útil para la guerra y tenían la instrucción de no abandonar su puesto. De vez en cuando, les ordenaban mantener el faro apagado. Esas noches, a Hedvig le resultaba imposible dormir. Era algo que iba tan en contra de sus leyes de la naturaleza que no conseguía conciliar el sueño.

—¡Abuela! —gritó Frans, y se acercó corriendo con una carta en la mano.

—¿Qué traes ahí, cariño? —preguntó Hedvig.

—Papá dice que es importante y que la abuela tiene que abrirlo deprisa.

Hedvig recibió el sobre con mano temblorosa. Era de la Comisión de Faros. Venía sellado y franqueado. Cogió un cuchillo que había junto a la cocina de leña y lo abrió.

Mientras leía el texto escrito a máquina, le resbalaron las lágrimas por las mejillas. Levantó al niño, lo abrazó y empezó a bailar con él en brazos.

—¿Estás contenta o triste, abuela? —preguntó el niño, inquieto.

—Contenta, Frans, contenta. —Hedvig rio.

Ragnar entró corriendo en la cocina. Había recibido la noticia en el faro.

—¿Ha llegado la carta? —preguntó.

—Sí, ¡al fin ha llegado! —exclamó Hedvig riendo mientras las lágrimas seguían bañándole el rostro.

—Ahora, mi bella Hedvig, ¡finalmente eres farera jefe de Hållö!

—¡Oh, Ragnar! Madre me dijo que así sería algún día, aunque a mí me costaba creerlo. Pero el tiempo ha demostrado que mi Ragnar es un luchador.

24

La consulta se encontraba en Avenyn, el elegante bulevar del centro de Gotemburgo. El edificio se erguía en la calle como un orgulloso castillo de ladrillo. Lisa y Karl se apretujaron en silencio en el ascensor, que parecía diseñado para liliputienses. Lisa pensaba en el momento en que volvió a abrazar a sus hijos en Hållö. Había inspirado su olor y llorado tanto que Sam se había secado y le había dicho que no le mojara el pelo porque podría hacérsele hielo. Se había reído de su ocurrencia, pero el sufrimiento de los últimos días le había formado un nudo en la garganta. Leo la había abrazado hasta quedarse sin fuerzas. Luego, le había preguntado cuándo comerían. Habían pasado diez días desde entonces y se sentía agradecida cada segundo por poder estar con ellos de nuevo.

—Es terapeuta en la policía —dijo Karl en el ascensor.

—¿Es buena? —preguntó Lisa.

—Eso creo.

—Me alegro, a ver si nos ayuda —observó Lisa. Desde que habían recogido a los niños en Hållö y vuelto a casa, se encontraba en un estado de abatimiento paralizante.

La puerta del piso era de madera maciza, posiblemente de un roble centenario. Lucía un pomo tallado con gran esmero. Karl le abrió la puerta y Lisa entró en el recibidor, cubierto por una gruesa alfombra roja. Le cogió la chaqueta y la colgó en una percha.

—Bienvenidos —los saludó una voz suave perteneciente a una mujer de unos cincuenta años—. Soy Lena.

Lisa y Karl se presentaron y le dieron la mano. Lena los condujo a una sala amueblada como era de esperar: con dos butacas para visitas de respaldo demasiado bajo como para calificarlas de cómodas y un sillón más grande para la propia psicóloga.

—Sentaos, por favor —los invitó Lena mientras se acomodaba en su asiento. Cruzó las manos en el regazo.

Detrás de Lena, la pared pintada de rojo enmarcaba una gran

chimenea. Parecía que hubiesen entrado en una antigua casa de campo, aunque se encontraban en pleno centro de la ciudad.

—Lisa, ¿puedes explicar cómo te sientes en estos momentos?

—No —contestó Lisa, y sintió que querían brotarle las lágrimas.

—¿Empezamos por ti, Karl? —Lena se volvió hacia él.

—Sí, ejem… —carraspeó—. Volvemos a estar en casa toda la familia.

—¿Y tú también vives allí con Lisa y los niños? —quiso saber Lena.

—Sí, pero dormimos en habitaciones separadas.

—Según tengo entendido, no os han dado ninguna información sobre lo sucedido en Hållö, ¿correcto? —Lena miró a Lisa.

—Correcto, no nos han dicho nada —respondió Lisa, y notó que había empleado un tono brusco.

—Entonces, empezaremos repasando toda la historia. Me han pedido que me encargue yo para que tengáis un apoyo a la vez que os enteráis de todos los detalles. Hablamos de unos sucesos turbadores.

—De acuerdo —dijo Karl. Lisa se dio cuenta de que Karl no sabía bien qué decir.

Lena se inclinó hacia delante y miró por la ventana. Karl siguió su mirada. Los tonos grises del cielo hacían que los edificios del otro lado de la calle pareciesen desprovistos de color.

—En el instituto, Klara Sofie Tidén y tu marido empezaron a salir, Lisa. Después de unos años, se separaron. Karl siguió adelante con su vida, pero, para Klara, la separación fue un acontecimiento que marcaría su vida durante mucho tiempo. Karl no había sido solo un novio para ella, sino también un sustituto de la falta de relaciones estrechas que había experimentado desde pequeña. Klara nunca desarrolló una relación profunda con sus padres o con otras personas adultas. Karl lo era todo para ella. En una de sus visitas al psiquiatra, dijo que a Karl le gustaban mucho los niños y que ella siempre había creído que formarían una familia, a pesar de que Karl le había dicho que no estaba seguro de querer ser padre.

Lisa miró a Karl y escrutó su perfil. El cabello largo y rizado, la barba. A Sam y Leo les encantaba trastear con él y hacerle trenzas cuando no

se daba cuenta.

—Durante varios años, Klara Sofie estuvo internada por depresiones y trastornos alimentarios. Pero, hace poco más de cuatro años, le dieron el alta y su terapeuta consideró que estaba preparada para empezar a trabajar, con tal de que siguiese medicándose y recibiendo terapia psicológica. Klara se sentía tan bien que se planteó ser madre ella sola mediante una inseminación artificial. A raíz de ello, entró en un grupo de Facebook para mujeres que han elegido este método. En él se habla de todo: desde a qué hombre corresponde qué número de donante hasta las diferentes experiencias con la inseminación o también la fecundación in vitro.

Karl se removió en el sillón. Lisa, concentrada en los labios de Lena, escuchaba cada palabra que decía. Podía palparse la tensión en el ambiente. El fuego chisporroteaba en la chimenea, haciendo que la pared roja pareciese lava incandescente.

—Un día, en el grupo de Facebook, apareció una foto de Tricia Andersen delante de una de las clínicas de fertilidad de Copenhague. Klara Sofie, que os había vigilado a Tricia y a ti, Lisa, en las redes sociales debido a vuestra relación con Karl, empezó a preguntarse qué vínculo tendría Tricia con esa clínica. En una ocasión, Karl le había dicho que estaba planteándose donar esperma a un banco para sacarse algo de dinero; que, como no se imaginaba una vida con hijos, quizá podría ayudar a otras personas. A cambio de dinero, claro.

—¿Donaste esperma? —le preguntó Lisa a bocajarro.

Karl miró al suelo.

—Hace mucho tiempo. Pero, luego, retiré mi consentimiento y solicité que lo destruyesen. No se engendró ningún bebé con mi ADN.

—Eso creías tú —prosiguió Lena—. Pero Tricia era miembro de la junta directiva de la clínica de fertilidad a través de una de las empresas de su familia. Debido a su acceso a información interna, averiguó que tu esperma se encontraba allí. No sabemos por qué decidió transferirlo a una sección confidencial del banco, pero el material que había allí debía utilizarse exclusivamente para investigar y no para realizar inseminaciones.

—¿Conservó mi esperma? —preguntó Karl.

—Sí. —Lena consultó sus papeles—. Durante muchos años, fue su protectora, por así decirlo, y cuando sus padres dispusieron que debía

casarse con Ned Donovan, Tricia decidió que quería dar a luz a tu hijo, Karl.

—¿Por qué de Karl? —preguntó Lisa sin comprender.

—Al final hemos conseguido que su amiga Karen nos cuente todo lo que sabe y, según ella, Karl era el gran amor de Tricia, pero los padres le prohibieron seguir viéndolo cuando se enteraron de su relación. Además, hay otro pequeño detalle.

—¿Cuál? —interrogó Karl.

—Es muy probable que Ned Donovan, el prometido de Tricia, sea estéril, y Tricia lo sabía. Supuso que no podría formar una familia con él, de modo que su intención era hacerse dos inseminaciones para darle un hermanito al primer bebé. Ned tiene el pelo oscuro y los ojos, marrón claro. A Tricia no le costaría hacer creer que eran hijos suyos.

—¿Karen ha explicado eso? —preguntó Karl.

—¿Conoces a Karen? —Lisa torció el gesto en una mueca.

—Nos hemos visto alguna vez, pero en realidad apenas la conozco —contestó Karl, aún con la mirada clavada en el suelo.

—Sí, Karen lo ha explicado en una declaración.

—¿Y por qué mató Sofie a Tricia? Una mujer embarazada.

—Sofie fue a ver a Tricia. Le pidió que le asignaran el esperma de Karl en la clínica, ya que, a través del grupo cerrado de Facebook, había conseguido enterarse de lo que había hecho Tricia. Si esta no aceptaba, Sofie les contaría a sus padres y a Ned lo de la inseminación.

—Pero… —Lisa inspiró hondo.

—Pero Tricia se negó. Según Karen, porque sabía que Sofie estaba enferma y no le parecía adecuado que fuese madre, pero Karen también cree que Tricia no quería que Sofie tuviese un hijo de Karl. Simplemente por una cuestión de celos.

—Pero sabía que Karl y yo teníamos hijos —intervino Lisa.

—Sí, pero eso había conseguido aceptarlo. Dar a luz a un hijo de Karl era una solución intermedia para ella. Una forma de tener parte del pastel, por así decirlo, aunque Karl no estuviese.

—¡Qué retorcido! —exclamó Lisa, tapándose la cara con las manos.

—Sí, hay muchas cosas de esta historia que no podemos entender —admitió Lena. Su voz era tranquila, casi adormecedora.

—¿Y qué pretendía hacer Sofie conmigo? —inquirió Lisa.

—Te convenció para ir a Hållö fingiendo que era Kristoffer, un amigo de Karl de su época en la embajada. En realidad, solo quería alejarte de casa. Sabía que así seríais más vulnerables y que sería más fácil secuestrar a los niños.

—¿Qué pensaba hacer con ellos? —Karl levantó la vista del suelo y se enderezó en la butaca.

Lena se quedó callada.

—¿Iba a hundirlos con los bloques de hormigón? —Lisa clavó los ojos en Lena, quien continuó en silencio—. ¿Iba a hundirlos? —repitió Lisa.

—Hemos encontrado su diario, que indica que probablemente esa era su intención —dijo Lena—, pero…

—Pero ¿qué? —preguntó Karl con voz desesperada.

—Pero, en vez de eso, decidió hundirse ella.

—¿Cómo? ¿La han encontrado? —Lisa palideció.

—Los buceadores la encontraron ahogada a casi treinta metros de profundidad.

—Decidió quitarse la vida —dijo Karl, clavando los ojos de nuevo en el parqué en espiga.

—Quizá al final encontró la paz —concluyó Lena, y volvió a cruzar las manos en el regazo.

Hållö, 22 de octubre de 1943

La guerra estaba cada vez más cerca y, en el mar, el retumbar de los disparos se oía cada vez con mayor frecuencia. De vez en cuando, los bombarderos alemanes y británicos volaban peligrosamente cerca de Hållö, sembrando el pánico entre los habitantes de la isla. Hedvig lo odiaba. La guerra le parecía un sinsentido absoluto. En ocasiones, cuando había temporal, se soltaba alguna mina de su anclaje y era arrastrada por las olas hasta las rocas, donde explotaba. Los niños tenían prohibido jugar junto al agua y, por las noches, era obligatorio cubrir las ventanas. Al caer la tarde, revisaban que las cortinas quedasen perfectamente ajustadas.

Hedvig estaba en el prado detrás de su casa. Ya se había posado sobre la isla la oscuridad otoñal. Oyó un avión a lo lejos. Stig y Annie también habían salido. Aún no podían verlo, pero, de golpe, apareció de la nada. La aeronave cruzó sobre sus cabezas como una bola de fuego, rodeó el faro y, luego, desapareció en dirección a la ensenada de Mármol. Annie se llevó la mano a la boca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, espantada.

En ese momento oyeron el estallido. Sonó como una bomba que habría podido hacer saltar por los aires el faro y las casas en millones de pedazos. Hedvig se cubrió la cabeza con las manos.

—¡Debe haber sido un avión incendiado que se ha estrellado! —gritó Ragnar—. Bajad a la cañada Kålhagen —le indicó a Stig—. Yo me encargo de la radio.

Cuando Hedvig, Annie y Stig se acercaron a la zona del accidente, vieron el avión ardiendo destrozado contra las rocas. Se oían gritos de ayuda. Dos hombres habían salido disparados y estaban tendidos en las rocas un poco más lejos. Hedvig corrió junto a uno de ellos para ayudarlo a alejarse más y Annie se encargó del otro, mientras que Stig se acercó a los restos para ver si encontraba más supervivientes. Pero el calor de las llamas era abrasador y se dio cuenta de que no tenía más opción que retirarse. Juntos, ayudaron a los dos supervivientes y se los llevaron a la casa del farero jefe. Hedvig se adelantó un poco para abrir la puerta. Recordaría aquella horrible noche de guerra el resto de su vida.

Más adelante supo que se trataba de Gripen, un avión de correo que volaba hacia Bromma y recibió los disparos de una aeronave alemana

sobre el mar, quizá por error. Schollin, el piloto, que había pasado muchos veranos en Smögen y conocía la zona, intentó dirigirse a la ensenada de Mármol para salvar tantas vidas como fuese posible. Sin embargo, fallecieron todos excepto los dos hombres que iban en la última fila. Entre las víctimas había cuatro niños.

25

El sol brillaba en el cielo azul topacio y sus rayos se colaban en el furgón policial, ocupado hasta la última plaza. Cleuda iba al volante con gran parte del rostro cubierto por unas gafas de sol color lima. Camilla Stålberg y su hija Melissa se apretaban en el asiento del copiloto y, detrás de ellas, se habían acomodado Sandra, Dennis, Emir, Nathalie y Mattias. Nathalie ocupaba dos asientos, ya que necesitaba ir medio tumbada.

—¿Es aquí el sitio? —gritó Cleuda hacia las filas de atrás.

—Creo que es allí —respondió Sandra, señalando una casa pequeña situada al lado del campo de fútbol, entre hileras de casas adosadas.

—¿Es que no veis los globos? —intervino Melissa, enfurruñada. Su madre le había prometido ir de compras con ella si la acompañaba un rato a la fiesta infantil.

Cleuda aparcó enfrente. Como el furgón estaba pintado con los colores de la policía, seguramente llamaría bastante la atención.

—¡Hola! —saludaron Sam y Leo al salir a recibir al grupo. Cumplían años con solo una semana de diferencia y habían aceptado celebrar la fiesta juntos.

—¡Bienvenidos! —dijo Lisa, cuyas mejillas tenían un bonito tono rosado, a pesar de que el final del otoño había traído sobre todo lluvia y viento.

Karl salió detrás de ella y se colocó a su lado, pasándole la mano por la cintura.

—Pasad —los invitó, y con el brazo libre señaló la entrada del local.

La animada pandilla entró sin dudarlo a la sala. Las paredes estaban decoradas con piezas de Lego de cartón de diferentes colores.

—Solo hemos pedido cosas de Lego —explicó Leo, cogiendo los regalos destinados a él.

—¿Y muñecas no? —bromeó Dennis, guiñándole un ojo a Sam.

—¡Odiamos las muñecas! —exclamó Sam, poniendo una mueca de enfado que le duró un segundo. En cuanto la mesa de los regalos estuvo repleta de paquetes de alegre colorido envueltos con mimo y atados con cintas, su rostro volvió a iluminarse.

—¿Queréis un trozo de pastel? —preguntó Lisa, señalando un pastel gigante cubierto de fondant en forma de castillo de Lego. Encima, unas figuras de Ninjago vigilaban las cañoneras, dispuestas a atacar a quien se atreviera a acercarse al dulce.

—Empezad vosotros —dijo Karl, y les dio sendas palas a Sam y Leo.

Los niños que estaban repartidos por todo el local se apiñaron alrededor del castillo y les cantaron el feliz cumpleaños mientras Sam y Leo iban cortando trozos de tarta para todos los que quisieran.

Dennis aprovechó para acercarse a Karl, que se había retirado un rato a una de las mesas.

—¿Puedo sentarme contigo? —preguntó.

—Claro —contestó Karl.

—Quiero pedirte disculpas —comenzó Dennis—. No deberíamos haber ido a por ti con tanta dureza desde el principio.

—Teniendo en cuenta cómo diseñó su plan Klara para tenderme una trampa, tampoco es de extrañar —admitió Karl, y en sus ojos se vio un destello de tristeza.

—Fue muy mala suerte —lamentó Dennis—. Por lo que parece, Lisa es una mujer estupenda —añadió, guiñándole un ojo—, pero con tus ex no elegiste muy bien. Por cierto, también tienes unos hijos maravillosos.

—Sí, los quiero tanto a ellos y a Lisa que me duele el corazón. A ti te tocará pronto, Dennis, ¿no crees?

—Sería genial, pero, por desgracia, me falta la madre para tenerlos.

—Ya, y los hombres todavía no podemos hacernos una inseminación.

—No —Dennis rio—. ¿Y estás seguro de que tu…, ya sabes, ha quedado fuera de circulación?

—Al parecer, no se puede estar seguro de nada, pero he solicitado que me lo confirmen cuando hayan destruido el esperma y, luego, ya

podré olvidarme de esa historia.

—Porque Lisa y tú ya no pensáis ampliar la familia, ¿no?

—No lo sé —respondió Karl con picardía—. Ya veremos.

Melissa pasó por delante de ellos, seguida de Cleuda y Camilla.

—Tenemos que irnos —dijo Camilla—, pero supongo que podéis volver en tranvía.

—Ya nos las arreglaremos —contestó Dennis.

—¡Gracias por la fiesta! —gritó Cleuda cuando ya estaban saliendo por la puerta.

—¿Qué diablos ve Cleuda en Camilla? —preguntó Karl sin esperar una respuesta.

—No lo sé —respondió Dennis, levantándose.

—¡Sandra! ¿Te vienes a Smögen? —voceó en dirección al otro lado de la sala.

—¡Claro! Yo siempre estoy dispuesta a ir a Smögen —replicó Sandra, y se acercó a despedirse de Lisa.

—He sabido siempre que era inocente —le susurró al oído, y la abrazó.

—Estoy tan feliz —confesó Lisa—. A pesar de todo lo que ha sucedido, me siento muy afortunada de tener a mi familia. No hay nada más importante en el mundo para mí.

—Te entiendo —dijo Sandra, y salió corriendo detrás de Dennis, que ya iba camino de la parada del tranvía.

26

En Smögen, el sol brillaba aún más si cabía que en Gotemburgo. En el rincón de la terraza de Victoria calentaba tanto que Sandra estaba sentada en camiseta, aunque con las piernas envueltas en una manta. Igual de traicionero y variable que había sido el tiempo dos fines de semana atrás, cuando el temporal había azotado todo Sotenäset y la costa de Bohuslän, igual de hermoso, tranquilo e inocente se mostraba el primero de noviembre. La calabaza que había decorado la entrada con una mueca temible se había convertido en una masa viscosa.

—¿Cómo es posible que ya sea noviembre? —comentó Björn, alzando el rostro hacia el sol.

—Sí, es una locura —convino Victoria.

—Pues, si es uno de noviembre, tenemos que tomar champán —dijo Björn—. Es una antigua tradición, ¿no?

—¿Es que tenéis a los niños en casa de Gerhard y Signe? —preguntó Sandra, quien creía que Björn en realidad hablaba en broma. Por si acaso, ella se había puesto unos pantalones de piel.

—Nadie cuida mejor de los niños que Signe —opinó Dennis.

—¿Sabéis qué? Voy a acercarme al Ostronbanken a buscar ostras y algo de marisco —decidió Björn.

—Pero eso no es ninguna antigua tradición —rio Victoria—. Hace poco que han abierto ese restaurante.

—¡Vuelvo enseguida! —gritó Björn, ya desde la entrada.

—Vaya caso más retorcido que os ha tocado —comentó Victoria, colocándose las gafas de sol sobre el pelo.

—¡Y que lo digas! —dijo Sandra.

—Es una historia trágica —juzgó Dennis—. De principio a fin.

—Pero ¿qué tiene el Karl ese que todas las mujeres quieren un hijo suyo? —preguntó Victoria, extrañada.

—¿Lo has visto alguna vez? —inquirió Sandra.

—No —respondió Victoria.

—Pues, cuando lo veas, volvemos a hablar —concluyó Sandra con una sonrisa pícara.

—Bueno, tampoco es para tanto —observó Dennis—. Johanna, la de la tienda de chuches, lo comparó con el profesor Tornasol de Tintín.

—Claro, claro, nadie es tan guapo como tú —bromeó Sandra—. Aun así, Karl no está nada mal.

Dennis levantó la mano como para darle un golpecito en el brazo, pero no llegó a rozarla. Mientras esperaban a Björn, se pusieron todos con la cara hacia el sol para disfrutar de los que podrían ser los últimos rayos en mucho tiempo, y se quedaron en silencio.

—¡Ya estoy aquí! —anunció Björn, que había sido muy rápido, y se estiró por encima de la cerca para dejar en el centro de la mesa una bandeja en la que, sobre un lecho de hielo, además de ostras, había también bocas de buey de mar, gambas, cigalas y gajos de limón.

—Estás sudando —observó Dennis.

—No me extraña. ¡No veas lo que pesa esto! —replicó Björn.

—Ven a refrescarte —dijo Dennis, y llenó las copas de champán.

—Theo y Anna estarán de vuelta dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos —informó Victoria—, así que ¡al ataque!

—¡A vuestra salud! —dijo Björn—. Habéis hecho un trabajo fantástico.

Dennis y Sandra, incómodos, hicieron un gesto con la mano para quitarle importancia al brindis de Björn y engulleron sendas ostras.

—La próxima me la comeré con vinagreta de cebolla roja y limón —comentó Sandra, incapaz de ocultar una mueca.

Todos se rieron de su expresión y Dennis le puso su copa en la mano.

—Con champán baja todo —dijo Björn, y se rio tanto que empezó a salirle la bebida burbujeante por la nariz.

Kungshamn, 1 de febrero de 1976

Hedvig iba hacia el salón, pero se detuvo al oír la melodía que le llegó del televisor. Estaban poniendo Blue Bird de Hull en las noticias. Cada vez que escuchaba esa canción, sentía que las lágrimas le quemaban en los ojos. Sobre todo el final la hacía llorar tanto que tenía que irse de la habitación hasta que desaparecían los sollozos. La tristeza que transmitían la voz y la letra era superior a ella.

Y el capitán se levantó,

gris y demacrado.

El aullido del viento apenas dejaba oír su trémula voz

cuando le comunicó a su anfitrión:

«Karl iba atado al timón y a bordo olvidado quedó».

Los hechos habían tenido lugar frente a Hållö y en Smögen la Nochebuena de 1872. Hedvig sabía que la letra no correspondía exactamente a lo sucedido, pero la canción era verdad, al menos para ella. El dolor de Evert Taube por la muerte de su hermano, que se ahogó frente a la costa de Hållö durante una salida a pescar. La descripción del buque Nymf, que había naufragado y que sirvió de modelo para el bergantín de Hull. Había oído las historias. Y, desde que había salido la canción en 1928, de vez en cuando se retiraba a escucharla ella sola y daba rienda suelta a sus lágrimas. Se había dado cuenta de que a Ragnar no le gustaba, pero su marido nunca le había dicho nada. Era mi primo, le había recordado ella en alguna ocasión.

Ragnar, su amado esposo, ya había fallecido en el sesenta y uno, pero, con el dinero ahorrado y una pequeña pensión, se las arreglaba en su piso llevando una vida sencilla. Cuando Ragnar se había jubilado, se mudaron a tierra de mala gana. Al principio, la falta de actividad casi los había paralizado, pero Ragnar empezó a hacer alfombras trenzando cuerda —no le gustaba decir «macramé»— y, a veces, iba a la plaza del mercado a venderlas. Ella había comenzado a hacer punto y trabajos en fieltro, y aún seguía. Con cálida lana gruesa tejía bufandas y chales que lucían casi

todas las mujeres de los pescadores.

Pero, con frecuencia, se dedicaba a rememorar tiempos pasados. Soñaba con Hållö, donde los vientos seguían acariciando las rocas, haciéndolas aún más lisas y suaves para sentarse en ellas. La nueva moda de que hordas de turistas cogiesen en verano el ferri a la isla para bañarse en la ensenada de Mármol la hacía reír. Aunque, en cierto modo, podía entenderlos.

Terminó la canción en el televisor y sonó la voz del locutor:

—El compositor, escritor, trovador y artista Evert Taube falleció ayer, treinta y uno de enero, a la edad de ochenta y cinco años. Lamentan su muerte su esposa Astri y sus hijos. Evert Taube escribió un total de más de…

Hedvig apagó el televisor y se hundió en el sofá. Cerró los ojos con fuerza, pero no consiguió impedir que le resbalasen las lágrimas por las mejillas. Se las secó con el dorso de la mano. Una profunda pena le cubrió el corazón. Ni ella misma entendía cómo una persona había podido marcar su vida como lo había hecho él. Para ella, siempre sería el muchacho de las rocas.

Se sentó frente al secreter que había heredado de su madre y sacó el diario del compartimento secreto del último cajón. Llenó dos páginas enteras y supo que jamás volvería a escribir una sola línea en él.

¡Gracias de corazón!

Quiero finalizar expresando mi más sincero agradecimiento a todas las personas que me habéis apoyado durante este año. A todas las que estáis presentes en mi vida diaria y me decís las palabras que, en cierto modo, le dan sentido a todo. A mi familia, parientes, amigos, compañeros de trabajo y lectores.

He terminado una nueva y emocionante serie de libros que saldrá en español en 2023-2024. ¡Os deseo a todos que disfrutéis de la lectura de mis libros!

Algunos acontecimientos históricos de este libro se basan en testimonios auténticos y, por lo tanto, son ciertos. No obstante, todas las historias que aparecen en la novela relativas a los personajes y sus actos son fruto de mi imaginación. Me siento increíblemente halagada cuando me contáis que os reconocéis o que identificáis a familiares y amigos en los personajes de Smögen y otros lugares, pero cualquier parecido en cuanto a nombre, aspecto y sucesos es pura casualidad.